





**JOHANNA LINDSEY**

**SIN MÁS  
ALTERNATIVA  
QUE LA  
SEDUCCIÓN**

**Familia Malory 08**



## Índice

Reseña Bibliográfica.....	5
Prólogo.....	6
Capítulo 1 .....	14
Capítulo 2 .....	20
Capítulo 3 .....	25
Capítulo 4 .....	31
Capítulo 5 .....	39
Capítulo 6 .....	44
Capítulo 7 .....	49
Capítulo 8 .....	52
Capítulo 9 .....	56
Capítulo 10 .....	60
Capítulo 11 .....	62
Capítulo 12 .....	66
Capítulo 13 .....	74
Capítulo 14 .....	78
Capítulo 15 .....	84
Capítulo 16 .....	88
Capítulo 17 .....	97
Capítulo 18 .....	102
Capítulo 19 .....	107
Capítulo 20 .....	112
Capítulo 21 .....	117
Capítulo 22 .....	125
Capítulo 23 .....	130
Capítulo 24 .....	134
Capítulo 25 .....	137
Capítulo 26 .....	140
Capítulo 27 .....	145



---

Capítulo 28 .....	152
Capítulo 29 .....	158
Capítulo 30 .....	164
Capítulo 31 .....	167
Capítulo 32 .....	174
Capítulo 33 .....	180
Capítulo 34 .....	186
Capítulo 35 .....	191
Capítulo 36 .....	196
Capítulo 37 .....	200
Capítulo 38 .....	204
Capítulo 39 .....	209
Capítulo 40 .....	214
Capítulo 41 .....	221
Capítulo 42 .....	225
Capítulo 43 .....	231
Capítulo 44 .....	237
Capítulo 45 .....	242
Capítulo 46 .....	245
Capítulo 47 .....	252
Capítulo 48 .....	256
Capítulo 49 .....	260
Capítulo 50 .....	264
Capítulo 51 .....	268
Capítulo 52 .....	271
Capítulo 53 .....	275
Capítulo 54 .....	281
Capítulo 55 .....	287



## Reseña Bibliográfica

Después de la muerte de su madre, la vivaz Katey Tyler abandonó su aburrido pueblo natal en Connecticut con la esperanza de conocer a sus parientes en Inglaterra y encontrar romance y aventuras en su magnífico recorrido por Europa. No tenía idea que el viaje que cambiaría su vida tendría estos dos elementos, además de peligro e intriga debido a que cautivó los ojos del propietario del barco en que viajaba, Boyd Anderson y se involucró sin querer en un secuestro sumamente peligroso. Cuando la joven hija de Sir Anthony Malory es secuestrada de Hyde Park en Londres, el secuestrador erróneamente manda la nota de rescate al hogar del hermano de Sir Anthony, James. Pero con James y su esposa, Georgina, en el Caribe, la nota es recibida por su huésped, el hermano más joven de Georgina, Boyd Anderson. En la búsqueda por la niña con Anthony, el notorio, y apuesto capitán americano tiene toda la intención de hacer pagar al temerario bandido, pero difícilmente esperaba encontrar a la exquisita Katey Tyler, reciente pasajera de su barco, en el centro del complot.

Katey ignora que por haber llamado la atención de Boyd, y al conocer a los Malorys, está a punto de experimentar mucha más emoción que cualquier otra típica señorita encontraría en un magnífico viaje, y su vida nunca volvería a ser aburrida de nuevo.

Una gran cantidad de sorpresas le esperan a Katey, desde la alarmante verdad sobre la corta vida de su madre hasta incluir a un hombre que ira ganado el afecto de una mujer con todas las razones para despreciarlo; pero quién puede resistirse a la seducción y la pasión que él le ofrece.

Con el ingenioso humor, sublimes personajes, y tempestuosa pasión que han colocado a las ocho anteriores novelas de los Malory de Johanna Lindsey entre las más queridas y extensamente leídas novelas románticas de nuestros tiempos, SIN MÁS ALTERNATIVA QUE LA SEDUCCION arrastrará al lector a una aventura irresistible que es tan audaz y encantadora como su heroína lo es en su corazón.



## Prólogo

### SALIENDO DE CASA PARA VISITAR A SU FAMILIA.

Boyd Anderson encontró algo claramente molesto en esa frase. Pero cierto. En los últimos ocho años, cada vez que había navegado para Bridgeport, Connecticut, con la esperanza de encontrar en casa y hacerles una visita a uno de sus cuatro hermanos mayores, ninguno de ellos había estado alguna vez allí. Se había visto obligado a navegar a otros puertos para encontrarlos.

Todos ellos capitanes, los hermanos de Boyd navegaban alrededor del mundo, pero solían volver a casa ansiosamente porque su única hermana, Georgina, estarían allí esperándolos. Pero Georgina se había casado con un inglés, Lord James Malory, y ahora vivía al otro lado del océano de Connecticut, y era allí adonde Boyd tenía que navegar si quería verla. ¿Esa no era una buena razón para que Boyd se planteara la posibilidad de asentarse él mismo en Londres?

Aún no había tomado una decisión definitiva, pero se inclinaba peligrosamente por esta opción debido a un buen número de razones, pero sobre todo porque el clan Anderson iba a Londres, en donde su hermana vivía, con más frecuencia del que regresaban a casa. Y Georgina no era el único Anderson que se había emparentado con el clan Malory. El hermano mayor de Boyd, Warren había sorprendido a la familia haciendo lo mismo al casarse con Lady Amy Malory. Aunque Warren todavía navegaba como mínimo la mitad de cada año, llevando a su familia con él, él pasaba la otra mitad en Londres de modo que sus niños pudieran conocer a sus muchos primos, tías y tíos, tías abuelas y tíos abuelos, y sus abuelos.

Echar raíces sería un gran cambio en la vida de Boyd. Significaba dejar el mar para siempre después de haber navegado desde que tenía dieciocho años de edad. Ahora tenía treinta y cuatro. ¡Su barco, *El Oceanus* se había convertido en su hogar por quince años! Nadie sabía mejor cuanto hubiera preferido una casa que no se meciera.

También estaba considerando dejar el mar por otras razones. Al ver a Georgina y a su hermano Warren felizmente casados con miembros del clan Malory, Boyd había deseado cada vez con más fervor esa clase de felicidad para él. Eso no significaba asentarse con una mujer Malory, aun si quedara alguna en edad casadera. Infiernos, no. Eso significaba enfrentarse con una sólida pared de opositores Malory, lo cual no se le hacía apetecible. Pero él deseaba una esposa. Estaba listo. Y si su asociación con el clan Malory le había enseñado alguna cosa, era que el matrimonio podía ser una



cosa maravillosa. Era sólo que no había encontrado aún a la mujer correcta.

También estaba cansado en salud de relaciones efímeras e intrascendentes con mujeres. Su hermano Drew podía aún adorar el tener un amor en cada puerto, pero Drew era una persona despreocupada que fácilmente formaba pequeños vínculos y de esa forma tenía mujeres a las que regresar. ¡Alrededor de todo el mundo!

Pero eso no le era fácil para Boyd. A él no le gustaba hacer promesas que no mantendría, ni tomar decisiones apresuradas, al menos no en las importantes como escoger a la futura señora de Boyd Anderson. Y a él no le gustaba distribuir sus afectos entre muchas mujeres. ¿Sería él un romántico? No lo sabía pero lo que sí comprendía era que coquetear con un variado ramillete de mujeres no le satisfacía como parecía complacer a Drew. Lo que en verdad deseaba era tener a una mujer a su lado por el resto de su vida.

Y conocía el por qué no estaba ni siquiera cerca de encontrarla. Viajando tanto como lo hacía, el realizaba breves e impersonales cortejos. Necesitaba pasar más tiempo con una mujer que lo atrajera, conseguir conocerla realmente. ¿Pero cuándo un marinero pasaba más que algunos días en algún puerto? Si él se asentara en Londres, tendría todo el tiempo que necesitara para encontrar a esa mujer especial destinada sólo a él. Estaba allí afuera. Él lo sabía. Sólo necesitaba estar en un lugar lo suficiente como para encontrarla y cortejarla.

Boyd dirigió la mirada hacia los ajetreados muelles y al pueblo de Bridgeport a lo lejos y sintió una punzada de tristeza. Ésta podría ser la última vez que estuviera allí. La gran casa en la que los Andersons habían crecido había estado vacía desde que Georgina se había ido. Tenía amigos y vecinos a quién él había conocido toda la vida y los extrañaría, pero la familia se encontraba donde el corazón estaba, y Georgina había sido el corazón de su familia desde que sus padres habían muerto.

El capitán de Boyd, Tyrus Reynolds, se unió a él en el riel. Boyd no capitaneaba su barco y nunca lo había hecho. Su familia pensaba que era de espíritu demasiado libre para querer tomar esa clase de responsabilidad, si bien siempre había navegado con su barco. Él nunca los había hecho desentenderse de esa noción, aunque no fuera lo correcto.

—Si no tuvieras tanta prisa por llegar a Inglaterra —se quejó Tyrus—, podríamos al menos habernos desviado un poco hacia uno de los puertos sureños, para un cargamento de algodón en lugar de recibir pasajeros a bordo.

Boyd sonrió abiertamente hacia el hombre mayor a quien llamaba amigo así como también capitán. Boyd estaba a unos seis pies por debajo de él, pero Tyrus era mucho más bajo y tenía un temperamento reacio.

—¿No consideras a un grupo de pasajeros como un buen cargamento? —preguntó





Boyd.

Tyrus bufó.

—¿Cuándo tengo que entretenerlos durante todo el viaje? ¡Y lidiar con sus quejas! El ron y el algodón no se quejan.

—Pero obtenemos la misma ganancia, si todas las cabinas están llenas. Y no es la primera vez que hemos recibido a bordo pasajeros. Sólo estas de mal humor porque recuerdas lo de la última vez cuando aquella abuela estuvo intentando seducirte con todas sus fuerzas.

Tyrus gimió.

—No me lo recuerdes. Nunca te lo mencioné, pero en verdad logro escabullirse dentro de mi cabina y fue directamente a mi cama. Me lleve un susto cuando desperté y la encontré acurrucada a mi lado.

Boyd estalló de risa.

—Espero que no te hayas aprovechado de ella.

El bufido de Tyrus fue bastante más significativo esta vez. Boyd hizo que miraba hacia otro lado para que Tyrus no observara su franca sonrisa. Maldición, desearía haber visto eso, pero simplemente imaginarlo le hizo querer reírse otra vez.

Los ojos de Boyd, quedaron cautivados por unos brillantes colores lavanda y rosa en el muelle inferior, se fijo en la mujer alta que vestía una falda lavanda y una blusa rosada. Las mangas de la blusa estaban remangadas. Era pleno verano y definitivamente un día caluroso. Con el anverso de su brazo, la mujer pasó una mano sobre su frente, botando el gorrito de su cabeza. Tenía el cabello negro, pero él ya lo había visto en la larga trenza que le caía por su espalda. Deseó que ella se diera la vuelta en lugar de simplemente darle una vista de su parte posterior, que no era nada despreciable. El gorrito meramente cayó a su hombro, se enganchó por los listones atados alrededor de su cuello, pero ella no se molestó en acomodarlo en su cabeza porque estaba fascinada en lo que hacía.

Estaba asombrado. Ella alimentaba a las gaviotas y a cada otra ave en el área que notara la comida que llevaba en la canasta en su brazo. No había nada de malo en eso. Él mismo alimentaba a las aves y otros animales salvajes en algunas ocasiones. ¡Pero lo hacía en medio de un ajetreado muelle!

Una bandada de aves la rodeaba, y seguían llegando más. Se estaba volviendo un estorbo. Las personas tenían que pasar alrededor de su bandada. Algunos se detuvieron brevemente a observarla, afortunadamente, sin bloquear su paisaje. Un cargador probó ahuyentar a las aves para quitarlas de su camino, pero ellas se acercaron más a su benefactora. El cargador le dijo algo. Ella se dio vuelta y le sonrió.





Y Boyd quedo embelesado por la vista frontal de ella.

No era exactamente bonita. Pero para sus ojos era exquisita. Joven, probablemente a inicios de los veinte. La piel ligeramente bronceada por el sol del verano, un rostro esbelto, bello, y hoyuelos cuando ella sonreía. Y tenía mucho pecho. ¡Dios mío, curvas como esas usualmente sólo aparecían en sus sueños más agradables!

—Cierra la boca, muchacho, estás babeando —observó Tyrus.

—Tal vez tendremos que postergar nuestra partida.

Tyrus siguió su absorta mirada.

—Demonios si lo haremos, y además, creo que es uno de nuestros pasajeros. La vi en cubierta más temprano. Iré a comprobarlo con Johnson si quieres. Él registró a los pasajeros para este viaje.

—Por favor hazlo —aceptó Boyd sin apartar la vista de ella—. Si dice que sí, tendré que besarle.

—Me aseguraré de no mencionarle eso —comentó Tyrus, riéndose mientras se alejaba.

Boyd continuó observando a la joven, disfrutando la vista. Qué ironía tan grande que acabara de pensar en la necesidad de encontrar una esposa y aquí estaba una candidata perfecta. ¿Era el destino? Y demonios, ella tenía algunas curvas notablemente deliciosas.

Tenía que conocerla. Si no era una pasajera, entonces quizás tendría que quedarse y dejar que *El Oceanus* navegar sin él. Y si era una pasajera, tenía el presentimiento de que iba a ser el viaje más agradable de su vida. Pero no bajaría al muelle todavía. Junto con la excitación que sentía vino un poco de nerviosismo. ¿Qué ocurriría si sólo era dulce a los ojos? ¿Qué pasaría si tenía un mal temperamento? Dios mío, eso era demasiado cruel. Excepto que no podía ser así. Alguien que se tomaba el tiempo para alimentar a las aves salvajes tenía que tener algo de compasión. Y la compasión usualmente iba de la mano con bondad y una buena disposición. Por supuesto que era así, se reconfortó a sí mismo. ¡Condenación!, no esperaría a acertar a la primera, ¿verdad?

Ella dejó de lanzar comida a las aves. Él, también oyó un sonido que llamó su atención a otro sitio. Desde su posición en el barco, pudo ver a un pájaro herido descansando sobre la parte superior de una alta pila de cajas de madera. Lo había notado allí más temprano, pero no se había percatado de estuviera herido o él hubiese bajado a recogerlo y ver si Phillips, el médico de a bordo, podía ayudarlo antes de su travesía.

A Boyd le gustaban los animales, y siempre intentaba ayudar a los necesitados.



Cuando niño, había traído a casa a cada animal perdido que había encontrado, demasiados para exasperación de su madre. Aparentemente esta joven era de temperamento parecido, ya que ahora iba en busca del pájaro que emitía trinos de dolor. Boyd creía que el pájaro causaba revuelo porque estaba tratando de bajar hasta la comida que ella esparcía y no podía. Dudaba que la joven pudiese ver al pajarraco desde su ubicación en el muelle, pero ella ya estaba rodeando las cajas de madera, buscándolo, hasta que finalmente alzó la mirada.

Boyd se apresuró hasta los muelles. Sabía que ella iba intentar trepar por esas cajas de madera para alcanzar al ave, lo cual sería peligroso. Las cajas de madera estaban apiladas a gran altura, por lo menos el doble de su altura, y en lugar de estar amarradas como deberían, fueron apiladas en una pirámide, con las mayores al fondo para que la pila tuviera menos probabilidad de perder el equilibrio.

Boyd llegó muy tarde. Ella ya había trepado a la tercera caja de madera, sus dedos colocados al borde, y había alcanzado al pájaro. Ahora intentaba persuadirlo con ruegos a entrar en la canasta.

Boyd controló su lengua, asustado que si decía cualquier cosa, la distraería y caería. Por la misma razón, no intentó trepar y jalarla bruscamente. Pero no estaba dispuesto a dejar que se lastimara. No se iría hasta que estuviese sin ningún daño en el suelo otra vez.

El pájaro, atraído con engaños por la comida de la canasta, finalmente entró en ella. La joven había logrado trepar con el cesto colgando del brazo, pero ahora que la canasta tenía a un ocupante vivo, no iba a ser tan fácil bajar. Ella debió notar eso porque bajó la mirada hacia sus pies.

—No se mueva —gritó Boyd—. Deme un momento y tomaré esa canasta por usted, entonces le ayudaré a bajar.

Ella volteó su cabeza y miró hacia abajo a él.

—¡Gracias! —Contestó ella, deslumbrándole con su sonrisa—. No tenía idea de que esto iba a ser mucho más difícil lo que en un principio parecía.

Él usó un barril pequeño, vacío como un punto de apoyo para alcanzar la cima de la primera caja de madera. No necesitó ir un poco más alto para tomar la canasta de manos de ella, luego simplemente saltó de regreso hasta dejarla a un lado. Pero ella no esperó por su ayuda. Ella bajaba por la segunda caja de madera cuando se resbaló y se vino abajo. Boyd se movió rápidamente y la atrapó entre sus brazos.

Sus ojos se abrieron con sorpresa. También los de él. Qué bendición tan inesperada. Él parecía no poder moverse. Bajó la mirada hacia las profundidades de unos oscuros ojos verde esmeralda. Dios mío, sus ojos le habían engañado. Era mucho más bonita de cerca. Y al sostenerla acurrucada en sus brazos de esa forma,



con los dedos de una mano tocando uno de sus senos y el brazo envuelto alrededor de su trasero, su cuerpo respondió, y lo único en que podía pensar era en besarla.

Enervado por desear a una mujer de una manera tan intensa y rápidamente, la bajó al instante. Lejos de él.

Ella enderezó su falda de color de lavanda antes de volver la mirada hacia él.

—Muchas gracias, señor. Eso fue... aterrador.

—No fue nada.

Con una acogedora inclinación de cabeza ella se presentó.

—Soy Katey Tyler.

—Boyd Anderson. Poseo *El Oceanus*.

—¿En verdad? Bien, poseo una de las cabinas en él, al menos hasta que lleguemos a Inglaterra. —Ella sonrió abiertamente.

Dios mío, esos adorables hoyuelos otra vez. Su cuerpo no se calmaba. Estaba sorprendido de que incluso fuera capaz de conversar, si a eso se le pudiese llamar así. ¿Qué diantres le había conducido a mencionar que era el dueño del barco? ¡Él nunca había hecho eso! Olía a jactancia... o intentar causar una muy buena impresión.

—¿Es Katey diminutivo de Catherine? —preguntó él.

—No, a mi madre le gustaba las cosas simples. Se dijo que era mejor dejar de lado Catherine ya que sabía que al final me iba a llamar Katey, y me llamó de esa forma.

Él sonrió. Se parecía a una Katey en cierta forma. ¡Las mangas enrolladas, el pelo recogido en un peinado informal, escalando cajas de madera en el muelle! Boyd tuvo un muy, pero muy fuerte sentimiento de haber encontrado a su futura esposa.

—Llevaré al ave —propuso Boyd—. Nuestro doctor puede atenderlo.

—¡Qué idea tan perfecta! Creo que se ha quebrado el ala derecha. Iba a buscar a un muchacho al que le gustaría cuidar de él.

La sonrisa de Boyd se hizo más marcada. Era bella y tenía un corazón compasivo.

—No le puedo decir cuan contento estoy, señorita Katey Tyler, de que vaya a navegar con nosotros.

Ella parpadeó con cierta indecisión.

—Bien... Gracias. Usted no puede imaginar cuanto he estado esperando con anticipación esto... ¡Oh!

De repente ella se fue corriendo. Boyd dio la vuelta y la vio corriendo hacia un niño que vagaba por el borde del muelle. Debía tener unos cuantos años. El niño se



agachaba temerariamente, mirando el agua, y corría el peligro de caer. Pero ahora estaba en manos de Katey quien recorría con la mirada los alrededores, probablemente buscando a los padres del niño, y en un instante ella se adentró en la multitud.

Boyd comenzó a seguirla, pero desistió de hacerlo. Ella podría pensar que era demasiado ansioso. Había parecido alarmada cuándo le había expresado su placer de navegar con ella. ¿Había sido demasiado directo, quizá incluso incorrecto? Bien, él no estaba exactamente acostumbrado a las formas de cortejar. Pero estaba seguro que podía ser tan encantador como su hermano Drew si se lo proponía.

Después de las muchas pullas de Phillips acerca de cómo desperdiciaba sus habilidades médicas en un sabroso bocadillo, Boyd regresó a cubierta. La rampa de abordaje del barco aún no había sido levantada; los últimos suministros aún estaban siendo cargados. Y Katey Tyler estaba a bordo.

Sus ojos, y luego sus pies, se dirigieron directamente hacia ella. Estaba de pie en la barandilla cerca de la rampa, y contemplaba el pueblo como él había hecho más temprano. Se detuvo justo detrás ella.

—Nos reencontramos.

Él la había sobresaltado, posiblemente con el tono ronco de su voz. Ella se dio la vuelta tan velozmente, que chocó contra él. Estaba parado tan cerca, oliendo el perfume a lila de su pelo, que ella no pudo evitar la colisión. Se sonrojó mientras intentaba alejarse pero no pudo con la barandilla detrás de ella. Reacio a perder el contacto, Boyd retrocedió un paso para darle su espacio.

—No proviene de Bridgeport, ¿verdad? —dijo él.

—¿Cómo lo supo?

—Porque soy de Bridgeport. Créame, si usted hubiera vivido aquí, yo habría regresado a casa bastante más a menudo.

Sus palabras y su sonrisa podrían haber sido un poco demasiado atrevidas porque estaba obviamente azorada. Ella bajó la mirada, entonces comenzó a volverse hacia el muelle, pero alguna otra cosa atrajo su atención.

—Quién habría pensado que serían tan problemáticas. —Comentó una joven de cabellos color zanahoria mientras se acercaba a ellos, sujetando en cada mano a unas niñas que de pocos años—. Vamos a tener que estar pendientes de ellas si las subimos otra vez a cubierta.

Katey se inclinó y tomó a una de las niñas y lo colocó en su cadera, quien empezó a jugar con su cabello. Boyd no podía distinguir si el nene era un niño o una niña.



—No es una mala idea, Grace. A esta edad son muy curiosas —señaló Katey.

—Bien, aquí, dámela. Las pondré bajo cubierta antes que naveguemos.

—¿Son suyos? —preguntó Boyd tan pronto como la otra mujer se marchó con las dos niñas.

Él estaba bromeando, pero Katey le dirigió una mirada ceñuda en su bonita cara. Entonces sus ojos se abrieron y dijo:

—¡Sí! En verdad, no se me ocurrió mencionarlo, pero estoy casada y en camino a encontrarme con mi marido en Inglaterra. Debería ir y ayudar a mi doncella. Esas dos pueden ser unos diablillos.

Se fue corriendo. Boyd se quedó ahí parado, anonadado.

Tyrus se acercó a él, golpeando ruidosamente una mano en su hombro.

—¿No siempre es lo mismo? Las buenas ya están casadas.

Boyd negó con la cabeza y gimió. Iba a ser un viaje largo.



## Capítulo 1

*Londres, Inglaterra, 1826*

LA NOTA FUE ENTRAGADA por un niño desaliñado que ignoraba que se encontraba en la casa equivocada. El error no era culpa suya. No se le había informado que en Londres existían muchas casas que pertenecían a los Malory. Él se dirigió a la primera que le indicaron, complacido en que pronto tendría unas cuantas monedas en su bolsillo. Y tal como se le instruyó, se fue corriendo antes que Henry pudiera interrogarlo.

Henry y Artie, dos viejas y costrosas focas, habían compartido el trabajo de mayordomo en la casa de James Malory desde que este se había retirado de su vida en el mar y ambos se habían retirado con él. Pero recientemente James había vuelto por poco tiempo al mar, para rescatar a su cuñado Drew Anderson, quien se había metido en un embrollo, cuando —según uno de sus tripulantes que había logrado escapar—, ¡piratas habían capturado su barco en el puerto londinense! ¡Con él abordo! Henry y Artie habían echado una moneda a cara o cruz que para ver quien navegaría con James para el rescate. Henry había perdido.

Henry lanzó la nota sin leerla sobre una montaña de cartas e invitaciones que enviaban algunas personas que desconocían que los Malorys de esta rama particular de la familia no estaban en su residencia. Un mayordomo común nunca habría dejado que la bandeja sobre la mesita del vestíbulo rebalsase de invitaciones y cartas. Pero en los ocho años desde que Henry y Artie compartían el trabajo, ninguno de ellos había aprendido cómo ser un correcto mayordomo.

Esa tarde cuando Boyd Anderson regresó a la casa Malory en Berkeley Square, encontró la nota en su bandeja, junto con algunas otras cartas que se habían deslizado de la gran pila junto a ella. Usualmente él no tenía su propia bandeja en la casa de su hermana Georgina, pero eso se debía a que usualmente sus visitas eran de una o dos semanas, nunca duraban varias semanas como esta visita. Ni tampoco era la primera vez que el correo de Georgina se confundía con el suyo.

A pesar de pensar mucho en ello, Boyd aún no tomaba la decisión de instalarse en Inglaterra. Pero esa no era la razón por lo cual aún estaba allí. No había regresado al mar porque estaba haciéndole a su hermana un favor. Aunque Georgina se había



emparentado con la gran familia Malory y a cualquiera de sus numerosos parientes políticos le habría dado mucho gusto encargarse de sus niños mientras ella estaba fuera, la hija de siete años de Georgina, Jacqueline, se negó a unirse a sus jóvenes hermanos gemelos en la casa de campo de su prima Lady Regina Eden, porque no quería estar lejos de su mejor amiga y prima, Judith. Los otros Malorys en Londres podrían haber cuidado de ella, pero ya que Boyd se hospedaba en su casa londinense, Georgina le había pedido a él que vigilara a Jacqueline hasta que regresara de navegar.

Habría preferido acompañarlos en el rescate. Eso hubiera sido algo muy bueno con lo que molestar a su hermano Drew. Pero él, en realidad, le había hecho a Georgina otro favor, al no continuar insistiendo en ir, ya que su marido no se llevaba bien con ninguno de sus hermanos, incluyéndolo a él. Ese hombre ni siquiera se llevaba bien con sus propios hermanos. Y no había forma de que él y James Malory no se enfrentaran a golpes si terminaran juntos en un barco. Además, la mirada en la cara de James cuando Boyd había sugerido acompañarles... Boyd estaba contento de tener una excusa para quedarse después de todo.

—Todos sabemos, dónde Jack preferiría quedarse. —Georgina había comentado—. Salvo que Roslynn ha sugerido que podría estar encinta otra vez, por lo que en estos momentos necesita paz y tranquilidad en su hogar, lo cual no sería el caso con Judy y Jack en casa. Cuando estés listo para navegar será lo suficientemente oportuno como para dejarla allí.

Roslynn Malory resultó no estar embarazada. Boyd terminó no navegando como lo esperaba. Y Jack, como su padre la había nombrado en su nacimiento, era lo suficientemente feliz en donde estaba, ya que conseguía visitar a su prima Judith con tanta frecuencia como le apetecía.

De cualquier manera, Boyd no estaba exactamente preocupado por Drew. Georgina se había preocupado bastante por todos ellos. Pero Boyd conocía muy bien a su hermano y no tenía duda que saldría airoso sin importar el problema en el que se había envuelto, mucho antes de que Georgina y su marido llegaran a ayudarlo. ¡Demonios, considerando cuánto tiempo estaban fuera, comenzaba a sospechar que ni siquiera habían logrado alcanzar el barco de Drew!

Georgina no había esperado que Boyd se quedara tanto tiempo en Londres. Nadie, ni siquiera él mismo lo había esperado. Pero cuando su barco, *El Oceanus*, regresó de su corta travesía, en lugar de partir con él, lo envió fuera otra vez. Y pensó mucho más en dejar de navegar para siempre.

El negocio familiar de Los Andersons, la naviera *Skylark*, ahora contaba también con una oficina en Londres. Aunque su familia había evitado Inglaterra por largos años debido a la vieja guerra y el rencor que había surgido de ella, estaban otra vez





firmermente arraigados en el comercio con los ingleses. De hecho, ahora que Inglaterra era la central para todas sus rutas recién adquiridas, la oficina londinense había crecido considerablemente en los últimos ocho años. Boyd no podía imaginarse asumiendo el control de ella.

¿Quedarse en Inglaterra? Dios, ¿por qué no lo había hecho aún? Porque por raro que pareciera, amaba el mar. Y odiaba lo que le había hecho.

Georgina lo había iniciado en la sociedad londinense más de una vez en sus visitas. Incluso tenía un armario con un guardarropa más apropiado para un caballero en la casa de ella, especialmente para sus estadías londinenses, ¡ya que los ingleses vestían con una pizca de elegancia extra a la de los marineros! No llevaba las corbatas con excesivos plisados o los puños de camisa en forma de lazo como algunos hacían. De hecho, siguió el ejemplo de su cuñado, James... camisa de buena hechura, y el cuello abierto. Y tenía algunas chaquetas del terciopelo con las que ataviarse para los acontecimientos sociales de noche.

En su extendida visita él había recibido invitaciones para bailes y soirées de los conocidos de Georgina que sabían que todavía estaba en la ciudad, y ocasionalmente había aceptado. No buscaba desesperadamente una esposa, pero si la mujer correcta apareciese, ese sería incentivo para asentarse. Él había pensado que ya la había encontrado. Katey Tyler habría sido la mujer perfecta para él... ¡Si ella no estuviese ya casada!

Dios, ¿cómo la había dejado colarse en su mente una vez más? La primera vez que sucedió, le tomó días y una buena racha de bebida poder sacarla de nuevo. Pero sólo por poco tiempo. Ella rondaba en sus pensamientos la mayor parte del tiempo. ¡Al parecer el saber que no podía tenerla debido a que ya tenía un marido le hacía desearla aun más! No había podido sacar en claro que había en Katey Tyler que lo había hecho retorcerse durante el viaje. Teniendo en cuenta que no era el tipo de mujer que cautivaba sus ojos.

En primer lugar era demasiado alta, de hecho era algunas pulgadas más pequeña que él. Él prefería sentirse alto con referente a sus mujeres, y la señora Tyler no lo había hecho sentirse así cuando se paraban frente a frente. Pero eso no tenía importancia. Una mirada a sus exuberantes y abundantes curvas y nada más tenía importancia.

Ella podría hablar mucho... sobre nada en especial. Eso era una hazaña notable. ¡Aun más notable, él no lo había encontrado para nada molesto! Sus hoyuelos a menudo hacían parecer que estaba sonriendo aun cuando no lo hiciera. Y ella se contradecía mucho, lo cual podía ser realmente confuso, pero él en realidad lo encontró muy cautivador. La hacía parecer fascinantemente distraída. Su nariz era delgada, casi fina, sus cejas más bien delgadas, su boca... no podía pensar en su boca



sin desesperarse.

Ninguna mujer lo había afectado tanto como esta antes, o había permanecido en sus pensamientos por tanto tiempo.

Sin embargo, Gabrielle Brooks había capturado su interés. ¡Qué alivio fue, saber que no era un caso perdido después de todo! Ella podía haber desterrado a Katey de su mente... bien, esa había sido originalmente sus esperanzas. Gabby había llegado a Londres casi al mismo tiempo que él y se había convertido en el huésped de Georgina y James por causa de que su padre, un viejo amigo de James, le había pedido que la patrocinaran para la temporada.

Una cosa bonita, Gabby podría haber hecho que sus pensamientos se volvieran al matrimonio si tan solo Drew, no se hubiese fijado en ella. No es que su despreocupado hermano tuviese la intención de colocarse los grilletes, como lo había hecho el inglés. Pero también Gabby parecía fascinada con Drew, así es que Boyd dejó de pensar en ella como su posible esposa. Además, era la hija de un pirata, como resultó ser ella también, y a Boyd le habría dado mucho trabajo dejar pasar ese simple hecho. Los piratas eran los némesis de los marineros honestos.

Él recorrió con la mirada las dos invitaciones en su bandeja de hecho estaban dirigidas a él y cuidadosamente apartó las otras cuatro que estaban dirigidas a su hermana. Abrió la nota doblada porque no sabía para quien iba dirigida. Él tuvo que leerla dos veces antes de entender lo que significaba. Y para ese entonces estaba subiendo las escaleras gritando el nombre de su sobrina.

Cuando encontró a Jacqueline en su cuarto, el color volvió a sus mejillas y su corazón lentamente regresó a su pulsación normal. Él leyó la nota otra vez.

*Tengo a su hija. Comience a reunir su fortuna si quiere recuperarla. Se le informará el lugar de entrega.*

Boyd guardó de un empujón la nota en su bolsillo, decidiendo que obviamente había sido entregada a la casa equivocada. Se preguntó si alguno de los vecinos de Georgina tenía hijas. No lo sabía, pero él tendría que llevarles esa nota a las autoridades.

— ¿Qué te pasa, Tío?

Recorriendo con la mirada la expresión desolada de Jack, Boyd contestó:

— Te podría preguntar lo mismo.

Ella comenzó a encogerse de hombros, pero entonces suspiró y dijo:



—Judy monta su primer caballo hoy en Hyde Park. No un poni, el Tío Tony le ha comprado a ella un auténtico caballo.

—¿Y no fuiste invitada a observar? —adivinó él.

—Sí, pero... creo que sólo el Tío Tony debería compartir eso con ella. Lo ha estado esperando con expectativa.

Boyd logró reprimir una sonrisa. Su sobrina tenía sólo siete años, pero algunas veces lo asombraba con su profundo entendimiento y su consideración para otros. Obviamente deseaba estar en el parque observando a su mejor amiga montar su primer auténtico caballo, pero en lugar de eso había tenido en cuenta los sentimientos del padre de la niña.

Boyd estaba enterado de la excursión y había temido que Jack se sintiera ignorada. De hecho había considerado comprarle a ella también un caballo, pero entonces se percató que a su hermana podría darle un ataque si lo hacía. Aunque fue la probable reacción de James lo que le hizo desistir de la idea. Si Sir Anthony había estado esperando con expectativa ver la excitación de su hija al montarla en su primer caballo, James probablemente lo esperaba con la misma emoción.

—Además —agregó Jacqueline—. Judy viene de visita esta noche para pasar el fin de semana, así es que escucharé...

Ella no terminó la frase porque Henry entró precipitado y completamente sin aliento, como si hubiera subido corriendo las escaleras tal como Boyd lo había hecho. Sin decir qué le había traído arriba con tal prisa, echó un vistazo a la niña de la casa y luego indicó a Boyd de que saliera al corredor. Henry sabía que los niños pequeños tenían orejas grandes, y ésta era una cosa en la que debía estar absolutamente seguro de que Jack no escuchara sin intención.

—Un mensajero acaba de venir de parte de Sir Anthony —susurró Henry urgentemente en la oreja de Boyd—. Ha pedido que cada hombre de la casa vaya y lo ayude a buscar a su hija, ella ha desaparecido en el parque...

—Por todos los infiernos —dijo Boyd, y jaló Henry escaleras abajo con él antes de mostrarle al lobo de mar la nota.

Tenía sentido ahora. La nota no había sido entregada a la casa equivocada en esa calle, simplemente en la casa Malory equivocada, lo cual era frecuente con ocho diferentes residencias Malory en la ciudad.

—No va a ser necesario hacer una búsqueda —señaló Boyd desagradablemente—. Pero necesito llevarle esta nota a Sir Anthony inmediatamente.

—Demonios el capitán estará furioso por no haber podido estar aquí para ayudar.

Boyd no dudó que el capitán al que Henry se refería era James Malory. Los dos



hermanos menores Malory eran muy cercanos, tal como Boyd era cercano a Drew y Georgina, siendo ellos los tres últimos en nacer en su familia.

—En ese caso tendré que representarlo —dijo Boyd saliendo precipitadamente de la casa.



## Capítulo 2

EL VIAJE EN CARRUAJE FUE aterrador. Era un viejo carruaje y los asientos ni siquiera tenían relleno. Quizás lo tuvieron cuando el carruaje fue nuevo, ¿pero hace cuántos siglos de eso? Ambas ventanas estaban abiertas a los elementos. Cualquier vidrio que podría haber estado allí hacía mucho tiempo que se había roto y retirado.

Una simple tela había sido clavada con tachuelas sobre cada abertura para al menos impedir que entrara el viento, así como también dejaba fuera la mayor parte de la luz del día. Al menos no había probabilidad de congelarse ya que estaban a principios de octubre. Judith estaba agradecida por tener una cosa menos a la que temer.

Aún así no había llorado. Seguía diciéndose a sí misma que era una Malory y los Malorys estaban hechos de una materia más fuerte. Y además, sus ojos le picarían si lloraba. Sabía que lo harían. Y sus manos estaban atadas así que no podría enjugarse las lágrimas. Pero era difícil retenerlas y no derramarlas.

Lo que había comenzado como un día emocionante se había convertido en una pesadilla de las que nunca había imaginado. Había estado alardeando en el parque. No quería que su padre se preocupara de que el caballo que le había comprado fuera demasiado grande para ella, o que ella no pudiera manipularlo correctamente.

Era una hermosa yegua, un caballo delgado de sólo dos pies más alto que su poni. Y tenía buen balance en el asiento. Su padre le había comprado una silla de montar normal, no una silla de mujer, y le había dicho que a ella que le faltaban algunos años más por delante antes de que necesitara aprender a montar como una dama. Ella sólo quería ver con cuán rapidez correría la yegua y probarle que no necesitaba preocuparse por ella.

Pero su breve recorrido la había llevado por una curva en el camino, lejos de donde su padre había estado parado observándola y fuera de su vista. Ya había reducido la velocidad de la yegua para doblar y regresar cuando fue arrancada bruscamente de ella. La yegua recibió unas palmadas y se había alejado con velocidad, y Judith había sido arrastrada a través del grueso follaje al lado del camino con una mano sobre su boca para evitar que gritara.

Y además una voz la había amenazado:

—Haz cualquier ruido, y te cortaré la garganta y arrojaré tu cadáver a los



arbustos.

No hizo ningún ruido. En cambio se desmayó.

Cuando despertó, sus manos estaban atadas, sus pies estaban atados, y su boca amordazada. Caerse del asiento al duro suelo la había despertado.

No intentó levantarse para regresar al asiento, no pensó que podría arreglárselas. Y el miedo tomó su lugar. Sabía que el carruaje corría imprudentemente ya que su cuerpo pequeño era al que hacía rebotar por todo el sucio piso. A donde fuera que la estuvieran llevando, tenía la certeza de que nunca lograría llegar. El carruaje iba a dar tumbos y romperse con ella dentro.

Pero eventualmente se detuvo sin contratiempos y la puerta se abrió. Inmediatamente le arrojaron algo, una capa o una manta que la cubrió, sin darle ningún tiempo para ver quién estaba allí. Fue envuelta con la capa de tal forma que estuviera cubierta hasta la más mínima pulgada antes que la arrastraran del piso por los pies, luego el viento la golpeó mientras la dejaban caer sobre un hombro huesudo para ser acarreada hacia alguna parte.

Aún no había visto quien la había raptado, pero la voz que la había amenazado, un tanto ronca, había sonado como la de una mujer. Pero eso no disminuyó el miedo de Judith.

En esos momentos oía sonidos, muchos, y voces, hasta un poco de risa. Y el olor de comida era fuerte, haciendo que se diera cuenta de cuán hambrienta estaba. Pero Judith más tarde comprendió que se había desvanecido, como si ya hubieran pasado un portón o una cocina o un comedor y estos quedaran atrás. No podía ver nada a través de la capa, pero podía deducir que la llevaban escaleras arriba. La persona acarreándola comenzó a respirar más pesadamente por el excesivo esfuerzo.

Una puerta fue abierta. Rechinó. Y sólo entonces la colocaron en algo suave. ¿Una cama?

No le quitaron la capa. Intentó contonearse para quitársela y así poder ver otra vez.

—Para con eso. —Le gruñó una voz—. Quédate quieta, callada, y no saldrás herida.

Se quedó quieta. Y ya estaba en silencio. Y la puerta volvió a abrirse, pero no la dejaron sola. Alguien más había llegado.

—Pensé que eras tú la que se movía a hurtadillas hasta la habitación de la taberna. —Dijo un hombre con un tono acusador—. ¿Dónde demonios has estado, mujer? Cuando me arrastraste hasta aquí para visitar a tu tía, no dijiste que desaparecerías por un día entero. Desperté para encontrarme con que te fuiste esta mañana. ¿Qué



debía pensar, eh?

Él se había acercado a la cama mientras hablaba, pero retrocedió luego con un jadeo y se dio la vuelta para gruñirle a la mujer.

—¿Qué es eso?

—Esa es tu fortuna. —Dijo ella con una risa ahogada.

Le arrebataron la capa. La luz de lámpara en el cuarto la cegó por un momento, pero tan pronto como sus ojos se adaptaron, Judith se quedó mirando con ojos muy abiertos a un hombre alto de ojos celestes y brillante cabello de color zanahoria. No era feo o bien parecido. Estaba vestido decentemente, también, como la mayoría de la clase acomodada. Y observó que su rostro se volvía pálido mientras se la quedaba mirando con la mirada fija. Estaba asustada, pero por alguna razón el hombre parecía estar aún más asustado que ella.

Él volvió su expresión horrorizada hacia la mujer.

—¿Su cabello? ¿Sus ojos? —Él se atragantó—. ¿Creíste que no reconocería a quién pertenece?

—¿Creíste que trataría de esconderlo?

—Perdiste la cabeza, no hay otra excusa. —exclamó él—. Mira ésta nariz torcida. ¿Creías que nací con ella? ¡Mira estas cicatrices en mi cara! ¿Sabes cuántos huesos de mi cuerpo quebró ese hombre? Tengo suerte de estar con vida después de la paliza que me dio, ¿y tú robas a su hija? ¿Cómo pudiste hacer esto? ¿Por qué?

—Cada vez que te echas unos tragos tengo que escucharte gimotear sobre la fortuna que debió haber sido tuya. Bien, deberías estar contento de que finalmente estoy de acuerdo contigo. Tienes mi apoyo, debe ser tuya, nunca debería haber ido a manos de una tonta jovencuela, después de casarse en una familia rica. Así que vuelve a casa donde pertenece, a nosotros.

Geordie Cameron negó con la cabeza incrédulamente. Él realmente nunca había lamentado casarse con esta mujer... hasta ahora. La había contratado para hacer administrar su primera tienda en Edimburgo, ya que él ignoraba todo sobre el funcionamiento de una tienda. Había terminado sucumbiendo a sus flirteos y le había pedido que se casara con él. Era de clase baja, pero en ese momento de su vida, no le importó. Él podía haber hecho algo como esto en aquel entonces. En realidad, había intentado obligar a la madre de esta niña a casarse con él. Al final, Roslynn lo hizo cambiar de parecer con su generosidad.

—Lo que un hombre dice cuando está como una cuba, no es usualmente lo que piensa cuando esta sobrio. Renuncié a esa fortuna hace años. Mi tío abuelo tenía todo el derecho de dársela a quién quisiera, y mi prima era su pariente más cercano, así





que se la dio a ella. Él nunca me habría dado una parte a mí, odiándome como lo hacía.

—Aún así, deberías te...

—Cállate, mujer, y escúchame. Te lo estoy diciendo porque has perdido la cabeza. Mi prima Roslynn me dio el medio para abrir nuestras tiendas. Me dio diez mil libras, las cuales fueron deslizadas en mi valija sin que yo lo supiera, sin esperar un agradecimiento por ello. Fue lo suficiente para abrir tres de nuestras tiendas, y nos han mantenido bastante bien. No somos ricos, pero tampoco nos falta el dinero. ¿Y así es como se lo recompensamos?

—¿Y crees que he perdido la cabeza cuando acabas de decirle a la muchacha quienes somos?

—Tú lo hiciste en el momento que mencionaste esa maldita fortuna en relación a su madre.

Ella resopló, y luego murmuró:

—Tomé ciertas precauciones para esconder en donde estamos. Hasta robé un viejo carruaje esta mañana antes de salir a Londres, sólo en caso de que pudieran notar que me marchaba precipitadamente. Pero nadie me vio. Fue todo muy fácil. Tenía el plan de entrar en su casa, pero mientras vigilaba, la muchacha bonita salió con su padre. Así que en cambio, los seguí al parque, un lugar mucho mejor para un atraco, pensé, hasta que me di cuenta de que el hombre no permitía que se apartara de su vista. Estaba a punto de marcharme cuando ella cayó en mis manos.

—No me interesa cómo lo hiciste, quiero escuchar como lo desharás. La llevarás de regreso.

—No. —Contestó ella rotundamente—. Ya es demasiado tarde para eso. Antes de abandonar Londres, hice los preparativos para que la nota sea entregada esta noche, comunicándoles a donde deberían llevar el rescate. A estas horas ya la habrán recibido. —Pero entonces ella le sonrió—. Eres la mejor cosa que alguna vez me haya ocurrido, hombre, no hay quien lo niegue. Y ahora te lo estoy pagando haciéndonos más ricos de lo que unas cuantas tiendas podrían hacer. ¿Entonces qué importa si tenemos que marcharnos del país por eso? —Añadió ella con indiferencia—. Ese es un pequeño precio que pagar por una fortuna. Consúltalo con la almohada. Verás que estoy en lo correcto en la mañana.

Entonces levantó en brazos a la niña y la colocó en el piso, en la esquina del cuarto para que así pudieran recuperar su cama. Geordie inmediatamente agarró dos almohadas de la cama así como también la manta y las puso alrededor de la niña para ponerla más cómoda. Su esposa se rió de él. Él apretó los dientes, esperando que el sueño de una noche le hiciera ver el error que ella tontamente había cometido. No



le gustó pensar en la posibilidad de enviar a prisión a su esposa para salvarle la vida a ambos. Pues no tenía ninguna duda que lo que ella había empezado iba ser la causa de sus muertes a manos de Anthony Malory, si la muchacha no era de vuelta inmediatamente.

—Por favor, por favor, dile a tu padre que yo no tuve nada que ver con esto. —Le susurró a la niña mientras la cubría gentilmente—. No fue idea mía, lo juro.

—¿Qué es lo que estas murmurando? —exigió su esposa.

—Nada, querida.



## Capítulo 3

UN MAULLIDO DESPERTÓ a Katey Tyler por segunda vez en esa noche. ¿Un gato? ¿Un bebé? Era difícil de determinar exactamente lo que hacía ese ruido, pero era muy irritante, y parecía venir del cuarto directamente junto al de ella. Su cama colindaba con la pared que dividía los cuartos, por un momento consideró el intentar mover la cama y alejarla lo más posible de la fuente del ruido, pero era una cama grande y no creía poder moverla sin despertar a todos los demás en el piso.

Habían arribado a esta posada en las afueras de Northampton muy tarde la noche anterior. No estaba demasiado lleno así es que Katey había podido alquilar también un cuarto para su doncella, Grace. Ahora deseaba que ese no hubiese sido el caso, porque si Grace estuviera allí, juntas hubieran podido mover la cama.

Lo aventurero a hacer, sería levantarse e ir investigar el sonido. Después de todo, ¿no había Katey venido a Inglaterra para tener aventuras? Bien, no exactamente a Inglaterra, ya que era meramente la primera parada en su vuelta al mundo. Pero el objetivo de su viaje era ver y hacer cosas nuevas y poner alguna excitación en su vida. Aventura, excitación, tal vez aun un poco de romance si tenía suerte.

De lo último había obtenido más de lo esperado en su travesía en *El Oceanus* desde Norteamérica a Inglaterra, o la habría tenido si ella no hubiese entrado en pánico y se presentara con una identidad que no era realmente la suya para así evitar el avance de los hombres al hacerse pasar por una mujer casada. Ella acababa de iniciar su grandiosa excursión y no quería que terminara inmediatamente por su atracción hacia el primer hombre bien parecido con el que se encontrara.

Y esa había sido una posibilidad muy fuerte al conocer a Boyd Anderson. Cuando él la había sujetado en sus brazos allí en el muelle en Bridgeport, Connecticut, salvándola de una desagradable caída desde las cajas de madera sobre las que había trepado, se había sentido tremendamente azorada. ¡Pero cuando él le sonrió! Dios mío, se había sentido tan extraña por adentro que se asustó, por lo que se alegró de encontrar la primera excusa para alejarse corriendo.

Y aún no se había calmado de ese encuentro, cuando un poco más tarde él se acercó a ella en la cubierta de su barco. ¿Qué sabía ella acerca de los hombres, después de todo? Tener tres propuestas de matrimonio de hombres mayores en su pueblo no la habían preparado para alguien como Boyd Anderson. Aun cuando tuvo a un muchacho de dieciséis años de edad saliendo en persecución de su carruaje



cuando dejaba Danbury con su madre, no le había generado más sentimientos que diversión. El niño la había seguido por todas partes durante su breve viaje de compras a la ciudad, pero no había dicho una sola palabra hasta que lo dejaron. ¡En ese instante había gritado tras ella que él sería un buen marido! Por entonces, sólo tenía doce años de edad y no había hecho más que reírse tontamente mientras su madre ponía los ojos en blanco.

Pero Boyd Anderson con su pelo rizado, de oro y café, y esos ojos café oscuro que tan fácilmente la habían fascinado, era el hombre más guapo que alguna vez hubiese visto. Y si él no se hubiera acercado a ella otra vez en la cubierta, tan poco tiempo después de su primer encuentro, de qué manera tan diferente podría haberse desarrollado su viaje. Pero él lo hizo. Más aún, se aproximó tanto que la rozaba, abrumándola con su masculinidad. Y entonces esa nueva sonrisa, tan sensual le robó el aliento y le produjo una miríada de sensaciones nuevas tan inestables que hizo que entrara en pánico. Así que no fue extraño, que se abalanzara sobre la idea que él le diera, cuándo su doncella se acercó con los dos niños que escoltaban a Inglaterra, y él medio en broma le preguntó si eran suyos.

Él no se había acercado a ella otra vez, así pues fingir que estaba casada había servido a sus propósitos. Había evitado que hiciera más avances. ¡Pero, oh, qué excitante había sido eso! Saber que se sentía atraído por ella, verlo en sus ojos, en su expresión, cada vez que estaba cerca de ella. ¡Su control había sido especialmente admirable porque él había tenido la apariencia de un polvorín de pasiones!

Pensar en él no le permitió volver a quedarse dormida, pero eso no era inusual. Ella lamentó haber entrado en pánico cuando un hombre tan bien parecido y masculino como Boyd había expresado interés en ella, pero por eso es que había venido a este viaje: por la aventura y la experiencia. La próxima vez que se encontrara con las atenciones de un hombre bien parecido, sabría cómo manejar la situación.

El molesto ruido se inició otra vez. Si estuviera en casa, inmediatamente hubiera averiguado lo que pasaba. No podía soportar pensar en animales heridos, hambrientos, o víctimas de abuso. Había perseguido al agricultor Cantry por todo el pueblo una vez con la propia vara de este, luego que se la quitara de su mano cuando lo atrapó usándola en su caballo. Los ciervos comían manzanas de su mano, tenían tal confianza en ella. Y los gatos de su vecino dejaban regularmente ratas en su porche como regalo.

Otra vez el sonido llegó hasta los oídos de Katey. Finalmente ella apartó las cobijas, tomó la bata que había dejado en el pie de la cama, y estaba fuera de la puerta antes aun de haberla asegurado. Estaba a punto de golpear la puerta del otro cuarto pero se detuvo justo a tiempo. Realmente no quería despertar a nadie más



solamente porque su sueño había sido perturbado.

Ella sacó su negrísimo cabello desde debajo de la bata mientras pensaba qué hacer. Probablemente era simplemente un gato atrapado en un cuarto vacío. Ésta sería la segunda vez que le pasaba durante el viaje, si ese fuera el caso. Estaba bien avanzado el verano cuando llegó a Inglaterra, ahora era casi otoño, y los dueños de posadas dejaban las ventanas abiertas, incluso en los cuartos vacíos para mantenerlos frescos tanto como pudieran antes que el clima se volviera demasiado frío. Así que, los gatos callejeros encontraban su camino al interior a través de esas ventanas abiertas en busca de comida, y luego olvidaban cómo salir y causaban gran revuelo por ese motivo.

Probar si la puerta estaba abierta, le diría rápidamente si el cuarto estaba ocupado. Si estaba atrancada, tendría que considerar bajar la escalera para quejarse al posadero. Si se abría, el ruidoso gato probablemente saldría corriendo a toda prisa al corredor, y su problema estaría solucionado.

La puerta abrió cuando tanteó la manija. Ella la empujó lo suficiente para que el gato saliera corriendo, pero ningún gato apareció. Había un resplandor naranja en el cuarto como un fuego extinguiéndose, o una lámpara baja, lo cual indicó que el cuarto estaba ocupado por personas en vez de gatos perdidos.

Ella cerró la puerta quedamente, avergonzada por haber abierto la puerta de la habitación de alguien. Sin embargo, no se movió. ¿Qué había provocado el ruido? ¿Un bebé? Ese había sido su otra idea. Quizás los padres estaban tan acostumbrados al sonido que no los despertaba. Pero allí estaba otra vez, ese gemido, y extrañamente, sonó más desesperado ahora.

Sólo echaría un pequeño vistazo, se dijo a sí misma mientras reabría la puerta y asomó la cabeza por la abertura para investigar el interior de la habitación. Había una lámpara con una llama tan exigua que podría apagarse de un momento a otro. Allí estaba la cama, ocupada por un par de personas bajo las sábanas, uno roncaba suavemente.

Buscó velozmente una canasta en el piso que pudiera contener un bebé, y si lo encontraba, despertaría a los padres para que se encargaran de él. Pero lo que encontró fue un par de grandes ojos que se clavaban en los suyos, ojos que parecían suplicarle, pertenecían a un niño que estaba amordazado y sentado en el piso en un rincón del cuarto. No podía afirmar si era niño o niña ni podía ver si sus manos también estaban atadas ya que una manta las cubría, pero sospechaba que sí lo estaban, debido a que no hacía ningún esfuerzo para quitarse la mordaza.

Lo inteligente sería bajar corriendo las escaleras para pedir ayuda. Pero Katey no se preocupó por ser sensata. Tenía que sacar al niño de allí. Más tarde se preocuparía sobre si tenía derecho a interferir o no. Una visita al magistrado local aclararía eso, y



si el niño fuera devuelto a sus padres, tal vez el magistrado pudiera infundir el suficiente miedo en ellos para evitar que maltrataran a su hijo otra vez.

Ese maltrato la enfureció y la llevó directamente a través del cuarto sin pensar en las dos personas durmiendo en la cama. Pero cuando alcanzó al niño y quitó la manta, reveló el largo pelo cobrizo de una niña, Katey vio que el maltrato era mucho peor de lo que había pensado. No sólo estaba la chica atada de manos y pies, sino que una larga tira de tela también la aseguraba al lugar ya que tenía un extremo atado alrededor de su tobillo y el otro atado alrededor de una de las patas de la cama. Por eso es que ella no había intentado contonearse o rodar para salir de allí.

Katey rápidamente desató la larga tira de tela y recogió a la chica. Ahora estaba más atenta a las personas en la cama que podrían despertarse de un momento a otro. Susurró un *Shh* a la niña en caso que no comprendiera que la estaban rescatando e hiciera ruido otra vez, Katey anduvo de puntillas fuera del cuarto y logró cerrar la puerta detrás de ellas sin tener dejar en el suelo a la niña. Entonces corrió hacia su habitación, colocó a la chica en la única silla del cuarto, rápidamente cerró su puerta, y encendió una lámpara así podría ver lo que estaba haciendo antes de empezar a soltar las cuerdas.

Las cuerdas resultaron ser tiras de tela áspera, con nudos que estaban demasiado apretados para soltarse, puesto que aparentemente la niña se había esforzado en soltarse. Pero Katey viajaba preparada para los contratiempos menores y las emergencias.

Usualmente dejaba los baúles de ropa más grandes atados en su carruaje de alquiler si sólo iba a quedarse por poco tiempo en un lugar, su carruajero pasaba la noche en su interior para protegerlos. Por eso llevaba una maleta de mano con mudas de ropa interior, un vestido de viaje adicional, y un pequeño costurero.

Trajo las pequeñas tijeras del set de costura y cortó rápidamente las ataduras de la niña. Pero una vez liberada, la niña se dirigió directamente al orinal de la esquina del cuarto, tropezó y tropezó todo el camino sin duda porque sus extremidades estaban entumecidas al estar constreñidas por tanto tiempo. ¡Pobre niña! No era extraño que hubiese emitido tales ruidos lastimosos.

Katey se volvió de espaldas para darle a la chica un momento de privacidad. Abrió la canasta de la merienda que ella y Grace habían empezado a llevar desde que tuvieron que pasar la noche con hambre porque habían arribado a una posada demasiado tarde para cenar.

— ¿Tienes hambre? —preguntó ella mientras tomaba pan y cortaba una rodaja de queso.

— Estoy famélica.



—Bien, ven a sentarte aquí. No es ningún festín y está un poco seco, pero...

—Muchas gracias —la interrumpió la niña, arrebatándole de la mano el pan.

—Si esperas un momento, te prepararé un plato.

—No aguanto las ganas —dijo la chica con la boca llena—. Realmente, esto está bien.

Katey frunció el ceño.

—¿Cuándo comiste por última vez?

—Esta mañana. ¿O fue ayer por la mañana? No sé qué hora es.

Ni Katey. Podían estar cerca del amanecer por lo que ella podía saber. Con las cortinas del cuarto cerradas, no podía distinguirlo. Pero ahora fijó una mirada horrorizada en la muchacha.

—¿Cómo pudieron hacerte esto tus padres? ¿Te portaste tan terriblemente mal?

—Mis padres nunca me tratarían así —dijo la chica, su tono casi ofendido. Pero hizo una pausa cuando vio una tarta en la canasta y la agarró antes de continuar—, si usted se refiere a la pareja de la otra habitación, nunca los había visto antes en mi vida.

Katey encontró esto altamente incierto e iba a decirlo pero controló su lengua. La niña estaba desesperadamente hambrienta, comiendo todo lo que veía. Había sido atada y dejada en el frío suelo para dormir. Si los de alado eran sus padres, se merecían algunos disparos.

—¿Entonces cómo llegaste allí?

La muchacha se sentó en la silla junto a la mesa y comió con menos prisa. Katey veía ahora que era excepcionalmente bella. Su pelo de oro solar estaba veteado de cobre, y aunque estaba despeinado, aún estaba limpio y brillante. Y sus ojos eran de un precioso tono azul oscuro. Tenía un cardenal en una mejilla. Y aunque el vestido de equitación en terciopelo rosado que llevaba puesto estaba sucio con polvo y lo que se parecía a una telaraña enganchada a la falda, no era una prenda vieja. El material tenía el brillo de una tela nuevo, y le ajustaba perfectamente, por lo debió haber sido hecho específicamente para ella, lo cual quería decir que debía ser rica.

En ese momento la dulce voz de la niña interrumpió sus pensamientos.

—La mujer me desmontó de mi nuevo caballo y dijo que me cortaría la garganta y dejaría mi cuerpo en los arbustos si hacía cualquier ruido. No sé por qué no recuerdo lo que sucedió después de eso, pero cuando me desperté, estaba amarrada en el piso de un viejo carruaje de alquiler. Y en ese entonces me llevaron a ese cuarto.

—¡Te secuestraron! —Katey se quedó sin aliento.





—La mujer lo hizo. El hombre, parece que es un primo de mi madre, y recuerdo una conversación acerca de un primo que le dio a ella una buena cantidad de problemas antes que yo naciese. Pero no fue su idea traerme aquí. Él quiso llevarme directamente de regreso a Londres. Parecía muy asustado de mi papá y de lo que él le haría. Pero la mujer se rehusó a dejarme ir. Quiere la fortuna que creen le darán por mí. Y ella pareció tener la palabra final.

Katey comenzaba a tener algunas dudas ahora que sabía que había un pariente involucrado. Él no habría dejado que la niña fuera seriamente dañada, ¿verdad? ¡No obstante, la había mantenido atada y aun no la había alimentado!

Ella recorrió con la mirada a la niña otra vez, quien todavía llenaba de comida su boca, y sus dudas se desvanecieron. ¡Cómo se atrevieron a maltratar a esta niña!

—Me aseguraré personalmente que llegues a casa —prometió Katey con una reconfortante sonrisa—. Mi próximo destino es Londres. Saldremos justo al amanecer...

—Por favor, ¿podríamos irnos ahora? —Interrumpió la niña, su expresión se llenó de miedo—. No quiero que me atrapen otra vez. Los oí decir que el cerrojo en la puerta estaba quebrado, cuando me amarraron a la cama, así es que sabrán que alguien me sacó de allí, que no lo podría hacer por mí misma.

—Y buscarán en las cercanías —concluyó Katey con un asentimiento—. Muy bien, saldremos ahora.



## Capítulo 4

La DONCELLA DE KATEY, Grace Harford, mascullaba acerca de viajar por la carretera antes del amanecer. Muy consciente del hábito de Katey de embellecer acontecimientos comunes con dramáticas historias, no se creyó ni una palabra de la explicación de Katey de por qué dejaban la posada tan anticipadamente, acompañadas por una niñita. ¿Acaso no habían escoltado a los sobrinos del vecino de Katey hasta Inglaterra? ¿No le pidió acaso, un posadero en Escocia a Katey que escoltara a joven hijo hasta su madre en Aberdeen al escuchar que ella se dirigía hacia allá? Las personas miraban a Katey Tyler con sus grandes ojos verdes, abultadas mejillas, y su bella sonrisa e instantáneamente confiaban en ella, incluso le confiaban a sus niños. Judith Malory, como la chica se había presentado, era simplemente otro niño que había sido confiado al cuidado de Katey para un viaje, y era por eso, por lo que Grace estaba preocupada.

Las personas le cogían cariño a Katey tan pronto como la conocían, pero Katey no estaba segura del por qué. Ni siquiera una vez pensó que era porque fuera bonita. Su madre fue una belleza con su pelo negro como el carbón y ojos verdes esmeraldas. Pero mientras Katey se había parecido a ella, nadie le había dado mucha importancia a su apariencia mientras crecía, así que ella tampoco lo hizo. En opinión de ella, su doncella con su multitud de pecas y el pelo rojo rizado era más atractiva a la vista.

Katey era bastante alta con sus cinco pies y nueve pulgadas. Cuando su padre murió, tenía diez años de edad, y ya era tan alta como él, y creció aún más después de eso. Resultó ser cinco pulgadas más alta que su madre. Adeline había afirmado que Katey obtuvo su estatura de su lado de la familia, porque su propio padre había sido muy alto.

Ahora Katey raras veces pensaba en su altura y sólo se sentía incómoda cuando estaba cerca de un hombre más bajo que ella, pero eso no ocurría a menudo. Lo que la molestaba más que su altura eran sus curvas. Había oído a los hombres describirla como una fina y corpulenta fulana. Demasiadas veces había atrapado a los hombres clavando los ojos en su amplio pecho. ¡Incluso a los ancianos del pueblo!

Pero aparte de eso, Katey se había sentido a gusto en el diminuto pueblo de Gardener, era extrovertida y siempre estaba dispuesta a echarle una mano si alguien lo necesitaba. Aun los desconocidos se acercaban a ella. Podía estar de pie en medio de una multitud de personas pero un extraño se acercaría y le pediría orientaciones a



ella e ignoraría a los demás, aunque no muchos forasteros habían atravesado ese diminuto pueblo.

Pero lo mismo podría decirse de sus vecinos en Gardener. A menudo se acercaban a ella porque era accesible, amigable, y si no podía ayudar con algo, usualmente conocía a alguien que sí podía. Y añadía un poco de excitación a sus vidas con los cuentos que narraba.

A Katey no le sorprendía ni un poco que Grace hubiera llegado a la conclusión de que era simplemente otra de sus historias. Cinco años mayor que Katey —ella acababa de cumplir los veintidós años—, Grace había llegado a vivir con los Tylers diez años atrás y se había vuelto irremplazable como doncella, ama de llaves y amiga. Pero era terca en sus opiniones, así es que Katey no intentó convencer a su doncella de lo contrario. Simplemente se recostó en los asientos del carruaje con destino a Londres, y sonrió para sí misma saboreando que por primera vez la emocionante historia que le había contado era de hecho verdadera.

Judith estaba sorprendida, sin embargo, y tan pronto como la criada se acurrucó en el asiento al frente de ellas y se volvió a dormir, la chica murmuró al oído de Katey.

—¿Por qué no le creyó?

—No tienes que susurrar —contestó Katey—. Es de las personas que duerme profundamente. Sacudiéndola es la única manera en que la despiertas. Ni siquiera gritar sirve. Pero sobre porque no me creyó, bien, es un poquito complicado por mi propia historia en sí.

—No estoy cansada —dijo Judith como alentándola a contar la historia.

Katey le sonrió abiertamente a la chica.

—Muy bien, ¿dónde empezar? Crecí en el lugar más aburrido del que te puedas imaginar. No era un pueblo en sí, sólo una villa. No había tiendas aparte del almacén que mi familia poseía. No había posada, ninguna taberna. Tuvimos una costurera, quien trabajaba en su casa, y un agricultor que se interesó en la carpintería y vendía muebles fuera de su granero. Oh, y tuvimos un carnicero, aunque él no era en realidad un carnicero, simplemente un cazador que mantenía a la fauna local fuera del pueblo.

Judith, con los ojos muy abiertos ahora por el interés, preguntó:

—¿Los animales vagaban por las calles?

—Oh, sí. No era tan peligroso como crees, aunque hace como un año, un alce destruyó ligeramente la valla de la señora Pellum. Probablemente se hubiera ido pacíficamente si ella no hubiera intentado perseguirlo con su escoba. Pero ningún



pueblo podría ser más pequeño que Gardener. Si alguien necesitaba un doctor, o un abogado, debían seguir la carretera para llegar al pueblo de Danbury a veinte millas de distancia. Ninguna nueva familia se mudó a nuestro pueblo en alguna ocasión, y los niños se van tan pronto como eran lo suficientemente mayores para hacerlo.

— ¿Eso fue lo usted hizo? —Curioseó Judith—. ¿Irse como los otros niños?

—No tan pronto como me hubiera gustado. Mi madre estaba allí, veras, y nunca se me ocurrió irme sin ella. No tenía a nadie más que a mí después de que mi padre murió. Bien, si tenía, pero su familia la había repudiado, así es que no contaron como familia más ya.

— ¿Por qué hicieron eso?

Katey se encogió de hombros.

—La escuché decir, que eran ricos aristócratas, con mucha influencia en la alta sociedad. Se rehusaron a que se casara con mi papá simplemente porque era americano. Bien, posiblemente también porque era un comerciante. «*Vivía del comercio*» fue cómo lo dijo mi madre. Aparentemente desaprobaron eso también.

Judith no estaba sorprendida.

—Es un tipo de esnobismo común entre la clase acomodada. Muchos de ellos miran por encima del hombro a quien se dedique al comercio.

— ¿Lo hacen? Bien, eso suena como un terrible y estrecho pensamiento para mí. Si mi papá no hubiera sido dueño de la tienda, nunca habría ido a Inglaterra en primer lugar, no habría conocido a mi madre, y como supondrás, ¡nunca habría nacido!

Judith le dio una mirada que decía a todas luces, *por favor no hable conmigo como si fuera una niña*. Katey casi estalló de risa. La *niñita* realmente parecía mayor a su edad.

— ¿Vino a abrir una tienda? —preguntó Judith después.

—No, dudo que alguna vez haya considerado esa idea. Para tu información, en casa tenía todos los proveedores que necesitaba para la tienda en el pueblo cercano de Danbury, pero nunca vendió nada interesante, sólo lo que los agricultores locales necesitaban y producían. Él vino aquí a Inglaterra para ver si encontraba algo más exótico que vender y encontró a mi madre en lugar de eso. Así es que ella se fugó con él, quemó sus puentes se podría decir, y nunca más volvió a ver a su familia inglesa otra vez.

—Pensé que reconocía su acento. —Judith le sonrió abiertamente—. Ahora tengo parientes americanos. ¿Pero por qué su madre no regresó a su hogar en Inglaterra cuando su padre murió?

Katey suspiró. Eso era lo que siempre quiso que hiciera su madre, había sacado a



colación el tema al menos una vez cada año, en los últimos doce, desde que su padre murió, pero Adeline Tyler despreciaba a su familia por darle las espaldas, y se rehusó rotundamente a poner otra vez los pies en Inglaterra. Además, asumió el control de la tienda y en verdad disfrutaba del trabajo. Fue como una bofetada más en el rostro para los Millards, sus parientes ingleses, el que ella en persona estuviese en el *comercio*. No es que su familia se haya enterado alguna vez de eso, ya que no se comunicaba con ninguno de ellos, pero parecía que sentía una silenciosa y oculta satisfacción con la idea.

Para la niña curiosa sentada frente a ella, Katey dijo:

—Cuando la familia de mi madre la repudió, ella más o menos los repudio, también. Y creo que despreciaba Inglaterra por eso.

Judith asintió con la cabeza.

—¿Pero qué tiene todo esto que ver con que su criada dudara de lo que contó?

Katey se rió ahogadamente. Había pensado que la muchacha se había olvidado de eso, pero como no era así, Katey le preguntó a ella.

—Alguna vez has estado tan aburrida de que cada día pasara detrás del otro, ¿sin tener recuerdos que valgan la pena rememorar?

—Nunca —contestó Judith instantáneamente.

—Entonces has tenido suerte, porque así fue como transcurrió mi vida en Gardener. Y no fui la única que se despertaba cada día con nada más que esperar con expectativa. Los aldeanos que quedaban eran todos ancianos, y todos ellos llevaban una vida sin contratiempos. Parecía que eso no les importaba, pero si algo excitante ocurría, ciertamente disfrutaban escuchando sobre ello. Así que alguna que otra vez les daba algo excitante que escuchar.

—¿Les mentía?

Katey parpadeó. La niña no sólo era bella, era inteligente y demasiado perceptiva. Y mientras Katey nunca hubiera soñado con discutir cosas acerca de sí misma con una desconocida, sintió un vínculo inusual con la muchacha, probablemente porque habían compartido la primera y auténtica aventura de Katey en su grandioso viaje.

—Caramba, nunca pensé en eso como en mentir. Meramente creé pequeños añadidos, fortuitas, más *reales* sobre cosas que acerté en presenciar. Por ejemplo, cuando noté al gato de la señora Cartley en lo alto su techo, parecía como si el gato se hubiese atorado ahí, y estaba demasiado asustado para bajar. Y como amo a los animales, no podía dejarlo ahí arriba. Sabía que los Cartleys no estaban en casa porque habían ido a visitar a su hija en Danbury aquella mañana y no regresarían en varias horas más. Así que fui y escalé el enrejado de la señora Cartley para poder



subirme a su techo, pero para cuando logre subirme ahí, ¡el gato se había ido!

—¿Recuperó el valor para saltar?

—No. —Katey se rió ahogadamente—. Bajó en la misma forma que *trepó*, ¡con una escalera! Me olvidé de que el señor Cartley estaba reparando su techo desde inicios de esa semana. Y dejó la escalera apoyada contra la parte trasera de su casa. La excitación se acabó, y una muy sosa. Así que en lugar de mencionarle eso a la señora Cartley más tarde, le dije que su gato se había subido encima del nuestro techo, el cuál es mucho más alto, al ser nuestra casa de dos pisos, y que mi doncella arriesgó la vida y sus extremidades para trepar por el viejo roble junto a nuestra casa para salvarlo. Grace fue nombrada Heroína del Mes, lo que no le importó ni un poco, y le dio a todos algo más de que hablar en lugar del clima.

—Eso suena como cuando mi primo Derek aseguraba que el pez que atrapó este verano tenía dos pies de largo, pero su esposa nos dijo más tarde que era de sólo seis pulgadas. Era más interesante escuchar que era un pez gordo, pero fue ciertamente gracioso cuando nos enteramos que no era lo suficientemente grande como para quedárselo. ¿Ese tipo de historias son las que usted cuenta?

—Similar... pero no exactamente. Para que comprendas, yo tenía más o menos tu edad cuando comencé a ponerme *creativa* algunas veces en describir lo que veía o hacia. Tuve una gran desilusión ese año. Pensé que iría a la escuela en Danbury, donde finalmente podría conocer a algunos otros niños de mi edad, aún si eso significaba montar por horas a mi poni, de ida y vuelta. Pero un viejo profesor se retiró a Gardener un año antes, y mi madre lo convenció de que me diera clases en vez de eso. Así es que cuando vi a un desconocido robando tomates del huerto de mi madre mientras yo ayudaba a hacer los panecillos para la cena, me limité a observar, si él estaba tan hambriento como para robar no era yo quién para impedirselo. Pero cuando mi madre regresó a la cocina, creía que me culparía por los tomates perdidos, ya que sabía que yo estaba molesta por quedarme en casa, así es que le dije que ahuyenté a un ladrón con el rodillo pastelero que había estado usando.

—¿Usted ayudaba en la cocina? —Comentó Judith—. Desearía poder hacer eso, pero nuestro cocinero sólo me da un dulce y me dice a mí que me vaya.

A Katey le divirtió que la niña estuviera más interesada en la cocina que en el ladrón.

—Sólo tuvimos a una doncella, Grace —recordó Katey, señalando con la cabeza hacia su durmiente compañera—. Así es que todos ayudábamos en las tareas.

—¿En verdad su madre se daría cuenta que faltaban tomates? —preguntó Judith.

—Oh, sí, sabía exactamente cuántos tomates estaban en sus plantas y cuántos exactamente estaban listos para cosechar. Amaba a su huerto. Yo, también, ahora que





pienso en ello. Pasé un buen número de horas con ella en nuestro patio trasero.

La niña no notó la melancolía que se cernió en Katey con esos recuerdos. Dios mío, añoraba a su madre. Fue un accidente tan estúpido el que se llevó su vida el pasado invierno, un mero resbalón en un poquitín de hielo.

Judith suspiró junto a ella.

—Esa es otra cosa que no tenemos, legumbres sembradas en un huerto. Mi tío Jason tiene montones de invernaderos en Haverston, y una hacienda en el campo, sólo para poder cultivar en ellos todo el año. En cambio, nosotros tenemos jardines en nuestra casa en la ciudad, pero sólo tienen flores. Cook compra toda nuestra comida en el mercado.

Era extraño que una niña viera sus tareas con envidia, otra las podría ver como una molestia, y aún otras personas las verían como una forma de romper la monotonía.

—¿Así es que le mintió a su madre? —indicó la niña francamente.

Katey se ruborizó, al oírlo de ese modo.

—Tuve que contarle lo del ladrón. Él fue muy real. Solamente no quería que supiera que me quede ahí y no hice nada para detenerlo. Pero eso causó tal conmoción en el pueblo que los hombres salieron a cazar a ese ladrón por días enteros. Les di algo de lo que hablar por casi la mitad del año. Deberías haber visto como inyecté *vida* en ellos, si sabes lo que quiero decir. Así es que aunque mi madre me dio una terrible reprimenda por arriesgar la vida y me advirtió de que nunca más hiciera otra vez una cosa tan tonta, aprendí alguna otra cosa de ese incidente. Aprendí a remover el aburrimiento de nuestras vidas, si bien sólo por un rato.

—¿Así que a menudo embellece los acontecimientos de los que es testigo? —interrogó Judith.

—Sí, acostumbra a *crear* excitación como por arte de magia —dijo Grace con un bostezo, mientras se sentaba derecha frente a ellas.

—No a menudo —le dijo Katey a su criada.

—Lo suficientemente a menudo como para convertirme en la heroína del pueblo —masculló Grace.

—Disfrutaste ser la heroína... Que otro motivo había para que el pueblo entero llorara cuándo te marchabas. Y a mi meramente me agitaban las manos y me decían adiós.

Grace se rió ahogadamente.

—Muy bien, si disfruté de esa parte.





—No puedo imaginar lo que debió ser, no tener algo excitante con qué pasar el tiempo —comentó Judith—. En mi familia, siempre hay algo interesante ocurriendo. Por ejemplo, mi tío James y mi tía George se marcharon el pasado mes para perseguir a unos piratas. Y al final del verano mi primo Jeremy se casó con una ladrona que resultó ser la hija perdida de una baronesa.

Katey parpadeó. Incluso Grace la observaba con la duda reflejada en sus ojos, para luego dirigirle una mirada a Katey que le decía: *¿Tan rápido ha adquirido tus malos hábitos esta jovenzuela?* Y de hecho sonaba como si la niña estuviese embelleciendo su historia.

Katey estaba a punto de reírse, pero entonces Judith añadió:

—¿Vino aquí para conocer a sus parientes ingleses?

Katey aún no estaba segura. Ese era un tema del cual no quería discutir. Tuvo toda la intención de hacerlo durante el viaje y lo había esperado con emoción. Y cuando llegaron a Inglaterra, se dirigió inmediatamente a Havers, el cual, según su madre, era el pueblo más cercano a la hacienda familiar de los Millard en Gloucestershire. Pero una vez allí, abruptamente cambió de idea.

—Lo hizo —le contestó Grace a la chica—, pero no tuvo las agallas para golpear a su puerta y nos dirigimos a Escocia en lugar de eso.

—No es la causa del que hayamos venido —refutó Katey, molesta por la franqueza de su criada—. Sencillamente era algo que debíamos hacer mientras estábamos aquí, y ahora es algo que podemos hacer en otra ocasión... o quizás nunca. Probablemente ni siquiera saben que existo. Además, ya habíamos planeado ir de excursión a Escocia.

—¿Cómo puede no desear conocer a su familia?—preguntó Judith asombrada.

—Repudiaron a mi madre. Nunca pude entender cómo se desentendieron del todo con su propia hija. Fue algo muy cruel, y no estoy segura de querer entablar una relación con personas como esas.

Judith asintió con la cabeza, pero Grace, dirigió su mirada fuera de la ventana, y repentinamente dijo:

—Tal vez deberías animarte un poco. Hay un conductor imprudente que viene bajando por la carretera, y el señor Davis no se ha fijado, tal vez él no sea capaz de moverse a tiempo para evitar una colisión.

Judith miró con cuidado fuera de la ventana y palideció.

—¡Es ella! La mujer que me raptó está conduciendo ese carruaje.

—¿Entonces, la historia de Katey era cierta? —exclamó Grace, recorriendo con la



mirada de Katey a Judith.

—Sí, lo era —contestó Katey.

—Bien, tal parece ser que disminuye la velocidad —comentó Grace, vigilando el carruaje que se acercaba—. Creo que quiere hablar con nosotros.

Katey apretó los labios.

—A mí también me gustaría con ella, pero tendré que privarme de decirle lo que pienso. Es más importante que la llevemos a casa con su familia. —Entonces Katey se dirigió a la muchacha y le dijo—: Agáchate así no podrás verte si trata de mirar por la ventana. Y no te preocupes. No dejaremos que de ningún modo se acerque otra vez a ti.



## Capítulo 5

BOYD NUNCA HABÍA VISTO a Sir Anthony Malory tan contrariado como lo estuvo el día anterior en Hyde Park. Cuando Boyd lo encontró, el hombre estaba fuera de sí por la preocupación. Pero se lo esperaba porque algunos de los sirvientes de Anthony con quienes se había cruzado le habían dicho cuán angustiado estaba el hombre. Habían encontrado el caballo de su hija en el otro lado del parque y temían que estuviera tirada en alguna parte entre los arbustos, herida... o muerta.

Malory ni siquiera le dio una oportunidad a Boyd para decirle que tenía noticias. Prácticamente lo arrancó fuera de su montura cuando este se dirigió a él, lo alzó sobre sus pies por las solapas de la chaqueta y lo sacudió. Malory era casi seis pulgadas más alto que Boyd, por lo que era muy capaz de hacer eso.

—¿Dónde está la partida que se suponía que traerías? —Le había gritado Anthony a Boyd—. Sé condenadamente bien que mi hermano tiene por lo menos media docena de lacayos en su casa.

Normalmente Boyd no permitiría que lo maltrataran de esa forma y ya estaría en ese momento dando unos cuantos puñetazos. Era un mal hábito que había desarrollado como el más joven de cinco hermanos, era raro lograr triunfar sobre ellos... a menos que usara los puños. Pero en verdad lo sentía por este hombre, sabía lo que era temer por un miembro de la familia. James, el hermano de Anthony fue el responsable de la preocupación de Boyd por Georgina. Se lo había perdonado hace tiempo. Casi.

Sólo porque comprendía lo que el hombre estaba pasando, Boyd no intentó explicarle nada a Anthony, simplemente puso la nota en su cara. Procuró no caer a tierra cuando Anthony lo soltó abruptamente. Luego observó cautelosamente como Anthony leía la nota.

De repente Anthony paró de gritar, y una calma extraña descendió sobre él. Bien, no tan extraña. Mientras que la mayoría de los Andersons gritaban con fuerza cuando estaban enfadados, los Malorys tendían a reaccionar de forma contraria. Cuando estaban calmados era el momento de preocuparse.

—¿Dinero? —Había dicho Anthony, mientras releía la nota—. ¿Asustan a mi hija y casi me llevan a la locura por dinero? Pueden tener todo el maldito dinero que quieran, pero a cambio tendré sus pellejos.



Ésa fue la primera reacción de Anthony a la nota. Pero eso había sido ayer. Le tomó el resto del día conseguir que su esposa dejara de llorar con la convicción que Judith estaría bien, ahora que sabían que no se había caído de su caballo o que estaba gravemente herida. Pero mientras tanto era terrible esperar la llegada de la próxima comunicación de los raptos, y Boyd eligió esperarla en la casa de Anthony.

Boyd les había explicado:

—Es por mi sobrina, Jacqueline, no quiero que sepa nada hasta que su hija esté segura en casa, y en lugar de mentirle, preferiría evitarla. Si no es una molestia para ustedes me quedará esta noche.

Para ese entonces Anthony estaba camino a la locura, porque era su manera de enfrentar la espera. Se saltó la cena pues no podía pensar en comida. Tampoco podía Boyd, y cuando varias botellas más se entregaron al salón, tomó una para él.

Nunca encontró su camino hacia una cama. Se tendió en uno de los numerosos sofás en el salón de Sir Anthony. A la mañana siguiente, voces lo despertaron de un agradable sueño... sobre ella.

Soñar era el único momento en que sus pensamientos sobre Katey Tyler eran agradables, y este sueño era suave en lugar de apasionado. Él estaba en un campo de margaritas cerca de su casa en Connecticut. Había encontrado un ciervo herido allí una vez. Ahora en su sueño era una gaviota lo que encontró, él siempre asociaría a esa ave con Katey. Y él se había agachado para examinarlo cuando la vio acercarse despacio, vestida de rosa y lavanda, el sol brillaba alrededor de ella.

Ella tenía un conejito pequeño en la curva de un brazo y una ardilla apoyada en el hombro. Las ardillas podrían ser salvajes, pero él supo que ésta no la heriría. Su compasión para con los animales fue la primera cosa sobre ella que le había tocado el corazón.

Sus sueños revolotearon de una escena a otra sin ritmo ni razón, y ahora ellos estaban reposando lado a lado en ese campo, sosteniéndose las manos. Una paz profunda lo llenó porque ella era suya, no importaba cuán brevemente. Se apoyó contra él. Con el sol detrás de ella, apenas podía ver su rostro, pero él sentía sus suaves labios en su mejilla.

El sueño podría haberse convertido en uno erótico si hubiera continuado. Sus sueños normalmente eran sensuales y apasionados cuando ella estaba en ellos, y eso ocurría demasiado a menudo. Cuando él estaba despierto, sus pensamientos sobre ella lo frustraban porque estaba fuera de alcanza, era una mujer casada. Y él deseaba a muerte que se quedara fuera de su mente y sus sueños.

Le había hecho pasar dos semanas anhelando el infierno en ese viaje hace un mes y medio atrás. Ella no tuvo ninguna idea de cuánto la había deseado. Pero sólo



debido a que ya estaba felizmente casada y en vías de encontrarse con su marido, él se había retirado. Eso había sido una de las cosas más difíciles que alguna vez hubiera hecho. Realizó su mejor esfuerzo para evitarla. Un hecho no muy fácil a bordo de una nave. Pero aunque no esperaba verla de nuevo, simplemente no podía olvidarla. Tan fuerte fue su atracción, su personalidad, su cara bonita, su sonrisa, su cuerpo delicioso...

Fue la voz de Jeremy Malory que lo arrancó de su sueño y lo despertó. El hijo mayor de James, Jeremy, tenía el cabello negro y los ojos azul cobalto que sólo unos cuantos Malorys poseían. Él no se parecía en nada a su padre, que era rubio y de ojos verdes, en cambio era la viva imagen de su tío Anthony, lo cual era una fuente de diversión para la mayoría de su familia.

El muchacho explicaba:

—Danny y yo llegamos a casa de nuestra luna de miel esta mañana. Puedes imaginar mi sorpresa cuando inmediatamente nuestro mayordomo me llevó aparte, no quería inquietar a mi esposa, y me contó que habéis reclutado a todo el personal desde ayer. Luego me entregó esto. Fue colocado bajo una gran piedra en nuestra escalera de entrada.

*Esto* era una nota que Jeremy entregó a Anthony. Aparentemente, la espera había terminado.

—¿Fue entregada en una casa equivocada? —Adivinó Boyd mientras se sentaba y estiraba sus miembros—. Esta gente obviamente no conoce a vuestra familia muy bien.

—Buenos días, yanqui —lo saludó Jeremy, añadiendo—: Si conocieran bien a nuestra familia, nunca habrían hecho esto.

—Buen punto —aceptó Boyd.

La familia Malory no era muy grande, ni muy rica ni poseía muchos títulos. Los dos hermanos más jóvenes, James y Anthony, habían sido unos buscapleitos en su juventud, nunca perdieron un duelo, ya fuera con puños o pistolas, también eran conocidos por ser bastante letales. Bastaba citar la frase: *No te vuelvas contra un Malory pues lo lamentarás mucho*.

Anthony no le prestaba atención a los dos hombres más jóvenes mientras observaba la nota, luego la arrojó sobre la mesa enfrente de Boyd.

—¿Mañana? ¿Realmente creen que puedo conseguir una fortuna en un día? Sacaría a mi banquero de su cama si fuera necesario.

Boyd recogió la nota. Era mucho más detallada que la primera nota. Mencionaba el lugar, la hora, la fecha, y, por último, que el pago debía ser entregado por alguien



que no fuera un miembro de la familia, y que Anthony no debía involucrarse o estar cerca del lugar del intercambio. Esto estaba indicado dos veces. Ellos podrían no conocer bien a la familia, pero parecía que conocían a Anthony Malory. Había también varias faltas de ortografía, aunque eso no era necesariamente pertinente.

—¿Sabes cuánto dinero quieren? —preguntó Jeremy a su tío.

—Una fortuna es una fortuna. No le pondré precio a la vida de mi hija.

—Correcto —asintió Jeremy—. ¿A quién vas a enviar para el intercambio?

—Yo iré —se ofreció Boyd inmediatamente.

Lo ignoraron o quizás no lo escucharon. Se estaba aclarando la garganta para decirlo más fuerte cuando Anthony dijo:

—Enviaría a Derek, pero está visitando a su padre en Haverston esta semana.

—¿Qué tal Tío Edward? —sugirió Jeremy.

—No, mi hermano está en el norte por negocios.

—No hay razón por cual...—intentó nuevamente Boyd, pero fue ignorado otra vez.

—Supongo que podría enviar por Derek. Hay tiempo suficiente para que vuelva a Londres antes de esta noche.

—No necesitas hacer eso —dijo Jeremy—. Yo iré.

Anthony le resopló a su sobrino.

—De lejos, te ves como yo. No vas...

Jeremy sonrió abiertamente, pero luego dijo:

—Bien, maldición, dónde está mi padre cuando se le...

Boyd se puso de pie muy molesto, interrumpiendo ruidosamente esta vez.

—¿Alguno de los dos ha oído una palabra de lo que he dicho? Soy absolutamente capaz de manejar esto.

Anthony lo miró fijamente por un momento, entonces negó con la cabeza.

—Sin ofender, yanqui, pero he oído que eres una persona muy impetuosa.

—El hecho de que me hayan provocado varias veces en los últimos minutos y no haya perdido mi cordura, habla por sí mismo, ¿no es cierto? Además, le he tomado mucho cariño a tu hija desde que Jack ha estado bajo mi cuidado.

—¿Llamaste a mi hermana Jack? —dijo Jeremy con una ceja levantada. Pensaba que tú y todos tus hermanos odiaban el nombre que mi padre le puso.



—No, sólo odiamos a tu padre —dijo Boyd con una sonrisa tensa en los labios.

Jeremy se rió entre dientes. Boyd no sintió diversión.

—Mirad, puedo ser el más joven de los hermanos Anderson, Anthony, pero tengo treinta y cuatro años de edad e incluso tu propio hermano confió en mí el cuidado de su hija. Esta nota dice que no puedes hacer el intercambio personalmente, y estoy seguro que no vas a permitir que vaya tu esposa o confiar la situación a un sirviente o alguien que no conozcas. El resto de tu familia parece estar fuera de la ciudad. Así que me estoy ofreciendo. Mucho me gustaría poner mi puño en quienquiera hizo esto, y créeme, me alegrará ayudarte a rastrearlos, pero primero creo que traer a Judith segura a casa es lo más importante.

Jeremy apuntó a la nota que Boyd había colocado otra vez en la mesa.

—El lugar de la reunión es el primer cruce al sur de la ciudad de Northampton. ¿Sabes siquiera dónde está Northampton?

—No, pero incluso nosotros los yanquis sabemos seguir indicaciones —contestó Boyd secamente.





## Capítulo 6

KATEY HIZO QUE SE DETUVIERAN una vez que Judith se escondió bajo una manta en el piso. No fue cuestión de elección. El carruaje de la mujer casi los sacó del camino en su esfuerzo para obligarlos a detenerse. Entonces bajó del asiento del conductor y se detuvo junto al de ellos, azotada por el viento, con aspecto salvaje y buscando furibundamente algo.

—¿Es qué no piensa? —dijo Katey indignada a la mujer a través de la ventana que habían abierto—. ¡Casi causa un accidente! Si está tratando de robarnos, dese por advertida, tengo una pistola en mi mano en este preciso momento.

Realmente no tenía una pistola, pero debería tenerla, y estaba decidida a comprar una en el siguiente pueblo al que llegaran.

No obstante la advertencia, agarró la manija de la puerta por si acaso la furibunda mujer intentaba abrirla bruscamente. Pero pareció creer lo de la pistola y rápidamente perdió su beligerancia. En lugar de eso comenzó a lloriquear sobre una hija ingrata, voluntariosa, mentirosa, con pelo cobrizo y los ojos muy azules, que se había escapado de casa.

Y para asegurarse de que dudaran de la niña si le estaban ayudando a escapar, agregó:

—Cuenta historias fantásticas, siempre lo hace. Apenas sé cuándo creerle yo misma. ¿La han visto ustedes?

Katey acababa de regresar de Escocia así es que reconoció el acento de la mujer con bastante facilidad. Más tarde se reiría porque su madre hubiera podido decir lo mismo sobre ella muchas veces.

A sus espaldas, Grace incluso susurró:

—Suenas como usted, ¿no es así?

Katey, aún demasiado enojada para sentir diversión, ignoró a su doncella. Obviamente, no se le había ocurrido a la mujer de que si tuvieran a la niña, sabrían que ella mentía en el punto de ser la madre, simplemente porque el acento de la niña no era en absoluto escocés.

En un intento de sacarlos de allí más pronto que después, Grace sacó sus narices fuera de la ventana y le dijo a la mujer:



—No hemos visto a ninguna niña, pero buena suerte en su búsqueda. —Luego, le gritó a su conductor—. Señor Davis, siga adelante.

Pero algunas millas más adelante, Grace miró por la ventana otra vez y dijo:

—Debería haberme mantenido fuera de esto. Me ha reconocido.

—¿De dónde?

—La posada. Nos cruzamos en el corredor anoche. Bajé la escalera para ver si podía encontrar algo que comer en la cocina. No quise molestarte por nuestro cesto de la merienda, en caso de que ya estuvieses durmiendo. Pude ver algo de sospecha en sus ojos allí atrás, en el camino cuando le hablé. Se percató que estábamos en la misma posada que ella anoche. Y no se aleja.

Katey frunció el ceño y entrecerró los ojos para mirar por la ventana, y entonces jadeó:

—Dios mío, ¿nos está siguiendo? Esto se sale de control, ¿verdad?

Grace se encogió de hombros y sonrió.

—No me preocupa eso. Está sola. Si el hombre con quien dijo que viajaba estaba con ella, estaba haciendo un buen trabajo escondiéndose en su carruaje. Y nosotros tenemos al señor Davis con nosotros. Le pagas bastante para que mueva el culo y se encargue de cualquier problema de ese tipo. ¿Qué puede hacer ella?

—Yo no contaría con la ayuda del señor Davis —dijo Katey mientras se recostaba contra el asiento otra vez—. Me advirtió cuando los contraté a él y su carruaje que si quería guardias, debería contratar algunos. No es un tipo valiente. No le ha importado dormir con los baúles, pero me he preguntado más de una vez si en verdad intentaría impedir que alguien se los llevara.

—Que haya dormido cerca de ellos ha sido lo suficientemente disuasivo para evitar que alguien metiera las narices.

—Supongo, pero me aseguraré de que tengamos un auténtico guardia antes de empezar nuestro viaje por el Continente. Respecto a eso, pienso que compraré nuestro propio carruaje antes de que partamos rumbo a Francia.

Grace se rió ahogadamente.

—Me alegro de que te estés acostumbrando a ser rica.

Katey se sonrojó ligeramente. Le había tomado cierto tiempo acostumbrarse a ser rica. Su familia había vivido lo suficientemente cómoda, pero poseer la única tienda en un pueblo pequeño ciertamente no les había enriquecido. Su madre nunca había mencionado la herencia que recibió de su padre, quien murió poco después de que ella dejara Inglaterra, antes que tuviera la posibilidad de borrarla de su testamento.



Ella no había esperado ese dinero y no lo deseó, así que nunca lo había tocado.

Katey sólo se enteró de la herencia después de que su madre murió. Todavía estaba conmovida por la muerte de Adeline cuando el abogado de Danbury vino a contarle sobre la gran cantidad de dinero sin usar que había custodiado todos esos años. Profundamente acongojada, a Katey simplemente no le había importado. Pero entonces su vecina, la señora Pellum, había dado refugio a dos jóvenes sobrinas cuando sus padres murieron, y se buscaba desesperadamente a alguien para escoltarlas a Inglaterra, afirmando que era demasiado vieja para criar niñas pequeñas otra vez, pero que su hermana menor en Inglaterra estaría feliz de tenerlos.

Y fue entonces cuando Katey se percató de que ella ya no tenía que vivir en Gardener. Aceptó escoltar a las sobrinas de tres y cuatro años de edad de la señora Pellum a Inglaterra. Y como Katey no planeaba retornar jamás a Gardener, se deshizo de la mayor parte de sus posesiones, incluyendo la tienda y la casa. Además de sus ropas, todo lo que había empacado eran algunos pequeños recuerdos de su madre para llevar consigo.

Se despidió de todos. Y aunque tenía cariño a muchos de sus vecinos en Gardener, no era especialmente cercana a ninguno de ellos. Si Grace, su doncella, no hubiera acordado viajar al extranjero con ella, habría sido la única persona en Gardener a la que Katey extrañaría horriblemente.

Judith no intervino mientras las escuchaba, pero como hacen los niños, se enganchó a un comentario y preguntó:

—¿Usted no se quedara en Inglaterra?

—Cielos, no, es simplemente el comienzo de un gran viaje para nosotras. Navegaremos a Francia después, y pensándolo mejor, probablemente debería esperar a que llegáramos allí para comprar un carruaje, así no tendremos que embarcarlo.

—No haga eso —dijo Judith—. Los carruajes franceses son bonitos, pero no son muy cómodos. Si usted va a viajar una gran distancia, querrá un carruaje inglés.

—¿Y tú cómo sabrías cosas como ésa, niña? —preguntó Grace con una risa ahogada.

—Mi madre encargó uno y en una semana lo encontró tan incómodo que se lo envió a mi tío Jason para usar como decoración en uno de sus jardines. Mi padre se rió y se rió sobre eso, lo que hizo que mi madre se molestara mucho con él. Es la manzana de la discordia para ella, que no tiene nada en que gastar su dinero, porque él le compra todo lo que ella alguna vez pudiera querer.

—¿Pero por qué le divirtió que no se quedara el carruaje? —preguntó Katey.



—¡Fue que terminara siendo una pieza de jardín tan cara lo que él encontró tan chistoso!

Katey le sonrió a la chica.

—Bien, estoy segura de que no todos los carruajes franceses son tan incómodos como el de tu madre lo fue, pero gracias por la advertencia.

La mención de la palabra *advertencia* hizo que la niña ofreciera su propio aviso.

—Esa mujer podría tener un arma.

La expresión de Katey se volvió seria otra vez.

—Lo sé. Pero en breve yo también tendré una, tan pronto como alcancemos el siguiente pueblo. Probablemente tendrás hambre otra vez. Esperemos que nuestra... perseguidora... tome un camino diferente así podemos detenernos para desayunar.

Hicieron escala en el siguiente pueblo, y cuando Katey regresó al carruaje con una pistola pequeña metida en su retículo, ya sabía que aún eran observadas.

—Piensa que es lista, que no sabemos que está allí —dijo Grace cuando Katey se reunió con ellas—. Definitivamente nos está vigilando.

Katey se sentó antes de observaba con atención al viejo carruaje al otro lado de la calle, con la mujer parada detrás de él, intentando ser discreta mientras miraba a hurtadillas a su alrededor.

—Deberíamos confrontarla.

—¡No haga eso! —dijo Judith alarmada—. No podría soportar si sale herida por mí.

Katey lo pensó por un momento, y dijo:

—Me preocupa que nos pueda detener otra vez en un tramo desierto de la carretera y haga algo temerario. —Katey realmente no quería tener que usar en verdad su pistola nueva—. También imagino una carrera loca y peligrosa a través de las calles de Londres cuando nos acerquemos a su casa y ella esté desesperada por detenernos.

—Debería saber que imaginarías algo así —masculló Grace entre dientes con desagrado.

Katey ignoró a su doncella y continuó:

—La tonta mujer obviamente no nos creyó y está segura de que te tenemos y te llevamos de regreso con tu familia. Así que la forma más fácil para convencerla de que está mal encaminada es que no viajemos inmediatamente a Londres.

—¿Quieres alquilar una habitación en la posada y esperarla? —adivinó Grace.



—Eso sería lo ideal, ¿pero cómo vamos hacer entrar a Judith cuando la mujer nos observa tan de cerca? Necesitamos perderla primero, y la única manera de hacer eso es convencerla de que se equivoca. Este pueblo no está lo suficientemente apartado de la carretera principal para que piense que no nos encaminamos a Londres. Pero si pareciera que volvemos sobre nuestros pasos...

—¿Al norte? —intervino Grace.

—Sí, tal vez incluso de vuelta a Northampton, dado que no es tan lejos de aquí. Sé que eso es salirnos de nuestro trayecto, pero es más probable que piense que desperdicia su tiempo y lleve su búsqueda a otra parte si nos ve yendo en la dirección opuesta de Londres.

—No es una mala idea —admitió Grace.

—Lo sé —dijo Katey, contenta consigo misma—. Incluso podemos encontrar un cuarto en una posada diferente y tener un bonito almuerzo en la habitación mientras pasamos algunas horas, sólo para estar seguras de que ya no está en el área. Me gustaría darle tiempo de abandonar la carretera, así no nos topamos con ella otra vez más tarde. Y todavía tendremos tiempo en abundancia para llevar a casa a Judith antes de anoecer.

—Eso asumiendo que no nos seguirá todo el camino de regreso a Northampton.

—Bien, averigüémoslo.

Implementaron el nuevo plan, volviendo por donde habían venido. Grace vigiló de cerca la ruta detrás de ellas. Era decepcionante ver que la escocesa no se había dado por vencida aún. Aún estaba allí atrás, aunque a una mayor distancia. Y entonces fue un alivio verla detener un jinete en su misma dirección.

Grace cerró la cortina sobre la ventana y se recostó en su asiento con una sonrisa.

—Le está entrando la duda. Tal parece que comienza a detener a otros para preguntarles si han visto a la chica. En poco tiempo podríamos perderla de vista.



## Capítulo 7

—ESTÁ BIEN, YANQUI —DIJO ANTHONY—, voy a confiar en ti para que realices el intercambio, pero no voy a estar lejos en caso de que algo salga mal.

Boyd estaba realmente complacido de que Anthony Malory confiara en él. Quizá fuera porque su familia todavía lo veía como un *el hermano menor*, como un cascarrabias que rápidamente se enredaba en cualquier pelea. Mientras sus hermanos crecían, ellos fallaron en notar que el también lo hizo. Sí, aún le daba la bienvenida a cualquier posibilidad de demostrar sus habilidades, pero era mucho menos impulsivo de lo que alguna vez lo fue. Se sentía agradecido de que un Malory, y más aún uno que en realidad admiraba, reconociera que era capaz de manejar una situación tan tensa e importante como esta.

Anthony no iba a esperar hasta mañana para que sucediera el intercambio, cuando podía intentar encontrar a su hija hoy. Después de todo Northampton estaba a tan sólo unas cuantas horas de rápida cabalgata. Ellos podrían ir allí y buscar en todo el pueblo, antes que cayera la noche. No que fueran a hacer algo tan obvio. No sabían cuantas personas estaban involucradas en el chantaje, y no podían correr el riesgo de que los criminales estuvieran observando, en espera de una búsqueda de ese estilo, o controlando los caminos. Es por eso que Anthony, Jeremy y Boyd, dejaron London en carruaje

Se ataron tres caballos en la parte trasera, en caso de que necesitaran moverse más rápido. El carruaje escondería a Anthony, quien sería, según asumieron, reconocido, y a Jeremy, por su gran parecido a Anthony. Boyd se mantuvo alejado de ellos mientras definían los distintos planes.

—Serían estúpidos si arreglaran un encuentro en algún lugar cerca de su propio pueblo —especuló Anthony—, así que realmente dudo de que vivan en ningún lugar cercano a Northampton, lo que elimina el buscar de puerta en puerta. Pero deben estar escondiendo a Judy en alguna casa abandonada o un granero, en algún lugar donde puedan mantener a Judy sin que alguien la note.

—¿Crees que la hayan metido a escondidas en alguna estancia? —preguntó Boyd

—Puede ser —respondió Jeremy—, es pequeña, podría hacerse, así que no deberíamos descartar esa posibilidad.



—Si estamos discutiendo todas las posibilidades, podrían haberla hecho entrar en cualquier lado, si la amenazaron para que se mantuviera callada —apuntó Boyd—. ¿Haría lo que le dijeran o es lo suficientemente valiente como para gritar por ayuda?

Anthony golpeó la pared del carruaje con su puño.

—Probablemente está demasiado aterrorizada para hacer nada.

Jeremy intentó ignorar el arrebato emocional de su angustiado tío y le dijo a Boyd.

—Es igual de valiente que mi hermana Jack, y demasiado inteligente para hacer nada tonto. ¿Por qué no chequeas tú las posadas? Realmente no creo que sean tan estúpidos como para usar una posada donde otras personas podrían fijarse en ellos, pero debemos cubrir todas las posibilidades. Mi tío y yo vamos a recorrer los alrededores, y buscar casas abandonadas

—Siguen suponiendo que no son estúpidos, pero no estoy de acuerdo —señaló Boyd—. Hicieron esto. Son completamente estúpidos. Pero sé lo que tengo que hacer, y donde me tengo que encontrar con ustedes para contarles mi progreso, así que me encargaré ahora y empezaré con la búsqueda. Con suerte tendré algunas noticias para cuando entren en la ciudad.

Pararon el tiempo suficiente para que Boyd subiera a su caballo y se fuera. Por mucho que desearan, no podían ir todos en carrera hacia Northampton. Eso atraería la atención. El carruaje iría a una velocidad normal, mientras que Boyd llegaría a la ciudad una o dos horas antes.

Pensando en que iba a hacerles a las personas que habían planeado esto, si les ponía sus manos encima, Boyd no vio a la furiosa mujer que lo frenó en el medio del camino. El prácticamente no se movió alrededor del antiguo vehículo, pensando que la mujer no debería estar manejando si no sabía frenar sin bloquear todo el camino.

—Esperad —le gritó la mujer—, estoy buscando a mi hija. Huyó otra vez de casa, ¿la ha visto?

Boyd no se detuvo, pero le respondió:

—No he visto a ninguna otra mujer a parte de usted.

—Aún no soy tan vieja como para tener una hija adulta —le dijo en un tono ofendido.

A Boyd se le estaba acabando la paciencia. Ya lo habían detenido dos veces para pedirle guía, que no sabía dar. Él mismo estaba siguiendo orientaciones.

Entonces simplemente dijo:

—No he visto ninguna clase de fémina hoy. Buen día. —Y siguió su camino.





Fue a un buen ritmo después de eso, pasando otros vehículos que iban en la misma dirección, evadiendo aquellos que iban hacia el sur. Pero unos 20 minutos después un pelirrojo lo detuvo en su camino y le gritó:

—Has visto a una mujer escocesa escondiéndose por este lado.

Boyd no respondió, simplemente apunto su puño detrás de él y siguió adelante. Si alguien más volvía a detenerlo simplemente dejaría que hablara la pistola guardada en su bolsillo.



## Capítulo 8

GEORDIE CAMERON ESTABA ATERRORIZADO. Debería simplemente irse a casa y dejar que su esposa, Maisie, se las arreglara sola. Si alguna vez regresaba a Escocia, encontraría un divorcio esperándola, o una celda de prisión.

*¿Consúltalo con la almohada, le había dicho?* Deseaba que ella lo hubiera consultado con la almohada, así hubieran podido acordar en la mañana llevar a casa a la niña y nunca hacer una cosa tan estúpida otra vez. Ese era el único resultado que le permitiría perdonar a Maisie. Pero se había despertado para encontrar un cuarto vacío y una nota garrrapateada de que la niña había escapado.

*Bueno, bien por ella,* fue su primer pensamiento, aunque no podía imaginar cómo lo habría hecho después de que Maisie la amarrara a la cama, pero había esperado que ese fuera el fin del asunto.

Empacó su bolsa, se encontró con que su conductor y su carruaje estaban esperándolo donde deberían, y preguntó al hostelero dónde estaba su esposa. El hombre no la había visto, pero en un estado de ánimo chismoso mencionó que alguien había venido buscando un carruaje robado. Y entonces fue cuando el miedo regresó.

Temía que su esposa hubiera ido tras la chica otra vez, y si la encontraba, que continuara con sus planes de extorsión. Entonces Anthony Malory encontraría a Geordie y le mataría. No podía visualizar ningún otro resultado... a menos que él pudiese encontrar a Maisie primero.

Pidió prestada una silla de montar para uno de los caballos de su carruaje, creyendo que podría alcanzar a Maisie mucho más rápido de esa forma. Atravesar Northampton le atrasó un poco, porque la posada en la que se habían quedado estaba en la ruta norte, fuera de la ciudad. Pero la ciudad no era tan grande como debería ser, después de que un fuego hubiera destruido la mayor parte en 1675, permitiendo que las calles fueran ensanchadas durante la reconstrucción.

El sur era la única dirección en la que podía pensar ir. La niña viajaría en esa dirección para regresar a Londres. Tenía la esperanza de que no se hubiera puesto en camino siguiendo la carretera a pie. Maisie la encontraría con demasiada facilidad de ese modo. Pero pudo haber conseguido un aventón si era lo suficientemente lista para pedírselo a alguien. Era una ruta muy transitada, especialmente en la mañana



cuando los productos estaban siendo llevados al mercado. Incluso podría estar ya de vuelta en casa. Podía tener esperanzas.

Era Maisie a quien tenía que encontrar y arrastrar a casa. No era que no quisiera llevar a la hija de Roslynn a casa si acertase a encontrarla. Pero sólo lo justo para no estar en un lugar cerca de los Malorys. Una buena cantidad de viajeros estaba en camino. No les preguntó a todos, pero a los pocos que detuvo siguieron dirigiéndolo al sur. Maisie se ponía pesada, aparentemente, según un agricultor.

Pero entonces el tráfico bajó la velocidad. Pasó varias rutas que se alejaban en otras direcciones. Comenzó a preguntarse si iba todavía en la dirección correcta. ¿Esta ruta continuaba hasta Londres? No podía recordarlo de su anterior y única visita a Inglaterra. No encontró a nadie a quién preguntar en la última media hora. Pero entonces vio otro carruaje dirigiéndose en su dirección y fue rápidamente hacia él.

El conductor de Anthony Malory había recibido instrucciones de no detenerse por nadie, y había tenido que ponerse desagradable un par de veces, para evitar bajar la velocidad. Pero este viajero nuevo era persistente y cabalgó junto al carruaje por un momento para preguntarle:

—¿Han visto ustedes a una escocesa? Ella conducía un carruaje, supongo, a menos que haya robado un caballo... —Entonces a pesar de su grito el carruaje siguió andando—. ¡Podrían siquiera decir que no, hombre!

Anthony jaló bruscamente a un lado la cortina del carruaje, reconociendo vagamente esa voz. Acababa de divisar el pelo rojo zanahoria cuando quién preguntó continuó su camino por la carretera. Eso fue suficiente para que golpeará el techo para detener al conductor. ¿Geordie Cameron en el mismo pueblo que las personas secuestraron a su hija? ¿El mismo hombre que había llegado a extremos para robarle la fortuna a Roslynn hacía ocho años? ¿Coincidencia? No había una maldita probabilidad.

Él se lanzó del carruaje antes de que se detuviese completamente. Geordie estaba todavía lo bastante cerca para que Anthony ni siquiera se molestase en tomar su caballo, amarrado a la parte posterior del carruaje. Simplemente lo persiguió y casi le alcanza. Pero Geordie oyó algo que le hizo mirar hacia atrás. Y al ver al único hombre que había esperado nunca ver otra vez avanzando amenazadoramente sobre él...

Geordie gritó, clavó los talones en su montura, y se internó en el bosque al costado de la carretera. Disgustado por no atraparlo por meras pulgadas, Anthony volvió corriendo por su propia montura.

Jeremy estaba fuera del compartimiento de pasajeros para entonces ya había



desatado el caballo e incluso le entregó las riendas a Anthony. Al presenciar la persecución se limitó a preguntar:

—¿Quién es?

—Un hombre muerto —contestó Anthony mientras montaba y giraba para darle caza—. Sólo que aún no lo sabe —agregó antes de que él, también, desapareciese en el bosque.

Su montura era un pura sangre. Geordie montaba un caballo de tiro. No le tomó mucho tiempo alcanzarlo, tumbarlo de su caballo, y tirarlo al suelo.

Anthony se apeó lentamente, ahora que tenía a su hombre. Geordie tenía la mirada fija en él, aterrado, mientras intentaba retroceder a toda prisa.

—¡Un momento! —Gritó Geordie—. ¡Debe oírme! ¡No fui yo!

Era un error decir esas palabras, porque sonaban a culpabilidad. Anthony se agachó para acercarse a Geordie hacia su puño.

—Och, Dios mío, no mis dientes otra vez. ¡Esperad!

Geordie cubrió su cara con ambos brazos. Anthony le pateó el costado. Los brazos cayeron con un gemido. Usualmente no pateaba a un hombre cuando estaba en el suelo, pero este gusano patético no merecía las reglas de los caballeros.

Anthony se arrodilló sobre una pierna para agarrar un puñado de pelo rojo antes de preguntar:

—¿Dónde está ella?

—No lo sé. ¡Lo juro!

Su puño se estrelló contra la cara de Geordie por segunda vez.

—Respuesta equivocada, Cameron.

—¡Mi nariz! —Geordie gritó mientras intentaba contener la sangre que manaba a chorros de ella—. ¡La rompió otra vez!

—¿Pensaste que saldrías caminando de aquí? —Preguntó Anthony. Su voz estaba tranquila, aún cuando agregó—: Voy a necesitar una pala para cuando haya terminado contigo.

—¡Pregúntele a ella! ¡Ella le dirá que no fui yo!

—¿Que le pregunte a quién?

—¡A su hija... no, no me pegue otra vez! Fue mi esposa quien la tomó. Me trajo hasta aquí para visitar a su tía, o eso dijo. Entonces desapareció el día entero y volvió con su hija. Está loca, y se lo dije. La muchacha sabe que no tuve parte en nada de esto.



— ¿Entonces dónde está ella?

— ¡La habría llevado a su casa con ustedes esta mañana, pero escapó por su cuenta! No estoy aquí buscándola, ando buscando a mi esposa para estar seguro de que no la encuentre otra vez.

— ¿Y qué le dio a tu mujer la idea para hacer esto?

Geordie palideció otra vez.



## Capítulo 9

—ESTOY ESPERANDO A MI SOBRINA Y SUS SIRVIENTES. ¿No han llegado aún? —Boyd describió a Judith al posadero, añadiendo—: Es una niña notablemente bella. Si usted la viera, nunca la olvidaría.

Ésta era sólo la segunda posada en la que Boyd entraba, y todavía tenía mucho terreno por cubrir.

Había alquilado una habitación sólo para obtener la simpatía del hombre. Y ya tenía algunas preguntas más listas para el posadero por si el hombre respondía negativamente a la historia de su sobrina. Boyd había sugerido que a Judith podían haberla llevado a través de la puerta principal de una posada, pero realmente no pensó que fuera así.

Por eso no esperaba escuchar.

—Sí, señor, la segunda puerta, escaleras arriba. Justo al lado de la suya.

Después de que Boyd se recobró de la sorpresa, preguntó:

—¿Cuántos sirvientes la acompañan en este momento? —Lo hizo sonar como si esperara una cantidad extravagante, pero en vez de eso esperaba averiguar cuántas eran las personas con las que se tendría que enfrentar cuando rescatara a Judith.

—Solamente dos mujeres llegaron con ella, señor. Si había otros sirvientes, no requirieron habitaciones para ellos.

Boyd inclinó la cabeza para agradecerle al hombre. Usualmente este tipo de suerte nunca aterrizaba en su regazo. Y ahora tenía que tomar una decisión. Esperar una hora hasta que llegara Anthony al pueblo para decirle que encontró a Judith y que sabía donde la retenían, ¿o la sacaba él mismo de allí? Se lo agradecerían más tarde, ya estaba a medio camino de las escaleras cuándo Jeremy lo llamó.

Boyd esperó a que el muchacho lo alcanzara antes de preguntarle:

— ¿Qué estás haciendo aquí?

—Teniendo suerte. La primera posada que reviso y aquí estas —luego Jeremy rió entre dientes—. En realidad, reconocí tu caballo.

— ¿Creí que habíamos llegado a un acuerdo de que no mostrarías tu cara por aquí porque te pareces demasiado a tu tío?



—Relájate, yanqui. Se ha acabado... O en su mayor parte. Mi prima logró salir de este lío por su propia cuenta. —Jeremy le explicó lo que Geordie Cameron había confesado—. Así es que el Tío Tony está buscando al sur de la carretera principal donde nos topamos con Cameron. Él me envió al norte a hacer lo mismo.

—¿Es por eso que tu voz suena ronca?

Jeremy asintió con la cabeza.

—Considerando lo inteligente que es mi prima, si ella no hubiese tenido la suerte de encontrar un carruaje que la llevara en vez de hacer sola el arduo viaje, sería como un patito adentrándose en el bosque cada vez que ve a alguien se acercara a ella. Pero no obtuve respuesta a mis gritos, así que probablemente esté más al sur. Al tío Tony le gustaría que te quedes aquí por hoy... por si acaso. Enviará noticias.

Boyd frunció el ceño.

—Diría que estamos en medio del *por si acaso*. Ella está aquí.

—¿Quién?

—¿Quién crees?

—No te pongas irritable ahora —le dijo Jeremy—. Acabo de decirte que ella escapó.

—Y acabo de describir a Judith al posadero. Él dijo que se ha hospedado aquí.

—Campanas del infierno, ¿el escocés mintió?

—¿Por qué diría la verdad? —reflexionó Boyd

—Porque mi tío iba a arrancarle las extremidades de raíz.

—Una buena razón para mentir, si me lo preguntas.

—Por todos los infiernos. —Entonces Jeremy puso sus ojos en blanco—. Espera un momento. Solamente porque estuvo aquí no significa que aún lo esté. O sea que es aquí donde la mantenían... y de donde escapó.

Boyd asintió con la cabeza, aceptando esa posibilidad.

—Fácil de confirmar, desde que me dijeron en qué cuarto esta ella. Vamos, vayamos a ver si aún hay alguien allí.

Se detuvieron fuera del cuarto. Boyd estaba a punto de probar la puerta cuando ambos escucharon del otro lado de ella.

—Estoy famélica otra vez.

Jeremy inmediatamente jaló bruscamente a Boyd hacia el corredor.

—Por todos los infiernos —siseó—. Esa era la voz de mi prima.





—Escuchad —replicó Boyd ahora con la pistola en la mano—. Haremos esto con el menor riesgo para Judy.

—Entonces guarda eso. Eres bueno con los puños. No necesitas blandir un arma que los alentaría a disparar la de ellos.

Boyd estuvo de acuerdo.

—Mi idea era asustarlos lo suficiente como para impedir cualquier acción de su parte, pero tienes razón. Según el posadero, son simplemente dos mujeres las que están con Judy, así que un arma no será necesaria.

—¿La esposa de Cameron? Al parecer el escocés mintió después de todo.

—De todas maneras, sólo tenemos a dos mujeres con las que tratar por el momento, este es el plan —dijo Boyd bajando la voz—. Patearé la puerta. Agarras a tu prima y se la llevas a su padre. No te detengas por nada. Hay mucho dinero involucrado en esto, no sabemos cuántos brutos han contratado para ayudar y donde podrían estar situados cerca del pueblo. Me encargaré de quienquiera que se quede en el cuarto y los entregaré al oficial de policía antes de alcanzarte.

—Shh —dijo Jeremy cuando la puerta que habían estado pensando tirar abajo comenzaba a abrirse.

Le dieron la espalda a la puerta. Mientras Boyd intentaba dar la apariencia de estar buscando la puerta de su cuarto, escuchó la voz de una mujer que decía.

—No tardaré mucho en conseguir algo de comida. Cierra la puerta.

La risa ahogada de una mujer se escuchó del interior el cuarto.

—Te preocupas mucho, Grace.

La mujer que iba a conseguir comida ni siquiera echó una mirada en dirección al corredor. Simplemente marchó hacia las escaleras y entonces desapareció de vista.

—Ahora sería un buen momento para sacar a Judy, mientras hay una persona menos con la que pueda lidiar —dijo Boyd.

No tuvo que patear la puerta. Llegaron a ella antes de que la cerraran por adentro y entraron juntos violentamente al cuarto. El elemento de sorpresa funcionó bien.

Jeremy fue directamente hacia su prima. Ella comenzó a decir su nombre entusiasmada, pero él le puso una mano sobre la boca como precaución para que guardara silencio, y en segundos él la había levantado en sus brazos y se había ido.

Que dejó Boyd clavando incrédulamente los ojos al ocupante del cuarto. Asimismo, ella le devolvió la mirada. La mujer de sus apasionados sueños, supuestamente una madre con hijos propios... ¿U otros niños que había robado? Había secuestrado a la hija de Anthony Malory. Él la agarró y, poniéndole una mano



sobre la boca, la sacó fuera de allí y se la llevó al cuarto al lado.



## Capítulo 10

NI UNA SOLA PALABRA —dijo Boyd a la mujer en sus brazos—. Si te oigo aunque sea respirar, te amordazaré.

Aún no había retirado la mano de su boca. Cuando se dio cuenta de ese detalle supo que estaba en problemas. Debería soltarla y poner un poco de distancia entre ellos. Su mente podría aclararse entonces. No estaba ciertamente clara ahora. Pero no soportaba quitar sus manos de ella todavía.

La señora Tyler en persona, ya no un sueño. Estuviera soñando o despierto había llenado su mente al punto de volverse una molestia cada vez que había posado sus ojos en ella. Pero esto era real. Y no era la joven llena de vida y bondadosa mujer que creía que era ella.

—¿Aquellos niños que navegaron con usted, no eran suyos, verdad? ¿Los robó, no es así?

No le dejó contestar. No creía que pudiera soportar un montón de excusas de su parte. Terminaría por creer cualquier cosa que ella le dijera, y tendría que dejarla ir con una disculpa y una sonrisa. Pero ella comenzó a retorcerse contra él. Oh Dios...

Él caminó a través de la habitación arrastrándola con él, y pateó una silla hacia el centro del cuarto. Él la sentó, entonces se inclinó, poniendo su cara cerca de la de ella.

—No puede imaginar lo cerca que estoy de violarla. Levantase de esa silla y lo consideraré una invitación.

—¡Está cometiendo un gran...!

Rápidamente puso un dedo sobre sus labios. Había suficiente advertencia en sus ojos y ella ni siquiera intentó terminar lo que había comenzado a decir, a pesar de lo enojada que sonaba.

—¿Necesito ser más explícito de lo cerca que está de terminar en mi cama? —Le preguntó mientras sacaba su dedo—. ¿O era eso una invitación?

Ella sacudió su cabeza hacia él sin romper la virulenta mirada que había fijado en su rostro. Ella tenía ojos grandes, hermosos, color esmeralda, oscuros, furiosos... ¿creía ella que a le importaba eso?

Él se enderezó y la miró.



— ¿No intentará levantarse?

Ella sacudió suavemente la cabeza.

— Me desilusiona. Si estuviera pensando claramente, no le hubiera advertido, y entonces ahora podríamos estar retozando en esa cama. Esa es una opción aún. Continúe y levántese. Por favor.

Ella no movió ni un músculo. Él rechinó sus dientes. No estaba seguro de con quién estaba más enojado, con él mismo o con ella. Las reglas de la decencia podrían suspenderse, ella era una criminal después de todo. Pero aún no podía tomar ventaja de ese hecho, a pesar de lo hermosa que era, a pesar de lo mucho que la deseaba.

Estaba vestida con un simple vestido celeste. Con mangas largas y cuello alto. No tenía nada de sensual, excepto que abrazaba las curvas deliciosas de su cuerpo. Su largo cabello negro estaba amarrado en una gruesa trenza en su espalda. Era como lo había usado en el barco. Lo había asegurado a su cinturón para contenerlo. El pensaba que había hecho eso por el viento feroz del océano, pero ella se había reído en una de las cenas compartidas con él y el capitán y les comentó que era para no sentarse sobre él. ¿Y por qué no se hacía alguno de esos elaborados peinados que las otras mujeres usaban? Porque ella no era como las otras mujeres.

La rodeó y se ubicó detrás de ella para tratar de finalizar la tentación visual en la cual lo estaba poniendo. No ayudó en absoluto. ¿Por qué demonios la trajo aquí? Aún no podía pensar claramente. Debería haberla llevado directamente a la cárcel. Debería al menos, haber llamado al magistrado local. No se movió para hacerlo. La idea de Katey Tyler en la cárcel lo dejó frío.

Él podía irse con ella, sacarla de Inglaterra. Poseía un barco. Sería lo suficientemente fácil de hacer. ¿Y luego qué? ¿Disfrutarla por una semana o dos, y luego dejarla bajar en algún puerto en otro continente? ¿Así ella podría volver a su negocio de robar niños, en cualquier otro lado? Cuando pensó en Rosslyn Malory llorando todo el día por el bienestar de su hija, supo que no podía hacerlo.

¿Entonces qué demonios iba a hacer con ella? Supo que estaba evitando lo inevitable.

No se había movido lo suficientemente lejos de ella. Captó su esencia, únicamente de ella, un poco floral, un poco de especia como el pastel de manzana caliente, un poco terrenal. Cerró sus ojos, peleando contra la urgencia de tocarla nuevamente. Perdió.



## Capítulo 11

KATEY NO TENÍA MIEDO... AÚN. Se había dado cuenta que Judith reconoció y se mostró encantada de ver al joven que la había llevado fuera de allí, por eso no estaba preocupada por la niña. E instantáneamente había reconocido al hombre que la había metido sin razón en este otro cuarto. Boyd Anderson, el dueño del *Oceanus*. ¿Cómo podría olvidarlo? Él fue el primer hombre bien parecido que alguna vez mostrara interés en ella, en realidad, el primer hombre realmente bien parecido que ella alguna vez había conocido, ¿pero qué estaba haciendo él aquí?

Se había asombrado tanto de verlo entrar violentamente en su cuarto cuando había pensado que nunca volvería a verlo otra vez. ¡Pero obviamente pensaba que ella era culpable del secuestro de Judith, y por eso la estaba tratando como a un criminal común! Iba realmente a avergonzarse y merecidamente cuando lo corrigiera de su error... si tenía la oportunidad de hacerlo.

La enfureció que la amenazara para que guardara silencio. ¿La retendría en realidad? Pero primero le daría su explicación, seguramente y después... ¿qué ocurriría si no le creía? Parecía estar seguro de que ella era culpable, y estaba bastante furioso por eso. ¿Qué ocurriría si la retenía en vez de creerle?

Ella tembló.

*Ay de mí*, deseó que él no hubiera mencionado eso. No tenía un pensamiento claro en su mente en ese instante. ¡Y en ese momento se dio cuenta, incrédulamente, que él la estaba tocando! Ella le apartó la mano con un golpe, pero esta regresó con una caricia a su mejilla otra vez. Se le puso la piel de gallina desde la espalda hasta los brazos. Sus dedos se dirigieron hacia su cuello. Aspiró aire y lo retuvo, esperando... esperando...

Él hizo que ella echara la cabeza hacia atrás. Estaba de pie tan cerca detrás de ella que la parte trasera de su cabeza tocaba la hebilla del cinturón de sus pantalones. Y él la miraba desde arriba con tanto calor en sus ojos oscuros.

—No puede imaginarse cuanto...

Se detuvo a sí mismo. Apartó su vista del rostro de ella y se quedó mirando el cielo raso. Katey aprovechó el momento para escabullirse fuera de la silla. No tenía la intención de tirarla, pero estaba feliz de tener esa pequeña barrera sobre el piso entre ellos cuando comenzó a decirle aireadamente.

—¡Me arrastra hasta aquí dentro, me amenaza, y luego hace avances impropios! Si



no lo conociera, Boyd Anderson, estaría gritando en este momento. ¡Esa es todavía una opción! ¿Cómo se atreve a tratarme tan arrogantemente?

Él levantó la silla y la dejó a un lado sin apartar la vista de ella. Esos ojos oscuros tan expresivos vagaban lentamente por sus curvas de tal manera que su estómago en verdad revoloteó. Ella recordada momentos como esos en su barco. Tantas veces lo había atrapado clavando sus ojos en ella como ahora cuando pensaba que ella no se daba cuenta. Grace le había dicho que él estaba teniendo pensamientos carnales sobre ella. Los había tenido entonces, y los tenía ahora. ¡Pero ahora no intentaba esconderlos!

—Se me ha ocurrido que sus actividades aquí lo cambian todo. —Lo dijo en un tono bajo, ronco—. ¿Es mucho más sofisticada de lo que pensé, no es así Katey?

Cuando sus ojos regresaron a los de ella, no pudo evitar sonrojarse porque comprendió lo que él insinuaba. Que su sonrojo pudiera hacerle pensar que él estaba en lo cierto, no se le ocurrió. Pero él se dio prisa acortando el espacio entre ellos. Demasiado rápido.

—¿Sabe cuántas veces soñé con el momento de tenerla a solas así? —le dijo, ahuecando sus manos en el rostro de ella.

Por un breve momento, Katey quedó fascinada por su caricia. Fue tierna, fue romántica, y él no era el único que había tenido tales sueños desde que se conocieron. Estaba a punto de besarla. ¡Lo supo, en lo más profundo, sabía que estaría perdida si lo hacía, porque ella lo deseaba también! Él la excitó de una manera desconocida, y ella obviamente no estaba más preparada para lidiar con eso de lo que había estado en su barco, era todavía más emocionante de lo que pensaba.

—Estoy casi alegre de que haya mostrado sus propios colores —continuó él.

Eso rompió el hechizo. Todavía la acusaba de algo que no había hecho, ¿y pensaba que podría tomarse libertades por eso?

¡Detenlo!, se dijo, y le pegó en las manos apartándolas.

Pero sus manos no fueron muy lejos. Fueron directamente a sus caderas en lugar de eso. Y antes de que pudiera pensar en apartarse un paso lejos, tiró de ella acercándola a él. ¡Ella se quedó sin aliento y colocó ambas manos sobre su pecho para apartarlo a empujones, pero no surtió efecto! Mientras lo empujaba, no pudo evitar notar cuán duro y musculoso era su pecho, el calor que sentía al presionarse contra ese cuerpo tan grande.

¡Desesperada por detener las calurosas sensaciones que la abrumaban, ella le dijo:

—¡Voy a darle un puñetazo! Ha sido advertido.

—No haga eso, cariño. No quiero que se lastime la mano.



A regañadientes, la dejó ir. ¡Pero la miraba divertido! Y mientras la soltaba muy cuidadosamente para que ella no se cayera hacia atrás, su diversión agudizó su furia.

—Qué amabilidad la suya, pero esto ha ido demasiado lejos. ¿Qué es lo que está haciendo aquí? ¡Judith es una Malory, no usted!

Sus últimas palabras salieron de su boca como un grito, estaba tan azorada, que la calma respuesta de él fue un susurro en comparación.

—No, no lo soy, pero tengo tanto una hermana y un hermano, que se han emparentado con esa familia.

Eso la sorprendió. Pero también le recordó de qué la estaba acusando, porque sus ojos se estrecharon mientras la contemplaban.

—¿Cómo pudo hacer esto? —le exigió—. ¿Sabe con quién se ha metido? Los Malory jamás olvidan una afrenta. No puedo creer que aún sabiéndolo revolvería el nido de avispas.

Su espalda se puso rígida.

—¿Por qué no piensa en lo que acaba de decir? ¡No puede creerlo porque no es cierto! No tomé parte en eso.

—Entonces explique lo que estaba haciendo en ese cuarto con Judith.

—¡Oh! ¿Finalmente me pregunta lo que tendría que haberme preguntado desde el principio? —le dijo ella mordazmente—. ¡La estaba ayudando! Estaba de camino de regreso de Escocia cuándo...

—¡Dios mío! —La interrumpió, su expresión ahora era tan incrédula como su tono—. Es la esposa de Geordie Cameron, ¿verdad?

—¿Quién?

Pero él no la oía y decía para sí mismo:

—Ahora tiene sentido. Él incluso dijo que ésta fue su idea.

—¿Quién? —preguntó ella otra vez, pero otra vez él no pareció escucharla.

—Tiene un minuto para explicarse. Dígame que es inocente, que fue obligada, que fue convencida de que nadie saldría herido de esto.

¿Le estaba dando una lista de excusas entre las cuales escoger por si ella no tenía ninguna para darle? ¿Estaba siendo simplemente sarcástico? ¿O estaba esperando en realidad que ella le pudiese darle una buena razón para dejarla ir?

—Rescaté a Judith —le dijo rápidamente—. Ella lo confirmará.

Eso debería haber sido suficiente para hacerlo comenzar a disculparse. Al menos debería causarle alguna duda. Pero podía deducir por su expresión que lo había





dicho demasiado tarde, él no le creía.

—Convenientemente para usted, ella no está aquí corroborar eso, ¿no es así?  
—dijo él lacónicamente—. Pero déjeme decirle lo que es obvio. Mantenía a Judith en un cuarto cerrado. Oímos a su cómplice recordarle de echarle candado a la puerta cuando ella salió. Si usted la hubiese rescatado, la estaría llevando a casa ahora mismo, no reteniéndola en el mismo pueblo donde arregló intercambiarla por la fortuna exigió.

Katey tragó saliva. ¡Eso sonaba tan, tan... incriminatorio!

—Bien, antes de que haga cualquier cosa impulsiva, vayamos a buscar a Judith —le sugirió ella razonablemente—. Asumo que le creerá a la niña cuando le diga que la arrebaté de esas personas que la tenían...

—Jeremy estará de regreso aquí para decírmelo si ese fuese el caso. Ahora, le doy una oportunidad para decirme algo plausible. No lo tiene.

A estas alturas Katey perdió toda paciencia con él.

—¿Finge simplemente ser torpe o es así realmente? ¿Por qué regresarían aquí? Judith ya le habrá dicho a su pariente que la ayudé. Él no va a asumir como usted que tengo culpa en algo. Seguramente ya sabe la verdad y pensará que también lo sabe usted. ¿Entonces por qué regresaría aquí? Él no sabe que está siendo ridículamente testarudo reteniéndome. Más que todo, él asumirá que me ha dado correctamente las gracias por mi ayuda y que pronto lo alcanzará.

—Es la sobrina de mi hermana la que se robó, la prima de Jeremy, y sus padres han estado locos de la preocupación hace ya dos días. Jeremy no va a demorarse ni un sólo minuto en llevarla directamente a casa para con su familia. Vamos.



## Capítulo 12

EL PRIMER PENSAMIENTO ATERRADOR DE KATEY mientras Boyd la arrastraba escaleras abajo, fue que la llevaba a la cárcel. El murmuró algo sobre dejar que las autoridades se las ingeniaran, que él no podía confiar en sus instintos en lo que concernía a ella. Así que lo único que se le ocurrió gritarle fue.

—¡Espere! ¡Espere!

Él no lo hizo. Esto confirmó aún más sus sospechas. Él le dijo al posadero quien miraba con los ojos abiertos cuando pasó frente a él:

—La pesqué saliendo furtivamente de mi cuarto. Estoy sorprendido de encontrar ladrones en una hermosa ciudad como ésta.

Katey sofocó un grito ante aquella acusación, pero Boyd no se detuvo, por lo tanto no le pudo decir al posadero de quién en realidad era la culpa. La empujó directamente a través de la puerta, su caballo tenía que estar por allí.

La lanzó sobre la montura, sin mucha delicadeza. Con sus manos fuera de ella por un momento, comenzó a deslizarse del caballo por el otro lado, pero Boyd se montó rápidamente detrás de ella. Con los brazos de Boyd a cada lado suyo cuando él recogió las riendas, se sintió como si estuviera enjaulada.

Un sentido profundo de rabia cayó sobre ella. *¡Obstinado, arbitrario, creer... que... él... lo... sabe... todo, sinvergüenza!* Ella clamó a sí misma. ¡Y pensar que él le había gustado! ¡Demasiado! Cuántas veces en ese viaje junto a él, estuvo tentada a decirle la verdad, que realmente no estaba casada. ¡Ha! Había tenido razón de mantener su lengua callada.

Pero ahora no la mantendría.

—Deberías haber empezado por hacer esto para comenzar —le gritó ella—. En lugar de detenerme contra mi voluntad. Y no te sorprendas si tú eres el que termina en la cárcel, ¡Señor Todopoderoso! Cuando le diga al magistrado como me hiciste prisionera en esa habitación, me maltrataste y acusaste falsamente, veremos quién ríe mejor.

—Entonces me alegro de que no nos dirijamos hacia allí.

Sonaba divertido, como si estuviera seguro de que sus palabras fueran desesperados intentos para perpetuar sus mentiras. Pero si hubiera estado prestando



atención en lugar de estar despotricando contra él, se hubiera dado cuenta de que galopaban fuera de la ciudad y que en ese momento estaban reduciendo la velocidad, a un paso menos agotador. Ella frunció el entrecejo, mirando fijamente hacia delante de la familiar carretera.

— ¿Entonces a dónde me lleva?

— A Londres. Fue su idea —le recordó él.

Ella abrió la boca.

— Nunca dije que deberíamos ir a Londres. ¡Dije que deberíamos encontrar a Judith!

— Y ella estará en casa. Le advertí que Jeremy no perdería tiempo al devolverla a sus padres. Estarán en Londres mucho antes de que podamos alcanzarlos.

— ¡Mi Dios, no puedo creer que esté llegando a este extremo escandaloso!

— Exclamó—. Todo lo que tenía que hacer era escucharme.

— Lo hice —dijo sonando enojado nuevamente—, ¡pero todo lo que ha hecho es proclamar su inocencia cuando la he atrapado con las manos en la masa! Eso, dulzura, no funciona. ¿Así que cuál es la verdad? ¿Se separó de Cameron, no es cierto? ¿Trasladó a Judith sin decírselo? ¿Discutió con él? ¿Decidió quedarse con toda la fortuna para sí misma?

Katey miró incrédulamente ante ella, oyendo nuevos cargos que eran tan absurdos que no merecían ser contestados.

— Si simplemente usara su cabeza para lo que se supone que es —contestó ella—, comprendería cuan ridículas son todas esas acusaciones.

Él se apoyó contra su espalda para decir:

— No puedo pensar correctamente cuando está al alcance de mi mano, cuando la única cosa en mi mente es llevarla a la cama más cercana, así que no me atrevo a fiarme de su palabra, Katey Tyler. Lo siento.

Ella jadeó trabajosamente. No sólo sus palabras la afectaban. También lo hacía su pecho apretado contra ella, sus fuertes brazos rodeándola, y su febril respiración contra su oreja. El escalofrío que atravesó su cuerpo no tenía nada que ver con el aire otoñal contra su rostro.

Le tomó varios minutos poner sus deseos bajo control y lograr la fuerza suficiente para decir:

— ¿No le llama a esta distancia estar *al alcance de la mano*?

— ¿Lo ha notado, no es cierto? —Él se rió entre dientes—. Pero no hay ninguna cama cercana, así que pienso que puedo refrenarme lo bastante para llevarla a donde



los Malorys. El padre de Judith puede manejar esto y decidir qué hacer... con... usted.

No sólo fue su intentó de no terminar esa declaración. Sino que también lo sintió ponerse rígido, como si hubiera comprendido de repente algo que debería haber tenido en cuenta antes. Por supuesto que él ya había admitido que no estaba pensando claramente...

—¿Qué? —exigió ella cuando miró atrás hacia él—. ¿Ha pasado por alto algo importante? ¿Cómo el que no tiene ningún derecho de llevarme a cualquier lugar?

En lugar de contestarle, sus ojos cayeron sobre su boca.

—Podría querer mantener sus labios fuera de mi vista, Katey. Realmente. ¿A menos que...?

—¡Entiendo! —exclamó ella, y volteó la cabeza.

El viento frío le pegó nuevamente en la cara debido al paso que llevaban. ¿Pero acaso no se habían oscurecido las nubes sobre sus cabezas? ¡Iba a llover, estaba segura de eso, y él los estaba llevando alocadamente por la carretera a caballo!

—Esto es absurdo —refunfuñó ella—. ¡Me dirigía a Londres, pero no a caballo! Exijo que me regresemos a recoger mi carruaje y a su conductor. Mi doncella se va a poner frenética cuando no pueda encontrarme. ¡Y mi ropa! ¡No estoy vestida para viajar así!

—¿Alguna vez se queda quieta?

—¿Alguna vez oye lo que le digo? —Le contesto—. No estoy vestida para andar a caballo así. Mis faldas...

—Envuélvalas bajo sus piernas —le sugirió. Pero se apretó aún más cerca de ella, apoyándose en su hombro para ver lo de que se estaba quejando—. Lindas pantorrillas. Tenía el presentimiento de que serían así.

—¡Guarde sus ojos para usted! —replicó ella enfadada, ruborizándose, y lo empujó lejos de ella.

—¡Estoy tratando!

Mi Dios, casi se rió. Si no hubiera estado tan furiosa con él, probablemente lo habría hecho.

Que pícaro extranjero estaba resultando ser. Esta lujuria suya había estado presente en el viaje, pero aunque era consciente de ella, ambos habían tenido que pretender que no existía. Su supuesto estado matrimonial había servido como una firme barrera que los había ayudado a lograrlo. Esa barrera se había desmoronado hoy y él se había vuelto completamente audaz.



Ella envolvió su falda firmemente bajo sus muslos de ambas piernas, pero eso no ayudó con el viento.

—Todavía tengo frío —se quejó ella—. Yo estoy bloqueando la mayor parte del viento, así que no sabe cuán frío se ha puesto. Necesito mi chaqueta. ¡No, necesito mi carruaje! No hay en absoluto ninguna razón para hacer este viaje de esta manera cuando tengo un carruaje en perfecto estado a menos de diez minutos de viaje vuelta atrás.

—No —dijo él simplemente.

—¿Por qué?! —gimió.

—Porque no la voy a dejar fuera de mi vista. ¿Realmente cree que confiaría en su carrujero para que nos llevara a donde le indicara? En poco tiempo mandaría a alguien a contactar con el resto de sus compinches.

Ella rechinó sus dientes.

—Recuerde mis palabras, va a llover. Mire el cielo si no me cree.

Él esbozó una sonrisa.

—¿En este país cuándo no parece que va a llover?

—¿Está diciendo que no va a pasar?

—Lo dudo. Ha estado así toda la mañana y no ha llovido aún.

—Aún tengo frío.

Él apoyó su pecho nuevamente contra ella para decirle sugestivamente:

—Bien, podría darse la vuelta para darme la cara. Le garantizo que la calentaré muy rápidamente. O podría ponerse mi chaqueta.

—Tomaré la chaqueta.

Oyó un suspiro cuando se alejó de ella otra vez. Un momento después, su chaqueta le cubría los hombros. Katey no se lo agradeció, sino que se la puso rápidamente. Ella, sin embargo, deseó que esta no oliera como él. La hizo sentir como si estuviera rodeada por su calor.

Pasaron unos minutos de silencio mientras se acurrucaba profundamente en ese calor. Sus piernas estaban descansando sobre las de él, sentada delante de él en la silla de montar. Sus brazos a su alrededor la abrazaron, también, más fuerte hasta que sintió como si él la estuviera sosteniendo realmente en sus brazos. Él, él, él. ¡Dios! ¡Ella necesitaba pensar en algo más!

—Cuando mencionó a los Malorys hace un momento no señaló lo que iba a pasar —dijo ella.



—Simplemente se me ocurrió que no necesita preocuparse por ningún magistrado, cariño. Aunque sí que necesita preocuparse de Anthony Malory.

Puso los ojos en blanco. En verdad creía en su culpabilidad, mientras que ella estaba segura que no tenía nada que temer del padre de Judith. Boyd iba a ser el que tendría que responder de su error, y ella saboreó eso. Pero eso era asumiendo que Judith pensara en mencionar la parte de Katey en esta pequeña aventura, y si ella no lo hubiera hecho, si se le permitiría a Katey hablar primero con la niña antes de... ¿antes de qué?

—Esta no es la primera vez que insinúa que se le debe temer a los Malorys. ¿Quiénes son ellos?

—Una de las familias más poderosas de este reino, defensora acérrima de la familia. Hierde a uno y habrás herido a todos. El padre de Judy, bien, le ha dado una paliza a tu marido, Geordie, tan severa, que dudo alguna vez se vea igual a antes. Él estaba tan fuera de sí con la preocupación, que cortará cabezas antes de empezar a preguntar.

Katey se puso derecha.

—Ya le dije, no conozco a esa persona, Geordie. Y Judy es demasiado dulce para tener un padre como el que está describiendo, así que deje de intentar asustarme.

Ella sintió como él se encogía de hombros cuando contestó:

—No diga que no se lo advertí. No es probable que Anthony le ponga una mano encima. No he insinuado eso. Es una mujer, después de todo. Pero puede asegurarse que pase el resto de su vida detrás de las rejas. De hecho, mi primer pensamiento cuando la encontré metida hasta el cuello en esto era rescatarla.

Ella decidió complacerlo preguntando:

—¿Supongo que quieres decir de la prisión?

—Sí. A cambio podría sacarla del país. Ésa todavía es una opción. ¿Cree que podría esforzarse en convencerme de hacerlo?

Ella resopló. Debería de haber sabido que no estaba siendo serio, que sus pensamientos habían tomado un giro sensual.

—Eso no merece una respuesta.

—A finales del día pensará de otra manera.

—A finales del día —contestó ella enojada—, estará sobre sus rodillas rogando mi perdón, y no se lo daré, se lo prometo. De hecho, si alguna vez vuelvo a verlo después de hoy, tendrá suerte si no le disparo. ¡Usted, señor, es un... un... una mula terca!



Ella oyó su risita.

—Pero aún así le gusto, ¿no es así, dulzura?

—¡Oh! —Ella no le iba a decir otra palabra. Hombre odioso. ¡Pero él lo lamentaría!

Empezó a llover. Gotas grandes. Ella sonrió afectadamente por dos minutos enteros, hasta que estuvo realmente mojada.

—¡Ahora mire lo que ha hecho! —dijo acusadora.

—Lo siento, pero yo no convoqué este aguacero.

—¡Me estoy congelando!

—Nada de eso —dijo él, pero sus brazos se cerraron un poco más herméticamente alrededor de ella.

—Me voy a morir y será su culpa. Le dije que iba a Londres. ¡Podríamos estar viajando en mi hermoso y cálido carruaje! Pero, no, no podía ser sensato sobre esto, ¿no es cierto?

Estornudó para reforzar su punto. No era un estornudo fingido, pero no era una verdadera señal de que estuviera cogiendo un resfriado. Las gotas de lluvia se habían reunido en la punta de su nariz, haciéndole cosquillas y provocando el estornudo.

Pero fue suficiente para hacerle preguntar:

—¿Supongo que no conoce algún refugio cercano?

Ella pestañeó. ¿Iba a ser sensato? Un poco tarde, pero aún...

—Sucede que hay un pueblo pequeño aproximadamente a diez minutos de aquí. Apenas acaba de pasar el camino hacia él. Retroceda. Hay una posada allí.

Él dio la vuelta. Le tomó a caballo menos de cinco minutos alcanzar el pueblo en que ella se había detenido esa mañana, para entonces él había llevado su montura a galope para sacarlos más pronto de la lluvia.

Ella le señaló la posada cuando estaban en el centro del pequeño pueblo en caso de que no la hubiera notado todavía. Él los llevó directamente al interior, dejándola delante del hogar, en el cuarto común, para empezar a calentarse, mientras él pagaba por un cuarto dónde podrían esperar a que la tormenta pasara.

Ella realmente no tenía frío. La lluvia podría haber traído un poco de frío al aire, pero el clima aún no era en nada invernal. Meramente había intentando que Boyd se sintiera culpable, no es que creyera que él fuera capaz de sentir remordimiento. Todavía. Pero él lo sentiría cuando averiguara finalmente el error colosal que había cometido.





Ella mantuvo un ojo sobre él mientras acercaba sus manos al fuego. Desgraciadamente, él también mantenía un ojo sobre ella. Suspiró. No habría ningún deslizarse fuera por una puerta lateral sin que lo notara... aún.

Pensó en hacer una escena ahora que estaban de nuevo rodeados de otras personas. Convocar un alguacil podría resolverse de cualquier manera, sin embargo. Sin sus sirvientes aquí para verificar su historia, podrían creer a Boyd en cambio, y podría terminar después de todo en la cárcel. Decidió no arriesgarse a eso. Además, debía volver a Northampton, recogería sus cosas y sus sirvientes, y dejaría atrás lo que se había convertido en una aventura ridícula.

—Sígueme —dijo él, mientras tomaba su brazo para escoltarla mientras subían—. Si esta lluvia no se detiene dentro de una hora, veré si puedo encontrar un carruaje de alquiler para el resto de la jornada.

¿Concesiones? ¿Así que podía hacerlas? Pero debió pensar en carruajes antes hacerlos galopar fuera del pueblo más grande de Northampton. No era probable que encontrara uno para alquilar aquí. Pero no le mencionó eso. Cualquier cosa que los separara el suficiente tiempo para que escapara, estaría de acuerdo con eso.

Con ese fin, le dijo en cuanto la hizo entrar en la habitación.

—Estoy hambrienta.

La ignoró y fue directo al hogar para encenderlo. Deseó que él se hubiera olvidado que le había dicho que se estaba congelando. ¡Él estaba tan resuelto!

Fastidiada, ella le dijo:

—¿Me escucho? Tengo hambre.

Él la miró por encima de su hombro.

—¿En verdad?

—Sí, en verdad. No he comido desde ayer —mintió ella, para reforzar su mentira agregó—: Mi doncella iba a conseguir comida justo cuando irrumpieron en mi habitación.

Él consiguió encender el fuego antes de ponerse de pie, desempolvó sus manos, y dijo:

—Bien, veré de conseguir que nos envíen alguna comida y quizá un baño caliente, también. Séquese mientras me voy, pero apártese de esa cama, por todos los demonios. ¿Está claro?

—No dije que estaba cansada —bromeó.



Él la miró fijamente hasta que un leve rubor apareció en su cara. Comprendió lo que él había querido decir. La había mencionado a *ella* y a la palabra *cama* en la misma frase tantas veces que era difícil olvidar cuánto quería meterla en una.

—Está claro. —Se vio forzada a decir.

Se pasó una mano por su cabello húmedo y miró la confortable cama.

—Esta es probablemente una mala idea —dijo en un medio gemido—. Simplemente deberíamos esperar en el piso inferior a que pase la tormenta. También podemos conseguir la comida allí abajo.

¡Eso no la iba a ayudar a escaparse de él!

—Usted espere en el piso inferior —dijo ella rápidamente—. Yo tomaré ese baño caliente que mencionó. Seguro. Me impedirá tomar un resfriado.

Él la miró fijamente por un largo momento antes de asentir y abandonar el cuarto, cerrando la puerta detrás de él. Ella inmediatamente oyó el sonido de una llave en la cerradura y rechinó sus dientes con exasperación. Bien, no era ninguna maravilla por la que él había estado acuerdo tan presto. ¡Sabía malditamente bien que la encerraría con llave!

Pero Katey no malgastó tiempo examinando otras opciones. El cuarto tenía dos ventanas que daban a la calle, y la calle estaba vacía debido a la lluvia. Una de esas ventanas incluso estaba directamente encima del tejado del porche en el frente de la posada. Y no sería tan alto si ella se balanceara en el aire desde ese tejado.

Diez minutos más tarde Boyd estaba de pie ante esa misma ventana que Katey había dejado abierta en su escape. Aunque él había dado una moneda a uno de los lacayos de la posada para que le consiguiera un establo a su caballo, él podía ver desde su posición que el caballo no estaba donde lo había dejado y tenía el presentimiento que Katey había conseguido llegar primero a él. Menos mal.

Tan pronto como salió del cuarto y de la presencia de Katey, comenzó a tener dudas sobre su relación con el secuestro de Judith. No se sentía bien tildándola de criminal. ¡Era amistosa con los animales, por todos los cielos! Y con ese pensamiento comenzó a pensar que él deseaba que fuera culpable. Había estado tanto tiempo en su mente, algo tan indigno sobre todo por una mujer casada, debía sacársela de su mente. Pero si él estaba excusándola y aún ella fuera realmente culpable como el pecado, él no iba a perseguirla. Judith estaba ahora segura. Y él realmente no podría soportar el pensamiento de Katey Tyler en la cárcel.



## Capítulo 13

KATEY MONTÓ DE REGRESO a Northampton a pesar de la lluvia. La mitad de camino hacia su destino cabalgó por la lluvia. Aunque la vía delante estaba completamente seca, el sólido banco de nubes no se despejaba. Y mientras las nubes no estaban tan negras como lo estaban más al sur, aún podía dirigirse al norte y empaparla otra vez. Pero esa era la menor de sus preocupaciones.

Los nubarrones de la tormenta probablemente hacían parecer el día más tarde de lo que era, pero el día aún no se había ido. No había forma de que ella reuniera a sus sirvientes y sus pertenencias o alcanzar Londres antes del anochecer. Temía viajar a través de esa misma carretera principal porque no quería arriesgarse a toparse con Boyd nuevamente.

Ella lo había retrasado tomando a su caballo, así que ella no esperaba tenerlo tras ella. Aunque tampoco esperaba que se rindiera y se fuera a casa. Había resultado ser demasiado terco para eso. Pero él no la encontraría en Northampton otra vez. Dejaría a su caballo allí para que él lo encontrara, no es que no tuviera un poquito de culpa por tomarlo después de lo que había hecho, pero ya no lo necesitaría más una vez que llegara al carruaje... para dirigirse hacia otra dirección.

Hizo que más de una mirada se levantara cuando entró en el pueblo, mojada y sucia, llevando una chaqueta de hombre. Su cabello se había soltado y no perdió el tiempo en detenerse y trenzarlo. Ella probablemente debería haberlo hecho. Atraía demasiadas miradas curiosas, sin embargo eso podría ser porque sus pantorrillas estaban a la vista. Avergonzada, desmontó para cubrir apropiadamente sus piernas.

Conduciendo al caballo detrás de ella, Katey pasó por del mercado del pueblo, lo cual le recordó simplemente qué tan hambrienta estaba ahora.

El mercado definitivamente cerraba por las noches, no era que no tuviera algunas monedas para comprar otra cosa. Pero un par de clientes aún hacían sus compras, y había una mujer gritándole al vendedor de frutas parada justo por donde pasaba Katey.

—¡Solo señáleme con el dedo el muelle más próximo, vaya!

—¡Ya le he dicho a usted, tonta mujer, no tenemos muelles!

—Ya le entendí que no tienen ninguno, ¿pero qué camino sigo hacia el pueblo más cercano que sí lo tenga? ¿No le he dicho que mi marido está tratando de matarme? ¿Tengo que dejar el país, entiende?



Katey detuvo sus pasos. No sólo estaba escuchando una pelea de gritos. ¿Era esa la misma mujer escocesa, que Grace, Judith y ella habían pasado media mañana tratando de perder? Con la mujer a sus espaldas, no podía estar segura. Pero habiendo sido dos veces acusada por Boyd de ser la esposa de Geordie Cameron, ahora tenía un nombre para ponerle al secuestrador de Judith. Y aquí estaba la mujer escocesa tratando de escapar de su marido, lo que le hizo pensar en lo que Boyd había mencionado sobre la paliza que le había dado Anthony Malory a Geordie Cameron hasta dejarlo sin sentido por lo que la esposa del hombre había hecho.

Por entonces Katey no lo dudaba, por lo que detuvo a un niño que pasaba corriendo a su lado y le susurró que fuera a buscar al oficial de policía. Detendría a la señora Cameron hasta que llegara, y ya estaba lo bastante enojada para no importarle cómo lo haría. La mujer había robado y maltratado a una criatura. Las había perseguido por toda Northampton y toda el área intentando recuperarla, y si no fuera por ella, los recuerdos que tenía Katey de Boyd Anderson no estarían completamente arruinados ahora. La mujer no se alejaría después de todos los problemas que había causado sin retribución si Katey podía evitarlo.

Ella se acercó a la mujer desde atrás.

—¿Señora Cameron?

La escocesa inmediatamente se dio la vuelta. Katey casi se rió de cuán rápido el vendedor de frutas se fue en dirección opuesta para escapar de cualquier acoso. Y Katey no tuvo problemas en reconocerla. Su cabello estaba en salvaje desorden, sus ojos también tenían una mirada salvaje.

—¿Cómo es que sabe mi nombre, eh? —Demandó ella con el mismo tono beligerante que había usando con el vendedor de frutas—. ¿De la posada? Pagamos por esa habitación, aunque deberían habernos devuelto nuestro dinero, ¡la maldita cerradura de la puerta estaba rota!

Katey se percató que la mujer no la reconoció, pero eso no la asombró. Sus ropas mojadas y desaliñadas, con el cabello mojado y azotado por el viento, Katey no se veía nada como en la mañana, de hecho, se veía tan salvajemente desaseada como la escocesa.

—No soy de la posada.

Katey sin embargo no aclaró quién era. Necesitaba detener a la mujer hasta que llegar el oficial de policía, y entablando una conversación parecía la mejor manera de hacerlo.

La señora Cameron la miró de reojo.

—¿Entonces de donde le conozco? Me parece familiar... olvídelo. Si puede decirme por cuál camino está el muelle más cercano, se lo agradecería. De otra



manera, encontraré a alguien que sí pueda.

El sentido común sugeriría encaminarse a la costa más próxima. Katey meramente dijo:

—Me temo no poder ayudarla con eso. No estoy familiarizada con esta parte del país.

La escocesa bufó con impaciencia.

—Entonces no tengo tiempo para perder charlando, que tenga buen día.

Interesante cómo lo había dicho, como si sus palabras fueran las únicas que importaban. Y ya estaba mirando a su alrededor en busca de alguien a quien acosar con sus demandas de guía. Pero Katey necesitaba que siguiera hablando. Prefería esperar para acusarla hasta que llegara a arrestarla el oficial de policía.

—¿Cuál es su prisa?

—Ninguna de...

Katey la interrumpió.

—¿En verdad le oí decirle al comerciante de frutas que está huyendo de su marido que está determinado a matarla? Esa es totalmente una exageración.

—Esa es la maldita verdad, mujer. Le dieron una paliza que lo dejó tonto de la cabeza. Apenas lo reconocí. Y ahora él se quiere desquitar conmigo.

—¿Desquitar de qué?

—De que fuera culpado por algo que hice yo. Me persiguió por la carretera, eso hizo, jurando que me mataría antes que Mal... ry me pusiera las manos encima como hizo con él. Ahora bien, eso no es asunto suyo, y se me hace tarde. Geordie llegará al pueblo en cualquier momento.

Ella comenzó a alejarse. Katey miró ansiosamente detrás de ella, pero aún no había señal del oficial de policía o del niño que ella había enviado en su busca.

—Espere señora Cameron. Le parezco familiar porque me topé con usted más temprano hoy. Estaba buscando a su hija, lo cual ambas sabemos que fue una mentira. No tiene más hija de la que yo tengo.

La señora Cameron se dio media vuelta. Con expresión momentáneamente asombrada, pero rápidamente cambió a enojo mientras apuntaba con un dedo al hombro de Katey.

—¿Entonces fue usted quién la robó? Ahora tendría mi fortuna de no ser por usted. ¿Dónde está ella?

—De regreso con su familia, donde usted no colocará mas sus sucias manos en ella



otra vez. La policía está en camino para aprenderla. ¿Realmente pensó que se saldría con la suya?

Katey se preparó para impedir que escapara. Pero la señora Cameron en realidad se veía prudente. Y sorprendió a Katey diciendo.

—Oye, no es mala idea. La prisión sería un buen lugar para esconderme de Geordie, ahora que lo pienso.

Katey pensaba que Geordie Cameron debía estar como una cabra para casarse con esa mujer, pero si realmente había alguien loco, era ella.

—Vamos entonces. —Continuó la señora Cameron, y hasta le agarró el brazo a Katey llevándola con ella—. Encontremos a ese policía, ¿eh? Necesitaré a alguien que diga que soy culpable. No habrá forma de que el oficial de policía me crea si se lo digo yo.

Eso era dudoso, pero Katey ya se esperaba tener que hacer los cargos. Lo que no se había esperado es que la mujer insistiera en esto, y ser ella la que se dirigiera a ellos ansiosamente a la estación de policía. Y algo bueno había hecho, desde que Katey detuvo al niño jugando al final de la cuadra y lo envió a buscar al policía. Una moneda lo convenció de hacer lo que le pedía, porque sin una, ¡él simplemente hubiera ignorado su petición!

Aún tenía sus sospechas sobre los motivos de la escocesa. ¿Podía ella preferir la prisión a enfrentar la furia de su marido? Aparentemente sí. Pero lo que debería ser sospechoso en cambio era porque la señora Cameron insistía en que fuera con ella.



## Capítulo 14

KATEY ESTABA SENTADA SOBRE EL CATRE con sus piernas recogidas, apoyando su barbilla sobre sus rodillas y los labios torcidos agriamente. Estaba creando en su mente una de sus historias, sobre Boyd Anderson caminado a la horca. Sus manos no estaban atadas, pero él no podía responder por la mordaza, pero podía removerla lo suficiente, ¿podría él? Muy bien, ella tendría que atarle las manos, ya que no tenía interés en oír lo que tenía para decir.

Ella se demoró abriendo el escotillón bajo él. Saboreando el momento. Sin embargo, él no se veía asustado. Viéndose condenadamente terco, en realidad, justamente como la última vez que lo había visto. Tal vez porque estaba confiado de que no sería colgado por estupidez, por lo cual había estado confiado. Por eso si ella se había puesto en la escena, dejar que la viera, entonces sabría que tenía algo por lo cual preocuparse.

—Ah, entonces aquí esta. —Le dijo Grace secamente—. Debería haberlo sabido. La busqué por todos lados. ¿Por qué no se me ocurrió buscar en... la cárcel?

Katey miró de reojo a la puerta de la celda que estaba cerrada tras su doncella. Grace había desarrollado un sarcástico sentido del humor.

—Me alegra que veas humor en esto —dijo Katey sarcástica.

—¿Soné divertida? ¿En serio? Le aseguro que no lo estoy. Le aseguro que estoy bastante molesta. Los hijos de Dios no deberían terminar de esta manera.

Y fue así exactamente cómo se había sentido Katey, hasta que ella había comenzado a colgar a Boyd Anderson en su mente. Dispensándole un poco de castigo, hasta que en su imaginación, se había deshecho y calmado un poco su enojo. Sabía muy bien que Grace y ella estarían en Londres ahora si no fuera por su terquedad. Ciertamente no tendría que haber estado en Northampton y encontrarse con Maisie nuevamente y terminar en la cárcel por eso.

Pero ahora Grace estaba allí, y seguramente su idéntica versión de los hechos había convencido al policía que ella era inocente.

—Ahora que has llegado, podemos seguir nuestro camino, entonces sólo dejemos esto...

—¿Qué es lo que te hizo pensar en eso? —La interrumpió Grace bruscamente—.





No, me estoy uniéndote. Aparentemente, soy un miembro de tu banda de secuestradores.

Ciertamente eso no era lo que Katey esperaba oír.

—Esto es tan ridículo. Pensé que con nosotras diciéndoles exactamente la misma cosa...

—¿Lo hicimos? —La interrumpió Grace—. ¿O te has puesto *creativa*?

—¡No hice eso! —dijo Katey dignamente.

—Pues bien, el oficial de policía no me preguntó mucho, ¿pero por qué aún no has hecho tu declaración para encontrar la forma de sacarte de aquí?

—Lo hice. —Replicó con un pequeño grado de triunfo—. El señor Calderston, nuestro carcelero, ni siquiera me creyó.

—Debería haberlo adivinado —le dijo Grace—. Seguro que tiró la puerta que le impedía marcharse.

Katey se encolerizó. Fue un enojo impresionante para variar. Grace hasta se veía arrepentida por ese último pequeño sarcasmo.

—Por poco.

Mientras la doncella se mantenía momentáneamente silenciada, Katey explicó:

—No he sido liberada aún por la familia a la que pertenece Judith. Son aparentemente muy conocidos en el país. El señor Calderston reconoció su nombre inmediatamente y me dijo que no se atrevía a dejarme ir hasta que lo oyera de un representante de la familia.

—¿Así que has estado aquí dentro toda la tarde? —Preguntó Grace incrédula mientras se sentaba en el catre al lado de Katey.— Estaba segura que no me encontré contigo por minutos, que...

—¿No preguntaste al hostelero?

—Por supuesto que sí.

—Entonces deberías haber pensado de inmediato en buscar aquí. Vio como me esposaban afuera. ¿No te lo dijo él?

—Él probablemente debió hacerlo, pero no estaba allí en el momento que descubrí que no estabas en la habitación. Su esposa estaba en la recepción pero aseguró no haberte visto.

—Bueno, ni siquiera estaba en Northampton. Ese maldito americano que vino a rescatar a Judith estaba determinado a llevarme de vuelta a Londres para que respondiera ante los Malorys, ¡y para hacer eso me raptó! Si no hubiera trepado por



una ventana para escapar de él...

Grace saltó de la cama y dijo rígidamente.

—Ahora sé que estas hilando uno de tus historias. Teniendo todo en consideración, apreciaría la verdad, ¡ahora mismo!

Katey no se dio por aludida. En cambio, Grace sí que estaba considerablemente ofendida. No habían hecho nada malo pero estaban sentadas allí en prisión las dos. Y Katey había tejido muchas historias en su vida, dándole a Grace razones para dudar.

Katey suspiró.

—Esa es la verdad. El hombre tiene metido en la cabeza que soy culpable, por el contrario no le importó lo que le dijera yo. Pero al menos me escapé de él. Y el señor Calderston me aseguró que no tendré que esperar. Está consultando con su hermana si puede alojarnos fuera de aquí. Sonó más confiado de lo que parecía.

—¿Supongo que en una habitación con cerrojo y llave?

—Bueno, probablemente. Pero al menos estaremos en un cuarto más cómodo que una celda de cárcel.

En realidad, no era una celda de cárcel muy horrible. El aire fresco entraba por las rejas de la ventana, no olía mal. Hasta tenía piso de madera. Las sabandijas se movían por las grietas, por eso era que Katey mantenía sus piernas subidas al catre, pero aún así, era mejor que un piso sucio.

—¿Por qué el yanqui está involucrado? —Dijo Grace mientras se movía para sentarse nuevamente al lado de Katey—. Tengo entendido que la niña está de camino a Londres con un miembro de su familia y su familia es inglesa.

—No, creo que estabas dormida en el carruaje cuando Judith mencionó que tenía parientes americanos también, y este era uno de ellos. Hasta lo conoces. Fuiste la que me advirtió en *El Oceanus* que fuera cautelosa con él, sensatamente advertiste que estaba excesivamente prendado de mí.

—¿Anderson? —dijo Grace incrédulamente—. ¿El dueño de ese barco? Pero él estaba prendado de ti. Nunca había visto a un hombre más interesado en una mujer por eso era obvio que tuviera pensamientos carnales contigo. Es el último hombre que dudaría de ti. ¿Entonces por qué lo hizo?

—Supongo que es porque cómo se veía todo este asunto, mantenía a la niña encerrada en un cuarto, en el mismo pueblo en donde sus secuestradores la habían tenido apresada.

—Pero seguramente ella habrá aclarado que ya había sido rescatada... por nosotras.



—Estoy segura que lo habría hecho, pero otro de sus parientes se la llevó sin preguntarle qué le había pasado. Boyd quién estaba junto conmigo saltó a una conclusión equivocada.

—¿No se lo explicaste?

—Por supuesto que sí, pero a él se le metió en la cabeza que yo era una criminal.

—¡Pero le gustas!

—Eso podría ser parte del problema.

—¿Que se retorcido en sus pensamientos? —Grace se sobresaltó—. ¡Claro! Cuelga a sus enemigos, echa a tus amigos en prisión. ¡Tiene perfectamente sentido!

El sarcasmo de Grace estaba de vuelta. Katey le dijo:

—No, creo que sintió que era demasiado parcial a mi favor. Murmuró algo de dejar a las autoridades que se hicieran cargo, murmurando que no confiaba en sus propios instintos en lo concerniente a mí.

Él había dicho algo más, pero no se lo iba a repetir a su doncella, el placentero revoloteo que eso le causaba cada vez que lo recordaba. *No puedo pensar correctamente cuando está al alcance de mi mano, cuando la única cosa en mi mente es llevarla a la cama más cercana, así que no me atrevo a fiarme de su palabra, Katey Tyler. Lo siento.*

—Qué amable de su parte. —Dijo Grace—. Pero no lo veo aquí sentado en la cárcel haciéndote compañía mientras esperamos que se aclare algo sobre los Lores ingleses, quienes, por cierto no miran favorablemente a los americanos y que probablemente no se apuraran en aclarar esta injusticia.

Grace había tenido un encuentro con un noble inglés en uno de sus primeros días en Londres. El hombre la había empujado a un lado cuando ella estaba subiendo a un caballo que había alquilado, se lo había quitado debajo de ella, figurativamente hablando, luego él dijo algo condescendiente acerca de que ella esperaba por otro mejor. Grace había desdeñado a la aristocracia desde entonces, a pesar de ser el único accidente con las clases superiores... hasta ahora.

Katey se sentía obligada a señalar.

—Hasta ahora hemos conocido a gente muy amistosa en el viaje, tanto en Inglaterra como en Escocia.

—Ninguno era un lord.

—Cierto pero no puedes meterlos a todos en la misma bolsa sólo porque uno fue rudo contigo, especialmente cuando todos los demás han sido amables y útiles. Hasta el señor Calderson, se ha disculpado tres veces por no poder dejarme ir.

—Porque tienes razón. —Rezongó Grace y luego suspiró—. Espero que al menos



estén buscando a esa escocesa. Detesto pensar que los que rescataron a esa niña estén en la cárcel mientras ella está corriendo por ahí.

—Oh, ella está aquí con nosotros. ¿Nadie te lo dijo? ¡O tal vez debería decir, ella se aseguró de que estuviésemos aquí con ella!

Katey explicó lo que sucedió cuando ella regresó al pueblo y se topó con Maisie Cameron, y terminó diciéndole:

—No había concluido de decirle al señor Calderston sobre toda la aventura cuando la señora Cameron me apuntó con el dedo, llamándome mentirosa, y dijo que todo fue idea mía. Quería ir a prisión para escapar de su marido pero estaba lo suficientemente enojada conmigo por arruinar sus planes para querer un poco de venganza también.

Grace alzó una pelirroja ceja.

—¿Por qué no estoy sorprendida? Sabía que esa mujer no estaba bien de la cabeza.

Katey asintió con la cabeza.

—Una candidata para el manicomio como dijo el señor Calderston, pero no la culpo a ella por decir que lo dijo. Es la culpa de Boyd Anderson por lo que no estamos durmiendo en un encantador hotel en Londres esta noche.

—Odio mencionarlo, pero esto ya no es una aventura. Es una tragedia.

—No es nada por el estilo. Sólo se tornó en un inconveniente y una pequeña demora, es todo.

—Un grosero error de justicia —insistió Grace.

Era difícil estar en desacuerdo con eso. Pero Katey replicó:

—Es bastante molesto, y estoy tan enojada como tú...

—Podrías haberme tomado por tonta.

—...Pero el señor Calderston me aseguró que no toma tanto tiempo llegar a Londres a caballo, y envió un hombre a la casa de los Malory para que esto se aclare. Podríamos estar en libertad para esta noche.

Ambos supieron que eso no iba a ocurrir. Ya estaba oscuro. Aunque el hombre alcanzara Londres esta noche, era poco probable que regresara de inmediato a Northampton. No tenía nada contra él, después de todo, no pasaría nada si un par de americanas se pudrían al pasar la noche en la cárcel.

El señor Calderston sí que las mudó a la casa de su hermana, pero eso no detuvo a Grace con sus quejas, especialmente cuando su cuarto ¡resultó ser más chico que la celda de cárcel! Uno de sus rezongos y jaleos eran más que suficiente, así que Katey



trató de controlar su ira. No era común en ella sentir ira. Estaba más acostumbrada a alegrar a otras personas y entretenerlas, por eso compartía gratamente su embellecida versión de la historia «Colgando a Boyd Anderson» con Grace esa noche para pasar el tiempo.

Pero cuando finalmente dejaron de esperar a ser puestas en libertad esa noche y apagaron la lámpara para dormir un poco, todas esas emociones que perturbaban a Katey en el día la atraparon de noche impidiéndole dormir, mirando el oscuro cielo raso.

Cólera, dolor... ¿cómo pudo Boy Anderson tratarla como a una criminal cualquiera? ¡La conocía! ¡No eran extraños! Cruzó un océano con él, pensaba que era una mujer casada con dos hijos... bueno, no, creía que también había robado a esas niñas. Pero esa era una suposición por su parte, basado en su argumento de que ¡ella había secuestrado a Judith!

Ella imaginaba lo horrible que se sentiría cuando descubriera la verdad. Pero eso no la ayudaría para calmar sus heridos sentimientos. El problema era, lo odiaba por abandonarla y tratarla como lo había hecho ese día, y sus otras emociones le estaban causando un dolor en el pecho y las lágrimas llegaron a sus ojos. Y lo odió por hacerla sentir tan confusa.

Ella volvió a colgarlo en su mente y abrió el escotillón esta vez... y después lloró hasta quedarse dormida.



## Capítulo 15

KATEY DESCUBRIÓ que adquirir un cómodo carruaje inglés, al menos uno nuevo, como Judith Malory había sugerido, no era algo que se lograra en un día. El hombre del primer lugar de venta de carruajes que había visitado había dicho tres semanas. El segundo constructor de carruajes le dijo que podía hacer a uno para ella en un mes. ¡Él tenía una lista de espera!

Era suficientemente malo que todos los buques de pasajeros que iban al Continente en los próximos días tuvieran sus listas llenas ya. Lo mejor que Katey podría hacer fue comprar pasajes para dos en un barco que navegaba hasta la semana entrante. Aún estaba disgustada por eso, así es que ella no iba a demorarse más en dejar Londres para adquirir un carruaje nuevo. Todo era culpa de Boyd Anderson. El señor Calderson no las había soltado hasta ayer por la tarde, deshaciéndose en excusas cuando por fin el hombre que él había enviado a Londres regresó y dijo que los Malorys ciertamente habían corroborado la versión de Katey sobre los acontecimientos.

En camino de regreso a su hotel londinense, Katey le dijo a Grace.

—Creo que volveremos a nuestra idea original y compraremos un carruaje después de llegar a Francia.

—¿No piensas que nos toparemos con el mismo problema allí? —preguntó Grace.

—Sí, pero al menos podemos comenzar a viajar por el país mientras esperamos.

Grace asintió con la cabeza.

—¿Entonces cuál es el siguiente punto en la lista antes de que partamos? ¿Un guardarropa nuevo? ¿Contratar a un carruajero para un carruaje que aún no tienes?

Katey alzó una ceja ante el tono sarcástico de su doncella. Su estado de ánimo era pésimo. Odiaba depender de los horarios de otras personas. Quería dejar Inglaterra ese instante, no la semana próxima. También, deseaba comprar un carruaje el día de hoy, no el mes próximo. Por un breve momento pensó en comprar su propio barco así no tendría que tratar con el horario de alguien más y sólo podría apegarse al de ella. ¡Pero no quería imaginar cuánto tiempo tomaría construir un barco!

Ella sólo había medio bromeado el día de ayer cuando le dijo a Grace que no saldrían por seis días más y terminó su perorata con:



—Sólo debería comprar un barco así no nos topamos con retrasos como esta otra vez.

Grace había puesto sus ojos en blanco y había contestado:

—Comprar un carruaje es una buena idea, comprar un barco no lo es. No navegamos alrededor del mundo. Sólo necesitamos que un barco llegue al siguiente continente.

—Y luego al siguiente.

—Sí, ¿si pero cuántos meses después sería eso? —Preguntó Grace—. Dijiste que cruzando Europa por tierra toma un largo tiempo. Además, ¿no hay tantos continentes para ver... ¿O los hay?

No importa el tipo de educación que Grace hubiera recibido en Danbury, esta no había incluido geografía. Admitía con facilidad que sólo había permanecido en la escuela por el tiempo suficiente para aprender a leer y escribir. La educación de Katey, en cambio, había sido bastante más extensiva, pero si su tutor había sido diligente en enseñarle acerca del mundo, ella no había tenido libros infantiles ilustrados que le mostraran de lo que hablaba, así es que era difícil para ella imaginar qué tan diferentes eran Europa y África de América. Su tutor sólo le había dado a ella un esbozo de lo que se extendía en el horizonte, dejándola con la inquietud de verlo todo por sí misma. Sabía por las conversaciones con su tutor de la conveniencia de navegar de país a país en vez de viajar por tierra.

—Es una lástima que no podamos alquilar un barco —suspiró Katey al terminar la frase.

Grace se había reído ahogadamente.

—¡Qué raro! Esperar al siguiente barco para salir con destino al puerto que usted quiere ir, es sólo un inconveniente pequeño, un precio ínfimo de pagar por ver el mundo.

Pero Katey sabía con certeza que la paciencia no era uno de sus puntos fuertes.

—Pues bien, ¿qué sobre el guardarropa nuevo? —propuso Grace.

—¿Para qué necesito un guardarropa nuevo? ¿Ya llevo conmigo baúles llenos de ropas que no uso, así que, a cuenta de qué compraría más?

—Porque sólo tienes ropas de diario que usaba en Gardener. No tienes un solo vestido bonito ni elegante. Qué ocurre si te invitan a una cena elegante o...

—¿Invitada por quién? —Se rió Katey ahogadamente—. No conocemos al tipo de personas que dan cenas selectas.

—Podrías. Al menos deberías estar preparada. ¿O rechazaras invitaciones





solamente porque no tiene nada adecuado para vestir?

Katey le concedió ese punto.

—Supongo que no importaría tener al menos un vestido de noche, ¿verdad? Y deseo conseguir otro vestido de viaje. Podría haber tiempo pues, si encontramos a una costurera hoy. Muy bien, dile al conductor que dé la vuelta. Creo que noté algunas tiendas en la calle que dejamos atrás.

Grace le habló al conductor, pero después de volver a sentarse dijo:

—Ahora que tenemos eso fuera de nuestra lista de asuntos pendientes, vas a visitar a la niña, ¿para asegurarse que ella llegó bien a casa?

—No sé... de verdad, creo que no. No estoy contenta con el fin de esta pequeña aventura, así es que espero olvidarla pronto. Sin embargo ella sí que era una niña encantadora. Al menos le enviaré una nota para...

—Cobarde.

Katey se puso rígida.

—¿Disculpa?

—Me oíste bien. Teme ir a cualquier lugar cerca a la casa Malory porque así terminará encontrándose con *él* otra vez.

—estás realmente equivocada. Me gustaría toparme con Boyd Anderson otra vez así puedo darle un buen uso a esa pistola que compré el otro día.

Grace bufó.

—No le dispararías.

—Le colgué, ¿verdad?

Grace estalló en risas, pero cuando se calmó, dijo con una sonrisa cariñosa:

—Lo que haces en esos pequeños cuentos que creas es como soñar despierta en voz alta, Katey. Una fantasía pura como esa no tiene cabida en lo que realmente harías si en verdad se te presenta la oportunidad. Pero fue gracioso, la forma que lo colgaste. Lástima que sólo fuese tu imaginación poniéndose intensa.

—No sé por qué sigues pensando que soy incapaz de sentir ira y que seas la única que consigue experimentar esa emoción. Estaba furiosa por todo el incidente.

—Tal vez, pero evitas el punto.

—¿Puede ser por qué no quiero discutir? —se dio prisa en contestar.

—Quise decir sobre la niña. Enviar una nota sin esperar una respuesta no va a decirte si llegó sin ningún daño a su casa. ¿Qué ocurre si no fue en realidad un



pariente quién se escabulló con ella ese día? ¿Qué ocurre si Anderson fue uno de los secuestradores y te llevo en un tris sólo para distraerte así no sospecharías de lo que realmente estaba ocurriendo? ¿Qué ocurre si Judith nunca llegó a casa?

Katey se rió ahora.

—¿Has escuchado muchos de mis cuentos!

—Hablo en serio.

—Entonces escoge un tema que no sea tan absurdo. *El Oceanus* le pertenecía. Y durante la travesía le oímos mencionar que era sólo un barco de tantos que le pertenecen a la compañía naviera que su familia posee. Ese hombre no es pobre, Grace.

—Ni lo eres tú, pero eso no le impidió apuntarla con el dedo, ¿verdad?

Esa declaración tuvo alguna validez.

—Muy bien, me aseguraré de que tengo una confirmación cuando mi nota sea enviada. He estado suponiendo que todo está bien con relación a Judith. Pero no tengo que ir hasta la residencia Malory por mí mismo para hacer eso.

—Suficientemente justo —dijo Grace—. Sólo no quería que dejaras algún cabo suelto aquí... por cierto, hemos obtenido tiempo antes de que tengamos que navegar para otra excursión a Gloucestershire.

—No —dijo Katey inmediatamente—. En verdad, estaba pensando en un agradable paseo en carruaje a lo largo de la costa sureña, quizá hasta Dover, o tal vez hasta Cornwall así no perdemos el tiempo. No tuvimos la oportunidad de visitar los condados sureños antes de que saliéramos a Escocia.

Grace se cruzó de brazos, mostrándose terca, antes de decir:

—No cumpliría con mi deber si no mencionara que quizás nunca regreses a Inglaterra una vez que salgamos de aquí. Podrías llegar a Italia y decidir que ese es el país donde quieres echar raíces. Ya dijiste que Escocia sería un lugar bonito para vivir, así es que sé que vas a considerar todo esos países a los que vamos buscando un lugar donde asentarse cuando termines de ver el mundo.

—Así es que piensa sobre eso —continuó Grace—. Sabes que terminarás lamentando no haberte esforzado más en conocer a la familia de tu madre cuándo estemos al otro lado de mundo.



## Capítulo 16

KATEY DEBÍA HABERSE DADO CUENTA que enviar una nota a casa de Judith produciría mucho más que una simple respuesta. Cuando la doncella del hotel llegó a su puerta para decirle que un visitante la estaba esperando en el vestíbulo del hotel, casi envía de regreso a la camarera con la excusa de encontrarse indispuesta.

Temía que fuera Boyd. Podía que él estuviera en casa de la familia Malory cuando llegó su mensajero y que lo siguiera camino de regreso hasta su hotel. No quería verlo de nuevo. Nunca jamás. Ni siquiera para ver su actitud servil y de rodillas ahora que se acababa de darse cuenta de cuan equivocado había estado. Pero, aún así, siguió a la doncella mientras bajaban las escaleras, negándose a creer que su presentimiento tenía algo que ver la emoción que le producía pensar en volver a verlo.

No tuvo ni la oportunidad de sentir alivio o decepción, cuando vio que su visitante no era Boyd Anderson. Quedó muy sorprendida, al ver al hombre que la esperaba de pie. Era increíblemente apuesto y eso no tenía nada que ver con la cálida sonrisa que le dirigía. Era muy alto, de cuerpo esbelto y bien formado, que encajaba perfectamente con su estatura. Era el tipo de hombre al que a un sastre le encantaría hacerle un traje. Vestía elegantemente un abrigo y pantalones bombachos de color café claro, y llevaba un pañuelo muy bien amarrado sin extravagancia. Sus ropas eran de fina hechura pero sencillas. Su cabello negro azabache descendía onduladamente apenas un poco debajo de sus orejas, sus ojos tenían una leve inclinación y con el más hermoso color azul cobalto... ¡Se dio cuenta, que eran los mismos ojos de los Malory!

Tenía que ser un miembro de esta familia, y dado que apenas si se había topado con Jeremy Malory antes que se fuera a toda prisa, ese día, con Judith, se dio cuenta que podría ser él. La similitud era muy cercana a lo que podía recordar, aunque ella hubiera jurado recordarlo más joven. No es que este hombre fuera viejo. Suponía que tendría casi treinta años o un poco más.

— ¿Señora Tyler? Soy Anthony Malory, el padre de Judith. — Le tomó su mano y la estrechó amablemente.

Bueno, ¡no se lo esperaba! ¿Era el hombre con el que Boyd había tratado de asustarla? ¡Qué disparate!



Ella le devolvió la sonrisa.

—Llámeme Katey. ¿Espero qué Judith se haya recuperado de ese asunto tan desagradable?

—Gracias a usted. Sí. No sé imagina lo agradecidos que estamos mi esposa y yo por su colaboración. Usted es una joven notable, Katey.

Ella no pudo evitar sonrojarse.

—Sólo hice lo que cualquiera hubiera hecho.

—Está equivocado. La mayoría de las personas se hubieran ocupado sólo de sus asuntos. Usted vio a una niña que necesitaba ayuda y fue a su rescate. Mi hija está cautivada por su persona. No hace más que hablar de usted desde que llegó a casa.

Katey sonrió.

—Más bien era yo quien estaba cautivada por ella. Es tan inteligente para su edad. ¡Cuando me di cuenta la estaba tratando como una adulta!

Él dejó escapar una sonrisa.

—¡Ella produce ese efecto en todos! Y está ansiosa por verla de nuevo. Mi esposa, Roslynn, va a celebrar una pequeña cena familiar esta noche y nos gustaría que nos acompañase.

Katey estuvo a punto de reírse, recordando su conversación con Grace esa mañana. Nunca cruzó su mente que ese mismo día tendría que decir ¡Que no tenía nada que ponerse! Pero tenía que decirlo. La familia Malory eran nobles ingleses. ¡Probablemente se acostaban vestidos muy elegantemente!

—Voy a tener que rechazar la invitación. No tengo nada apropiado que ponerme para una cena de gala en Londres.

Anthony se rió y dijo:

—Lo que ansiamos es su presencia no ver su guardarropa. Y Judith se sentirá devastada si usted no va. —Luego graciosamente dijo—: Póngase un costal si es necesario, le prometo que a mi familia no le importará. Así que no más excusas. Enviaré un carruaje dentro de unas cuantas horas.

¿Qué podía decir Katey para negarse? Anthony Malory era un hombre terco, pero muy agradable, y a ella le encantaría volver a ver a Judith, de modo que tímidamente estuvo de acuerdo. Grace, por supuesto, tenía que decirle al menos tres veces, te lo dije, mientras desenterraban el mejor vestido de Katey. Distante de ser un costal, era un gabán sencillo rosado con botones de madre perla. Cuando Katey se la puso y Grace le arregló el cabello en una trenza que colgaba sobre su hombro, se sintió más



tranquila para asistir a la cena en casa de los Malory. Y rápidamente se puso en camino para la elegante casa urbana en Picadilly.

Esa fue otra sorpresa. Desde la calle, la casa citadina de los Malory se veía tan pequeña, pero era inmensa en su interior. Probablemente era tres veces más grande que su casa en Gardener. ¡Y tan impactante! Marcos dorados, candelabros de cristal, mármol brillante en el piso del vestíbulo. Por toda parte se veían detalles elegantes. Katey se sintió completamente fuera de lugar. Estas personas eran ricos aristócratas. ¿Qué diablos estaba haciendo allí?

Pero no pensó mucho en eso. La idea que tenía Anthony Malory de *pequeño* le parecía más bien grande a Katey, mientras tanto un mayordomo la conducía hasta una habitación llena de personas, que le decían gracias. ¡Incluso el mayordomo le dio las gracias!

Katey observó que Roslynn Malory no estaba vestida tan elegantemente con las otras mujeres de la habitación. Sir Anthony probablemente le había hablado acerca del tonto asunto de la *ropa*, con el que tuvo que lidiar cuando invitó a Katey a cenar, de modo que ella decidió vestirse sencillamente con una falda y una blusa. Ese esfuerzo adicional por sí sólo hizo sentir bienvenida Katey, pero el abrazo que le dio Roslynn la relajó completamente.

Anthony la saludó calurosamente, pero Roslynn la llevó de nuevo al vestíbulo para tener un momento en privado.

—Me alegra mucho que Tony la haya convencido de acompañarnos esta noche. Me dijo que usted estaba algo reacia. —Katey se sonrojó, pero Roslynn se rió y le dijo—. Sólo bromeaba querida. Sólo quiero que sienta que es bienvenida. Espero que acepte nuestra hospitalidad por mucho más que sólo esta noche, pero podemos hablar de eso después. Antes de que Judy baje, creo que a usted le gustaría saber mucho más acerca de este desafortunado incidente, según lo entendemos. Mi primo Geordie Cameron siempre ha ambicionado poseer fortuna, ¿sabe?

—¿Así que en realidad fue a su primo a quién golpeó su esposo?

—No se sorprenda por eso. En realidad, no es la primera vez. Antes de casarme con Tony, Geordie trató de secuestrarme varias veces. Sabía que lo estaba tramando. Me iba a obligar a casarme con él, de modo que pudiera apoderarse de la fortuna que heredé de mi padre, y no le importaba lo que tuviera que hacer para lograrlo. Tony le puso freno a eso, ¡y estábamos seguros de que no nos causaría más problemas! Y Geordie se sentía bastante mal en ese entonces, de manera que Tony podría culparlo por todo esto. Yo no. Incluso hoy recibí de él una nota ofreciendo disculpas y asegurándonos que su esposa no nos creará más problemas de nuevo, aunque ya lo sabíamos. El hombre de Calderson explicó, cuando vino acá a enterarse de la historia



de Judy acerca de lo que sucedió, que Maisie Cameron y sus secuaces habían sido arrestados.

Katey se dio cuenta inmediatamente de que los Malory no sabían que ella había sido acusada de ser una secuaz y que había estado detenida por algún tiempo debido a eso. Empezó a hablar del asunto, pero rápidamente cambió de parecer. Judith estaba segura en su casa y los Malory se sentían aliviados y agradecidos por su ayuda. No necesitaban enterarse de que ella había sufrido más consecuencias a causa de eso.

Un pequeño grito de gozo interrumpió sus pensamientos. Vio a Roslynn girar sus ojos, luego dio la vuelta para ver por qué. Judith estaba descendiendo por las escaleras hacia ellos y la niña se aferró a Katey con un gran abrazo.

—¡Vino! Estoy tan feliz. Mi papá me engañó diciendo que era posible que no viniera. Y se ve tan hermosa con ese vestido.

Katey sonrió.

—¿Si supieran la poca ropa que tengo? Mírate, estas fantástica. No me dijiste que fueras la niña más linda de Inglaterra.

Judith mostró una amplia sonrisa por el cumplido, sin embargo Katey no dudaba que fuera cierto. La niña tenía el singular cabello dorado cobrizo de su madre y los exóticos ojos azules de su padre, y ambos padres tenían una apariencia sorprendente. Katey se imaginaba que Judith iba a ser demasiado bonita cuando creciera. Incluso ahora, llena de un feliz encanto, era radiante como un ángel.

—¿Ha conocido a alguien? —Preguntó Judith, y antes de que Katey pudiera contestar, dijo—: Venga conmigo, me aseguraré de que lo haga.

La niña no se desprendería de su lado. Y como una perfecta anfitriona, para la que probablemente estaba siendo preparada a convertirse algún día, presentó a Katey a sus familiares y luego le hacía un comentario acerca de cada persona.

Su tío Edgard y su tía Charlotte estaban allí. También vivían en Londres. Su primo Jeremy y su nueva esposa, la ex ladrona, susurró Judith, también vivían en Londres, y acababan de regresar de su luna de miel.

Katey estaba un poco tensa mientras era presentada a ese joven apuesto, el impetuoso sujeto que había escapado a toda prisa con Judith ese día en Northampton. Sería mejor que él se hubiera quedado lo suficiente para conocerla en ese entonces, lo que le habría evitado el familiarizarse con el interior de una celda de prisión.





—Lamento que no nos hayamos conocido hace unos días —mencionó Jeremy, presentando disculpas, mientras le tomaba la mano—. Pero estoy seguro que Boyd explicó por qué era imperativo que llevara a Judy inmediatamente a casa.

—¡Oh! Él lo explicó —contestó Katey, y se sintió contenta de no sonar sarcástica.

En realidad, más o menos esperaba encontrarse con Boyd en la casa de los Malory. Se sentía decepcionada de que no estuviera allí. No es que ya hubiera decidido lo que le diría en caso de que se presentara. Sabía que habría sido algo impactante.

Lo cual, también, sería la razón por la que no se encontraba entre los asistentes, ella no tardó en darse que la familia de Judy ni siquiera había caído en cuenta de su error. ¿Cómo podrían al menos que él mismo hubiera confesado todo? Él obviamente no había mencionado ese tema tan espinoso. Probablemente creía, que los Malory nunca la conocerían, así que no existía razón para que contara nada. Ella no deseaba ensombrear la noche mencionando sus tontas acusaciones.

Al estar frente a Jeremy, Katey, también, podía decir sinceramente que nunca había conocido a un hombre más apuesto, pero aún estaba algo contrariada con él. Ahora podía ver el por qué por un instante pensó que Anthony podía ser Jeremy cuando lo vio en el hotel. El padre de Judy se parecía tanto al joven Malory que se le hubiera podido ocurrir que Jeremy era el hijo o el hermano de Anthony, si no supiera ya que era el primo de Judy.

Pero la esposa de Jeremy, Danny, era tan hermosa, que Katey ¡casi pierde el aliento al conocerla! Llevaba un vestido de seda color esmeralda y su cabello era blanco como la nieve, lo tenía un poco corto para los cánones de la moda actual, pero tenía unas facciones exquisitas. Katey estaba segura que nunca había conocido una mujer tan hermosa como Danny Malory, pero cuando le presentaron a Derek, el primo de Judith, y a su esposa, Kelsey, tuvo que cambiar de parecer, y comenzó a preguntarse como podía haber tanta gente tan sorprendentemente bien parecida en una sola familia.

Además, todos estaban vestidos sorprendentemente. Danny en color esmeralda, Kelsey y Charlotte en terciopelos oscuros, incluso los hombres llevaban chaquetas y pañuelos con encaje. ¡Y ni siquiera se trataba de un asunto formal! Si todos no fueran tan amables y se mostraran sinceramente complacidos por su presencia, estaría muy apenada de llevar un sencillo vestido de algodón, que parecía fuera de lugar en medio de tantas indumentarias elegantes y joyas destellantes. Pero no se le ocurrió pensar en eso hasta más tarde, debido a que apenas le dieron tiempo de notarlo con su abrumadora plática.

—Su hijo, Brandon, es el Duque de Wrigton, ¿sabe usted? —Le dijo Judith, después de que ella alejara a Katey de Derek y su encantador a esposa.





Esa información no significaba absolutamente nada para Katey. Su tutor había nacido en Estados Unidos y nunca le enseñó los diferentes niveles de la nobleza inglesa. Un noble era un noble para ella, nada más.

—Nunca lo imaginaría, pero Derek conoció a Kelsey en un burdel —continuó Judith con otro suspiro, y luego agregó—: No es lo que está pensando. Es una historia bastante interesante, lo que ella estaba haciendo allí.

Katey no se lo podría imaginar... no, en realidad, ¡no podría! Pero los secretos que esta niña le estaba revelando definitivamente eran de lo más escandaloso, cosas que Judith nunca sabría si hubiera sido ella a su edad. Ladrones y burdeles, y, también ¿no había mencionado a piratas? Con seguridad estos aspectos inusuales de las vidas de algunos miembros de la familiar Malory no eran de conocimiento público, así pues que, ¿por qué los estaba compartiendo con ella?

—No se lo diría a nadie más —dijo Judith, pareciendo leer la mente de Katey—. Es especial.

Katey se sonrojó mucho. Era uno de los mejores cumplidos que le hubieran dicho alguna vez. Pero se preguntaba el por qué de las percepciones inexplicables de la niña.

—No lo soy, ¿pero por qué lo dices? —Preguntó.

Judith encogió los hombros.

—Es raro, pero tengo la sensación de que siempre nos hemos conocido.

Eso realmente era extraño, porque Katey también sentía gran afinidad por la niña. Desde luego Judith le recordaba a ella a la misma edad, con su amabilidad, su curiosidad, y ¡sus mil y una preguntas!

—Quizás se deba a que hablamos mucho de nosotras cuando nos conocimos, y luego en su carruaje —sugirió Judith—. Nunca jamás le hablé tanto de ese modo a nadie, que no fuera de mi familia.

Katey sonrió y recorrió con la mirada la habitación.

—Y por cierto sí que tienes una gran familia.

Judith se rió al oír eso; era un sonido que le recordaba a Katey lo joven que era.

—¡Aquí ni siquiera están la mitad! Creo que la cuenta da algo de seis casas Malorys sólo en Londres, aunque es posible que le quiera preguntar al respecto a mi madre. Pero incluso esa no es toda mi familia.

Era algo difícil de entender para Katey. Fue una niña sola sin tías ni tíos ni primos, ni siquiera abuelos... al menos ninguno que ella supiera.



Debía ser agradable, pensó, tener tantos familiares. Y tal vez debería regresar a Gloucester y esta vez de verdad llamar a la puerta de la familia Millard.

Poco después se anunció la cena. La mesa era demasiado grande, dando a Katey la idea de cuantos familiares ocasionalmente cabrían en ella. Con sólo diez de ellos presentes esta noche, Roslynn sentó al grupo en un extremo de la larga mesa, colocando a Katey entre Anthony y Judith, mientras se sentaba frente a ellos.

No hubo una sola pausa entre las conversaciones, lo cual abarcó desde, carreras de caballos hasta los méritos del nuevo caballo de Dereck, las damas opinaron sobre las últimas tendencias en la moda que señalaba cinturas más bajas. A Charlotte le gustaba el nuevo estilo, mientras que las otras tres mujeres todavía estaban a favor de la comodidad del estilo imperial francés.

Cuando Charlotte le pidió su opinión a Katey, tuvo que admitir:

—Me temo que lo más cerca que he estado de una costurera en cinco años es la visita que acabo de hacerle a una esta mañana. Pedí un vestido de noche y acepté su consejo. Me dijo que sólo haría vestidos en el nuevo estilo con la cintura más baja.

—Que grosero de su parte —dijo Kelsey.

—Seguro que fue una arpía —agregó Danny—. Sé cómo trabajan esos comerciantes. Sólo quiere que les digas a tus amigas en dónde compraste tu última adquisición.

—No importa —trató de asegurarles Katey—. Se va a demorar cinco días haciendo ese vestido. No tuve tiempo de buscar otra costurera.

—¡Eso es ridículo! No demora tanto la confección de un vestido —dijo Roslynn—. Seguro estaba buscando una excusa para cobrarte más. Mañana le enviaré a mi modista. Le hará tantos vestidos como desee en cualquier estilo que prefiera, y además muy rápidamente.

—Gracias, pero no es necesario. Voy de viaje, de modo que no necesito muchos vestidos. Y mi barco zarpa la semana entrante.

—¿Regresa a los Estados Unidos? —Preguntó Anthony.

—No, no tengo más familia allá, así pues dudo que regrese.

—Tiene familia aquí en Inglaterra, sólo que no desea visitarlos —interrumpió Judith.

Debido a que Katey se sonrojó un poco, Roslynn regañó discretamente a su hija.

—Guarda silencio, cariño, esa es información personal. Katey lo explicará si es ese su deseo. No lo digas por ella.



El labio inferior de Judith tembló levemente, lo cual hizo que Katey saliera en su defensa.

—No hay problema, en verdad. Tengo familiares aquí, pero nunca los he conocido, y no creía tener el tiempo necesario para visitarlos antes de zarpar a Francia. Pero ya que no pude obtener un pasaje para antes de la semana entrante. —Hizo una pausa para sonreírle a la niña y apretó su mano por debajo de la mesa—. Y después de nuestra discusión, Judith, he estado reconsiderando hacerles una visita, y ahora que voy a permanecer un poco más en Inglaterra, probablemente lo haré. Pero tu madre tiene razón, es mejor que no hables de eso.

¡Dijo mucho para un tema que no deseaba explicar! Pero los Malory entendieron la insinuación. Y Anthony cambió de tema preguntando:

—¿Cuál es el motivo de su viaje a Francia?, ¿va de compras?

—No, es el siguiente país en mi tour.

—¿Cuántos países planea visitar? —Preguntó Edward.

—Todos —contestó Katey—. En realidad voy a darle la vuelta al mundo.

—¿Todo el mundo? —Dijo Jeremy casi ahogándose con el bocado que estaba comiendo—. Caramba, la mayoría de las personas sólo quieren viajar por el continente, ¿pero usted quiere ver todo el mundo?

—¿Por qué no? —Preguntó Katey—. Es algo que he anhelado hacer después de pasar toda mi vida en un pequeño pueblo. Ahora que no hay nada que me detenga, me gustaría conocer el resto del mundo.

—No te sorprendas tanto, querido —le dijo Anthony a su sobrino—. Todos tienen metas diferentes. Y la de Katey es una grandiosa.

Katey sonrió.

—No puedo demorarme mucho. Aunque ha pasado más de un mes desde que llegué de Estados Unidos hasta ahora. De modo que no puedo permanecer tanto tiempo en el mismo lugar, por eso es que estoy molesta con las fechas de embarque. Ya debería estar partiendo de Francia, no la semana entrante.

—Ya que está retrasada, ¿podemos invitarla a quedarse con nosotros hasta que zarpe su barco? —Preguntó Roslynn—. Eso es lo mínimo que podemos hacer después de que usted rescató a Judy.

—Sí, por favor quédese, Katey —agregó Judith muy esperanzada.

—Gracias, pero si la visita a mi familia sale como lo espero, probablemente tendré que pasar el resto de mi estadía en Inglaterra con ellos. Si cambiara algo les pondré al



tanto. Pero no tienen que agradecerme por ayudar a Judith. Fue una aventura para mí, de manera que, ¡soy yo quién tiene que agradecerles!

Se dirigieron a la sala de juegos, después de la cena. Katey entró un poco retrasada después de refrescarse unos cuantos minutos. Al observar mejor la casa, se sorprendió una vez más por su opulencia. ¿Quizás la familia Millard, que también era de la aristocracia, vivía así? ¿Esa era la clase de riqueza, a la que su madre renunció por amor?

Por unos instantes se detuvo debajo del umbral del salón de juegos. Observó a los Malory, reír y bromear, era tan obvio el amor que compartían. Qué familia tan maravillosa, y tan afortunados de tenerse el uno al otro. Deseaba no sentirse tan fuera de lugar entre ellos, a pesar de lo amables que eran con ella, pero no podía evitarlo. Hacían que extrañara a su madre.

Grace tenía razón, debía conocer a la familia Millard antes de partir de Inglaterra. Nunca se lo perdonaría si no lo hiciera. Es posible que uno de ellos se pareciera a Adeline o tuviera una personalidad similar. Santo Dios, como anhelaba descubrir que tenía un pariente que se parecía a su madre.

— ¿Quién eres? — Preguntó una voz grave tras ella.

Katey giró y no pudo evitar la ráfaga de temor que atravesó su cuerpo al ver a un alto hombre rubio, parado allí, mirándola penetrantemente, vestido con una camisa blanca abierta en el cuello, pantalones apretados, botas hasta la rodilla y cabello hasta los hombros, se veía mucho más fuera de lugar en la casa de la familia Malory que ella. Pero algo más acerca de ese hombre le hizo contener el aliento. Su aspecto era completamente amenazante, casi como si fuera un...un... ¿Qué diablos era? Un destello dorado en su oreja le dio la respuesta. ¡Parecía un pirata!



## Capítulo 17

—JAMES, POR EL AMOR DE DIOS, podrías habernos dado alguna clase de aviso —le dijo Anthony al recién llegado—. ¿Cuándo regresaste a la ciudad?

—Esta tarde.

Mucho sucedió al mismo tiempo. Jeremy atravesó como un rayo el salón y envolvió al alto y rubio hombre en un abrazo de oso. Eso seguramente habría puesto en aprietos a un hombre más pequeño, pero no a este, lo cual era una buena cosa, ya que él no estaba solo. Entrando en el salón justo detrás de él estaba una mujer y una niña.

Katey se hizo a un lado. El hombre grande podía tener un aspecto francamente amenazador, pero obviamente no lo era, y aun más evidente, era otro miembro de la familia de Judith. Judith también cruzó como un rayo el salón, pero ella abrazó a la niñita que había entrado con sus padres y tiró de ella a un lado para comenzar a susurrar en su oído.

¡La mujer que había entrado con ellos... buen dios, otra belleza!... Se abrió paso por el salón, abrazando a todo el mundo, como si no los hubiera visto en meses. Y tal vez ese era el caso, pensó ella, cuando oyó que Anthony cuestionaba al hombre rubio llamado James.

—¿Cómo estuvo el viaje? —preguntó él—. ¿Pudiste encontrar a Drew?

—Sí, y Gabrielle Brooks estaba con él como sospechábamos. Sólo que no imaginamos que fuera ella quien secuestró su barco.

—¿En verdad lo robó? ¿Cómo?

—Tuvo un poco de ayuda de la leal tripulación de su padre. Estaba desesperada. Ellos le habían traído la noticia de que su padre era mantenido prisionero por una banda de piratas que solían ser socios suyos.

—¿Pero por qué lo robó? ¿No era Drew su escolta mientras ella estaba aquí en Londres? —Preguntó Anthony—. Bastaba con que le pidiera que la lleve al Caribe, ¿no?

—¿No recuerdas aquel escándalo sobre Gabby que circuló antes de que ella se fuera? —Le recordó la esposa de James a Anthony—. Drew fue el responsable, así que ella no estaba de humor de pedirle nada en ese momento.



—Ah, una mujer enojada con intenciones de venganza —adivinó Anthony con una sonrisa conocedora—. Realmente comprendo.

—Pensé que así sería. —Le dijo James secamente—. Pero ya habían arreglado sus diferencias para cuando los encontramos.

—¿Así que Drew no necesitó ser rescatado después de todo?

—Para nada. Pero el padre de Gabby sí, y esa fue una pelea grandiosa, tengo que decirlo, el sacarlo de ese nido de piratas. Lamento que te hayas perdido la diversión, viejo. La hubieras disfrutado.

—¿Regresó Drew contigo? —Preguntó Roslynn.

—No, él permanecerá en El Caribe por algún tiempo. Asistimos a su boda antes de regresar a casa.

Anthony se rió.

—No me digas, ¿más piratas en tu familia?

Al decir eso obtuvo una mirada furiosa del apuesto rubio y Katey abruptamente cambió de parecer. James Malory era absolutamente amenazador. ¿Podían matar las miradas?

—No seas imbécil, son también tu familia —le contestó James.

O Anthony era muy valiente o simplemente no notó la mirada furiosa del otro hombre, porque con una gran sonrisa contestó:

—Lamento diferir, viejo. Tú eres el que tiene cinco cuñados bárbaros, no yo.

—Y nuestra sobrina gracias a su matrimonio es una de ellos —señaló James.

—Por todos los infiernos, me olvidé de eso. —Masculló Anthony, luego puso un brazo alrededor de los anchos hombros de su hermano para guiar a James hacia Katey—. Bien, ven y conoce a la heroína de Judy. ¿Te enteraste de lo que sucedió? Sé que Judy fue corriendo a ver a Jack un día después de que regresó casa.

—Sí, Jack nos contó todo al respecto en menos de diez segundos. ¡Apenas habíamos entrado por la puerta! Pero tú sabes cómo entrelaza todas sus frases cuando se entusiasma.

—Ciertamente. —Anthony puso sus ojos en blanco—. Judy hace lo mismo. ¡Ella no sacó ese hábito de mí! Juro que nunca fuimos así de entusiastas cuando teníamos esa edad.

—No fuimos niñas. —Fue la divertida respuesta de James. Pero después en una nota más sobria, él añadió—: Lamento no haber estado para ayudar, Tony.

—No hay de qué preocuparse, viejo. Tu hijo y tu cuñado te reemplazaron con



agrado. Todo ha terminado, gracias a Dios, así que no hay ninguna necesidad de mencionarlo más.

Cuando alcanzaron a Katey, Anthony hizo las presentaciones. ¡Si bien James Malory no era más alto que ella, cuando la abrazó con esos macizos brazos. ¡En realidad la abrazó! Se sintió muy... muy pequeña.

—Estamos en deuda contigo —le dijo James—. Ayudaste a mi querida sobrina, quien es también la mejor amiga de mi hija. Si alguna vez necesitas cualquier cosa, Katey Tyler, cualquier cosa de cualquier tipo, ven a mí.

Ella no dudó de su sinceridad. Y tuvo el presentimiento de qué «cualquier cosa». Realmente quería decir cualquier cosa, aunque fuera del tipo peligroso.

Su esposa, George, se unió para añadir su agradecimiento. Y escuchándolos a ellos, Katey tuvo la impresión de que mientras James Malory fácilmente podría ser un peligro para algunas personas, sus amigos y su familia ciertamente no tenían nada que temer de él, y Katey acababa de colocarse en el último grupo, lo cual desvaneció ese breve trozo de nerviosismo que sintió por su llegada.

Una persona más había llegado con James y su familia, pero él se había retrasado en entrar por la puerta. Desafortunadamente se movió furtivamente detrás de Katey. Si ella hubiera tenido simplemente una pequeña advertencia, no habría quedado como una tonta.

—¿Señora Tyler?

Ella se dio media vuelta para afrontar a Boyd Anderson. Con la mayor parte de desdén que alguna vez hubiera reunido, ella le increpó:

—Ah, quien más que el hombre que convierte inocentes en criminales. Es una vergüenza que los Malorys tengan que llamar pariente a un canalla como usted.

Avergonzado, él contestó:

—He venido a disculparme por no creer en usted.

—Disculpa denegada. —Contestó ella fríamente—. Ahora aléjese.

—Por favor...

—¿Sordo además de estúpido? —Lo interrumpió ella sin piedad—. Entonces déjeme ver si le puedo hacer entender. Usted podría suplicar de rodillas, y daría lo mismo. ¡Usted, señor, es un idiota!

Él se puso de rodillas. Ella bufó, sacó su pistola, y le disparó. Falló, por supuesto, pero fue lindo ver que parecía espantado.

Desafortunadamente, todo eso sólo ocurrió en su imaginación después de todo y no en un cuarto lleno de una docena de testigos. Boyd la asombró. Ella se dio la





vuelta para enfrentarlo con un jadeo. Estaba vestido más elegantemente que la última vez que lo había visto, con una chaqueta negra hecha a la medida que se ajustaba a sus anchos hombros, una corbata blanca en forma de lazo atada a su cuello, sus rizos castaños dorados desarreglados. Pero la vista de este hombre bien parecido no le robó el aliento; en lugar de eso su instinto de auto conservación pasó por encima de su sentido común, y ella despertó.

—¡No me hable! Ni siquiera se atreva a acercarse a mí. En realidad...

Ella recurrió a Sir Anthony, quien tenía ahora el ceño fruncido mientras recorría con la mirada a uno y a otro. Sintió un rubor coloreando sus mejillas porque los Malorys, no pudieron más que escucharla ser tan brusca con su pariente. Sencillamente no podía quedarse más allí.

—Lo siento, pero tengo que irme inmediatamente —le dijo ella a su anfitrión—. Gracias por su hospitalidad.

No le dio la oportunidad de contestar, sólo se detuvo un momento en su camino hacia la puerta, el suficiente como para inclinarse y abrazar a Judith y murmurarle al oído:

—Te haré una nueva visita antes que me vaya, pero ahora mismo debo irme.

Casi alcanzó la puerta principal, pero Boyd le venía pisando los talones. Su mano en su brazo la detuvo brevemente y la conminó a afrontarlo.

—Katey, debe dejar que me explique.

—¡Quite su mano de mí! —Ella se quedó con la mirada fija en su mano hasta que Boyd la quitó, entonces le agregó—: No deseo otra cosa más que ignorarlo, lo cual va a ser muy fácil de hacer.

—Podría por favor escucharme por un...

—¿Cómo me escuchó a mí? Me arrastró a través del campo en contra de mi voluntad... en medio de una tormenta, podría añadir. ¡Me maltrató, me encerró en un cuarto, todo sin siquiera escucharme una vez!

—Tal vez no la maltraté lo suficiente, ya que logró escapar —le dijo él con frustración—. Pude haberla amarrado en ese cuarto, pero no lo hice.

Ella se quedó sin aliento indignada.

—¿De verdad cree que eso lo exonera? No puedo creer que aún este hablando con usted, pero no más. Sin embargo, le daré exactamente la misma cortesía que me dio a mí. Cualquier cosa que diga caerá en oídos sordos. ¿No es así como fue?

Estaba contenta de ver que al menos un leve matiz de color teñía sus mejillas, pero eso fue todo lo que ella se quedó a ver. Se dio la vuelta y se apresuró a salir por la



puerta. Oyó que él la llamaba por su nombre otra vez, gritándolo en realidad, pero ella no se detuvo y hasta bajó corriendo las escaleras exteriores. El carruaje que Anthony había enviado para que fuera a buscarla aún estaba enfrente de la casa, y en un momento más estaba en su interior, camino de regreso a su hotel.



## Capítulo 18

EL PRIMER INSTINTO DE BOYD mientras permanecía de pie en la puerta y observaba alejarse a Katey fue seguirla, pero James había enviado su carruaje a casa y no regresaría por varias horas. Edward tenía el hábito de hacer lo mismo. Como Piccadilly era una calle de mucho tránsito, la familia prefería no aumentar la congestión dejando sus vehículos en la cuneta.

El carruajero de Derek era el único que quedaba, y mientras que probablemente no dudaría en llevar a un Malory dondequiera que él o ella pidiese, sin duda querría permiso antes de marcharse con un Anderson. Y entonces no podría alcanzar el carruaje, que ya se perdía a lo lejos. Pero Boyd sabía que alguien dentro de la casa de Anthony tenía que saber dónde se quedaba Katey porque ella había sido invitada a quedarse.

Él se había enterado de que ella era inocente de los cargos que le había achacado tan pronto como regresó a Londres. Cualquiera que no tuviera su mente y su cuerpo nublados por el deseo como Boyd, probablemente le habría creído de inmediato, ya que había estado diciendo la verdad. Pero él había ido directamente a la casa de Anthony para asegurarse de que Judith estaba en casa.

Tan pronto como hubo entrado en la sala, Jeremy, todavía allí y sentando con Judith en un sofá, le dijo:

—¿Sabes lo que es ser regañado por una niña de siete años de edad que es demasiado lista para dejarte ser condescendiente?

Y Judith chilló:

—Sólo quería agradecer a Katey apropiadamente. Tú también querrías, si alguien hubiese arriesgado su vida para salvarte. Podrías haberme llevado de vuelta por sólo algunos minutos para hacerlo. ¡Pero nos tuviste a millas de distancia antes de siquiera escucharme!

Jeremy le dirigió a Boyd una mirada de *¿ves-a-lo-que-me-refiero?* Sin embargo, para su joven primo, dijo:

—¿Entonces habría tomado más que unos minutos, no, gatita, si ya estábamos tan lejos? Pero averiguaré dónde se aloja cuando ella llegue a Londres y te llevaré a visitarla yo mismo, así puedes agradecerle correctamente. Yo quiero agradecerle también. Caray, toda la familia está en deuda con ella. Así es que deja de preocuparte por eso, ella recibirá nuestra gratitud.



Pero Judith le preguntó a Boyd directamente:

— ¿Le agradeciste al menos antes de irte?

Boyd no supo cómo se las arregló para decir una sola palabra, de tan aturdido como estaba, pero dijo a modo de excusa:

— Estaba tan sobrecogido por su belleza, que podría haberseme olvidado.

Jeremy puso los ojos en blanco al oírlo, pero Boyd rápidamente continuó:

— Pero puedes estar segura de que ayudaré a encontrarla para rectificar ese descuido.

— ¿Lo harás? — La niña le sonrió con alegría, hundiendo el hacha aún más hondo.

Él se fue rápido, antes de que pudiesen notar cuán culpable se sentía. Incluso pensó en cabalgar de regreso a Northampton esa noche, pero dudaba que Katey todavía siguiera allí. Además, sentía que ella le andaría buscando tan pronto como llegara a la ciudad, con un arma, o un palo, o un parasol que romperle sobre su cabeza. Y sería más fácil para ella encontrarlo que para él hallarla a ella, ya que lo podría localizar a través de los Malory.

Pero eso no le impidió empezar su búsqueda, casi. Tenía que enmendar su error, de alguna forma. No había duda de eso. Y se merecía cualquier cosa que ella quisiera lanzarle, por supuesto. ¿Cómo compensar algo como esto? Pero una crisis de *Skylark* había hecho erupción ayer por la mañana y eso consumió una gran cantidad de su tiempo. Uno de sus barcos había echado agua hasta puerto después de dañarse en una terrible tormenta. Tuvieron que ordenarse grandes reparaciones. El cargamento se había malogrado y tuvo que ser desechado. No podía echarlo simplemente en el Támesis.

Y en ese momento Georgina y James regresaron por la tarde y él paso el resto de día con ellos, escuchando acerca de la pequeña aventura de Drew.

Varias veces estuvo a punto de contarle a su hermana sobre su error garrafal. Pero él no pudo resignarse a arruinar el regreso a casa de Georgina, y además, él todavía esperaba encontrar a Katey y arreglar las cosas con ella antes de que su familia se enterase.

Ahora, tenía que regresar a un cuarto lleno de Malorys que habían oído lo que Katey le dijo. Ella no lo había dicho quedamente. Y la vieron irse por su causa. ¿Ya se los habría contado? No, habrían saltado sobre él inmediatamente en busca de una explicación si lo hubiese hecho. Pero querrían una ahora. Estaba sorprendido de que no le hubiesen seguido a la puerta principal para obtenerla.

De hecho, cuando volvió a la casa y cerró la puerta, vio a James y Anthony parados en el portal de la sala. Observándole. Esos dos no le habrían dejado irse sin



confesar todo si la idea se le hubiera ocurrido. Si no estuviera pensando averiguar dónde se alojaba Katey, podría haberlo intentado de todos modos, porque regresar a esa sala se parecía a caminar hacia una guillotina con su nombre grabado en ella.

Boyd pasó entre los dos Malory a los que más admiraba por su habilidad superlativa en el cuadrilátero. Sólo había experimentado esa habilidad por sí mismo una vez, cuando él y sus cuatro hermanos habían intentado darle una paliza a James por haber anunciado escandalosamente a un cuarto lleno de personas que él había arruinado a su hermana... No con esas palabras exactas, pero los nativos de Nueva Inglaterra podían leer entre líneas tan bien como cualquier otro.

Habían intentado ser justos, atacando a James uno cada vez. Simplemente no había funcionado. Pero James les había dado bastantes excusas aquel día para olvidarse de la justicia, y verdaderamente, habían sido necesarios los cinco para finalmente derribarle. Él era así de bueno con sus puños.

Cada ojo en el cuarto se tornó a Boyd cuando él reingresó a la sala. La mayoría esperó pacientemente una explicación, esperando que la ofreciera voluntariamente. La decepción de Judith sobrepasó su paciencia.

Alicaída, ella le preguntó:

—¿No lo arreglaste y la trajiste de vuelta?

¿En verdad esperaba que lo hiciera? Tan simple, la forma en que un niño veía las cosas. Arréglalo. Todo será mejor. Deseó que fuera tan simple.

Él negaba con la cabeza hacia Judith cuando su hermana dijo:

—Boyd, dime que no insultaste a esa joven.

Él respingó.

—Depende de cómo definas insulto.

—Bárbaro hasta el maldito final, ¿eh? —adivinó James.

—No empieces —le dijo Georgina a su marido, entonces preguntó a su hermano más cuidadosamente—: ¿Asumo que ese día ocurrió más de lo que sabemos?

Pero Anthony no estaba de humor para alargar el tema y con mordacidad preguntó:

—¿Qué hiciste, yanqui, para enojarla tanto que no quiere estar en el mismo cuarto que tú?

¿Cómo lo expresó Katey?

—La maltraté, la encerré...

—¿Qué?



La pregunta se abalanzó sobre él de cada dirección de la habitación porque nadie en verdad le había oído, ya que lo había masculado muy bajo. Y quizá no era sabio ser tan directo.

Él se aclaró la voz y dijo:

—No le creí cuando me explicó por qué estaba allí.

—¿En Northampton? —Preguntó Georgina.

—No, en la posada donde la encontré con Judith —corrigió él.

A lo cual James empezó a reír.

—La acusaste de ser culpable, ¿no? Puedo ver por qué le molestó eso.

Y cuando Boyd no lo negó, Jeremy chilló:

—Caray, yanqui, te dije lo que Cameron alegó, que fue su esposa...

—Lo sé —lo interrumpió Boyd—. Pero encontramos a Judy en aquella posada cautiva tras una puerta cerrada en lugar de camino a su casa. Lo que me hizo comenzar a dudar de la historia de Cameron. Incluso estabas de acuerdo en que debió mentir para hacer que Anthony dejara de darle puñetazos.

—Eso no lo terminó —intervino Anthony, lo cual le obtuvo un ceño fruncido de su esposa por sonar tan presumido sobre eso.

—Le pegaste a mi pobre primo por nada —le regañó Roslynn—. Judy confirmó que no tuvo nada que ver.

—Permíteme disentir, mi querida. Su lloriqueo de años de qué no obtuvo tu fortuna fue lo que le dio a su esposa la idea, así que en última instancia tuvo la culpa. Que no fuese su idea es la única razón por la que no está muerto.

Roslynn bufó, obviamente en desacuerdo con ese argumento. Boyd en verdad comenzó a relajar algo su guardia, con la atención de la gente derivando a otro sitio. Pero entonces atrapó la mirada inquietante de James fija en él, y desafortunadamente, ese Malory era sumamente perceptivo.

Ya sin humor, James dijo:

—Espera un maldito momento. Si no le creíste, y ella todavía está enojada contigo... dime que fuiste tan incompetente como creo que eres y no proseguiste con tus sospechas.

Boyd suspiró.

—Fui muy competente.

—Oh, Dios mío —replicó James, adivinando—. Metió en la cárcel a la jovenzuela.



— No, esa no fue una opción, aún cuando se me ocurrió que podría ser la esposa de Cameron. Pero intenté arrastrarla de regreso a Londres conmigo, sin su permiso. Iba a traerla directamente aquí, así Anthony podía decidir qué hacer con ella. Pero nos atrapó una tormenta, y cuando nos encontré un refugio, ella escapó.

Luego de un momento de silencio conmocionado, todo el mundo arrancó con diversos grados de incredulidad y censura, todo dirigido adonde correspondía, y tanto que Boyd apenas atrapó una palabra de eso. Fue en verdad un alivio asombroso ya no tener que mantener oculta esa culpa. Y cuando finalmente oyó algo que podía contestar, no estaba dirigido a él.

— ¿Cómo diablos vamos a compensar esto? —le preguntó Anthony a su esposa.

—No es tu error —señaló Boyd.

Roslynn le habló bruscamente:

—Diablos si no lo es. Eres parte de esta familia.

Si bien lo había dicho encolerizada, las palabras de Roslynn fueron música para sus oídos. Los hombres Malory todavía lo trataban casi exclusivamente de una forma descortés, como también se trataban entre ellos. Sencillamente era su costumbre. Era hora de que aceptara que en realidad formaba parte de esta familia. Georgina se había encargado de eso, y también Warren, porque ambos estaban felizmente casados con Malorys.

Así que Boyd tomó una hoja del libro de Judith y dijo:

—Lo arreglaré. No tengo ni idea de cómo lo haré aún, pero lo arreglaré.





## Capítulo 19

—REGRESASTE TEMPRANO —dijo Grace dijo cuándo Katey entró en la habitación.

—Él estaba allí... así es que me fui.

No tenía aclarar quién era él.

—Aún así, le diste su merecido, ¿no? ¿Antes de marcharte? —La mueca de disgusto de Katey fue suficiente para que Grace llegara a una conclusión—. ¿No lo hiciste? Juro, Katey Tyler, que no te crié bien.

Katey bufó mientras se dejaba caer en la silla más próxima.

—No me *criaste* para nada. Y él me tomó por sorpresa o le habría dicho bastante más de lo que le dije... o posiblemente no. Había demasiada gente allí para mi gusto como para comportarme como una bruja como él se merecía.

—Y ahora has perdido tu oportunidad.

Le tomó a Katey un momento, pero después ella comenzó a reírse ahogadamente.

—¿Perdí la oportunidad de comportarme como una bruja? ¿Es eso en lo que nos estamos convirtiendo?

Grace sonrió abiertamente, si bien un poco tímidamente:

—Eso sonó terrible, ¿verdad? Pero una reprimenda puede ser dicha cortésmente. Tienes la delicadeza para eso, mi niña, sé que sí. Y en verdad se me quedará atragantado en el buche si ese hombre al menos no es... colgado.

Ambas se rieron ahora. Pero luego Katey suspiró y recostó su cabeza en el respaldo de la silla, cerrando los ojos. Y Grace volvió a empacar la ropa que Katey raras veces usaba ya. La criada les había estado dando una buena limpieza y planchado antes de hacerse a la mar otra vez.

El problema era que probablemente Katey, todavía tendría una probabilidad de *colgar* a Boyd, por así decirlo, también para hablar, y ella ya no estaba segura de querer eso. Los Malorys sabían en donde se hospedaba. Él podría fácilmente obtener esa información de Sir Anthony Malory. Inclusive podría visitarla en la mañana para decirle cualquier cosa que estuviera a punto de decirle esa noche.

Katey había llegado a la conclusión de que no quería escucharlo. Y realmente tampoco quería volver a verlo. Castigarlo no serviría de nada. Él ahora sabía que



debería haber creído en ella. Él querría disculparse, sin duda. No tenía intención de perdonarlo por su espantosa arrogancia. En realidad, prefería que se revolcara en la culpa.

Le dijo otro tanto a Grace.

—Producirle ampollas en sus orejas le dará una oportunidad para disculparse, y una vez que él haga eso, se sentirá exonerado. Si lo perdono o no, considerará que corrigió el problema con una disculpa y se olvidará del asunto. Pero si él nunca tiene esa oportunidad, entonces la culpa nunca desaparecerá, ¿no es así?

—Esa es una gran maldad viniendo de ti, Katey Tyler —dijo Grace sonriendo abiertamente otra vez.

—¿De veras lo crees? —Katey asintió con la cabeza y tomó la decisión—. Entonces vamos a salir a primera hora en la mañana así él no tendrá oportunidad de encontrarme.

Grace puso sus ojos en blanco.

—¿A esa excursión a los condados del sur?

—No, a Gloucester.

La imprevista decisión de Katey ciertamente hizo feliz a Grace. Katey, por otra parte, experimentó mariposas en el estómago antes de partir del hotel a la mañana siguiente. No estaba segura del por qué últimamente se había sentido tan indecisa de conocer a sus parientes. Era algo que había esperado con ansias por mucho tiempo. Y ellos podían recibirla con los brazos abiertos. Pero de alguna manera tenía en mente que no sería así.

Las decisiones improvisadas no siempre funcionaban, pero algunas veces sí. Grace y ella no tuvieron que ir en busca de un carruaje para que las sacara de Londres. El mismo carruaje y conductor que había sido enviado anoche por Katey estaba allí otra vez esta mañana, y al verlas, el conductor rápidamente se lanzó de su asiento para abrirles la puerta.

Grace estaba lo suficientemente impresionada cuando le preguntó al hombre.

—¿No me diga que usted ha estado aquí toda la noche?

—No, señora, pero ahora mi trabajo es llevarlas a ustedes señoras dondequiera que gusten ir hasta que se hagan a la mar. Órdenes de Sir Anthony.

Esa fue una sorpresa agradable, no tener que preocuparse por conseguir un transporte para el viaje a Gloucestershire. Katey envió al conductor hasta la puerta de la casa de Sir Anthony para recoger su abrigo, también, de camino fuera de Londres. Ella lo había dejado olvidado la última noche cuando había salido corriendo tan



rápidamente y no tenía otro que fue tan abrigado y cómodo para viajar. Habría ido a la puerta ella misma, pero dudaba que alguien aparte de los sirvientes estuviera levantado a esa hora. Estaba equivocada.

Judith bajó saltando las escaleras de entrada de la casa, cuando escuchó al conductor mencionar el nombre de Katey en la puerta, y no dudó en entrar en el vehículo y desplomarse pesadamente en el asiento junto a Katey. Katey no tuvo el corazón para regañarla duramente. El carruaje podía haber estado vacío. Simplemente había enviado al conductor a recoger su abrigo. Una niña no debería meterse en un vehículo si no sabía que estaba ocupado.

En lugar de eso Katey le dijo:

—¿Siempre te levantas así de temprano?

—¿Siempre recupera sus cosas así de temprano? —Judith antagonizó con una sincera sonrisa.

—Me voy de Londres —contestó Katey a manera de la explicación—. Así que este es el único momento que tengo para recoger mi abrigo. Voy a visitar a mi familia en Gloucestershire después de todo, antes de dejar Inglaterra.

—¿Es ahí donde sus parientes viven?

—Sí, ¿por qué?

—Haverston está allí, la hacienda del marqués.

—¿Quién es ese?

—Mi tío Jason. Él es la cabeza de la familia. ¿Recuerda que le mencioné sus jardines?

—Oh, sí, el jardinero.

Judith rió tontamente.

—Creo que le gustaría oír que lo llaman de esa forma. Él ama sus flores.

—¿No es allí donde tiene enterrado aquel carruaje francés? —Preguntó Grace con una sonrisa abierta.

—En efecto. ¡Debería verlo! Él lo ha arreglado bellamente en uno de sus invernaderos.

—Dudo que lleguemos cerca de donde vive tu tío, Judith. Gloucestershire es un condado grande. Y no tenemos tiempo de sobra para desvíos. Nuestro barco zarpará en cuatro días. ¿Por eso vamos directamente a la posada del pueblo en Havers donde nos quedaremos antes de... ¿Ahora qué? —preguntó Katey mientras los ojos azules de la niña se agrandaban.



—¡Haverston está junto a ese pueblo! —Exclamó Judith—. Oh, esto será perfecto.

—¿Qué lo será?

—Si se quedan en Haverston.

Katey negó con la cabeza inmediatamente.

—No podríamos. Y no hay necesidad, realmente. Sólo vamos a estar allí una noche o dos.

—Pero necesitamos que se quede —dijo Judith seriamente.

Katey frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Hubo realmente un gran alboroto anoche después de que se fue. Estoy segura que te lo imaginas. Ninguno de nosotros sabía lo que había hecho Boyd hasta entonces. Mis padres estaban tratando de pensar alguna forma de compensarte. Esto no será suficiente, pero estoy segura que los haría sentir mucho mejor si aceptas nuestra hospitalidad mientras estas en Gloucestershire. Simplemente tienes que aceptar.

Eso era tan ridículo, pensaba Katey, cuando Judith continuó:

—La casa allí es grande y confortable, le gustará. Y es bueno tener amigos en la esquina cuando estas por enfrentarte a los leones.

Katey requirió de un momento para entender lo que Judith había querido decir, y después estalló de risa. Judith debió haber recordado lo que Grace le había dicho a Katey, que no tenía el coraje para presentarse ella misma a sus parientes. Los *leones* eran la familia a la que nunca había conocido, y los *amigos* a su lado eran los poderosos Malorys. Era increíble que una niña pensara esas cosas, pero Katey se estaba acostumbrando a ser sorprendida por ella. Todo estaba en la educación, suponía. Judith era de la nobleza, pero obviamente no había estado restringida a su institutriz y las niñeras que la trataban como una niña. Había pasado la mayor del tiempo con adultos que la respetaban y la amaban.

Aún así, no eran los Malorys lo que le debían algo.

—No puedo aparecer de repente en la puerta de tu tío...

—Claro que puedes si estoy contigo.

—No creo que tus padres vayan a...

—Ellos nos acompañaran también, al menos mi madre. —La interrumpió Judith otra vez—. Mi papá estará fuera el resto del día. Pero no te preocupes, no te atrasaremos. No tienes que esperarnos. Tenemos más de un carruaje y te



alcanzaremos en el camino.

Y con eso arreglado, al menos en la mente de Judith, la niña volvió de prisa a su casa antes de que Katey pudiese pensar en más razones para rehusarse.

Una vez que estuvieron en camino Grace le preguntó:

—¿Piensas que en verdad vendrán?

—Claro que no. Simplemente son ilusiones de un niño. Su madre no va a salir corriendo del país sólo para brindarnos alguna hospitalidad. La idea es ridícula. Además, ella probablemente todavía está en la cama.

—Qué pena. Me habría gustado ver que el carruaje cubierto de flores.



## Capítulo 20

NADIE, AL MENOS NINGUNO de los adultos que conocían su deseo de disculparse con Katey, se molestó en decirle a Boyd que ella había sido invitada a Haverston. Tuvo que enterarse por Jacqueline, porque Judith no pensaría en dejar la ciudad sin decirle a su mejor amiga a dónde y por qué. Pero no se enteró lo suficientemente pronto, lo cual no le dejó otra alternativa que cabalgar a toda velocidad hacia Haverston, pero aún así le sería imposible llegar antes de que oscurezca.

Pudo haber llegado mucho antes si no hubiera ido al hotel de Katey en la mañana. Si bien el empleado le informó que ella había registrado su salida más temprano, Boyd no le creyó. Nadie le había mencionado anoche que Katey dejaba Inglaterra de inmediato. Él pensó que ella le habría pedido al personal del hotel que le dijeran, si él iba a visitarla, que se había marchado. Sabía que estaba enojada con él y que no quería verlo. Después de haber esperado tercamente en el vestíbulo del hotel, esperando un vistazo de ella al verla pasar, se fue.

Enojado consigo mismo por no verla, llegó a la conclusión de que se había cambiado de hotel para no verlo. Después de buscarla en otros hoteles de los alrededores, él todavía no la podía encontrar.

Cuando finalmente regresó a la casa de Georgina, fue un alivio para él enterarse que simplemente había ido a Haverston. Conocía la manera de llegar allí porque lo habían invitado en muchas ocasiones a la hacienda ancestral Malory en los últimos años. Sobre todo cuando todo el clan Malory, incluida su hermana, se reunía en Haverston para navidad.

Boyd habría encontrado la cabalgata agradable debido a los colores vibrantes del otoño que salpicaban el paisaje y con la temperatura un tanto templada, pero el clima se había tornado asqueroso, lanzando un paño mortuario gris sobre cualquier cosa que se veía a través del aguacero. Esa tarde en varios puntos, llovía tan fuerte que hasta era difícil distinguir el camino frente a él.

Estaba empapado por entero cuando llegó. El mayordomo le dijo que la familia aún estaba cenando mientras conducía a Boyd directamente al piso de arriba para secarse y mudarse de ropa. El mayordomo no le había dado otra opción, así que Boyd tuvo que controlar a duras penas su impaciencia de ver a Katey. Sin embargo, pidió que no informaran de su llegada. Después de su última reunión con Katey Tyler, no tenía ninguna duda que ella convenientemente desaparecería con alguna



excusa si le advertían que estaba allí. No le tomó mucho tiempo cambiarse de ropa y correr escaleras abajo.

Todavía tenía el pelo algo húmedo al igual que sus botas. Sólo había guardado en su maleta de mano algunas ropas adicionales antes de salir precipitadamente de Londres, así que no llevaba chaqueta, desde que la única que tenía la traía puesta en la cabalgata y se le había mojado con el aguacero. Él sabía que estaba vestido muy informalmente, con su camisa blanca, de mangas largas y sus britches negros para una cena en Haverston, pero eso no iba a mantenerlo a distancia.

Cuando él alcanzó el comedor, no se movió de la puerta, aún cuando la familia lo notó e inició sus saludos. Katey estaba allí, y no iba a dejar que se fuera corriendo otra vez. Probablemente había notado que él estaba bloqueando la puerta como su fuera una barricada, impidiéndole cualquier escape, porque ella lo recorrió brevemente con la mirada antes de ignorarlo y continuar comiendo.

Bien, al menos ella no estaba pensando en salir corriendo, o aun intentándolo. Eso debería haber sido un alivio. No lo era. Y era incapaz de ignorarla de la misma manera. De hecho, no podía apartar la vista de ella.

Ella vestía una blusa blanca con un delicado cuello de encaje que estaba abotonado a gran altura del cuello. Sus amplios pechos se impulsaban hacia adelante contra la blusa. Diablos, sus senos llenarían cualquier cosa lo suficientemente amplia que ella usara.

*¡Quita los ojos de sus pechos! se gruñó así mismo.*

Su cabello estaba recogido en una larga trenza que la favorecía, pero hoy la cola de la trenza no estaba asegurada a su cinturón. En lugar de eso su trenza estaba extendida sobre su hombro con la cola descansando en su regazo. La gruesa trenza negra azabache contrastaba sombríamente con su delicada blusa blanca. Y sus mejillas rosadas...

Él se dio abruptamente cuenta de que ella se sonrojaba. ¿Sabría el por qué la estaba mirando? No creía tener la fuerza para quitar sus ojos de ella, aún para terminar con su incomodidad o saludar a sus parientes políticos. Si le dieran a escoger, podía observarla para el resto de su vida.

Pero él no podía continuar de pie, bloqueando la puerta. Jason Malory, tercer Marqués de Haverston, estaba a la cabeza de la larga mesa del comedor y, saludando a Boyd como a otro miembro de la familia, y pidiéndole que tomara asiento mientras le hacía señas a uno de los lacayos para que le trajera un plato. Los días en que los Malorys se ponían en guardia a un lado de un cuarto para enfrentarse contra los Andersons al otro lado, ya no existían.

Esta era simplemente una pequeña reunión. Además de Judith y su madre,





quienes por alguna razón habían traído a Katey a Haverston, Jason y su ama de llaves, Molly, estaban allí, sentados juntos a un extremo de la larga mesa. Molly era a decir verdad, la esposa de Jason y la madre de Derek, aunque nadie más que la familia sabía esto, y hasta donde Boyd sabía, Molly insistía en mantenerlo de ese modo.

Boyd se preguntó si la habían presentado a Katey como el ama de llaves. Eso realmente no le interesaba. Su principal preocupación era que Katey se quedara en la habitación lo suficiente esta vez para que escuchara su disculpa.

Con esa finalidad, él tomó el asiento frente a ella, lo cual lo ubicaba aún lo bastante cerca de la puerta para impedir que ella escapara del cuarto. Alguien mencionó algo acerca de la lluvia cuando un trueno sonó a lo lejos. Vagamente oyó el comentario, o el trueno. Todavía tenía clavado los ojos en Katey, deseando que lo mirara. Pero no lo hizo. Hasta donde a ella le concernía, él ni siquiera estaba en la habitación.

Lo cual era como tenía que ser, supuso él. Ella era una mujer casada, después de todo. Ella no debería prestarle su atención a solteros con la excepción de una común cortesía, pero ni eso debería darle. Bien, claro que no, todavía estaba furiosa con él. ¿Y dónde diablos estaba su marido?

Él había asumido que ella se encontraría con ese bastardo suertudo en Inglaterra, pero en realidad nunca lo había mencionado, sólo que iba camino a encontrarse con este. ¿Era esa la razón de ese viaje mundial que Judith había mencionado en los planes de Katey? ¿Su marido estaba en un país diferente?

Boyd esperaba que no, porque en lo profundo de su mente había esperado enfrentarse con su marido en algún momento, por su trato arrogante hacia ella. En verdad, él le habría dado la bienvenida a eso. Necesitaba que algo lo aligerase de su culpabilidad. El perdón de Katey no lo haría, pero en cambio una paliza de su marido... no, eso no ocurriría. Él no admiraba a los pugilistas, él mismo era un aventajado en ese deporte. Sólo podía imaginar cuanta más culpa sentiría si golpeaba hasta la inconsciencia al marido de ella.

Él reprimió una risa amarga. ¿A quién tomaba el pelo? Si él le fuese a ganar a cualquier hombre ensangrentado, apreciaría mucho que fuera a uno que podría reclamar Katey como su esposa.

Su frustración igualaba a su impaciencia. Quería disculparse inmediatamente, pero no lo podía hacer. Necesitaba primero estar a solas con Katey. No podía muy bien explicar en la mesa las razones de lo que había hecho en Northampton, no cuando esas razones implicaban sus sentimientos lujuriosos por ella. Era una mujer casada. Sin duda alguna ella entendía.

— ¿Dónde está su marido, Señora Tyler? —barbulló él con un dejo de frustración.



Ella le echó un vistazo, pero sólo para levantar una ceja y preguntarle con fingida curiosidad.

— ¿Cuál de todos?

Él se sobresaltó. No podía negar que merecía eso. Simplemente un error más por el que necesitaba disculparse, cuando creyó que era la esposa de Cameron.

Pero Katey no estaba interesada en su respuesta. Con sus ojos nuevamente en su comida, ella confesó:

— No tengo marido.

Incrédulo, él preguntó:

— ¿Lo perdió?

Él estaba a punto de sumar sus condolencias cuando ella le contestó:

— Nunca tuve uno que perder. Nunca he estado casada.

Dos cosas lo abrumaron al mismo tiempo. Un sentimiento de alivio lo embargó. Su conciencia podía dejar de juzgarlo por desear a una mujer casada. ¡Estaba disponible!

Pero entonces recordó el infierno que había atravesado en ese viaje con ella porque se había visto forzado a guardar la distancia, porque creyó que era una mujer felizmente casada y la madre de dos pequeñas niñas. Y qué tan diferente habría sido su encuentro en Northampton si su matrimonio no hubiera interferido entre ellos.

Las posibilidades le aturdieron. ¡Es más, podría haber hecho el amor con ella ese mismo día! Y él no la habría arrastrado para afrontar la furia de Malorys, ¿verdad? Con su mente despejada de su deseo por ella, él la habría visto como la dulce y encantadora joven que era. No habría tenido problemas creyéndole entonces. Pero eso no fue posible porque le había mentido en que estaba casada. Su estado de ánimo se oscureció cuando comenzó a preguntarse si había dicho esa mentira para mantenerlo a distancia de ella. Su tono tuvo un filo cortante de furia cuándo le preguntó:

— ¿Entonces por qué usó el nombre de señora Tyler?

— Por conveniencia. Usaba esa apariencia como un manto de protección, para mantener a la raya atenciones no deseadas. Funcionaba muy bien —agregó ella con aire satisfecho, y lo miró a hurtadillas para ver su reacción.

Boyd con el rostro encendido, dijo:

— ¿Y las dos niñas?

Ella dejó de fingir una fascinación por su plato y alzó la cabeza para clavar sus ojos directamente en él.



—No eran más. Supuso qué lo eran. Eran las sobrinas de mi vecina. Ella necesitaba que alguien las escolte a un pariente en Inglaterra. Ese fue el ímpetu que necesité para empezar mi tour mundial.

Las otras personas en la mesa seguían la conversación, recorriendo la mirada de un lado a otro, de Katey a Boyd. Jason les recordó que no estaban solos en el cuarto cuando él preguntó:

—Suenan como si ustedes dos se conocieran de alguna otra parte.

Boyd arrancó los ojos de Katey el tiempo suficiente como para recorrer con la mirada al Malory mayor.

—Fue una pasajera en mi barco durante mi último viaje con por el Atlántico.

Esto hizo Roslynn quedarse sin aliento.

—¿La conocías y aún así creíste que era culpable?

—No la conocía —dijo exasperado—. Apenas hablamos durante el viaje.

—Hablamos lo suficiente —disintió Katey.

—De nada muy personal —devolvió Boyd el disparo, regresando su mirada a ella.

—Hablamos lo suficiente como para que yo llamara *tu* atención y te fijaras en mí.

—Oh, mi... —comenzó Molly, luego se esforzó en cambiar el tema—. ¿Quizá deberíamos aplazar la conversación y seguirla en la otra sala durante el postre?

Con esa sugerencia los Malorys se fueron en fila del comedor. Pero Boyd no los siguió. Katey no se movió tampoco. Aún estaban demasiado ocupados fulminándose con la mirada el uno al otro para notar que ahora estaban solos.



## Capítulo 21

—¿ERA TAN TRANSPARENTE? —preguntó Boyd.

Era como si los dos minutos de silencio hubieran transcurrido lentamente mientras se clavaban los ojos en el uno al otro a través de la mesa, olvidados de todo lo demás en el comedor. Katey no había esperado encontrarse con él en Haverston. Cuando Judith y su madre habían alcanzado su carruaje y las habían conducido hacia la hacienda ancestral, Roslynn había mencionado que Anthony podría reunirse con ellas si no se demoraba en Kent, donde su hermano Edward lo había enviado por un negocio, pero ella no había dicho nada sobre Boyd.

Y allí estaba él repentinamente, de pie en la puerta, con su pelo mojado, con sus ojos marrones oscuros mirándola atentamente, robándole el aliento. No había esperado sentir otra vez aquella ráfaga de emoción que experimentaba solo al tenerlo cerca, pero allí estaba también, y tenía que controlarse inmediatamente o haría el ridículo en su presencia.

La lluvia torrencial había postergado su visita a los Millards. En lugar de eso ella pasó una tarde agradable con los Malorys, quienes se las arreglaron para relajar su tensión y las mariposas que revoloteaban en su estómago, con su ingenio divertido y broma fácil. Fue un comienzo fresco y de lo mejor esa mañana, y esperaba que al irse a dormir pudiera alejar el temor que sentía últimamente. Tenía tanto miedo de que su encuentro con la familia de su madre saliera mal, todas sus esperanzas morirían allí, y ella tenía grandes esperanzas de que estas personas pudieran llenar el vacío que había dejado su madre en su corazón. Por otra parte si la reunión salía bien, estaría tan feliz que hasta podría retrasar su partida a Francia. Pero no tenía idea de cómo resultaría esa reunión hasta que sucediera.

Ciertamente no había planificado esta reunión con Boyd, no después de que más o menos decidiera dejar que se revolcara en la culpabilidad de nunca conseguir disculparse con ella. Pero había dos caras de la moneda. Ignorar su disculpa funcionaría más que bien, supuso ella. No iba a dejar al hombre se librara del asunto. Si creía que lo perdonaría por lo que había hecho, estaba equivocado.

Ahora, en respuesta a su pregunta de que si él era transparente, ella le dijo:

—Bueno, en realidad no... mi criada llamó mi atención al decirme que estabas más interesado en mí de lo que deberías. «Tiene pensamientos carnales» así fue como ella lo dijo. Nunca podría haber adivinado por mi misma el por qué de todas esas miradas



intensas, si...

—Ya entendí a lo que te refieres. —Su gemido sonó casi agonizante.

El gemido le recordó a Katey esos días a bordo de su barco y cuán emocionante había sido, saber que él la deseaba. Le había dado uno de sus entrañables recuerdos, su primera experiencia de ser deseada por un hombre excepcionalmente bien parecido. Y luego él lo arruinó. Ahora en cambio, había pasado a ser uno de sus peores recuerdos. Sobre el cual valía la pena llorar.

—¿Por qué simplemente no me disparas y terminamos esto de una vez?  
—continuó él.

—Prefiero colgarte.

Ella no había querido decir eso, acababa de escapársele. Si se lo hubiera dicho a Grace se hubieran reído, ya que se había convertido en un chiste entre ellas. Pero en ese momento no tenía nada de divertido.

—Claro. —Estuvo de acuerdo él—. No es tan sucio. Una mujer habría...

—¡No tomes esto tan a la ligera! —Ella se puso de pie mientras lo decía, su expresión era tan fiera como su tono de voz—. Ni siquiera sé porque estoy hablando contigo. Te comportaste como un tonto. No fui lo suficientemente elocuente como para influirte un motivo. No hay nada más que necesitamos decir al respecto.

—¡No llegamos ni al fondo del asunto! —Protestó él—. Por favor toma asiento.

—No lo creo. Por si aún no se te ha ocurrido, nada de lo que digas hará una diferencia. ¿Por qué no nos ahorras a los dos la vergüenza?

—La explicación que tengo no es apropiada para oídos inocentes.

Él le lanzó eso de golpe y así fue como lo sintió, se puso nerviosa. ¿Iba a hablarle de su deseo otra vez? Quizás debería sentarse después de todo. ¡Sus temblorosas rodillas insistían en eso!

—Supuse que lo entenderías —siguió él—. Pero me has arrastrado fuera del agua con tu confesión de que no tienes marido. Lo que me deleita más de lo que te imaginas, pero estaba seguro de que una mujer casada entendería lo que es desear tanto a alguien que te nubla la mente y te niega el buen juicio.

—¿Esa es tu excusa? ¿Qué me dijiste ese día? ¿Eso de que no podías pensar correctamente si me tenías cerca? Cuando «*estás al alcance de mi mano*». ¿Así fue cómo lo dijiste? Pero espera, esto se pone mejor. Porque no podías controlar tus pensamientos carnales, era preferible, a tu parecer, arrastrarme hasta Londres y tirarme a los lobos, lo cual sabías que ocurriría. Perdí a mi conductor por ti. Mi criada está todavía molesta. Y para el colmo...



Él la interrumpió con una mueca de dolor

—Si te sirve de consuelo, tan pronto como te dejé en ese cuarto, poniendo alguna distancia entre nosotros aquel día, mi instinto me golpeó como una patada. No podría creer que lastimaras a una niña.

—¡Puedes, por qué nunca lo haría! pero, no, eso no ayuda ni un poquito, Boyd Anderson. ¿De qué te sirven los buenos instintos si no haces buen uso de ellos?

—Entonces dime, ¿cómo podía confiar en mis instintos en ese momento, cuándo mi primer instinto al encontrarte allí, y pensar que eras culpable, fue correr contigo? Te lo dije. ¿Pensaste que estaba bromeando? Mi primer pensamiento fue salvarte de ser arrestada, que salieras del país furtivamente si era necesario.

Eso hubiera sido preferible, tomando todo en consideración, pero ella no lo dijo en voz alta y en vez de eso preguntó:

—¿Entonces por qué no lo hiciste?

Frustrado él se pasó una mano por el cabello húmedo.

—Porque soy un hombre honesto y el crimen me horroriza. Fui testigo directo por lo que sufrían los padres de Judith, y no se puede hacer pasar a las personas por esa clase de infierno emocional y no pagar un precio por eso. Y temía que ayudándote a escapar no resolvería nada, que volverías a hacer lo mismo otra vez en algún otro país. A pesar de todo hasta se me ocurrió ayudarte a escapar... supe entonces que no pensaba racionalmente.

Ella se tensó:

—¿Así que dimos todo un rodeo para volver al mismo punto? ¿Tu excusa es que no puedes pensar claramente cuando estoy cerca de ti? ¡Tú, señor, simplemente no piensas!

—¡Demonios Katey, no tienes la menor idea de lo que es desear a alguien tanto como te deseo a ti!

Ella soltó el aliento bruscamente.

—Tampoco quiero saberlo.

No podía creer que se las arreglara para decirle eso a él, cuándo le tomaba cada gota de voluntad que tenía ignorar lo que esas palabras le hacían. ¡Él todavía la deseaba! La furia de ella ni siquiera lo desconcertaba.

—Bien, vas a escuchar esto —continuó él con una mirada testaruda—. Has estado en mi mente desde el día en que te conocí. Después de que nuestro viaje juntos terminara, aún entonces no te podía sacar de mis pensamientos. Debería, pero no lo pude hacer. Estabas incluso en mis sueños. No esperaba volver a verte. Y después allí



estabas en carne y huesos, y en todo lo que podía pensar era en besarte, ponerte las manos encima...

¡Detenlo! Sus mejillas se tiñeron de color mientras una oleada de calor le recorrió el cuerpo. Pero tenía la mirada clavada en su boca. Había dicho que quiso besarla. Y no podía arrancar los ojos de él. ¿Qué diablos le estaba ocurriendo a ella?

—Lo lamento —continuó él—. Realmente esperaba que pudieras comprender al menos un poco, pero me doy cuenta que no puedes, ya que nunca has experimentado nada ni remotamente similar, ¿no es así?

—No esperaras que conteste a eso, ¿no? —preguntó ella indignada.

Él comenzaba a verse desanimado. Apartó la vista de él. Estaba consternada de que unos atisbos de remordimientos la estuvieran asaltando. ¿Solamente porque él se veía miserable? ¡Se suponía que tenía que verse miserable!

—Con riesgo de hacerte sonrojar nuevamente, tengo que decir una última...

Ella se puso rápidamente de pie y rápidamente lo interrumpió:

—Si mencionas tu deseo por mi otra vez, te lo prometo, esta conversación se termina aquí mismo.

Él suspiró.

—Simplemente iba a decir que a causa de mi... pues bien, de lo que sentía, temí creer cualquier cosa que me dijeras, cierto o falso, porque quería que fueras inocente. Y estaba furioso porque estaba seguro de que no lo eras. Pero sabía condenadamente bien que no había forma de que confiara en mi propio juicio. Tuve que dejar a alguien más para que se hiciera cargo del asunto.

Ella recordó las excusas que él le había sugerido para que usara aquel día, pero todas ellas se habían basado en la premisa de que ella era culpable y justamente con el objetivo de no implicarla en el secuestro de Judith. Eso confirmaba que él la creía culpable ese día mientras estaba con ella. Aparentemente, él no comenzó a tener ninguna duda hasta que se alejó de ella.

Katey detuvo esos pensamientos abruptamente. ¿Estaba ahora buscando una excusa para perdonarlo?

Ella se movió alrededor de la mesa, pero cuando él se puso de pie, ella dio la vuelta para poder llegar a la puerta, asustada de que él intentara detenerla. Hasta le sostuvo en alto una mano para mantenerlo a distancia, no es que le sirviera de mucho si él estaba resuelto a retenerla allí. Ella podría ser alta, pero Boyd Anderson era delgado, de músculos fuertes. No tenía que preguntar sobre quién ganaría esa pequeña batalla.





—Te he escuchado —le dijo ella cuando se detuvo en el portal—. Ahora concédeme la misma cortesía. En pocas palabras culpas a tus *sentimientos* por tu despreciable comportamiento para conmigo. Encuentro esa razón inaceptable. Entiendo que lo lamentes... bien, realmente no lo has dicho, pero...

—¡Por supuesto que lo lamento!

—También yo —continuó ella, frunciéndole el ceño solo un poco por haberla interrumpido—. Como sea, lamentarlo no siempre ayuda. Esta es una de esas veces. Tenías otras opciones. Pero escogiste el camino más fácil.

—¿Qué otras opciones? —Su tono sonaba frustrado otra vez.

—Pudiste haber enviado a alguien tras Jeremy. Pudiste haberme mantenido en la posada, en esa cómoda habitación hasta que regresaran con la verdad, ¡en lugar de sacarme en medio de una tormenta!

—¿Cuándo estaba así de cerca de acostarme contigo?

No había ni siquiera un mínimo espacio entre el pulgar y el dedo que sostenía en alto, lo que causó en ella una nueva ola de calor que arrasó sus mejillas.

—Al menos pudiste esperar a que regresara mi doncella. Ella habría confirmado todo...

—Exactamente Katey. No podía esperar un momento más. Pero sí que te dejé ir. Eso debería valer algo.

Ella se quedó sin aliento.

—¡Con un demonio si lo hiciste, me escapé de ti! Y pude haberme desnucado haciendo eso, sabes. Salir a trepar ventanas, escapar y atravesar techos resbaladizos por la lluvia... ¿me veo como una niña que se divierte en hacer esas cosas?

—No quería llegar tan lejos Katey. Podía haberte alcanzado fácilmente, pero opté por no hacerlo. —Él sonó bastante orgulloso de sí mismo—. Judy estaba a salvo, entonces... te dejé ir.

—Oh, ya veo. Así que en lugar de arrastrarme el resto del camino hasta Londres dónde me habrías puesto tras las rejas, me dejaste escapar a fin de que pudiese toparme con Maisie Cameron y pudiese ir a parar a la cárcel de todas formas, luego de que ella delirara como una lunática y...

—Espero que estés mintiendo —interrumpió él.

—¿Eso te gustaría no?

—Katey... —dijo él como advertencia.

Ella bufó.



—Ya no estás en posición de amenazarme, y será mejor que lo tengas presente. No obtendrás ninguna información de mí que no quiera darte voluntariamente. Pero no es ningún secreto. Si no me hubieras arrastrado a la fuerza de Northampton, habría estado a salvo en mi carruaje, arrellanada y cómoda, y nunca me habría topado con Maisie Cameron otra vez. Las autoridades la habrían alcanzado lo suficientemente pronto, ya que le tenía más miedo a su marido que de terminar tras las rejas. No necesitaba ser yo la que la llevara hasta el oficial de policía.

—¿Entonces por qué lo hiciste?

—Porque allí estaba ella frente a mí cuando regresé a Northampton, y porque era lo correcto hacer. ¡Pero Maisie sabía que yo había frustrado sus planes, y mientras que ella estaba encantada de ser encarcelada para librarse de la furia de su marido, también le dio mucho gusto ajustar cuentas conmigo acusándome de todo el complot... ¡tal como lo hiciste tú!

—Buen Dios —dijo Boyd, luciendo realmente enfermo del estómago—. No tenía idea, Katey.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—¿No es aquí dónde deberías sentirte satisfecho? ¿No era eso lo que tenías planeado para mí después de todo? ¿Qué yo terminara en prisión? Así como también, mi doncella y mi conductor, el cual, a propósito, me abandonó.

—¿El oficial de policía tampoco te creyó?

—Oh, me creyó. Pero no podía dejarme ir sin obtener la autorización de los Malory primero. Su apellido es bien conocido en el norte. No fue hasta casi el mediodía del día siguiente, cuándo su hombre regresó con la información obtenida de Judith, que fuimos finalmente liberadas.

—Katey, no puedes imaginarte lo apenado que estoy.

Él lo dijo con gran sentimiento. Ella no dudó que lo decía de corazón. Pero era muy tarde para disculpas.

—No, no puedo —dijo ella—. Ni me importa saberlo. Crees en realidad que unas cuantas palabras, no importa cuán sinceras, van a hacer que me olvide de la cólera y la humillación que sentí al ser tratada como a un criminal común, todo ¿por qué ayudé a una niña necesitada?

—Por el amor de Dios, debes permitirme que te compense de alguna forma. —Sus ojos adquirieron un brillo mientras una idea se le ocurría—. ¿Me dijiste que perdiste a tu chofer? ¡Te llevaré a donde quieras ir el tiempo que quieras!

Ella volteó sus ojos hacia el cielo raso.



—Ya he reemplazado a mi chofer. ¿Llamas a eso compensación? ¿Me das algo que ya tengo?

—¡Katey, ayúdame un poco aquí! —Dijo él con exasperación—. Debe haber algo que quieras o necesitas en lo que pueda ayudarte.

—Hay algo que tienes...

Ella se detuvo abruptamente. Subir a su barco, la idea sonó como una explosión cuando él mencionó llevarla a cualquier parte, eso estaba fuera de consideración. Él podía estar arrepentido, pero no lo suficiente como para ofrecerle su barco, aun si ella estaría dispuesta a pagar por él. Además, el inconveniente de planear su tour mundial eran los horarios de navegación, era simplemente molesto.

Pero él repentinamente la estaba observando con una mirada sensual. El calor intenso en sus ojos casi la paralizó. ¿Qué diablos le había dicho ella?

Ella respiró aire bruscamente.

—¡Oh, Buen Dios, estas tan fuera del límite que me parece imposible! No había nada... inapropiado... en lo que estaba a punto de decir.

—¿Entonces qué es lo que yo tengo que...?

—¡Nada! —Contestó ella bruscamente por el giro que había tomado la conversación—. Perdí el hilo de la conversación. No puedo recordar lo que iba a decir. Así que no vuelvas a mencionarlo.

Su suspiro fue sincero. Ella lo sintió hasta los dedos de los pies, y el calor aún estaba en sus ojos oscuros.

Él saltó cruzando el espacio entre ellos y la atrajo con fuerza hacia él. Su beso fue tan cálido como lo habían sido sus ojos, tal y como ella había imaginado que sería. Y ella no lo detuvo. Oh, no, ella envolvió sus brazos alrededor de él. Esos sentimientos de emoción y deseo que había sentido en aquel cuarto de Northampton cuando él la había tocado, estaban de regreso, agitando su interior, haciendo que ella...

—No eres hábil para mentir —observó Boyd.

Ella pestañó alejando la breve fantasía. Sonrojándose por tener pensamientos tan comprometidos ahora, con él de pie justo en frente a ella comenzó a divagar.

—Soy asombrosamente hábil en eso. Sobresalgo. Estarías bastante sorprendido, no es que eso importe en lo más mínimo. Y te he dado más tiempo del que te mereces. Tengo que levantarme temprano en la mañana para concluir mis asuntos aquí, así que me voy a la cama. Extiéndeles mis buenas noches a los Malory, si puedes.

—Katey...

Ella chilló cuando él trató de alcanzarla, porque el beso que acababa de darle



estaba demasiado fresco en su memoria. Ella escapó por el vestíbulo y subió directamente las escaleras. Probablemente él le pondría las manos encima en un intento por detenerla, y ella le dejaría, confundiéndola más de lo que podía resistir por una noche. ¡Buen Dios, había estado parlotando como una chiflada!

Fue su mirada al final de su frase, lo que la hizo comprender exactamente lo que él estaba pensando... y deseando hacerle a ella. ¡Y en su mente ella lo había dejado! Y cómo diablos iba a dormir ahora, ¿cuándo ya se había imaginado el final de ese encuentro, si ese hombre mereciera ser perdonado?



## Capítulo 22

SI BIEN LAS PERSONAS EN GARDNER no socializaban mucho aparte de los domingos y los días de fiesta, la madre de Katey le había enseñado los puntos más delicados de la buena etiqueta como se lo habían enseñado a ella años atrás, y hacer visitas a las personas cuando llovía estaba en la lista como una de las cosas que no se debían hacer. Chorrear agua de lluvia en los vestíbulos de personas y dejar un sendero de huellas mojadas y enlodadas a lo largo del fino alfombrado era una forma segura de nunca más obtener una invitación. No era que las casas en Gardner tuvieran algunas finas alfombras, Adeline así se lo había dicho.

Cuando Katey se asomó por su ventana a la mañana siguiente, no vio una llovizna, sino un aguacero en toda regla. La lluvia que caído desde el día anterior continuaba sin mostrar señales de disminuir. Esperó una hora, luego se extendió a dos, finalmente postergó la visita que haría a los de Millards para otro día. Hasta cuando ella y Grace volvieran a Londres mañana por la noche para navegar al día siguiente, podrían permitirse el lujo de perder otro día en Haverston, y todavía estaba en su mente la posibilidad de cancelar su partida de Inglaterra si la reunión con los Millares salía como ella esperaba.

Cuando había llegado ayer a Haverston, había estado temerosa e impresionada. ¡La casa de Sir Anthony había brillado por su elegancia, pero la hacienda del marqués era una verdadera mansión! Literalmente se extendía a lo largo de acres de tierra y era demasiado grande para brillar: la luz se perdía en tan enormes habitaciones. ¡Pero la residencia del marqués tenía calidez... con sofás tan ricamente tapizados que a Katey le daba miedo sentarse en ellos, chimeneas dos veces más grandes que las de tamaño normal, pinturas colgando de las paredes empapeladas que eran más grandes que ella! Judith la había llevado en un breve recorrido que duró una hora y aun no cubrió ni la mitad de la mansión.

Sin embargo aún no había visitado los invernaderos, para ver al carruaje que había sido convertido en un adorno de jardín. Judith había estado guardando esa visita para después de la cena la noche anterior, cuándo las lámparas estuvieran encendidas para que pudiera apreciarlo mejor, pero Katey había huido a su habitación después de la cena por culpa de Boyd.

Decidió verlo ahora antes de desayunar. No iba a esperar a que parara de llover ya que no daba señas de hacerlo pronto. La mayoría de los invernaderos estaban en el exterior. Judith no había exagerado sobre el amor que Jason Malory tenía por las



cosas que crecían. Todos ellos eran grandes y la mayoría contruidos de vidrio, y Katey solo tuvo que mencionar el «carruaje» a un sirviente para que la guiara al lugar indicado.

Él se ofreció a traerle un paraguas. Pero ella no quería esperar así que declinó, ya que el camino no estaba tan lejos de la casa. Pero antes de que alcanzara la entrada al invernadero se estaba riendo de cuán rápido se había empapado. Sin embargo, no tenía frío. Dentro del invernadero estaba cálido y húmedo. El sendero dejaba a lo largo del rico follaje algunos tiestos con plantas, algunos enrejados, otros hasta colgaban de las vigas del techo, pero muchos estaban simplemente plantados en el rico suelo bajo los pies.

Ella aminoró el paso cuando vio el carruaje frente a ella, estaba con los ojos muy abiertos y sintiéndose maravillada otra vez. ¡Jason hasta había colgado dos arañas de luces encima del carruaje, en un invernadero! Justo llegó para encontrar a uno de los criados encendiendo las luces.

Eso sí que era extravagante y se lo dijo al hombre.

— ¿Durante el día?

El viejo se rió entre dientes.

— Sólo en días oscuros como este, señorita.

Katey se sentó en uno de los bancos que habían sido colocados cerca del carruaje. El criado pronto terminó su tarea y la dejó sola allí. El carruaje era un espectáculo increíble. ¡Las ruedas habían sido retiradas, haciéndolo parecer como si estuviera plantado en la tierra! Las flores y los arbustos lo rodeaban. Pero ciertamente no necesitaba ninguna luz extra. Enteramente pintado en blanco y oro, probablemente cegaba cuando el sol entraba a través de las ventanas. Pero las arañas de luces le daban un brillo único, haciéndolo ver casi etéreo, y evocándole cuentos de hadas.

Sintió que los nervios de su estómago se asentaban. Hasta su agitación de anoche anterior se desvaneció. El escenario era tan pacífico, que sintió algo de esa paz recorriéndola.

Ella ni siquiera se puso rígida o saltó para irse cuando Boyd se sentó a su lado. La conversación de anoche había despertado algunas emociones poderosas en ella, pero no estaba irritada en lo más mínimo por su presencia mientras lo miraba, pensó, *¿por qué tiene que ser tan bien parecido?* Estaba vestido como usualmente se vestía en su barco, con una camisa de cuello abierto y una chaqueta desabrochada. No estaba ataviado a la moda con una corbata pero aún así, sus ropas le quedaban espléndidamente, demasiado espléndidamente, envolviendo su delgado y musculoso cuerpo.

— ¿Así que la lluvia no te molesta después de todo? —le preguntó él.



Ella se había limpiado el agua de lluvia que tenía en el rostro usando como paño las mangas de su camisa, pero las gotas de lluvia aún se aferraban a su trenza, mojando y salpicando por doquier partes de su vestido verde lima. Y vio que él estaba igual de mojado que ella, y que aún no se había secado el rostro. Ella tuvo la urgencia de secarle las gotas de lluvia de sus mejillas con la... lengua...

Se sonrojó inmediatamente por la dirección que estaban tomando sus pensamientos pero él probablemente pensó que era por la pregunta que hizo. Ella se esforzó en mantener su tono conversacional, como él.

—No cuando es decisión mía salir a ella.

Él sonrió abiertamente.

—Entiendo.

—¿No eres tan estúpido después de todo? —le dijo ella devolviéndole la sonrisa.

Buen Dios, ¿estaba bromeando con él? Ciertamente se sentía mejor que gritarle, ¿pero adónde se había ido su enojo? No lo había perdonado ni un poquito. ¿Era tal vez por el lugar? Que la hacía sentir como si estuviera en un cuento de hadas... o una de sus fantasías... donde Boyd Anderson a menudo aparecía.

—Pensé que estarías visitando a tus parientes esta mañana. No esperaba encontrarte aún aquí.

—¿Cómo supiste que visitaría a mis parientes?

—Le pregunté a Roslynn. Prefiero no dejar las cosas al azar cuando se trata de ti.

Ella se sonrojó otra vez, y de pronto sintió calor en todo el cuerpo. Para empezar, recordaba porqué le había dicho ella que era casada. Él la inquietaba a un nivel que ella desconocía. Él le había revelado sus sentimientos, mejor dicho, sus deseos, cuando él pensaba que ella era un criminal. Y no intentaba esconderlos ahora que la conocía mejor, porque sabía que ella no estaba realmente casada. ¿Podría resistir ella sus flirteos esta vez? ¿O aún se sentía muy atraída hacia él como para disfrutar de solo un poco de romance y luego seguir adelante?

—¿Te comió la lengua el gato Katey?

Ella pestañó alejando aquellas ideas

—No saldré de visitas con esta lluvia. Puedo esperar hasta mañana.

Él sonrió y le recordó.

—Acabas de admitir que la lluvia no te molesta. ¿Me atrevo a esperar que no estuvieras dispuesta a dejar Haverston sin volver a verme otra vez?

Ella lo miró.





—Ni de casualidad. Nunca conocí a la familia de mi madre, así que quiero que esta primera visita sea perfecta.

—Ah, entiendo. ¿Les hiciste saber que te retrasarías?

—Aun no saben que estoy en Inglaterra.

Él alzó una ceja.

—¿Vas a informarles que te encuentras en el área antes de aparecerte ante su puerta?

—¿Para qué empaquen sus cosas y se marchen?

Era evidente que ella no había dicho eso en broma, lo cual hizo a Boyd fruncir el ceño.

—¿Por qué dices eso?

Ella nunca le había mencionado los Millards a él. Ciertamente no habían surgido en cualquiera de sus conversaciones a bordo de su barco.

Y no quería explicarle la situación ahora, así que ella le dijo:

—Son la familia de mi madre, pero la repudiaron cuando ella se casó con mi padre y se mudó a América. Tal vez no quieran conocerme. De hecho, casi no vengo a conocerlos.

Él comenzó a tratar de alcanzar su mano. Habría sido una cosa natural que él lo hiciera, si hubieran seguido siendo amigos y si entre ellos no estuviera el error que él había cometido. Él puso su mano debajo de su rodilla, pero ella supo lo que él casi había estado por hacer, y que esas cálidas y centellantes sensaciones la estaban invadiendo nuevamente... ¿Qué diablos?

—¿Consideraste que tal vez ellos no estén ahora en su residencia? —inquirió él.

—Nos detuvimos en Havers de camino aquí e hicimos averiguaciones en varias tiendas. Los Millards están aquí.

—¿Te gustaría tener un escolta? Estaría encantado de acompañarte. Apoyo moral por si lo necesitas.

¿Estaba simplemente tratando de enmendarse o de verdad le estaba ofreciendo su apoyo? Era difícil de determinar lo que estaba en su mente... además de la lujuria, que era fácil de reconocer en él. Pero en sus ojos no había nada de eso, él estaba siendo cordial y... agradable.

Katey gimió para sus adentros, ¿en que estaba ella pensando? No importaba cómo era su comportamiento ahora, ella lo había visto en lo peor de su... arrogancia y terquedad, sordo a escuchar razones, y ella había tenido que sufrir eso y un poco más



desde que fue culpada por él. Tal vez él no la había puesto en la cárcel, pero no habría terminado allí si él no la hubiera sacado de Northampton aquel día a la fuerza.

Se puso de pie abruptamente.

—Gracias, pero esto es algo que tengo que hacer a solas. Y creo que ya estoy lista para el desayuno.

Él dijo su nombre, pero ella se apresuró a salir de allí sin detenerse. Y tampoco se hubiera detenido en el salón del desayuno si hubiera estado vacío, porque escuchó que Boyd venía persiguiéndola.

Pero no estaba vacío.

Era un salón más pequeño, más casual que el de las cenas tenía una pared con ventanas que atrapaban el sol de la mañana cuando no estaba nublado como el día de hoy. Se había dispuesto una mesa de buffet. Judith y su madre ya estaban sentadas a la mesa y Katey tomó asiento entre ellas. La mantendría alejada de cruzar más palabras en privado con Boyd por el momento, y estaba determinada a tratar que así siguiera por el resto de su visita allí.



## Capítulo 23

KATEY SE PERDIÓ EL ALMUERZO, pero se dio cuenta, que era bastante tonto tratar de evitar a Boyd. Ya que él estaba acechándola furtivamente, por lo menos eso es lo que parecía, no podía darse vuelta sin encontrarlo cerca. De algún modo él consiguió que aceptara jugar una partida de ajedrez. ¿Boyd encontró su veta competitiva? ¿Ella había sido incapaz de apabullarlo con palabras así que lo iba a demoler con un juego de mesa?

Resultó ser una experiencia agradable que duró casi toda la tarde. Judith estaba de pie a su lado y susurraba movimientos que ella podría hacer. ¡Boyd acusó a Katey de hacer trampas por ese motivo!

—¿Quién está jugando contra mí? —Preguntó él en un momento dado—. ¿Tú o Judy?

—¿Poniéndote nervioso? —sonrió Katey afectadamente cuando capturó a su segundo caballero, dejándolo sin movimiento para la venganza a menos que él quisiera perder su reina, también—. Judith sencillamente está confirmándome que mi estrategia está funcionando. Ella y yo parecemos pensar igual.

Mirando de Katey a Judith, él exclamó:

—Mi Dios, ustedes dos incluso sonríen igual. ¿Qué hay sobre ayudarme a mí en cambio, Judy? Yo soy el que está perdiendo aquí.

La niña se rió tontamente, pero se quedó justamente dónde estaba. Y Boyd demostró que no era en absoluto perdedor cuando capturó a la reina de Katey cuatro movimientos más tarde. Y eso acabó esa ronda. Cuando la reina se va, toda la esperanza se va con ella.

¡Boyd jugaba tan agresivamente! Katey no estaba acostumbrada a eso. Todas sus anteriores partidas de ajedrez habían sido con su madre, y jugaban despacio como una agradable forma de pasar el tiempo. Pero ella no debería de haberse sorprendido por el estilo de jugar de Boyd.

Ella se había dado cuenta de su naturaleza agresiva el primer día que se lo había encontrado cuando había sido tan obvio que él iba a perseguirla. El hombre la había agobiado entonces, tanto que había tenido que ponerle fin a eso inventando un marido. Había creído que podría contestar flirteos de esa clase con tiempo, pero al parecer no, por lo menos no con Boyd.



Pero por el momento su agresividad se centraba en el juego, y Katey estaba disfrutando demasiado para darlo por finalizado. Él ganó el primer juego y ellos empezaron otro inmediatamente. Y él continuó con su manera de distraerla e impedirla concentrarse, todo deliberadamente. Había mucha risa, y comprendió después que no debería de ser de esa forma. El ajedrez era un juego serio, pero él lo había convertido en el más divertido que Katey hubiera jugado alguna vez.

Ella no lo demolió exactamente sólo ganó un juego de tres, pero sus derrotas habían sido sumamente difíciles, así que los juegos fueron suficientes para satisfacerla.

—¿Quién te enseñó a jugar? —preguntó él finalmente cuando guardaron las piezas de ajedrez.

La cena había sido anunciada, y él ofreció su brazo para escoltarla al comedor. Ella tomó su brazo sin pensar, demasiado relajada en su compañía para recordar que ella no debería estar tocándolo.

—Mi madre —dijo—. Nosotros jugábamos una o dos veces por las tardes cada semana.

—¿Perdías tan fácilmente con ella?

Ella lanzó una risita.

—¿Tú llamas fácil a eso? ¡Casi te gané los tres juegos!

—Casi, nunca cuenta... excepto así.

Él demostró lo que era un *así* cuando la empujó al costado de la puerta, fuera de la vista de cualquiera en el vestíbulo, y la atrapó allí con un brazo a cada lado de ella, su espalda contra la pared. Judith había corrido delante. Ellos estaban ahora solos en el cuarto. Y aunque él no estaba tocándola realmente, ella se dio cuenta que él lo haría en cualquier momento.

—No —dijo ella. *¿O no es así?* Ella fijo la mirada en su boca, esperando jadeante su beso cuando él muy despacio se acercó más a ella.

—¿Katey?

Era Judith que llamaba del vestíbulo para ver lo que estaba demorándola. Boyd suspiró y se alejó de ella. Entonces él volvió a poner su mano en su brazo y continuó escoltándola al comedor como si casi no la hubiera besado.

Katey recelaba. ¿Creía él que lo había perdonado? Él parecía estar actuando como si ciertamente fuera una conclusión previsible. Ni una vez hoy le había mencionado su pesar, pero tampoco ella había mencionado ni una vez el incidente, pudiera que él basara sus presunciones en eso. Él hacía presunciones demasiado fácilmente, ella se



recordó, incluso algunas ridículas....

—Boyd —comenzó ella.

Pero ya habían llegado al comedor, y lo que habría dicho, no lo podía hacer ahora con los Malorys ya reunidos. Pero él dijo algo más:

—Siéntate cerca de mí —murmuró.

Katey retiró su mano de su brazo y simplemente dijo:

—No —mientras se dirigía al asiento junto a Judith, en lugar de los dos asientos vacíos en el otro lado de la mesa. Ella vio que Boyd fruncía el entrecejo ligeramente mientras tomaba uno de esos asientos enfrente de ella. Eso era una pena. Él necesitaba recordar lo que ella le había dicho anoche en este mismo cuarto, y ahora que ellos regresaban a él, quizá lo habría hecho. Simplemente porque fuera algo sociable con él hoy a causa de los Malorys no significaba que algo había cambiado.

Ella juró ignorarlo el resto de la velada. Eso le daría un punto. Y habría funcionado bien si sus ojos no se dirigieran tan a menudo a él. Así que ella empezó una conversación con Jason Malory, para mantener su atención fuera de Boyd.

Ella no había tenido el valor anoche para preguntarle a Jason por sus vecinos. El hombre grande la había intimidado demasiado con sus miradas serias y reticencia ayer. Él era rubio y de ojos verdes como sus hermanos James y Edward. Sólo Anthony tenía la apariencia gitana. Judith había intentado asegurarle que Jason era sólo un tirano en lo que refería a sus hermanos, que él era como un oso grande, cariñoso con el resto de la familia. Si eso era verdad o no, él era mucho más amistoso hoy, le había hablado varias veces, e incluso había estado de pie con su brazo alrededor de Judith y miró el juego de ajedrez durante algún tiempo.

Así que ella le preguntó lo que él podría decirle sobre la familia Millard. Desgraciadamente, no era mucho.

—Ellos nunca fueron muy sociables aquí en el condado —le dijo, entonces agregó con una mueca—. No es que hayamos tenido un torbellino social por aquí. Pero tampoco eran parte del círculo de Londres. Yo tampoco, pero todos mis hermanos más jóvenes lo eran, y no recuerdo que mencionaran que los Millards fueran parte de esa muchedumbre. Yo pienso que los Millards preferían Gloucester, por lo menos eso es de donde yo oí proviene su abuela Sophie, antes de que casara con el conde, así que ellos hacen la mayor parte de su vida social en esa ciudad.

—¿Usted conoció a mi madre, Adeline?

—Me temo que no recuerdo haber conocido a Lady Adeline. Había un rumor que ella se había casado con un barón en el Continente. ¿No es así?

—No.



—Vagamente recuerdo haber visto a su hermana mayor, Letitia, en Havers de vez en cuando, cuando yo era mucho más joven. Realmente, ahora que lo pienso, la veía allí bastante a menudo. Parecía que cada vez que iba al pueblo, ella estaba allí, haciendo alguna clase de compras u otra cosa. Era una muchacha amistosa. Siempre se detenía para tener unas palabras conmigo.

—¿Se detenía?

—Sí sucede que si me encuentro con ella en estos días, ella me desaira completamente. Por la razón que sea, nunca se casó. Se volvió bastante desagradable, o eso parece ser el acuerdo general. Extrañamente, tengo pocos recuerdos de la muchacha amistosa, pero de la amargada me acuerdo claramente. Supongo que una persona desagradable tiende a permanecer en la mente de uno.

Esa poca información era mucho más de lo que alguna vez la madre de Katey le había dado, incluso los nombres de sus parientes. *Mi padre «o» el conde «o» mi madre* eran cómo Adeline siempre se había referido a ellos, ¡y nunca mencionó a una hermana! Y Katey los conocería mañana. En el mejor de los casos.



## Capítulo 24

KATEY NO TENÍA PLANEADO llevar a Grace con ella a la hacienda Millard. Su criada tenía tal forma de atentar pinchando el coraje de Katey con sus comentarios sarcásticos, lo cual aguijoneaba a Katey a demostrar a su criada que estaba equivocada, o añadiendo más nerviosismo al que ya estaba acosándola. Pero la parición de Boyd en Haverston había hecho cambiar de parecer a Katey en dejar a Grace. Regresar a la hacienda del marqués después de su visita a los Millards solo para recoger a su criada era lo peor de los dos males... con Boyd todavía allí.

Pero Grace la sorprendió. Ella apenas dijo una sola palabra en el breve viaje en carruaje al hogar de los Millard. Haverston estaba en el país a un lado en el pequeño pueblo de Havers, y los Millards vivían al otro lado en las afueras. El viaje en carruaje entre las dos haciendas duraba menos de veinte minutos. Le pareció extraño a Katey que con tal proximidad que las dos familias no se conocían mejor, pero como Jason había dicho, esa parte de Gloucestershire no era conocida por sus reuniones sociales.

—Esperaré aquí en el carruaje —dijo Grace cuándo se detuvieron en el camino delante de la majestuosa casa solariega—. Sólo no te olvides que estoy aquí fuera si planeas quedarte mucho tiempo.

La reticencia de Grace fue casi palpable ahora. Prácticamente había empujado esta visita por la garganta de Katey, pero ahora estaba obviamente tan preocupada por el resultado como la misma Katey. Si no resultaba bien, Grace podría culparse a sí misma.

Pero eso estaba sólo en la mente de Katey cuando se detuvo ante la puerta principal de la gran casa solariega. La hacienda no era tan grande como Haverston, pero era imponente, y en la vanguardia de su mente estaba un miedo que nunca había conocido. No, no era así. Había sentido el mismo miedo la primera vez que vino a Havers. En ese entonces sucumbió a él y ni siquiera había llegado tan lejos, directamente a la puerta de sus familiares. Estaba a punto de darse por vencida otra vez, dar media vuelta y salir corriendo en cualquier otra dirección que esta...

—¿Puedo ayudarla en algo, señorita?

La puerta se había abierto. Un hombre mayor estaba de pie allí en una especie de meticuloso traje negro que usualmente llevaban puesto los sirvientes. ¿El mayordomo de los Millards? No, el mayordomo de su familia. Maldición, era su





familia la que vivía aquí. Podrían haber repudiado a su madre, pero eso no le negaba a ella ser parte de ellos. Y ese repudio había ocurrido hace mucho tiempo. Adeline podría nunca haberlos perdonado por eso, pero quizá su familia ahora se arrepintiera de sus acciones. Y Katey nunca lo sabría de una manera u otra si no les dijera quien era ella.

—Soy Katey Tyler.

La mirada del mayordomo estaba completamente en blanco. No reconoció para nada el apellido Tyler. Bien, quizá él era nuevo en la casa familiar, o lo más probablemente, quizá la familia no discutía temas personales con sus sirvientes. O quizá un apellido como Tyler simplemente no podría ser recordado veintitrés años después.

—Me gustaría hablar con la señora de la casa, si está disponible.

—Pase señorita. —Él extendió un brazo—. Este viento es un poco frío.

No había notado el viento hasta que él lo mencionó. La lluvia había parado en algún momento la noche anterior, pero un sólido banco de nubes evitaba que el sol brillara esta mañana.

El mayordomo la condujo a un cuarto grande amueblado como una sala. Que la hubieran dejado pasar significaba que su abuela debía estar en la casa. Y su delicado estómago empeoró. Un incómodo sentimiento que se mezclaba con una gran medida de temor que se apretaba a su garganta con emoción. ¡Ésta era la casa en la que su madre había crecido! ¿Se habría sentado ella en ese sofá de brocado marrón y rosa? ¿Se habría ella calentado sus manos en ese hogar? ¿Quién era el hombre en el retrato que estaba encima de la repisa de madera de cerezo? De cabello castaño y aspecto distinguido, él no era alto, pero era realmente guapo. ¿El padre de Adeline? ¿Su abuelo? ¿Un antiguo ancestro?

¡Dios mío, cuánta historia familiar debía haber en esa casa! Y las historias. ¿Se las contarían a ella? ¿Compartirían sus memorias?

—Mi madre está durmiendo. Ella no ha estado sintiéndose bien. ¿Puedo ayudarla?

Katey dio media vuelta. La mujer era de edad madura con cabellos de un castaño descolorido y ojos esmeraldas. Los ojos de Katey. Los ojos de su madre. Ya podía sentir una emoción que le humedecía los ojos. Ésta tenía que ser su tía. Tenía sólo un vago parecido facial a Adeline, pero esos ojos...

—¿Letitia?

La mujer frunció el ceño. Esto cambió su apariencia dramáticamente, sumando una severidad que era en verdad intimidante. Al menos Katey lo encontró así. Alguien más no podría quedar impresionado del todo, pero ésta era la tía de Katey,



uno de sus pocos parientes, y la mujer aún no sabía eso.

—Es lady Letitia —le corrigió la mujer con una pesada dosis de condescendencia, como si ella estuviera segura que le hablaba a alguien que estaba muy por debajo de su clase—. ¿La conozco?

—No, no todavía... soy Katey Tyler.

—¿Y?

No había brazos abiertos. Ningún grito de felicidad. Ni lágrimas festivas de bienvenida. Como el mayordomo, su tía no reconoció el apellido Tyler.

Katey había estado segura que los Millards al menos recordarían el nombre del hombre al que se rehusaron permitir que entrara en la familia. Seguramente las dos hermanas debieron haber discutido de su padre en algún punto. No había mucha diferencia de edad entre ellas, quizá cinco o seis años. Pero Katey hacía suposiciones basadas en poca información.

Y la mejor manera de llegar al fondo de todo, antes de que su valor la abandonase completamente, era decir:

—Soy su sobrina. Adeline fue mi madre.

La expresión de Letitia no cambió. Ni una pizca. Pero ya había estado distorsionada agriamente, al parecer porque había pensado que estaba lidiando con alguien de clase baja.

—Fuera de aquí.

Katey se preguntó si había escuchado bien. Sin duda alguna estaba equivocada. Pero si no fuera así, quizá la idea de la joven Judith podría ser útil después de todo. Cualquier cosa valía la pena intentar en ese momento, si no había nada malo con sus orejas.

—He venido de un largo viaje por conocerla —dijo Katey, era difícil ignorar la desesperación en su tono de voz—. Los Malorys de Haverston fueron lo suficientemente amables en...

—¡Cómo se atreve a mencionar a esos chismosos! —La interrumpió Letitia, alzando la voz con enojo—. ¡Cómo se atreve a asumir que aquí encontraría bienvenida, pequeña bastarda, ¡largo de aquí!

Katey se mordió los labios para evitar que le temblaran. Sin embargo no podía detener las lágrimas, o el dolor que creció hasta sofocarla. Salió corriendo de esa habitación y de esa casa.



## Capítulo 25

—¡CÓMO QUE ZARPÓ! —le gritó Katey al cargador de muelle que acababa de decirle que había perdido su barco.

—Soltó las amarras con la marea matutina. —El hombre se lo dijo echándole sólo un vistazo hacia donde estaba ella mientras cargaba cajones dentro de un carro.

Él era el único que estaba de pie cerca del amarradero a quien podía preguntar, y al encontrar el amarradero vacío, no estaba exactamente en un estado mental de calma.

—¡Por qué no fui informada de eso! ¿Por qué no estaba eso impreso en estos boletos?

—¿Miró usted los boletos?

Ella cerró de golpe su boca y se fue. No, ella no había examinado de cerca los boletos. No estaba acostumbrada a navegar. ¡Sólo había navegado una vez antes! ¡Y no podía creer que hubiera perdido su barco!

—¿En verdad se ha ido? —preguntó Grace con vacilación cuando Katey trepó en el carruaje. La vacilación provenía de oír la puerta cerrarse de un golpe dejando fuera el griterío.

—Sí.

—Si hace sólo una hora que el sol acaba de salir. ¿Cuán temprano necesitábamos estar aquí?

—Muy temprano. Ahora me doy cuenta del por qué el hombre de los boletos mencionó que podíamos abordar la noche anterior para navegar. Él no debió hacerlo sonar como una mera opción. Él debió decirnos que era la única opción.

Grace se recostó con un suspiro.

—¿Entonces vamos a regresar a la boletería?

—¿Y a otro largo retraso? Creo que no. Voy a encontrar a Boyd Anderson en lugar de eso.

—¿Para qué?

—Para rentar su barco.

Grace comenzó a reírse. Katey no lo hizo. Cuando la criada notó eso, ella le dijo:



—¿No estabas bromeando?

—No, no lo estaba. Él prácticamente me rogó en Haverston que le diera una forma para enmendarse. Y no hablo de exigir el uso de su barco sin recompensa. Dije rentarlo, ¿no es así?

—Sí, pero no puedes rentar un barco y su tripulación entera al primer aviso.

—Puedo si le pertenece.

—Apuesto a que él no accederá a algo parecido —predijo Grace.

Katey recordó la expresión de Boyd cuando él le había suplicado a ella que lo dejara hacer algo, cualquier cosa, para enmendar las cosas con ella.

—Acepto la apuesta.

Habían regresado a Londres lo suficientemente temprano ayer para recoger las ropas que se habían empacado y enviado a un hotel nuevo. El suyo no había tenido ninguna habitación disponible. Había salido tan temprano por la mañana de Gloucestershire que no pensó acerca de reservar su habitación por otra noche a su regreso. Pero al menos el dependiente del hotel había mantenido sus paquetes por ella y la había guiado a otro hotel.

Supuso que tenía que comenzar a prestar más atención a estos detalles si continuaba con su viaje alrededor del mundo. Horarios de barco, carruajes, reservar cuartos de hotel, cosas que daba por sentado, bueno, cosas de las que ella no estaba habituada aún a arreglar. Lo había hecho bien hasta que habían dejado Escocia, pero entonces no se habían topado con cualquier obstáculo en ese agradable viaje, todo esto la había hecho creer que todo continuaría normalmente... en lugar de ir sin parar cuesta abajo.

Katey suspiró. Sabía que estaba dejando que lo sucedido en Gloucestershire afectara su punto de vista en todo lo demás. Estaba molesta... bueno, más que eso... pero iba a tener que dejarlo atrás. Esta horrible impaciencia, el enojo que venía con eso... el dolor... esas cosas eran tan desconocidas para ella, y que no le agradaba como la hacían sentir.

Ella no le había contado a Grace palabra por palabra la breve entrevista con su tía. Dios, su madre había tenido razón. Realmente los Millard eran unos esnobs de la peor clase, y eso fue todo lo que le había dicho a su doncella. Estaba muy herida para querer discutirlo.

Nunca antes en su vida la habían llamado por un nombre tan horrible. Sabía que podría ser usado en un ofensivo y sucio modo, que implicaba ilegitimidad, el cual no era su caso. Bien, su tía la había llamado bastarda sólo para demostrar qué tan poca importancia tenía ella en sus pensamientos. Aún así dolía. Le dolía aún más por las



esperanzas que tuvo, la creencia que aún tenía una familia había fracasado catastróficamente.

Quería irse lejos, lejos de Inglaterra y de todas esas terribles emociones que nunca había experimentado antes de ella viniera a este país. ¿Esperar por otro barco? ¿Cuándo ella tenía otra opción?

Claro, allí estaba ella otra vez dando las cosas por sentado. Grace podría estar en lo cierto. Boyd podría reírse de esa sugerencia, de que ella quería rentar su barco. La idea realmente era ridícula si le importara pensar en eso. Pero si él estuviese de acuerdo, ella podía navegar en la mañana, o más tarde hoy. Si él estuviese de acuerdo, no lo vería por última vez tampoco, como había pensado esa mañana cuando se dirigía a los muelles. Ese era un pensamiento intimidante, pero, sin embargo, uno excitante, también. Pero insistiría que él no navegara con su barco. Sería una cosa inteligente por hacer. No era que lo capitaneara él. Ese sería un arreglo mejor, *El Oceanus* a su disposición y su dueño abandonado bien lejos en Inglaterra.

Y sólo para asegurarse de que Grace no pudiera acusarla después de querer ver a Boyd otra vez, pasaría primero de visita por la boletería. Si pudiese conseguir un pasaje en otro barco a más tardar para el siguiente día más o menos, entonces se olvidaría de involucrar a Boyd Anderson.



## Capítulo 26

—¡Eso está fuera de consideración! —le dijo Boyd a Katey.

Estaban sentados en la sala de su hermana. James estaba allí con un brazo apoyado sobre la repisa de la chimenea y afortunadamente manteniendo la boca cerrada. Así de tensos estaban los nervios de Boyd. No creía que pudiera manejar uno de los comentarios sarcásticos de James, en esos momentos.

Georgina también estaba presente, estaba sentada junto a Katey en el sofá, y servía el té para los cuatro. Ella sólo alzó una ceja hacia él por su tono tan brusco. También ella, estaba en su mayor parte tratando de mantenerse fuera de la conversación después de que esta había tomado tan sorprendente giro.

Boyd incluso todavía no podía creer que Katey estuviera allí, mucho menos lo que le había pedido. Él había dado un brinco cuando lo despertaron en su habitación con la nueva de que tenía una visita y de quién se trataba.

Sus ropas estaban torcidas porque se las había puesto muy rápidamente. Georgina había dado un paso adelante y, sin hacer un comentario, le abotonó la camisa en correcto orden. Él apenas lo notó, incapaz para apartar la vista de Katey.

No por primera vez, creyó que nunca volvería a verla otra vez. La última vez se había esfumado de Haverston antes de que él aún se hubiera despertado por la mañana el día de ayer, y Roslynn le informó en que barco de Katey navegaría hoy. Ni pudo localizarla después de que regresara a Londres. Se había pasado el resto de día y la mayor parte de la noche frenéticamente tratando de encontrar su nuevo hotel, pero sin suerte. Esa era la razón por la que aún había permanecido en cama tan tarde a esa hora de la mañana.

Pero ella lo había encontrado. Y había ido directamente al punto. Ningún saludo cordial de su parte, ni siquiera aún después de que pasaran un día tan agradable en Haverston, el cual le había dado un montón de esperanzas de que pudieran dejar atrás aquel desafortunado error de Northampton. Claro que ella otra vez se tensó esa segunda tarde. Ella podría no ponerse insultante otra vez, pero esa rigidez era un claro recordatorio de que él aún no había sido perdonado.

—Preguntaste si había algo en lo que podrías ayudarme —le dijo secamente, sus ojos esmeralda se fijaron en él—. Sucede, que me encuentro necesitando un barco. ¿Estarías dispuesto a rentarme el tuyo?

—¿Rentarlo? —comenzó él a reírse, pero se interrumpió de golpe, sonaba como si  
~ 140 ~



se estuviera sofocando. Terminó preguntando—: ¿Por qué?

—Pues bien, tengo un largo viaje en mi agenda. Estoy recorriendo el mundo, ya lo sabes. Y preferiría mucho más sólo tener que ir donde me gustaría ir sin tener que esperar un barco programado para hacerlo, y... perdí mi barco esta mañana.

Un poco de rubor apareció en sus mejillas por tener que admitir que su barco había navegado sin ella. Estaba acostumbrado a eso también, y a cómo un poco de color aumentaba su...

—¿No hay otros barcos que salgan hoy?

Él clavó los ojos en su cuñado incrédulamente y pensó en cortarle la lengua a James por preguntar eso. ¡Aquí había una excelente oportunidad, y James acababa de arriesgarse a perderla por él! Pero eso era injusto. James meramente seguía su propia pista. En lugar de decir, por supuesto, renta el *Oceanus* mientras lo desees, él le había preguntado a ella por qué quería hacerlo.

¡Despabilate! Ella le había arrojado una increíble oportunidad. No lo echas a perder todo con preguntas lógicas.

—Aparentemente hubo recientemente una tormenta en la región que ha dañado un gran número de barcos —le dijo Katey a James.

—Está en lo correcto —añadió Boyd—. Uno de nuestros barcos de *Skylark* también regresó averiado hasta el puerto por esa tormenta. La mayor parte del cargamento se perdió. Aún está siendo reparado. Con tantos barcos dañados parados en el puerto, está tomando más tiempo de lo usual regresarlos al mar.

Katey continuó.

—Ya experimenté una demora la semana pasada por esa tormenta, o habría navegado antes de hoy. Pero ahora... —Apretó los dientes antes de decir—. ¡Serán ocho días! Ocho días más me han dicho, a menos que haya una cancelación mientras tanto. Pero también fui informada cuán improbable sería eso. Los extranjeros que llegaron de visita por la temporada están ansiosos por regresar a sus casas antes de que llegue el clima más frío.

No había la menor duda de que estaba frustrada por el retraso. Era obvio en su expresión y en su tono. ¿Así es que ella había pensado en él y en su oferta de ayudarla en cualquier forma que él pudiera? Comprensible. Boyd decidió lanzarse de cabeza. Éste era un beneficio por el cual estar agradecido, el cual nunca podía haberse imaginado.

—Puedes rentar *El Oceanus* —dijo él.

—¿Así como así?





—Sí.

Ella estaba sorprendida. Georgina estaba sorprendida. Nunca se podría deducir por la mirada de James qué sentía, pero al menos estaba escuchando sin hacer comentarios. ¿Realmente había esperado Katey una discusión? Entonces ella cortó las velas henchidas de Boyd.

—No espero que esto sea un inconveniente para ti. —Acotó ella—. Y como no capitaneas tu barco, no hay razón para que vengas también.

Boyd no iba a ceder en eso. Cuando le dijo que eso estaba fuera de consideración, lo había dicho en serio. Y ahora se clavaban los ojos el uno al otro en una breve batalla de voluntades que era más larga y duradera de lo aparente, con la cual los otros dos ocupantes de la habitación estaban muy cómodos. Boyd podía verlo en los ojos de Katey, quería insistir, pero él sabía lo que reflejaba su propia expresión inflexible, así que ella controló su lengua.

James en verdad le echó una mano, probablemente sin intentarlo, cuando comentó:

—Es una situación inusual. Dudo si podría enviar mi barco por un viaje prolongado ya sea lo capitaneé yo o no. Pero el yanqui aquí siempre navega con su barco. Además, imaginó estaría terriblemente angustiado permaneciendo bajo techo si su barco zarpara sin él, lo cual no hará por nada.

Lo hizo sonar como si él estuviera bromeando, pero Georgina y Boyd sabían que no. James apenas toleraba a sus cuñados cuando estos venían de visita. Nada más que una breve estadía y debían prepararse a escuchar de todo.

—De todas formas, no hay nada qué discutir —declaró Boyd, zanjando el asunto—. Iré a donde vaya mi barco.

Katey suspiró.

—Muy bien. Si debes hacerlo, supongo que debes. En lo que respecta a los detalles, sólo tengo una pequeña comitiva. Mi doncella y un conductor que ya contraté. ¿Puedes acomodar en tu barco un carruaje? Ordenaré uno tan pronto como llegue a Francia y esperaré que viaje conmigo.

—Pagarás una renta. Mi tripulación se acomodará con cualquier cosa que quieras transportar contigo.

Georgina miró a Katey pensativa.

—Llevará tiempo mandar a hacer un carruaje. ¿Estás segura que quieres pasar mucho tiempo en Francia, tan frío como se está poniendo?

—Realmente no planifiqué mi viaje alrededor del clima —admitió Katey—. Pero sí



quiero mi propio carruaje. Depender del alquiler de uno ya se ha vuelto fastidioso. Pero no voy a quedarme en Inglaterra para mandar construir uno. Me han dicho que tomaría tres semanas.

—O más tiempo. —Georgina se rió ahogadamente—. El último que ordené tomó cerca de dos meses en construirse.

—Sólo porque intentaste convertirlo en un dormitorio, George —comentó James.

—¡No lo hice! —dijo Georgina indignada.

—Esos asientos especiales que diseñaste ciertamente se sentían como colchones —replicó él.

—¡Oh, basta! —Bufó ella al mismo tiempo que le daba a su marido una taimada sonrisa—. Qué mejor lugar para sumar comodidad adicional a dónde te sentarás durante tus largos recorridos. Ese carruaje fue diseñado para nuestros viajes a Haverston, como recordarás. —Después su mirada retornó a Katey—. Pero he pensado en una forma de eliminar tu demora.

—¿Sí?

—Sí, a mi cuñada Roslynn le acaban de entregar un carruaje nuevo. No me sorprendería en nada si ella te lo ofreciera a ti.

—No podría aceptarlo —dijo Katey.

—Insistiría, sé que ella lo haría —contestó Georgina—. Créame, se queja constantemente que no tiene nada en qué gastar su dinero. Ni siquiera necesita ese carruaje, aún así lo ordenó. Y me fijé la otra noche cuán alterada estaba por la manera en que fuiste maltratada después de ayudar a Judy. —Georgina dedicó una mirada aireada a Boyd por haber sido responsable de ese trastorno—. Apostaría que le encantara hacerte ese pequeño favor.

—Realmente, no podría aceptar. La familia de Judith no me debe nada por mi ayuda. —Katey miró a Boyd en la misma forma en que su hermana lo había mirado—. Tú, por otro lado...

—Lo sé —la interrumpió él—. Créame Katey, no pondría mi barco a tu disposición si no tuviese un pozo muy grande del cual salir arrastrándome.

—Bien, déjame sólo averiguar la opinión de Roslynn —dijo Georgina—. Si estoy en lo cierto, el carruaje puede entregarse al Oceanus más tarde hoy. Para ese entonces podrás zarpar a Francia cuando llegue el momento y podrás viajar en un lugar cálido... a menos que te guste el frío, por supuesto.

Katey sonrió abiertamente.

—No me molesta el frío, pero realmente no había pensado sobre la cantidad de



dificultades de transportarme en tales condiciones. Sin embargo, insistiría en compensar a Roslynn por el carruaje... si le agrada la idea.

—A donde quieras viajar esta bien por mi Katey —agregó Boyd—. Pero la sugerencia de Georgina tiene algún mérito. Probablemente disfrutarías mucho mejor ver los países europeos en la primavera y el verano. Y hay muchos destinos más cálidos entre los que elegir por los meses de invierno. En ese entonces podríamos regresar aquí el próximo año.

—Tienes bastante razón. No hay razón entonces para no ver los países con climas más templados primero, de ida al norte y luego regresar.

—¿Por cuánto tiempo planeas viajar, Katey? —preguntó James con curiosidad.

—Lo que me tome ver el mundo.

Una declaración muy notable, pero, maldición, sonaba muy bien a los oídos de Boyd. Este viaje podría llevarle años. Y él estaría en un sublime cielo o ella lo llevaría en camino a la locura.



## Capítulo 27

— ¿TE HAS CAVADO UN GRAN HOYO, NO ES ASÍ?

Boyd acababa de regresar de los muelles donde había pasado la mayoría de la tarde con su capitán, Tyrus Reynolds, poniendo al *Oceanus* en condición para navegar al día siguiente.

El comentario, viniendo de James, probablemente fue realizado porque Boyd se veía un poco pisoteado. No tenía dudas de eso. Le habían venido a la mente pensamientos miserables, con una pizca de demencia, mientras su cielo sublime se esfumaba aunque era más probable que este nunca hubiera existido para él.

El problema era, que Katey Tyler no era en absoluto como las otras mujeres de su edad, por eso no sabía realmente cómo acercarse a ella. En lugar de pensar en sentar cabeza e iniciar una familia propia, ella deseaba revolotear por el mundo. En lugar de casarse, decía que ya lo estaba, así los hombres mantenían su distancia lejos de ella. ¡Infiernos!, ya debería estar casada a su edad, pero no lo estaba y no parecía que el matrimonio estuviera en sus planes futuros.

Si Boyd no estuviese tan distraído, nunca habría entrado en una habitación ocupada por James y Anthony Malory. No creía poder soportar en ese momento cualquiera de los comentarios despectivos de James, mucho menos los que Anthony pudiera agregar. Los dos hermanos podían fácilmente morder la garganta del otro en sus batallas verbales y deleitarse haciéndolo... a menos que un enemigo común estuviese por ahí. En ese entonces unían fuerzas. Nicholas Eden, quien se había casado con su sobrina favorita, frecuentemente era uno de sus blancos. Como también los Anderson a excepción de Georgina.

Pero Boyd necesitaba a alguien con quién hablar de su apuro. Y ninguno de sus hermanos estaban actualmente en Inglaterra, así es que no podía llenar sus oídos con el asunto. Tampoco era un tema que cómodamente podría tratar con su hermana. Pero estos... dos de los calaveras más notorios de Londres en sus días... pues bien, si alguien podría entenderlo, eran ellos. Probablemente se habían acostado con más mujeres, y en todas sus variedades de las que la mayoría de hombres sólo podrían soñar.

Así que Boyd se dejó caer en el sofá más cercano y dijo:

— Y no se imaginan cuán grande. Casi me volvió loco de lujuria en ese último viaje con ella a bordo.



Anthony ya había oído sobre *El acuerdo de renta* de Boyd con Katey y dijo secamente.

—¿Y ahora te pones a ti mismo otra vez en un barco con ella? Inteligente movida.

—Más bien bastante impulsiva para un yanqui —añadió James.

—¿Qué alternativa tengo? No sólo se lo debo por ese error que cometí en Northampton. La deseo a ella.

—Eso, mi estimado niño, ha sido penosamente evidente —dijo James—. Te comportas como un maldito tonto alrededor de ella.

Boyd se sobresaltó, aumentando sus defensas.

—¿Crees que no me doy cuenta de eso? ¿Crees que no lo refrenaría si pudiera? Es por eso que cometí *ese* error en primer lugar. No podía confiar en mis instintos sobre su inocencia aquel día, cuando todo en lo que podía pensar era en acostarme con ella.

—Suenas como un hombre enamorado ¿verdad? —dijo Anthony a su hermano.

—No, lujurioso parecería más —dijo James en desacuerdo.

—¿La amas? —continuó Anthony.

A Boyd le dieron ganas de tirarse del cabello.

—¿Cómo infiernos lo sabría? El intenso deseo que siento por ella cuando estoy cerca no deja campo para explorar cualquier otro sentimiento.

—Entonces, ¿cuáles son exactamente tus intenciones? —Continuó Anthony con el ceño apenas fruncido—. No creo que me guste escuchar que ella ha sido lastimada por ti, o por cualquier otro si viene al caso. Ella es una jovencita notable.

—Estoy de acuerdo —dijo James—. Hay mucho que admirar en ella. No hay muchos que habrían hecho lo que hizo para rescatar a Judy. La mayoría de la gente, mujeres especialmente, habrían ignorado la situación o simplemente habrían ido a pedir ayuda, y luego estaban las palabras de dos adultos contra la de un niño, y tu sabes malditamente bien que no le habrían creído a un niño.

—Y ellos estaban maltratando a mi bebé —dijo Anthony, perdiendo la calma otra vez por eso—. ¡Los mal nacidos ni siquiera la habían alimentado! Pero Katey Tyler vio a una niña amarrado al piso y no pidió ayuda a alguien más. Tomó a Judy y la sacó de allí sin pensarlo dos veces.

—Creo que a lo que mi hermano quiere llegar es que, no permitas que esta lujuria tuya queme a la muchacha. Ella podría dar la vuelta al mundo, pero no me parece una mujer muy mundana, si sabes a lo que me refiero.



Boyd suspiró.

—Ambos están equivocados. He estado pensando en sentar cabeza desde hace rato, inclusive casarme.

—¿Cuándo regreses a Connecticut espero? —comentó rápidamente James.

Boyd bufó.

—¿Cuándo toda mi familia pasa más tiempo aquí? No, pensaba convertir la oficina de la *Skylark* en Londres en una base permanente.

James gimió. Anthony se rió ahogadamente. Boyd ignoró su dramatismo y continuó:

—Así es que podría necesitar algunos consejos para ganar a la mucha a mi favor.

Anthony le echó un vistazo a él y luego a James, entonces le dijo a Boyd.

— ¿Nos estas preguntando a nosotros?

Esta vez James se rió entre dientes y le dijo a su hermano.

—Vamos, querido muchacho, ¿A quiénes mejor pediría consejos este muchacho? Y ella no es una de los nuestros, donde tendríamos razones que objetar porque no queremos a más Andersons en la familia. Él hasta probablemente llegara a ser un buen marido. Warren lo hizo, ¿y quién en su buen juicio habría predicho eso?

Anthony se encogió de hombros.

—Bien, si estás listo para el juego, viejo, yo supongo que puedo contribuir. —Y a dirigiéndose a Boyd le dijo—: Comencemos con los elementos básicos, ¿está bien? ¿Te ha dado ella alguna vez alguna indicación que le agradas? Todo lo que he visto es que ella corre en dirección opuesta a ti.

—Ella se sonroja mucho en presencia mía —contestó Boyd—. Solía pensar que eso era una buena señal por su parte, pero ya no estoy tan seguro de eso.

Anthony se rió.

—Ese no es indicación de nada. Podría ser sólo que la haces pasar vergüenza con esa lujuria rampante que le has confesado.

—Ponle la tapa, cachorro, y échale una mano al muchacho —lo amonestó James.

—Pero es obvio, ¿no es así? —Replicó Anthony—. Tendrá que recurrir a la seducción.

—Exactamente lo que estaba pensando —concordó James.

—Eso suena... clandestino —observó Boyd.

—Pues bien, estás acostumbrado a un acercamiento franco con las mujeres, ¿pero



en realidad crees que eso funcionaría con esta, cuándo ya tienes tantos puntos en tu contra? —le dijo Anthony.

—Necesitas buscar subrepticamente en sus emociones, querido muchacho. Atrápala con la guardia baja —añadió James.

Anthony reprochó a su hermano con la mirada.

—Es así como operaste tú, viejo. En cambio yo, prefiero el encanto. Funciona todo el tiempo, sabes.

—No creo en bárbaras imposiciones ni nada de eso —introdujo James.

—¿Ahora quién no está siendo servicial? —dijo Anthony sarcásticamente.

James suspiró.

—Muy cierto. La costumbre, tú sabes. —Después le dijo a Boyd—. Lo siento yanqui.

Boyd sonrió abierta y ligeramente.

—Estoy acostumbrado.

—De nuevo a los detalles entonces —dijo James—. Una vez que sepas que ella tiene algún tipo de sentimientos hacia ti, aparte de los asesinatos, entonces lentamente reduce sus barreras, y en su caso seguro que debe tener un montón de ellas. Así es que no te apures. Recuerda, sutileza.

—Y contacto visual —agregó Anthony—. Es increíble lo que puedes lograr con tus ojos. Son tu primera línea de expresión, sabes. Docenas de cosas pueden ser dichas con una mirada sensual que las palabras de otra manera podrían echar a perder.

—Pero mantén tus ojos por encima del nivel del agua, si sabes lo que quiero decir —dijo James a continuación—. A una mujer no le gusta atraparte viéndole los pechos. Las insulta por alguna razón.

—Nunca entendí eso yo mismo, pero él tiene bastante razón —concordó Anthony.

Boyd comenzaba a preguntarse si debería estar tomando nota de todo eso, pero entonces James dijo:

—Veamos una demostración, muchacho.

—¿De qué?

—De lo que eres capaz de expresar a una mujer con una mirada. Y recuerda, mantenlo sutil.

Boyd se sintió claramente incómodo con la sugerencia, pero hizo la prueba... y tumbó a ambos Malory de la risa. Risa es lo que les causaba como si fuera la mejor de las bromas. Él comenzó a levantarse para irse antes de que su fuerte temperamento lo





golpear. Les había pedido ayuda, pero debería habérselo pensado mejor.

Pero James se calmó primero y dijo.

—Mostrémosle cómo se hace, Tony.

—Él no es mi tipo —contestó Anthony. Pero obtuvo por eso una de las inflexibles miradas de su hermano—. Oh, muy bien.

Anthony tardó un momento en tranquilizarse, luego Boyd recibió el embate completo de lo que las damas de Londres solían recibir cuando él las había elegido como objetivo. Fácil de ver el por qué este particular talento Malory era legendario en materia de seducción. Encanto ni siquiera se acercaba a describir una mirada como esa.

Confiado ahora de que no le estaban tomando el pelo, Boyd estaba listo para quejarse.

—Para empezar él tiene ojos notables. No es extraño que funcione para él.

—Así es —estuvo de acuerdo James—. Pero eso no quiere decir que el resto de nosotros seamos un caso perdido. Ahora dale otro intento, muchacho, y esta vez, imagina que la señorita Tyler está frente a ti.

Eso era bastante fácil de hacer porque Katey nunca estaba lejos de los pensamientos de Boyd. Así que trajo su imagen a la superficie de su mente, sus bellos ojos esmeralda, los hoyuelos que sugerían una sonrisa que no estaba realmente allí, su piel que al verla se sentía como la seda, sus carnosos y deliciosos labios, la larga trenza negra que él quería enroscar en su cinturón en lugar del de ella, su magníficas curvas...

—Buen Dios —dijo James, rompiendo la imagen de Katey en la mente de Boyd—. Olvídate de hechizarla hasta después de que hagas algo con respecto a esa lujuria. Podrías malditamente bien hundir el barco en llamas con miradas como esa.

Anthony se rió ahogadamente.

—¿Qué puedo decir? Algunos de nosotros la tenemos y otros no. —Le estaba dando a James una sonrisa afectada cuando lo dijo, con lo cual obtuvo un bufido del Malory de cabello dorado. Pero luego Anthony le sugirió a Boyd—: Sólo práctica, yanqui. Usa un espejo si lo necesitas. Vale la pena si lo haces correctamente. La batalla está ganada si puedes obtener a la muchacha aún antes que la hayas tocado.

—De regreso a la estrategia global entonces —dijo James pensativamente—. Si en realidad estás pensando en asentarte, y el matrimonio es lo que quieres a fin de cuentas, déjale saber a ella que no eres adverso a la idea. Pero por todos los santos, sé sutil acerca de eso. No la hagas presa de tu franqueza de Nueva Inglaterra. Dale algún tiempo para que vea que hay más de ti que decisiones impulsivas.



—Ella también es de Nueva Inglaterra —les recordó Boyd—. ¿No han notado cómo va directamente al grano?

James se rió ahogadamente.

—Te tiró realmente una buen curva, ¿no es así?, ¿cuándo te preguntó por tu barco?

—¿Has oído alguna vez una cosa tan absurda? Aun no puedo imaginar qué le habrá hecho pensar en tal cosa como rentar un barco. Un bote pequeño, sí, por supuesto. ¡Excepto un barco de tres palos y equipado completamente con toda su tripulación.

—En realidad, lo encuentro yo mismo como un lógico pensamiento progresista —dijo James—. Tú no lo harías, viviendo toda tu vida en una familia naviera. Para ti, los barcos son un negocio, un sustento, pero no todo el mundo los ve de ese modo. Incluso yo que soy dueño de uno sólo por placer...

—Y por piratería —lo interrumpió Boyd.

James alzó una ceja dorada.

—Realmente no vamos a volver a eso, ¿verdad?

Boyd se ruborizó un poco.

—No. Lo siento.

James lo dejó pasar.

—A lo que quería llegar era que, pago por mi tripulación, por todas las reparaciones, por todo lo que tiene que ver con mi barco, de mi bolsillo. No llevo cargas o pasajeros para cubrir los costos. Y aquí tienes a una joven que tiene los medios y desea darle la vuelta al mundo. Ya está acostumbrada a alquilar vehículos y en cambio ha progresado al siguiente paso de querer su propio carruaje en lugar de eso. No estaría sorprendido si pensara en comprar un barco propio también; Sólo que no tiene la paciencia de esperar a que le construyan uno. No son un artículo común. Es raro encontrar un buque en venta cuando se quiere. Hay disponibles en abundancia cuando no estás interesado, pero no cuando realmente quieres uno... bien, saben lo que quiero decir.

—Su falta de paciencia es bastante notable —añadió Anthony—. O ella no te habría pedido alquilar tu barco por una simple espera de ocho días. No es que ella tuviera que estar en algún lugar pronto.

—Son ocho días extras más a la espera que ya experimentó, todo por el barco que perdió esta mañana —les recordó Boyd.

—Exactamente. Se me olvidó eso —dijo Anthony—. Pero aún así, ¿cuál es su prisa? ¿Lo dijo ella?



—No iba a preguntar —dijo Boyd.

—Tú sabes —comenzó James—. Llegué a pensar en eso, podría venderle el barco que compré recientemente. Sólo lo compré por un capricho para la próxima vez que a George se le meta en la cabeza visitar su vieja ciudad natal, y eso no es probable que ocurra nuevamente hasta el próximo verano. Vino bien para salir en persecución de su hermano y ayudarlo a salvar a su nuevo suegro de esa prisión pirata en El Caribe, pero ahora tengo todo el invierno para comisionar otro barco cuando lo necesite otra vez.

—No hagas eso —protestó Boyd—. Ni se lo menciones a Katey. Ésta es la única manera que tengo de librarme de esta culpabilidad. Para una mujer a la que no quiero perder de vista otra vez, no pude haber pedido una mejor bendición que navegar con ella alrededor del mundo.

—A menos que ella continúe guardándote rencor.

Boyd se dejó caer pesadamente en el sofá.

—*El Oceanus* es mi ofrenda de paz. Ella dijo...

—Nunca te guíes simplemente por lo que una mujer diga, yanqui —dijo Anthony, luego se rió disimuladamente—. Especialmente a una a la que recientemente has enfurecido.

—Eso no es ni remotamente chistoso —masculló Boyd.

—Bien, vino al caso —contestó Anthony con indiferencia—. Pero si yo fuera tú, lo pensaría sin posponerlo más tiempo, antes de que te hagas a la mar poniendo tu barco a su disposición. No hay punto aún más difícil en la seducción de la jovenzuela, si ella te odia hasta la médula.



## Capítulo 28

CUATRO DÍAS EN ALTA MAR y Katey no veía a Boyd ni una sola vez desde el día que navegaran por el Támesis. Y su conversación la mañana antes de soltar amarras había sido breve. Simplemente habían discutido su destino inmediato, después que le comunicara a ella que debía enviar esa información a su oficina de la *Skylark* antes de que zarparan.

—Sugería El Caribe —le había dicho a ella—. Es un área con la que estoy muy familiarizado, desde que siempre ha sido uno de las rutas de comercio de la *Skylark*. Las aguas son cálidas, el clima siempre suave, las playas prístinas. Al menos en cualquier momento del año se siente como verano.

No tuvo la intención de ser desagradable simplemente por ser desagradable, sin embargo ahora este ciertamente fue el caso después de que el hombre la había ignorado por cuatro días. Realmente no había esperado esa reacción por parte de él, ni cuánto la exasperaba. ¡Posiblemente porque había tenido la intención de ignorarlo y él no estaba por allí para darse cuenta!

Esa mañana ella le había dicho:

—No quiero pasar otras largas semanas en el mar, al menos no tan pronto. También preferiría quedarme de este lado del mundo ya que estamos aquí. Así que solo navegaremos hacia el sur, ¿está bien?

—¿Hacia?

—Tú eres el marinero, seguro que sabes bastante más acerca del mundo que lo que yo sé. Diste a entender que había muchas opciones de las cuales escoger. Oigámoslas.

Él ni siquiera lo pensó en cinco segundos.

—¿El Mediterráneo entonces? Es una gran extensión de agua que comprende un número de mares dentro de él. Ofrece el acceso al sur de Europa. Al norte de este mar están España, Italia, Grecia, hasta la costa sur de Francia, y un gran número de islas alrededor de ellas, las cuales aún estarán realmente cálidas. De hecho el área entera ofrece un clima primaveral durante todo el año. En el lado sur del Mediterráneo está África, y al este...

—África suena interesante.

—Sí, pero no es un territorio al que en realidad querrás viajar tierra adentro.



—¿Por qué no?

—Porque en su mayor parte es desértico. Además, podemos detenernos en uno pocos de sus puertos abiertos una vez que sobrepasemos la Costa Berbería, para darte una percepción del país. Puede decidir entonces si te gustaría ver más de eso.

—¿La Costa de Berbería? —Ella nunca había oído el nombre antes—. ¿Por qué no podemos detenernos allí?

—Principalmente porque son bases piratas y...

—Espera un minuto. ¿Piratas?

Él hizo una pequeña mueca de dolor, pero rápidamente la moderó con un encogimiento de hombros y un tono despreocupado.

—Los piratas son un hecho infortunado de la vida en muchas partes de mundo, pero particularmente están en actividad en aguas más calientes. ¿Sin duda sabías eso antes de que empezaras este viaje?

Ella simplemente se lo quedó mirando incrédulamente. No sabía nada de eso, pero se había quedado sin habla para decirlo por el momento. Su tutor o no se había dado cuenta de estos *hechos* o él no había pensado que era un tema apropiado para un niño.

Boyd había continuado enseñándole sobre la lección perdida de historia ya sea le gustara oírlo o no.

—En el Caribe, Asia, en el Mediterráneo, solo por nombrar unos pocos... los piratas han estado entre nosotros por siglos. Pero *El Oceanus* está equipado para lidiar con ellos. Es rápido y está bien armado. Las embarcaciones de la *Skylark* han tenido bastantes choques con piratas como para hacer obligatorio que todos nuestros barcos lleven cañones ahora. Así que es igual de seguro viajar por barco como lo es por tierra, al menos en un barco de la *Skylark*. Pero por lo que respecta al viaje terrestre, los salteadores de camino son iguales de prevalecientes, sabes.

—No, no lo sabía. De hecho, no tenía idea de todo esto.

—No lo mencioné para ponerte nerviosa —le aseguró él—. Realmente, se puede dar la vuelta al mundo sin ver alguna vez un buque pirata. Y la *Skylark* tiene algunas rutas en el Mediterráneo, las cuales incluyen ciertos acuerdos de comercio. Así los corsarios de esos países, quienes también tienen acuerdos con sus propios gobiernos nos ignorarán en su mayor parte. Es sólo la Costa de Berbería la que piratea quién nos vería como blanco legítimo, pero como te dije, evitaremos su territorio. Tyrus está muy familiarizado con esas aguas.

—¿Es realmente seguro?



—No te mentiré, Katey. Nada es cien por ciento seguro. Pero no espero problemas o nunca te habría sugerido el área. Los barcos de la *Skylark* hacen viajes regulares allí como los comerciantes del mar lo han estado haciendo por miles de años. Pero en lo que respecta a viajar tierra adentro... asumí que cuando dijiste que le dabas la vuelta al mundo era para ver tanto el mundo y sus muchas diferencias, culturas, y bellezas como fuera posible en un tiempo razonable. Ver el mundo entero tomaría toda una vida. ¿Eso no es lo que tenías en mente no?

Él se había visto tan horrorizado cuando se le ocurrió esa idea, que ella apenas pudo contener la risa.

—No, tienes toda la razón —dijo ella para tranquilizarlo—. Un poco del *sabor* de cada región me bastará.

Con su destino inmediato convenido, ella había empezado a encaminarse a su cabina. Él la detuvo.

—Katey, ¿estoy perdonado?

Un poco de rigidez se introdujo en su tono. Ella no pudo evitarlo.

—Tu generosidad ha abierto una brecha en el silencio. Estoy hablándote, ¿no es así?

—¿Pero estoy perdonado?

—Me has dejado que rente tu barco para mi uso. Si esto hará que mi experiencia al viajar por el mundo sea más agradable, queda por verse. Pregúntame eso otra vez en un mes.

—Katey...

—Creo que sería más conveniente que mencionemos este tema otra vez. Así que lo diré una última vez. Querías una forma de arreglar las cosas. Te he dado una oportunidad de hacerlo. Fue un gran gesto el que tuviste. Soy bien consciente de eso. Pero hasta ahora me has salvado meramente de ocho... siete... días en Londres. Molestos días eso es seguro, pero días en los cuales hubiera tenido libertad de encontrar alguna clase de diversión para pasar el tiempo. Eso no iguala las veinticuatro horas de detención...

—¡Eso no fue mi culpa!

—...aún así eres indirectamente responsable, el maltrato, la frustración, la cólera... —Ella siguió como si él no la hubiera interrumpido—. Así que te repito, pregúntame de nuevo en un mes, después de que haya visto un pedacito más de mundo con tu ayuda.

Quizá era por eso qué no lo había visto otra vez después de que navegaron. Había



sido un poco ruda en su respuesta. ¿Un poco? No, demasiado hecho. Él bien ahora podría estar lamentando su magnánima oferta, y ella no lo podía culpar si era así. Por supuesto que su generosidad era suficiente. Había hecho mucho más de lo que ella podía haber esperado. ¿No había considerado ella comprar su propio barco? Ahora tenía uno a su disposición sin espera y sin el mayor costo. Había tenido que pagar por un capitán y tripulación de una manera u otra.

También ahora tenía su propio carruaje, gracias a Roslynn Malory, y uno lujoso en lo que a eso se refiere. Tenía ahora un conductor. John Tobby era un tipo robusto en sus treinta años. Aseguraba ser un buen tirador, y bueno con sus puños también. Y grandote como era, podía ser bastante intimidante si era necesario. Lo cual podía ser necesario, desde que estuvo de acuerdo en actuar tanto como su guardia personal como su conductor. Ella se había asegurado de eso antes de contratarlo. Y contratarlo había sido muy fácil. El llevarlo con ella a recorrer el mundo había sido un incentivo, en vez de un impedimento. No era la única que quería ver más del mundo.

Desafortunadamente, John no duraría durante todo el viaje. Él nunca había navegado antes, y él no era al único que no habían visto desde el principio del viaje. El pobre hombre había estado acosado por terribles mareos aún antes de que alcanzaran el Canal Inglés. Lo cual tenía a Grace abatida. La doncella había estado disfrutando de un agradable flirteo con John, el cual fue interrumpido abruptamente cuando él se encerró a sí mismo atrincherándose en su cabina. Ella, también, ahora se había dado cuenta de que él los podría abandonar tan pronto como alcanzaran un puerto. Especialmente desde que él ya sabía que estaban a punto de recorrer el mundo.

Katey suspiró. Se quedó junto a la barandilla a solas, catalejo en mano. Habían pasado sin contratiempos por el estrecho de Gibraltar, muy temprano en la mañana. El capitán Reynolds le había dado un catalejo el primer día de navegación, le dijo que mantendría el barco lo más cerca del litoral de los países por los que pasaran mientras los bancos de arena lo permitieran así ella podía verlos. Habían hecho un buen trecho, el viento era muy cooperativo. El clima también ya estaba marcadamente más cálido, lo suficiente para que ella ya no necesitara quedarse allí por horas, como lo había estado haciendo cada día.

El catalejo había sido un gesto agradable, pero luego del primer día de usarlo, ya no la entretenía. El paisaje empezó a verse todo igual, las costas rocosas, las playas, y los lotes y montones de árboles. Esos al menos habían sido interesantes a lo largo de la mitad del norte de Francia, la cual como Inglaterra, había estado llena de colores otoñales, pero todo era verde más lejos al sur. Luego había sólo pueblos pesqueros para quebrantar la monotonía, ocasionales pueblos costeros de los cuales no podía conocer mucho a través de un catalejo.





No tardó mucho en que el peculiar talento creativo de Katey surgiera y viera cosas a través del catalejo que no estaban realmente allí. Vio la sala de los Millards otra vez. Una anciana, con rostro bondadoso, estaba sentada sobre el sofá con ella, la abuela que no había llegado a conocer. Estaba sujetando la mano de Katey y contándole historias de la infancia de su madre. Y su tía Letitia estaba en su lado opuesto, sonriendo, riéndose, una mujer completamente diferente de la que Katey había conocido. Esta se había deshecho en excusas por su anterior desagradable acogida, explicando que había pensado que le estaban haciendo una broma cruel, que no había creído que Katey era en realidad quién decía ser.

Esta reunión era tan diferentemente que trajo las lágrimas a los ojos de Katey. Era meramente su imaginación, pero la llenó de tales sentimientos profundos, porque era lo que más quería que ocurriera, que la única familia que le quedaba fuera realmente una familia para ella, una familia cariñosa. Y ahora que eso no iba a ocurrir, había llorado en la noche hasta quedarse dormida y no dejó a los Millards entrar en sus ensueños otra vez.

Después de eso, tuvo a Boyd apareciendo muy a menudo del otro lado de su catalejo. Incluso se le ocurrió una perfecta y buena razón para su ausencia durante esos primeros cuatro días. Ciertamente no era un mareo como el que sufría su conductor, a pesar fue lo primero que se le ocurrió. Pero Boyd era propietario de un barco. Él no navegaría con su buque si era propenso a esa enfermedad, ¿o lo haría él? No, ella lo había sometido a algo tan simple como su desdén y esto lo afectaba tan gravemente que durante la noche deliraba por una fiebre alta. Y el médico de a bordo, Philips, creía que así se llamaba, no podía sentarse con él noche y día, ella había recibido instrucciones de compartir algunos de esos deberes.

Compresas frías, tiernos baños de esponja. Ella se tomó libertades que nunca se le ocurrirían tomar ni siquiera en sus fantasías subidas de tono. Por supuesto que ella estaba allí cuando él finalmente despertó, milagrosamente sin piel viscosa o pelo sudoroso, perfectamente saludable y mirándola fijamente con esos aterciopelados ojos marrones.

Él le puso una mano en su mejilla. Ella no se alejó de su alcance, sino que inclinó su cabeza hacia su caricia.

—¿Te debo mi vida?

—No... bueno, tal vez un poco.

Ella sonrió abiertamente. Le habría hecho hacer lo mismo a él, pero eran raras las veces que lo había visto sonreír abiertamente. Él usualmente se mostraba tan intensamente serio con ella, tan lleno de pasión que no era exactamente divertido. Así que no podía imaginárselo sonriendo. Pero no lo necesitaba. En su fantasía, era suficiente saber que él quería hacerlo.



—Entonces déjame expresarte mi gratitud.

Contuvo su aliento mientras la atraía hacia él para un dulce beso, pero sus labios no se tocaron aún. Con ella inclinada hacia delante, era algo fácil para él tirar de ella por encima de él, hasta el otro lado de su cama. Ahora estaba echada a su lado y él se inclinaba hacia ella, y diablos, logró hacerlo sonreír abiertamente, algo pícaro. Y eso estaba bien. Él iba a besarla. Lo esperó ansiosamente. Ya estaba sintiendo aquel estremecimiento otra vez que siempre la hacía sentir.

Fue poderoso cuando ocurrió. Demasiado poderoso, como si estuviese realmente ocurriendo. Anticipación. Eso era todo lo que esperaba, porque nunca había sido besada de verdad, así es que no tenía nada en su mente para repetir o para dejarle saber cómo se debería estar sintiendo, simplemente deseosas suposiciones de cómo sería eso si Boyd alguna vez la besaba. Pero, ay de ella, esto bastaba para que sus sentidos se agitaran...

—¿Se unirá usted a nosotros para el almuerzo, señorita Tyler? Deberíamos discutir cual será nuestro primer puerto, ahora que hemos alcanzado el Mediterráneo.

Usualmente podía despertarse al instante de sus ensueños cuando la realidad llamaba, pero no esta vez. Tomó varios largos momentos y profundos respiros antes de que se calmara lo suficiente como para mirar hacia Tyrus Reynolds, quien había venido a pararse junto a ella en la barandilla. Ella ahora estaba acostumbrada a la voz atronadora del capitán, lo bastante como para no sobresaltarla. Un hombre de edad madura con pelo negro y ojos grises, pestañas espesas y una barba, en realidad un poco más bajo que ella.

—¿Nosotros?

—Sí. Boyd me pidió hacerle la invitación.

—¿Él aún está con nosotros? Comenzaba a preguntármelo.

Su respuesta cortante trajo una leve sonrisa abierta a sus labios.

—¿Al mediodía entonces, en mi cabina?

—Por supuesto.

Él regresó a la cubierta del timón. Ella regresó a usar su catalejo. Había estado esperando invitaciones de esa clase muy pronto. Ella y los otros pasajeros en *El Oceanus* en travesía habían tomado sus comidas en la cabina del capitán con él. Era una cortesía común, ya que era la cabina más grande en el barco. Pero en este viaje aún no había sido invitada hasta ahora, lo cual era muy extraño, ahora que pensaba en eso.



## Capítulo 29

LA CABINA ERA EXACTAMENTE como Katey la recordaba, cómoda, alfombrada, de asientos afelpados, sin la rigidez de los nuevos. Era un alojamiento diseñado para el trabajo, pero también para el entretenimiento. La mesa era lo suficientemente larga para sentar a diez. Ocasionalmente *El Oceanus* transportaba sólo a pasajeros, con poco cargamento. Había en una esquina una pequeña sección para funciones musicales con tres sillas, un arpa, y un gabinete de vidrio que contenía un surtido de instrumentos musicales. El mismo capitán tocaba el arpa. Uno de sus oficiales era hábil con la cítara. En su travesía por el atlántico, uno de los pasajeros había tenido una espléndida voz y se había unido a ellos la mayoría de veladas, proveyendo un excelente entretenimiento.

Katey se había preguntado después, por qué Boyd no reclamaba para sí esta cabina. Siendo dueño del barco, él sin duda podría tenerla. Por supuesto que ella no tenía idea de cómo era su cabina. Podría ser igual de grande como esta por lo que ella sabía.

Su cabina era un tamaño decente y diferente esta vez. Muy poco traqueteo en las cosas si era precavida, lo cual antes no había sido el caso. Había suficiente espacio para una cama de tamaño natural, un armario guardarropa, un escritorio, una mesa pequeña con cuatro sillas, y sus baúles de ropas. Había también un armario lleno libros con un surtido de material de lectura que tuvo la suerte de encontrar. Supuso que ese camarote era reservado para pasajeros especiales, lo cual suponía era una apta descripción de ella en este viaje.

Ella entró relajada en la cabina de Tyrus. Lo cual terminó tan pronto como puso sus ojos en Boyd, quien se sentaba junto al capitán. Ambos hombres llevaban puestas chaquetas, pero eso era a todo lo que se extendía su formal atavío de vestir.

Los hombres americanos podían vestirse impecablemente, pero no tendían a aficionarse a las corbatas con volados y puños de encaje como lo hacía la pequeña aristocracia. Con Boyd, sin embargo, tenía el presentimiento de que se vería magnífico para ella sin importar lo que usara, simplemente porque lo encontraba muy apuesto. Con ese cabello veteado con dorado, las cejas oscuras hasta los ojos de color marrón oscuros que podían ser tan expresivos que le provocaban a sus sentidos a alturas desconocidas, y, ay de ella, su boca, el fino labio superior, y el lleno y flexible inferior, labios que la tenían mirándolo con mucha frecuencia en aquel primer viaje. Su atracción por él debería haber sido severamente contenida luego de



lo que él había hecho, pero todavía estaba allí y fuerte.

Si ella no tuviese demasiados planes en su agenda, planes a los que no renunciaría, las cosas podrían ser diferentes. Si el matrimonio fuese una parte de esos planes, no lucharía tanto contra lo que este hombre podría hacerle sentir. Podría disfrutar de un ligero flirteo aquí y allá, para añadirle un poco de sabor a sus viajes, mientras que ella no se tomara nada de eso seriamente. Pero no con Boyd Anderson. Desde un principio había tenido la sospecha de que un flirteo con él podría quemarla. No tenía dudas de eso.

La tensión que sentía ahora que otra vez estaba en presencia de Boyd, sin embargo la molestó. Se sintió también ofendida de que él más o menos se hubiera estado escondiendo de ella. Debería haber estado agradecida que él estuviera manteniendo las distancias, pero era realmente desmoralizante ser ignorada cuando ella no lo esperaba.

Ambos hombres se pusieron de pie a su entrada. Tyrus retiró una silla para que ella tomara asiento. Un hombre de la tripulación estaba allí sirviéndoles y hasta él estaba semi informalmente vestido con un chaleco. Le sirvió a ella con una servilleta en un brazo, una ensalada en el otro, después dejó el cuarto para regresar a la cocina para el segundo plato.

Katey tomó su tenedor antes de mirar a Boyd otra vez. Sus ojos no la habían abandonado desde su entrada, pero al menos él mantenía su mirada lo suficientemente impersonal como para no avergonzarla.

—Te ves un poco pálido —le dijo ella—. ¿Has estado enfermo?

Pudo haberse mordido la lengua. Esa condenada fantasía todavía estaba en su mente, obviamente. ¿Pero debería haber sonado preocupada?

—¡No!

Él lo dijo tan rápido y tan enérgicamente. Que ella alzó una ceja ante esa reacción, pero se percató de que podría estar igual de tenso como lo estaba ella, así que se esforzó al menos para tranquilizar a uno de los dos.

—En realidad, ya no la noto —dijo ella y así era—. Hay suficiente color en tus mejillas ahora. Debe haber sido un extraño reflejo de la luz.

Tyrus se aclaró la voz e introdujo un tema neutral.

—¿Tomará vino con el almuerzo, señorita Tyler, o esperará hasta la cena antes de participar?

—¿Estoy invitada a la cena de esta noche?

—Ciertamente. Considérela una invitación abierta para todo el viaje.



Ella sonrió en acuerdo. Él probablemente acababa de darle una oportunidad para *estirar las piernas*, como oyó que se decía, antes de hacer algunas reuniones sociales. Y por eso las cenas con el capitán eran, la única posibilidad auténtica de socializar en el mar.

Otro hombre de la tripulación apareció, aunque este no era el encargado de la cocina. Se inclinó para susurrarle algo a Tyrus, quien inmediatamente se puso de pie.

—Me necesitan arriba —le dijo él a Katey—. Sólo me tardaré un momento.

El capitán se veía avergonzado por tener que retirarse. Boyd también lo notó, y le dijo:

—Ella es una mujer crecida, Tyrus. No necesita a una dama de compañía.

—Es una mujer soltera —acotó Tyrus—. Diría que si necesita una.

Boyd simplemente se encogió de hombros, contestando,

—Entonces por todos los medios, apúrate en regresar.

Discutieron eso, como si ella no estuviese sentada allí, eso era lo suficientemente embarazoso como para poner rubor en sus mejillas, pero eso no fue lo que la hizo sonrojar. Ahora que estaba a solas con Boyd, y la expresión en sus ojos ya no era impersonal. Al momento en que la puerta se cerró a espaldas del capitán, Boyd la estaba mirando como si ella fuera el siguiente plato.

—Detente —dejó escapar ella.

—¿Detener qué?

—De mirarme de esa manera. Es altamente impro...

Él la interrumpió con algo que también se le escapó a él.

—Cásate conmigo, Katey. Tyrus legalmente tiene poder para casarnos en el mar. Podemos compartir una cama esta noche.

Ella buscó aire ante tal rudeza. Y él tenía que estar bromeando. No había otra excusa para una propuesta de matrimonio, tan cruda como esa, tan impulsiva, hasta para él.

—¿Ahora añades un insulto a la herida?

Él se veía como si quisiera golpearse la cabeza contra la mesa.

—Hablo en serio. Sácame de mi miseria.

Ella estaba lo suficientemente enojada para decir:

—Miseria eres tú.

Un largo momento pasó mientras ella lo miraba encolerizadamente y él



lentamente comenzó a verse arrepentido mientras empezaba a darse cuenta de cuán lejos de la zona prohibida había pisado. La propuesta había sido lo suficientemente inapropiada considerando todo lo que había pasado, ¡también al mencionar compartir una cama al mismo tiempo!

Finalmente él suspiró:

—Lo siento. Eso no estaba planeado. Créame, no quise...

—Aquí estamos —dijo el capitán, al regresar—. No me tomó mucho.

Katey se las arregló para sonreírle al hombre. Le habría gustado escuchar el resto de la explicación de Boyd, pero probablemente era mejor que no lo hiciera.

—Ciertamente no —le dijo ella al capitán.

El segundo plato llegó pisándole los talones a Tyrus. Mientras les servían, él mencionó algunos interesantes puertos españoles que podrían ser alcanzados por la mañana o a más tardar esa tarde.

—Pasaremos primero el puerto de Málaga, posiblemente antes del anochecer si el viento se estabiliza. Cartagena y Valencia pueden ser alcanzadas en plazo de una semana.

—Si quieres parar en un puerto español —intervino Boyd—. Recomendaría Barcelona en la región Cataluña. Nuestro país ha estado comerciando con ellos por más de cuarenta años.

Los dos hombres comenzaron a mencionar los méritos de cada pueblo y algunas de las cosas que podrían verse, incluyendo evidencia de la ocupación romana hace tantos siglos. Estaban a la mitad del segundo plato cuando otro tripulante entró a susurrar en la oreja de Tyrus otra vez.

El capitán clavó con mordacidad los ojos en Boyd, con desaprobación mientras se ponía de pie nuevamente. Tyrus se veía como si quisiera decir algo mordaz, pero en lugar de eso apretó los labios, se excusó y salió de la cabina.

Katey no pudo dejar de notar que Boyd parecía completamente satisfecho con esa partida abrupta, haciéndola sospechar que ambas de esas *emergencias*. De las que el capitán había tenido que ocuparse fueron ideadas... por Boyd. Con ese pensamiento se puso de pie para marcharse. No quería escuchar otra propuesta escandalosa, si eso se trataba todo esto.

Aunque se detuvo ante la puerta pensando que él pudo haber ido a buscarla a su cabina si quería hablar a solas con ella. Él no tenía que recurrir a cualquier plan elaborado. Grace nunca estaba allí con ella... bueno, la mayoría de las veces lo estaba. Preferían pasar el tiempo a bordo del barco en compañía de la otra en vez de a solas. Pero ella usualmente se la pasaba a solas en la barandilla con su catalejo... y los





hombres de la tripulación la veían pasar con frecuencia, así que realmente allí tampoco estaba sola.

Dejó de intentar encontrar una razón para salir y sencillamente puso su mano en la manija de la puerta... y sintió su mano cubriendo la de ella. Estaba lo suficiente alarmada como para darse la vuelta. No podía haber cometido peor error. Él estaba demasiado cerca. Sus cuerpos en verdad se estaban tocando. Y luego sus bocas también lo estaban.

Oh, Dios, ella sabía cómo sería. Había tenido suficientes ensoñaciones de él besándola así y lo había interrumpido abruptamente porque había sido demasiado emocionante, pensar en eso. Aún así, lo había hecho una y otra vez. No había sido capaz de resistir. Pero esto... era mucho más de lo que posiblemente hubiera imaginado.

Él la atrajo hacía él, colocando un brazo en su espalda. Su otra mano se movió por su cuello, su pulgar deteniéndose debajo de su barbilla para mantener sus labios en el ángulo que él quería. Cualquier ángulo habría sido sublime para ella. Temió que fuese a desmayarse, tantas sensaciones se abalanzaban sobre ella al mismo tiempo. Su corazón nunca había palpitado tan rápidamente o tan fuerte que podían escucharlo sus oídos. Su sangre nunca había corrido tan velozmente.

Sus propios brazos se deslizaron alrededor de los hombros de él. En lo profundo de su mente se dijo a sí misma lo hacía para evitar caerse, ciertamente no porque quisiera abrazarlo. Aún así, realmente no había posibilidad de caer cuándo él ahora la aplastaba tan de cerca de él. Sus pechos hormiguearon con ese duro contacto. Su estómago formó remolinos. Y cuando su lengua empujó entre sus labios, un calor pareció inundarla de pies a cabeza. Era su sangre recorriéndola estaba segura. Era el sabor de él que ella había deseado ardientemente por tanto tiempo. Cualquier cosa que él hiciera en ese mismísimo momento habría sido...

La puerta se abrió golpeándolos. Se separaron, pero no lo suficientemente rápido para que Tyrus no adivinara lo que habían estado haciendo.

—Maldito seas, Boyd —empezó él a recriminar.

—¡No ahora! —lo interrumpió Boyd, furioso.

No estaba en condiciones para una reprimenda. En ese momento estaba medio inclinado apoyándose en la pared. Y el tono que había usado aparentemente era uno que el capitán reconoció como categórico, porque Tyrus no dijo otra palabra, no con Katey aún allí.

Katey estaba asombrada de estar todavía de pie, sin siquiera moverse. Sus pies la urgían a salir inmediatamente de allí, la vergüenza la urgía aun más, pero resistió con cada onza de voluntad que le quedaba. No podía dejar que esto volviera a





ocurrir. El beso de Boyd había sido demasiado poderoso... había agotado su voluntad, la había emocionado desmedidamente. Y ocurriría de nuevo si ella no se aseguraba de eso. Había sólo una manera de hacerlo.

—Mentí —le dijo ella a Boyd, mirándolo a los ojos—. Soy muy buena en eso. ¿No te mencioné ya eso, que era algo en lo que sobresalgo? Lo hago todo el tiempo. Pregúntale a mi doncella, ella te dirá. Es un hábito desde niña, sabes.

—¿Mentiste en qué?

—Sobre no estar casada. Realmente lo estoy.



## Capítulo 30

ANTHONY SE REÍA mientras él y James salían juntos de Knighton's. Él había estado frecuentando el establecimiento deportivo por muchos años. El dueño intentaba mantenerlo en forma con parejas de entrenamiento, pero la mayoría de ellos encontraban empleo en otro sitio tras una ronda o dos con él. Él era renombrado por ser invencible en el ring, a menos que James estuviese por ahí. Él ya había perdido la esperanza de tener buenas parejas, hasta que su hermano regresó a Londres y comenzó a acompañarlo a Knighton's de nuevo algunas veces por semana.

El único otro hombre deseoso y capaz de darle a Anthony un entrenamiento decente era Warren Anderson, pero Warren estaba raras veces en Londres. Y la sobrina de Anthony, Amy desaprobaba que su marido quedara ensangrentado en el ring simplemente por un poco de ejercicio. Anthony tenía la intención de darle una oportunidad al más joven de los Anderson. Boyd decía ser muy bueno con los puños. Pero, también, Boyd estaba raras veces en la ciudad.

Al menos James estaba todavía dispuesto a enfrentarlo ocasionalmente, aunque sus encuentros podían ser brutales y James era usualmente el ganador. Sus puños eran como unos malditos ladrillos ensangrentados, después de todo. Pero no hoy.

—No intentes decirme que tú dejaste que yo ganara ese round —dijo Anthony, riéndose—. ¡Tengo testigos!

—Un golpe de suerte y vas a estar cacareando acerca de eso toda la semana, ¿no es cierto?

—¿Una semana? La mitad del año como mínimo.

James probablemente habría enarcado su ceja derecha por ese comentario, si Anthony no hubiese agrietado la piel encima de ella. En lugar de eso James meramente bufó mientras se encaminaba al carruaje de Anthony. Habían llegado juntos a Knighton's, así es que James aun no podía librarse de la puyas de Anthony.

—¿Vendrás conmigo a casa para almorzar? —preguntó Anthony antes de que él girase para darle instrucciones a su conductor.

—No, puedes dejarme en mi club.

—¡Ah, por supuesto! —se rió Anthony ahogadamente—. Probablemente tendrás que tomar todo el resto de la tarde para ayudarte a olvidar que te puse fuera de combate.



—¡Por solo dos malditos segundos! — gruñó James.

—El tiempo es irrelevante. ¡Lo importante es que aterrizaste sobre tu trasero!

—Cierra la boca, cachorro, antes de que yo te la cierre.

Anthony sólo sonrió abiertamente. No había nada que él disfrutara más que estar un paso delante de sus hermanos, sobre todo de este hermano. Nada podría arruinar su humor hoy, ciertamente no lo haría la agria apariencia de James. O eso pensó él.

Pero uno de sus lacayos apareció de repente justo cuando el carruaje se ponía en marcha. Su conductor freno, al escuchar al hombre gritando para atraer su atención.

—Debería volver a casa ahora, milord —dijo el lacayo mientras detenía su caballo junto al carruaje—. Lady Roslynn está un poco molesta... con usted.

—¿Qué podría haber hecho yo ahora? —preguntó Anthony.

—Ella no lo dijo. Pero su marcado acento escoses estaba presente.

—¿No significa eso usualmente que Roslynn está enojada por algo? — comentó James, su humor repentinamente parecía haber mejorado.

—No siempre —habló entre dientes Anthony—. Pero puede.

James era el único que reía ahora.

—Creo que me uniré a ti para el almuerzo después de todo, querido muchacho. Ciertamente, encuentro que estoy repentinamente realmente hambriento.

Anthony ignoró a su hermano y le dijo a su conductor que se diera prisa para llegar a casa. Él no tenía absolutamente ninguna idea lo qué podría haber contrariado su esposa. Ella le había ido a despedir de la puerta esta mañana con un beso y la azuzadora admonición para que él no volviera a casa con una nariz ensangrentada, ya que sabía a dónde se dirigía y con quién.

No tardó mucho tiempo en llegar a la casa de ciudad en Piccadilly. Anthony entró. Él tenía la esperanza de encontrarse a Roslynn arriba en su cuarto, donde James no lo podría seguir, pero no tuvo tanta suerte. Ella estaba en la sala, delante de la chimenea, golpeando ligeramente su pie. Sus brazos estaban cruzados sobre su pecho. Un brillo bien definido estaba en sus ojos color avellana. No estaba molesta. Estaba definitivamente enojada. Él gimió mentalmente.

—¡Escucharé una explicación para esto, señor, y la escucharé ahora! No puedo creer que me guardaras este secreto a mí.

—¿Qué? —preguntó él cuidadosamente.

Ella se acercó a él y estampó de un golpe una hoja de papel en el centro de su pecho. Casi no logra atraparla antes de que cayera al piso. Él ni siquiera pudo darle



un vistazo a la nota. Roslynn no temía producirle ampollas en las orejas.

— ¿Por qué no me lo dijiste, eh? —Le exigió ella, muy chillonamente—. ¿Pensaste que no lo entendería? ¡Viene de familia después de todo!

Después de ese último comentario, ella dirigió la mirada hacia James. Él se había detenido en el umbral para apoyarse contra el marco. Él le enarcó la dorada ceja derecha a ella, a pesar de que eso le debido haber escocido.

Le dijo a Anthony:

—Lee la maldita nota. Me muero por saber de qué me está acusando ella.

— ¿A ti? Soy yo a quién ella le esta gritando y preferiría oírlo de ella. —Él puso un brazo alrededor de los hombros de Roslynn y dijo tiernamente—: Cariño, yo no te guardo secretos a ti. ¿De qué se trata todo esto?

Ella se encogió de hombros fuera de su brazo, cruzó de nuevo los de ella sobre su pecho, y lo miro. A lo cual James masculló:

—¡Maldito infierno! —Y caminó al interior del salón para arrancar la nota con fuerza de la mano de Anthony.

— «Mantenga a su bastarda en casa —leyó James en voz alta—. No la quiero aquí otra vez, para contrariar a mi madre y traer de vuelta memorias de una hija que es mejor dejar muertas... como es así que está. Esta firmado Letitia».

Anthony no podía pensar en nadie conocido con ese nombre.

— ¿Quién?

James se encogió de hombros, no reconociendo el nombre tampoco. Pero Roslynn obviamente sabía exactamente quién había enviado esa nota.

Ella dijo enojada:

— ¡Incluso la trajiste a mi casa y no dijiste nada acerca de ella! —En ese entonces su furia la venció y ella salió de la sala.



## Capítulo 31

—¿QUE ES LO QUE ESTOY PASANDO POR ALTO AQUÍ? —dijo Anthony con incredulidad a su hermano mientras clavaba los ojos en la puerta vacía que su esposa acababa de atravesar—. ¿A quién supuestamente traje a esta casa?

Algo debió de ocurrírsele a James porque comenzó a reír.

—Yo creo que ella piensa que Katey Tyler es tu hija. Eso es muy divertido.

—Con un demonio lo es —gruñó Anthony—. ¿De dónde has sacado esa idea?

—Porque justamente se me he acordado quién es Letitia —cuando Anthony puso los ojos en blanco, James continuó—: Buen Dios, ¿No sabes que Katey fue a Gloucestershire a visitar a la familia que nunca conoció? ¿La familia de su madre?

—Sí, eso lo sabía.

—¿Y?

—¿Y qué? —dijo Anthony frustrado—. Este no es el momento para que no vayas directo al grano.

James volteó sus ojos hacia el cielo raso.

—Pero eso lo dice todo, mi querido muchacho. Hasta escuché a Judy y a Jack hablando de eso. Por eso Katey fue específicamente a Havers, porque su familia vive allí. ¿Nadie te ha mencionado quien es su familia?

Anthony frunció el ceño.

—Ahora que lo pienso, no, no puedo recordar que lo hicieran. Sin embargo, sí sé que fue por eso que invitaron a Katey a pasar un tiempo en Haverston durante su visita, ya que su familia vive en las cercanías. Pero no sé mucho más al respecto, y no fui lo suficientemente curioso para preguntar porque asumí que su familia debían ser americanos que se establecieron en el vecindario. ¿Hasta Roslynn pudo haber pensado que ella me lo mencionó... de quiénes estamos hablando, James?

—Los Millard.

Anthony se dejó caer en una silla, su rostro se puso blanco. James, viendo su nueva reacción, ya no estaba divertido.



—¡No te atrevas a decirme que tengo una sobrina de la que no sabía nada!

—¡Mira quién habla! —Le devolvió Anthony el disparo—. ¡No descubriste la existencia de Jeremy hasta los dieciséis años de edad!

—Volviendo al punto —le dijo James entre dientes, luego en un tono más seco—. ¿Es cierto? ¿Te suena la campana ahora?

Los recuerdos le iban llegando a Anthony con creces. Viejos, de hace treinta años, placenteros algunos y otros no tantos. Era posible. Más que posible. Podría ser todo coincidencia, y aún así, su instinto le estaba diciendo lo contrario.

Cerró sus ojos y rebuscó una imagen que él casi había olvidado. La imagen era ambigua, había sido hace mucho tiempo, pero los ojos eran como esmeraldas, el cabello negro, tan bonito con sus adorables hoyuelos y sus risueños ojos. Adeline Millard. La única mujer que en su juventud lo había tentado a casarse. Y Katey Tyler tenía esos ojos, y ese cabello, hasta esos hoyuelos... ¡oh, Dios!

—La campana se está volviendo un poco ensordecedora, ¿verdad? —dijo James aún observándolo.

—Como si recién me hubieras pegado con una cerca de mi oído —replicó Anthony con un poquito de temor.

—Espera. Creo que necesito sentarme. —Haciendo eso, James sarcásticamente añadió—: Muy Bien, escuchemos cómo la sorprendente circunstancia de tener a una hija ya adulta solo se te olvidó todos estos años.

Anthony no le dio la típica réplica. Estaba demasiado anonadado y más que un poco sorprendido por los recuerdos y cuál podía haber sido el resultado de las circunstancias, que todavía inundaban en su mente.

—Dios, no debo haber tenido más de veintiún años —le dijo a su hermano—. Fui a casa en Haverston para Navidad ese año. Ahora que lo pienso, tú también estabas allí alterándole los nervios a Jason como siempre. Arrasamos Londres juntos.

James se encogió de hombros.

—Siempre lo hicimos, hasta que me fui hacia los mares. Y olvídate de hacerme dormir con la versión larga. Con la corta estará bien.

Anthony le dedicó una mirada de disgusto esta vez antes de continuar.

—No recuerdo a que fui a Havers ese día, probablemente a comprar algunas baratijas de último momento para los jóvenes. Adeline estaba allí haciendo algunas compras también. Había visto a las chicas Millard aquí y allá a través de los años cuando todos éramos niños, pero esa era la primera vez que había visto a Adeline ya crecida.



James desconsideradamente alzó esa familiar ceja derecha, respingó ligeramente, pero todavía dijo secamente:

—¿Te golpeó en el trasero, no?

—Se podría decir que sí. Definitivamente me interesé en ella y me deshice en cumplidos, si sabes lo que quiero decir. Me terminé quedando por ahí luego de los días de fiesta, y en poco tiempo quedé realmente impactado. También ella. Hasta estaba pensando... maldición, no te atrevas a reírte, James... que hasta había pensado en sentar cabeza con ella, así de agarrado estaba. Si no hubiera pensado en matrimonio, nunca me hubiera acostado con ella. Era nuestra vecina, después de todo.

—Caigo en la cuenta.

—¡Pero después se fue a un viaje por Europa sin decírmelo! No tuve aviso o una pista de que hubiera estado planificando ese viaje. Y sin ningún adiós. No me importa admitir que fui aplastado. Escuché años más tarde que había casado con algún barón en Europa y se había establecido en el extranjero, así que ella no iba a regresar.

—¿Una mentira que la familia difundió para mantener los chismosos a raya?

—Obviamente.

—Entonces explícame esto: ¿por qué simplemente no te amarraron si supieron que eras el padre de su niño? Esa es una muy buena razón para casarse. Jason lo habría exigido si se hubiera enterado. Sabes cómo es él. Y tú y ella aparentemente querían casarse. No llego a comprenderlo.

Tampoco Anthony, excepto por...

—Ellos nunca me abrieron la puerta de su casa de par en par.

Por lo cual James bufó dudosamente.

—Eres un Malory. Eres un partido de primera.

Anthony alzó una ceja esta vez.

—Tu memoria te está fallando, ¿viejito? Tú y yo habíamos comenzado a causar escándalos antes de esa Navidad, y Jason ya había conmocionado a toneladas también cuando nombró a su bastardo como su legítimo heredero. Tal vez no lo hayas notado, o simplemente no te importó un cuerno, lo cual fue más bien el caso, pero ya estábamos comenzando a tener el desaire de los más mojigatos de Londres.

—¿Los Millards te desairaron?

—No era tan malo. Digamos que los padres de Adeline me toleraban, pero era obvio que habrían preferido que no estuviera cortejando a su hija menor. Hasta tenía





la impresión que me llevaban la corriente, que estaban seguros de que perdería interés y que recapacitaría de regreso a Londres. Hasta pudieron haber pensado estaba jugando con Adeline, pero porque era un Malory y también un vecino, no me cerraron la puerta. Letitia, por otro lado, era muy patente la aversión que tenía hacia mí y nunca intentó esconderla.

—¿Así que ahora la recuerdas?

—Demasiado claramente —dijo Anthony con un suspiro—. Para ponerlo suavemente, ella era una perra fría.

James sonrió abiertamente.

—¿Llamas a eso suave?

—Exactamente mi punto, fría como un glacial. Cada vez que visitaba a Adeline, tenía que lidiar con los mordaces comentarios de su hermana. Era un auténtico rencor el que tenía, como si personalmente la hubiera insultado.

—¿Lo hiciste?

—Claro que no. Estaba en la flor del primer amor, James. ¡Era condenadamente muy amable con todo el mundo! Había pensado que era porque ella aún no se había casado, y era al menos seis años mayor que Adeline.

—Ah, perdió el bote, ¿no? ¿Así que era meramente la amargura de una solterona derramándose en el enamorado de su hermana menor?

—Como dije, eso era lo que yo había pensado, porque ella no era hiriente con otros, sólo conmigo. Y tuve ocasión para observarla alrededor de otras personas. Podía ser igual de dulce como Adelina... bueno, eso es una exageración. Ella no era tan dulce, pero entiendes a lo que voy.

—Pues bien, nada de eso importa, aparte de explicar por qué jugó tan sucio con esa nota que te envió. ¿Así que cuál es tu conclusión? ¿Es Katey tuya?

Anthony cerró sus ojos otra vez con ese pensamiento. Todavía estaba teniendo problemas creyendo que podría tener a una hija ya adulta.

—Tiene la edad adecuada para ser mía. Hasta hay un leve parecido a Adeline, sin embargo no el suficiente para haberlo notado de inmediato. Pero también tiene sus ojos, su cabello, y hasta sus hoyuelos.

—¿Por qué detecto un *pero* en tu tono?

—Nada de esto es concluyente. Tienes que estar de acuerdo en que simplemente podría ser coincidencia.

James asintió con la cabeza, pero añadió:



—No es coincidencia que Adeline sea la madre de Katey.

—No, esta eso también. Pero no sabemos la edad exacta de Katey, ¿verdad? Ella tendría que tener veintidós para que yo sea su padre. Y Katey le dijo a Judy que su madre se había fugado con el americano Tyler y que por eso había sido repudiada por la familia de su madre. ¿Aún así, cuando conoció ella a ese americano? ¡Todo ese tiempo estuvo citándose conmigo!

—Si Katey tiene veintidós, diría que hay una mentira en esta historia en alguna parte. Pero si no es así, infierno, Adeline pudo haber regresado de Europa antes, pudo haber conocido al americano, escapó precipitadamente con él, quedó embarazada en el barco que los llevaba a América, todo sin que tú te percataras, ya que para entonces habías regresado a Londres. Y la misma Katey dice que Tyler es su padre. Es sólo Letitia Millard quien dice que tú lo eres.

—Pero Letitia estaría en posición de saber, ¿no es así? —Señaló Anthony—. Y lo que Katey cree que es verdad, es meramente lo que Adelina le dijo. No es poco común que una madre teniendo un hijo fuera del matrimonio esconda ese hecho vergonzoso al niño. Molly es un ejemplo de primera. Se ha rehusado todos esos años a permitir que Jason le diga a su hijo que ella es su madre.

—¿Detecto una nota esperanzadora allí?

Anthony se sonrojó ligeramente. Algo de la impresión había desaparecido, y no podía negar ese temor y, sí, hasta de deleite estaba tomando su lugar. Si una hija inesperada tuviese que aparecer en su umbral, no podía haber pedido una más agradable. La chica era valiente, tenía coraje, y ella ya se había hecho querer a sí misma en su familia. Increíblemente, se percató de que él se enorgullecería de reclamar a Katey Tyler como su hija.

A su hermano, le dijo:

—Judy estaría emocionada. Tomó a Katey como si fuesen...

—¿Hermanas? —Lo interrumpió James con una carcajada—. Lo siento, viejo, pero no se reclama a una hija que no es tuya solo para emocionar a la que sí lo es.

Anthony se hundió un poco en su asiento con un suspiro.

—Lo sé. Esto me ha tomado realmente por sorpresa, ¿sabes?. Aún no puedo pensar con claridad.

—¿Cuándo lo haces alguna vez?

Anthony ignoró el aguijón para añadir.

—Adeline me lo hubiese dicho, ¿no? Digo, ¿por qué no lo haría ella? Pudo haber acudido a mí en cualquier momento. Me estaba quedando en Haverston. Era muy



accesible.

—No vas a tener tus respuestas a menos que visites tu mismo a los Millards. ¿Te das cuenta de eso?

—Sí.

—Y tú probablemente tendrás que obtener de ellos los hechos a la fuerza. No van a darte la bienvenida.

—Me doy cuenta de eso, también.

—Bueno, también ten esto en mente. Esto puede ser un engaño que inventó Letitia, por alguna razón. Admites que no le gustabas a ella, irrazonablemente. Katey apareció, dándole a ella el medio para una pequeña venganza.

—¿Venganza?

—Exactamente. Cómo te sentirías si aceptas a Katey, creyendo que es tuya, para amarla, y luego de varios años Letitia tira la bomba de que mintió, que la jovencita no es para nada tuya.

Anthony puso sus ojos en blanco.

—Eso es un poco inverosímil, pero entiendo el punto. Todavía no tengo ni idea por qué Letitia me desprecia, pero no solamente tomaré su palabra en esto. Oliver Millard está muerto, pero la madre de Adeline todavía está todavía. Iré directamente a ella.

—Si te dejan entrar por la puerta. Sabes, Katey nunca lo dijo, pero considerando como es Letitia, me arriesgaría a suponer que ella no tuvo una visita cordial con estos parientes suyos. Y estaba en una prisa desgarradora por dejar Inglaterra, tanto que estaba dispuesta a dejar pasar al yanqui liberado de la responsabilidad de su culpabilidad alquilando su barco. Más probablemente para dejar atrás de ella esa reunión desagradable.

Anthony salió disparado de su asiento jadeando. La mención de Boyd le recordó su última conversación con él. Oh, buen Dios, realmente no le había aconsejado a Anderson que seduzca su propia hija, ¿verdad?

James, adivinando exactamente lo que Anthony estaba pensando por la mirada asesina que había puesto, razonablemente empezó:

—Ahora espera un minuto, Tony....

No había lugar para la razón en la mente de Anthony luego de eso. Lo interrumpió.

—Si él ya la ha seducido, voy a tener que matarlo.



—Hablamos del hermano de George aquí —le recordó James.

—No, hablamos de mi hija.

—Una hija de la que apenas te acabas de enterar que es tuya. Si es que lo es. Así que el muchacho la codicia. ¿Por qué no lo haría él? Ella es una jovenzuela bonita. Si logra tener suerte, todo lo que tendrá que hacer es casarse con ella. Hasta tú mismo dijiste que sería un buen marido, como recordarás.

—No, tú dijiste eso, no yo. Y sabes malditamente bien que voy a tener que matarlo si le pone una mano inapropiadamente en ella.

James suspiró. Sabía eso. Le había dado los argumentos que pudo meramente en bienestar de su esposa, pero el hecho era, que si Katey resultara ser su sobrina, tendría razón para ayudar a Anthony a matar al yanqui.



## Capítulo 32

—¿TE SIENTES MEJOR? —Tyrus asomó la cabeza por la puerta para preguntarle.

—Dios, no.

Boyd no levantó su cabeza de la almohada para decirlo. Ni siquiera abrió los ojos. Cualquier clase de movimiento del todo anormal apremiaba otra loca carrera hacia el orinal. Su mareo no tenía en cuenta que su estómago ya estaba vacío.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste?

—Antes de que dejáramos Cartagena.

Tyrus suspiró con compasión ya que eso fue casi hace dos días.

—Vas a matarte de hambre a ti mismo durante este viaje. No puedo creer que hasta le hayas sugerido a ella el Mediterráneo, donde va a querer tocar puerto cada cierto tiempo. ¿Cuál era el punto en que vinieras tú también, cuándo sabías que terminarías pasándote la mayor parte del viaje enfermo en la cama?

Boyd sabía eso muy bien. Para arreglar las cosas con Katey, él iba a tener que pasar por esto una y otra vez, cuándo había pensado ponerle fin a esta clase de sufrimiento tocando tierra por sí mismo. No era que no estuviera acostumbrado a esta enfermedad. Había estado lidiando con ella desde los quince años. Sonreír y soportar había sido su perspectiva usual. Pero justamente no tuvo en cuenta tener a bordo a una mujer con la que quería pasar cada minuto.

—Necesito ayuda, Tyrus, no crítica.

—¿Quieres que te consiga uno de los remedios de Philips para ponerte fuera de combate hasta que toquemos puerto otra vez?

Debería. El doctor del *Oceanus* hacía un brebaje potente que lo podía poner a dormir por unas buenas diez horas ya sea que él estuviera cansado o no. El barco podría ser víctima de una explosión de cañones y él no la sabría. Y la bebida ni siquiera sabía asquerosa como la mayoría de los remedios tendían a ser. Sin embargo, él no se iba a dormir durante este viaje o, como Tyrus había dicho, él bien pudo haberse quedado en Inglaterra. Ésta era su oportunidad de conquistar a Katey, y él iba a hacer lo imposible para lograrlo. Si pudiese sacar su trasero de la cama.

—No quise decir esa clase de ayuda —dijo Boyd—. Soy sincero con ella. Quiero casarme con ella. Pero cometí una terrible falta tratándola como a un criminal. No



puedo cortejarla apropiadamente a causa de eso. Se interpone de lleno entre nosotros.

Él le había contado a Tyrus sobre el incidente en Northampton. Habían estado navegando juntos por más de siete años. Navegaban hacia algún puerto luego de un largo viaje y ya estaban libres de encontrar juntos la taberna más cercana. Tyrus era probablemente el amigo más cercano que Boyd tenía además de sus hermanos.

—¿Olvidas su confesión? —Le recordó Tyrus—. ¿Qué ella realmente está casada?

Boyd bufó.

—Te perdiste justamente la parte en la que se contradijo justo al día siguiente. Y se veía condenadamente culpable cuando admitió que nos mintió.

—¿Cuál mentira? Estoy perdiendo el hilo.

—No está casada, Tyrus. Mientras ella estaba en Inglaterra, le dijo a mi familia que no lo estaba, que sólo pretendió estarlo de modo que los hombres mantengan las distancias con ella. Era un ardid que funcionó extraordinariamente bien en *El Oceanus*, si lo recuerdas.

—Recuerdo que ella te tenía tan atado en nudos que no podía hablar contigo, nadie podía, sin terminar con nuestras cabezas destrozadas. No me molesta admitir que tenía miedo de que durante este viaje pasara lo mismo.

—Hay una gran diferencia entre creer que ella no está disponible y saber que ella en verdad lo está. Sé condenadamente bien que su confesión del otro día es cierta.

—Quieres decir que es la que tú mismo quieres creer —contestó Tyrus escépticamente.

Había algo de eso, pero él estaba al tanto de sus tácticas ahora, simplemente porque eran muy obvias. ¿Deliberadamente de parte de ella? ¿Un punto sutil, mejor dicho, no tan sutil que el que estaba haciendo? O ella realmente pensaba que aún podía tomarlo por tonto, ¿después del beso que compartieron?

Dios, eso había sido dulce, finalmente saborearla, tocarla, tenerla entre sus brazos. Su deseo había pasado a través del techo, pero él había logrado mantenerlo bajo control para no asustarla. No tenía la menor idea de cómo lo controló, de tanto que la deseaba.

Pero ella lo había conmovido con su comentario acerca de estar casada, inmediatamente después de ese beso. Definitivamente un chorro de agua fría eso había sido. Él no había sabido qué creer. Y había pasado el resto del día meditando sobre eso en su cabina. Y luego ella se le acercó a la mañana siguiente en cubierta.



—Tengo que hacer una confesión —le había dicho ella, con la mirada fija en sus pies en lugar de mirarlo—. Mentí.

Él había intentado no gruñirle.

—¿Olvidadiza? Hiciste esa confesión anoche.

Ella todavía no lo miraba.

—Esa es la mentira de la que hablo. Realmente, nunca he estado casado.

—¿Entonces por qué...?

—No me deberías haberme besado —le había dicho ella remilgadamente—. Eso no es parte de nuestro acuerdo de renta.

Y entonces él entendió, vagamente, lo que había incitado la mentira. Y una vez más, a él le dio mucho gusto enojarse con ella. Aunque había estado un poquito molesto, también. Ella no podía continuar sacudiendo sus cuerdas de ese modo. Pero ella no se quedó allí para discutirlo. Con las mejillas rosadas de vergüenza, se había ido corriendo.

A su amigo le dijo:

—Ella ha cambiado esa historia tres veces ya desde que nos hicimos a la mar, así que no es justamente optimismo en mi parte.

—¿Tres? —dijo Tyrus sofocado.

—Eso aún sin contar las primeras dos veces anteriores a este viaje. Así que si la atrapo en un apropiado estado de ánimo, uno donde ella actualmente no tenga un *marido* y la arrastre delante de ti para que nos cases, no hagas preguntas. Simplemente hazlo.

—¿Qué quieres decir con apropiado? —preguntó Tyrus suspicazmente—. Te lo diré ahora mismo, amigo, no casaré a nadie que no esté correctamente vestido.

Boyd en verdad se rió.

—No quise decir directamente acostarme con ella, sin embargo, eso sería casi tan apropiado como venga, ¿no?

—¿Entonces qué quisiste decir?

Boyd tardó un momento para ver si podía explicar cómo sabría cuando sería el momento indicado. No había tenido dificultad reconociéndolo en Cartagena.

Habían pasado dos días en ese antiguo puerto marítimo, allí había tanto para ver, y Boyd se había ofrecido escoltar a Katey y su doncella en las excursiones a través de los viejos foros romanos, lo poco que había quedado del castillo en la colina, y el anfiteatro romano donde los gladiadores una vez habían probado sus habilidades y





habían muerto, o se marchaban a pelear en otras arenas a lo largo del extenso del Imperio Romano. No quedaba mucho de esas ruinas antiguas desde que construyeron manzanas las cuales estaban siendo confiscadas para construir sobre ellas nuevos edificios, pero quedaba suficiente para que Katey tomara un poco el sabor del área que quería. Cartagena había pasado por muchas manos durante los siglos, y la mayor parte de ellas habían dejado sus marcas. Todo por lo cual, tenía a Katey en un encantador estado de ánimo. En el temor, burbujeante de excitación, en verdad lo había estado tratando como un amigo en lugar de su peor enemigo.

¿Olvidadiza? Esa era probablemente todo lo que era, la fácil camarería, hasta eso le había permitido acercarse a ella otra vez. Y cuando se acercó demasiado, la hizo sonrojar. Y cuando se sonrojó, supo que la afectaba tanto que tenía que sostener *un marido* como una espada para hacerlo retroceder. Ella había hecho exactamente eso nuevamente, antes de que dejaran Cartagena.

Le dijo a Tyrus.

—Ya sabes que tiene esa gran agenda para ver el mundo, y es una espléndida meta, por eso, tiene puesto en la cabeza que el matrimonio no puede ser parte de esa agenda. Y hasta sé que ella no es inmune a mí. Más que nada, me da la impresión de que tiene miedo que su viaje se termine si me deja entrar en su corazón.

—¿Excepto quién mejor para casarse que un hombre con un barco que la puede llevar dondequiera que ella quiera ir?

—Exactamente.

Tyrus se rió ahogadamente.

—Qué pésima ironía, quieres sentar cabeza en tierra... con una mujer que quiere navegar alrededor del mundo.

—Lo sé.

—¿Aún así la quieres?

—Absolutamente. Y si eso significa no retirarme del mar del mar, que así sea.

—¿Ella sabe lo que el mar te provoca? —preguntó Tyrus cuidadosamente.

—No, ni tampoco lo sabrá. Mi familia no lo sabe. Eres el único que lo sabe.

—Lo sabrá si logras conseguir casarte con ella antes de que termine este viaje. Será fácil de adivinar si le vomitas encima en la cama.

—Tyrus no es divertido. Pero le aseguraré a ella que eso no terminará con su viaje alrededor del mundo.

—No seas pesado, hombre. Si ella te ama, lo terminará... por tu bien. Y luego lo tendrá siempre en su cabeza, el arrepentimiento de que renunció a sus metas por ti.



La amargura aparecerá, después resentimiento, y después...

Boyd se sentó.

—¿Cuándo te convertiste en tan condenado juez lleno de calamidades?

Tyrus se encogió de hombros.

—Simplemente estaba señalando algunas posibilidades muy reales que podrían aparecer más tarde.

—Bien, no lo hagas. Ella no sabe que yo estaba listo para abandonar el mar, tampoco nunca necesitará saber eso. Sabe que siempre he navegado con mi barco. Suficiente. Me las he arreglado para soportarlo la mitad de mi vida. Creo que me las puedo arreglar por algunos años más para que ella pueda tener su tour por el mundo.

Como Boyd no había hecho una carrera hacia el orinal con su abrupto movimiento, Tyrus levantó una ceja.

—¿El mareo te ha dejado un poco temprano esta vez?

Este sí parecía haberse ido.

—Por el momento.

—Bueno, ella preguntó por ti ayer, en ambos almuerzo y cena. Ser evasivo en mis respuestas no me sienta bien. Necesitas idearte una razón para ella, del por qué no te unes a nosotros en las comidas... si no quieres confesar la verdadera razón.

—Estás bromeando, ¿verdad? ¿Qué razón posible podría haber para evitarla cuando ella sabe que la quiero? Infierno, quiero pasar cada minuto con ella. De hecho, lo que realmente necesito es algún tiempo a solas con ella, sin interrupciones, donde podamos llegar a conocernos mejor y para que ella no salga corriendo cada vez que me acerco un poquito más cerca de sus emociones.

Tyrus se rió ahogadamente.

—Es una lástima que no puedan naufragar juntos en alguna isla desierta. No podrías tener más privacidad que eso.

Boyd bufó.

—No hundiré mi barco simplemente para...

Ni siquiera terminó. De hecho, lo que acaba de ocurrírsele era extravagante y más que una pequeña estupidez, pero lo fascinó, lo que debió haberse notado en su expresión.

Tyrus, adivinando sus pensamientos, exclamó:

—¡Simplemente dame un maldito minuto! ¡No voy a hundir este barco justamente



para que puedas cortejar a tu dama!

—No hay ninguna isla desierta en esta área, ¿verdad? —contestó Boyd pensativamente.

—¿Me has oído? ¡No vamos a hacer naufragar *El Oceanus*!



## Capítulo 33

KATEY SE DESPERTÓ CON UNA CÁLIDA, y balsámica brisa acariciando sus mejillas. La motivaba a desperezarse ostensivamente antes de que aún abriera los ojos, pero se interrumpió abruptamente cuando sintió que su camión húmedo se aferraba a su piel. ¿Humedad? Como si ella lo hubiera mojado en un sudor febril, o se lo hubiera puesto en antes de que estuviese completamente seco después de lavarlo, ninguna de las...

Confundida, abrió sus ojos para encontrar a Boyd inclinándose sobre ella, una palmera detrás de él, las frondas moviéndose suavemente por la cálida brisa. ¿Un sueño entonces? ¡Bien, lo mismo podía disfrutarlo si eso era todo lo que era!

Ella le devolvió la sonrisa. Él parecía sorprendido ante eso, pero sólo por un segundo. Esperó a que él la besara. Este no era uno de sus ensueños donde ella podía controlar sus acciones y hacer que la besara. Tenía que tomar lo que ella podía obtener de un sueño tan realista. Pero él debió haber visto el deseo en sus ojos. Comenzó a inclinarse más cerca de ella. La excitada anticipación tenía ya a su estómago revoloteando sensualmente. Su boca casi tocaba la de ella.

El chillido de un pájaro la sobresaltó. Boyd echó una mirada hacia el sonido detrás de ella. Giró su cabeza para mirar en la misma dirección. Ella no vio un pájaro. Aunque sorprendida por tanto verdor al borde de una playa prístina, encumbrados pinos mezclados con palmeras de varios tamaños, esparcidos aquí y allá, árboles con flores.

Era irónico que ella pusiera este sabor tropical en su sueño. Simplemente hace algunos días Boyd le había preguntado cuánto sabía ella del Mediterráneo, y había tenido que admitir que nada de nada.

—Mi tutor, aunque bastante brillante, no tenía un rico de material con el cual trabajar —le había dicho ella—. A lo sumo tenía un viejo mapa del mundo que incluso no era moderno. Inició mi curiosidad acerca del mundo, pero sin dibujos no pude visualizar nada de eso, por lo que siempre quise verlo por mí misma.

Y justamente el día anterior Boyd sugirió se tomaran un día de descanso para disfrutar de una playa en una de las islas del área... sólo ellos dos. Él lo había hecho sonar inocente. ¡Y habría sido una cosa divertida de hacer! Hasta le había dicho que lo pensara, que no contestara inmediatamente. Pero no había nada en qué pensar y ella le había dicho no. No era que no confiara en sus pasiones, empezaba a desconfiar



en las de ella. ¡Pero eso no se lo dijo a él!

Fantaseaba con este hombre constantemente. No tenía ninguna duda sobre cuanto lo deseaba. Pero no había ninguna duda tampoco de que él terminaría su viaje si cedía. Y la lujuria, que era lo que lo motivaba, no era suficiente base para el matrimonio. Sería un beneficio agradable, pero el amor tenía que estar allí primero.

Pero la atmósfera tropical de Cartagena, la cual habían visitado recientemente, así como su sugerencia de una excursión en una playa, estaban ambos todavía frescos en su mente, y así no la sorprendía para nada que su sueño estuviera lleno de los mismos trópicos.

Ella volvió a mirar a Boyd. Esta vez él le sonreía, una sonrisa afectuosa, íntima, como si acabaran de compartir algo. El intenso momento sensual cuando él había estado a punto de besarla no estaba allí... aún. Éste era un momento más relajado, igual de agradable, pero no tan intenso. Permitía la intrusión de otras cosas, el sonido de un fuego crepitando cerca, el olor a pescado...

¡Qué extraño que eso se introdujera en su sueño! Espera, ¿oler cosas en un sueño?

Katey se puso de pie tan rápidamente que tropezó y alejándose más mientras miraba locamente alrededor de ella. Estaba descalza, sus dedos hundidos en la cálida arena. Estaba en su camión y estaba húmedo. Su pelo estaba suelto y flotaba alrededor de ella, y también estaba húmedo, como si hubiera nadado hasta la orilla. Estaba en una playa vacía sin un barco anclado cerca, ningún barco se veía en el horizonte, nada más que aguas azules interminables hasta donde ella podía ver.

Y Boyd estaba allí descansando a su lado en la arena debajo de varias palmeras, llevando puestos simplemente sus pantalones y una camisa con mangas largas blanca abierta a medias a la mitad del pecho. Se apoyaba sobre su codo mientras miraba preocupado la expresión e ella. Un pequeño fuego estaba encendido cerca de él, un pez asándose en un palo que había confeccionado encima de él. Era tan pacífico, un sitio idílico, aún así el horror que colmó su mente la dejó helada de temor.

—Mi Dios, ¿tu barco se hundió? —Le preguntó ella sin aliento—. ¿Sobrevivió alguien más? ¿Grace? ¡Oh no, no...!

Él saltó inmediatamente poniéndose de pie y la agarró por los hombros.

—¡Katey, detente! El barco está bien. ¡Todo el mundo a bordo está bien!

Ella lo miró con los ojos muy abiertos, esperando creerle, ¿pero cómo podría ella?

—No intentes decirme que estoy soñando. Los sueños no son reales como esto.



—No, claro que no.

—¿Entonces cómo es que estamos aquí? ¿Y por qué no puedo recordar cómo llegue aquí?

—Porque caminaste dormida hasta aquí. —Los ojos de ella se estrecharon, pero antes de que ella pudiese bufar de incredulidad, él añadió—: ¿Alguna vez caminaste dormida?

—¿Hacer qué?

—Salir de la cama, y pasearte por allí en sueños.

—No seas absurdo.

—¿Entonces tal vez estabas camino a encontrarme? Estabas en tu camisón fuera en la cubierta, y ese fue mi primer pensamiento de... esperanza.

—No comiences —le advirtió ella.

Él se encogió de hombros, pero ella podía distinguir que él intentaba no reírse, y no dio más explicaciones.

—¿Bebiste mucho durante la cena entonces? Sé que tomé demasiado yo mismo, pero también noté que estabas haciendo un buen trabajo en vaciar esa botella de vino que estaba en la mesa junto a ti. Creo que Tyrus ordenó dos botellas extra anoche porque las terminábamos tan rápidamente.

Él había estado en la cena, para variar. Usualmente no fue. Pero la última noche había estado presente, y una animada conversación entre el capitán y él la había perturbado lo bastante para que ella hubiera inclinado la botella en su vaso más de lo que debería. ¡Sin embargo, no recordaba haberla terminado, tampoco haberse emborrachado, aún así cómo lo sabría si había estado borracha si nunca antes lo había estado!

—No acostumbro tomar vino en la cena —admitió ella—. ¿Pero no padecería de algún tipo de efecto secundario si hubiese tomado demasiado? Recuerdo a mi papá gimiendo horrendamente una mañana después de beber demasiado la noche anterior.

—¿La cabeza no te duele?

—De ningún modo.

Al menos ahora no. Pero no lo dijo en voz alta, ya que el breve pánico que había sentido cuando se disparó a sus pies minutos antes se lo atribuyó a que solo se había levantado demasiado rápido. Y ya se había ido.

Él se encogió de hombros.



—¿Quizá simplemente tienes una alta tolerancia a el alcohol? Algunas personas la tienen. Pueden beber barriles de esas cosas y despertarse sin sentirse diferentes a cualquier otro día.

—Si lo hice o no, estoy segura de que no me fui a la cama borracha. —Ella se desaprobó si misma por sonar tan estirada al respecto.

—¿Recuerdas haberte ido a la cama entonces?

—Sí... por supuesto —contestó ella, pero en realidad, no lo recordaba.

Prepararse para ir a dormir era una mera rutina de todas las noches. Con nada fuera de lo normal que ocurriera para representarlo en su mente, ¿cómo se suponía que tenía que recordar? Y ahora mismo estaba teniendo dificultades para pensar claramente en cualquier cosa.

—La cubierta estaba oscura, Katey. En verdad no te podía ver claramente. Podías haber estado herida, podías haber estado buscando ayuda. Supuse que podías estar en estado de shock. ¿Tuviste un accidente?

Ella movió sus extremidades brevemente.

—No, nada me duele. Me siento bien.

—Entonces probablemente era mi segunda suposición, sonambulismo.

Ella suspiró.

—Te estoy diciendo que eso es algo que no hago.

—¿Cómo lo sabría si haces tus caminatas y luego vuelves a la cama, todo sin despertarte?

—Alguien me lo habría dicho, me habría visto, si es algo que soy propensa a hacer.

—No si nunca has ido lejos.

—Tiene que haber una mejor explicación que esa, Boyd —dijo ella, algo exasperada—. Hasta sugerir que camino por...

—Espera. —Él se rió ahogadamente—. Ahora puedo darme cuenta porque tienes problemas para creer esto. No, eso no fue lo que hiciste. Pero apareciste en cubierta anoche. Ciertamente no imaginé eso. Tripulaba la rueda. Hago eso a menudo, paso la noche en el timón. Y sí dudé de mis ojos, estaba tan asombrado de verte caminando lentamente por de la cubierta en camisón. ¡Até el timón, pero antes de llegar a ti, te caíste a un lado! No había tiempo de pedir auxilio. Estaba aterrorizado de que te ahogaras inmediatamente si no me sumergía tras de ti.

—¿Me salvaste? —Ella se quedó sin aliento, con los ojos abiertos de asombro ante





esa realización.

Él no contestó a eso directamente, pero dijo simplemente:

—Había creído que al golpear contra el agua te habría despertado, pero increíblemente, no lo hiciste. En verdad, si te golpearas contra el agua lo suficientemente fuerte, podría desmayarte. He visto pasar eso antes. Pero cualquiera que fuera el caso, mi peor miedo no se hizo realidad.

—¿Cuál?

—Que te hubieses hundido inmediatamente y no encontrarte en las profundidades oscuras. Pero no fue así. Sin embargo, para cuando te alcancé, el barco estaba ya a una buena distancia. Era bastante desconcertante, observarlo navegar adelante sin nosotros.

Ella podía suponerlo. No, no podía. Todavía estaba pasando un momento difícil creyendo todo esto. Él la llevó hacia un poco de sombra que había bajo una palmera.

—Siéntate. Tranquilízate. Es temprana la mañana. Tyrus habrá notado que faltamos. Probablemente nos encontrarán hoy antes del mediodía.

Ella todavía estaba demasiado desconcertada para tomar su consejo. ¿Qué se tranquilizara? ¿Estaba bromeando? Otra mirada alrededor de ellos le señaló simplemente qué tan solitaria era esa parte de la playa, sin una sola señal de vida. Y él estaba total y demasiado despreocupado por su situación. ¡Por todos los santos parecían haber naufragado!

Ese pensamiento le hizo recordar de inmediato su principal temor.

—El barco no habría chocado, ¿verdad? —preguntó ella ansiosamente—. ¿Sin alguien timoneando y nadie más en cubierta aún para notar si se dirigía a encallar?

Él le sonrió.

—No, se suponía que debían relevarme anoche. Y se estaba dirigiendo directamente en curso alejándose de la isla.

—¿Entonces nos han estado buscando desde la mitad de la noche?

—Posiblemente. Langtry, quien debió relevarme, podría haber pensado que dejé la cubierta meros minutos antes de que él llegase, sin embargo, aún así, como dije, no se habrán dado cuenta que faltamos hasta esta mañana. O pudieron haber dado la vuelta anoche. De una u otra manera, no tardará. Tyrus conoce bien estas aguas. Él no descansará hasta que haya vuelto a trazar el curso del barco para encontrarnos.

—A menos que él piense que nos hemos ahogado —predijo ella, exhausta emocionalmente.

—Él tendrá su catalejo dirigido hacia las aguas también.



—Él me dio su catalejo.

Boyd estaba intentando no sonreír otra vez, ella estaba segura, entonces él contestó ligeramente:

—¿No pensarás realmente que ese es su único catalejo, no es así, o que no hay una buena docena de ellos en el barco?

Ella podía decir que él ahora le estaba llevando la corriente. No la molestó. En realidad tuvo el efecto opuesto cuando señaló que ella probablemente estaba siendo tonta con sus miedos. No se habían ahogado. Él los había llevado en tierra. Estarían de regreso en el barco antes de que oscurezca. Nada por lo que preocuparse.

Ella se sentó en la arena otra vez. Intentó ser comedida al respecto, pero le costó bastante trabajo hacerlo en camión. Él se le unió, sentándose con las piernas cruzadas junto a ella. Sus pies estaban tan desnudos como los de ella, aunque notó que sus zapatos estaban secos cerca al sol. Al menos él todavía tenía sus zapatos, aunque debió haber sido difícil, nadar con zapatos en...

—A propósito —dijo él poco ceremoniosamente y con una leve sonrisa torcida—. ¿Estás casada hoy... o no?



## Capítulo 34

—¿ESTAS CASADA HOY, O NO?

Katey no le contestó inmediatamente a Boyd y mantuvo sus ojos directamente en las ondas suaves ondulándose hacia la orilla. No estaba segura si quería contestar del todo. Él hizo la pregunta como si fuera una broma, y así era probablemente cómo lo veía él ahora. Lo cual era culpa de ella. Simplemente debió haber mantenido su posición.

Él había creído su mentira acerca de estar casada aquella tarde en la cabina del capitán, después de que se besaran. Hasta pareció como si él la estuviera evitando a causa de ello, cuando él faltó a la cena con ella esa noche.

Perversamente, la próxima vez que lo vio, confesó, nuevamente, que no estaba realmente casada. Un gran error, este, especialmente cuando terminó cambiando de tono una vez más antes de que dejaran Cartagena. El hombre a veces la podía inquietar más de la cuenta. ¿Había afirmado que él no podía pensar claramente en presencia suya? ¡Ella parecía tener el mismo problema estos días!

—Déjame decir eso con otras palabras —dijo él durante el largo silencio—. ¿Por qué no te has casado? Ciertamente tienes la edad suficiente. De hecho, te convertirás en una solterona antes de tiempo.

Lo recorrió con la mirada, a tiempo para verlo verter arena de su puño encima de la mano de ella, la cual ya estaba medio enterrada en la arena, ya que estaba apoyada sobre esta. Su tonto comentario, y la arena, la tenían en un irresistible estado de humor agradable.

—Una solterona, ¿eh?

—Absolutamente. En esta luz brillante, ya puedo ver unas cuantas arrugas. —Ella se rió. Él sonrió abiertamente. Pero luego él añadió—: ¿Entonces por qué no lo estás?

Ella se encogió de hombros.

—Casi lo hice. Antes de que partiera de casa, estaba desesperada de que algo nuevo ocurriera en mi vida. Y fui buscando cada soltero en Gardener, tres de ellos. Dos eran lo suficientemente viejos para ser mi padre. El tercero podría haber sido mi abuelo de tan anciano. Puedes entender el por qué decliné.

—No puedo creer que sólo tuvieras ofertas de hombres viejos.

—Créelo. Gardener era un pueblo moribundo. Todos los jóvenes se habían ido.



—¿Tus padres no te dieron otras opciones? ¿Sin duda alguna no esperarían que encontraras un marido en medio de tan limitados prospectos?

—Mi padre murió hace mucho tiempo. Mi madre a menudo hablaba de un prolongado viaje a una de las grandes ciudades a lo largo de la costa, tal vez hasta Nueva York, pero nunca llegamos a concretarlo, y después ella también murió.

—Lo lamento.

—También yo —contestó Katey tenuemente, volviendo su mirada nuevamente hacia las ondas entrantes.

Él dejó caer rápidamente dos puñados más de arena sobre su mano antes de su próxima pregunta, como si él hubiera tenido que tomar coraje para preguntar.

—¿Así que sí planeas casarse algún día?

—Sí, tal vez antes de que termine mi viaje. Sería excitante casarse con un príncipe persa, ¿no lo crees? Si soy lo suficientemente afortunada en conocer uno, ese sería el elegido. O tal vez terminaré en un harén. He escuchado acerca de tales cosas exóticas, y mi matrimonio tendrá que ser extraordinario, al menos muy excitante. No me establecería por menos que eso ya que mi vida antes de este viaje no ha sido más que aburrida.

—¿Un harén? —dijo él sofocado—. ¿Estás bromeando verdad?

Lo miró a hurtadillas entreviendo una sonrisa. Realmente se veía horrorizado. Le dieron ganas de darse una palmada en la espalda. Ella no había perdido su habilidad.

—Claro que sí.

Él vertió más arena sobre su mano antes de que él dijese:

—¿No estarías interesada en tener un excitante romance con el propietario de un barco?

La imagen llegó demasiado velozmente a su mente, de ellos dos acostados en una cama, con sus cuerpos entrelazados, besándose apasionadamente. Ella parpadeó alejándola. Al menos no había mencionado el matrimonio, por lo cual ella había pensado que él podría estar preparando el terreno. No quería sentarse allí todo el día sintiéndose enojada con él por acosarla con algo que no iba a ocurrir. El presente estado de ánimo era demasiado cordial. No quería que terminara abruptamente.

Así que ella continuó en el mismo tono guasón.

—Supongo que podría ser bajo las circunstancias correctas, como durante una terrible tormenta en el mar donde el barco podría hundirse, o... bueno, tú entiendes la idea.



—Trataré y lograré por medio de la persistencia una tormenta para ti —dijo él.

Ella se rió, encantada de que él le siguiera el juego. La vida era demasiado corta para la seriedad que él traía a la mesa.

Por supuesto, que su alta pasión, la cual él había mencionado más de una vez con respecto a ella, sin duda explicaba algo de esa seriedad. Pero difícilmente podía culpar al hombre por sentirse excesivamente atraído cuando tenía el mismo problema desde la primera vez que lo había conocido. Desearía que él pudiera controlarlo un poco mejor, pero no era algo por lo cual colgarlo.

Sugiriendo matrimonio, sin embargo, solo para solucionar su problema, era absurdo. Por eso valía la pena colgarlo. ¡La sola idea! Ningún romance complicado, ni un poquito de cortejo por su parte. ¡Buen Dios, sólo habían compartido un beso juntos, y eso fue después de él se le declarara!... Esos besos con los que ella había fantaseado no contaban.

Pero trató de continuar en el mismo ligero humor, y quedándose con la mirada fija en la playa con nada a su vista que el follaje exuberante, ella le dijo:

—Cuando ordenes esa tormenta, qué tal si ordenas un carruaje, también. ¿O crees que estamos lo suficientemente cerca de un pueblo para caminar?

—No pareces tener mucha confianza en Tyrus —la amonestó él.

—Era solo un pensamiento. ¿Pero estamos en algún lado de la costa española, no?

Él negó con la cabeza.

—No a menos que piense seriamente meterme en el agua. Esta debe ser una de las Islas Baleares. Las había pasado anoche justo antes de que aparecieras en cubierta, así que sé en qué dirección nadar hacia allí. No todas están pobladas. Tal parece que esta no lo está, aunque puedo estar equivocado. La mayoría de islas, hasta las más pobladas, todavía pueden tener largos trechos de costa vacía.

Él se inclinó a un lado para alimentar el pequeño fuego con algunas varitas más de leña, y voltear el pescado en el palo. No viendo nada más aparte de una pila de varitas secas de leña junto al fuego, sus zapatos secándose al sol, y su chaqueta tirada sobre un arbusto cercano secándose también, ella se preguntaba cómo había obtenido el pez para el almuerzo.

—¿Cómo atrapaste eso?

Él se rió ahogadamente.

—No voy fingir que soy un pescador excelente. Quedó atrapado en aquella pequeña charca de allá cuando la marea bajó. Lo encontré luchando en el charco en el que había quedado.



Ella vio la mella en la orilla de la que él hablaba. No había mucha arena allí. La tierra y los árboles habían traspasado los límites muy cerca del agua, y la tierra no era tan maleable como la arena, así que el hoyo tenía que estar más lejos erosionado por las mareas, más bien llenándolo. Era un pez de un buen tamaño, probablemente el suficiente para almuerzo y la cena. Al menos no iban a morir de hambre mientras esperaban a ser encontrados.

—¿Y el fuego? —preguntó ella curiosamente.

Él sonrió abiertamente y sacó un pequeño lente de vidrio de su bolsillo para mostrarle.

—He estado llevando de aquí para allá esto conmigo hace años, desde que observé a alguien abrir por la fuerza un catalejo para sostener el lente hacia el sol para iniciar un fuego. Encontré esta versión más pequeña, un trozo lo suficientemente pequeño para apenas notarlo en mi bolsillo. Creí que podría servirme algún día, sin embargo, irónicamente, casi me deshice del este año, ya que nunca necesité usarlo y frecuentemente lo perdía, de tan pequeño que es. Es algo bueno que no lo hiciera. No creo que te habría gustado el pez crudo. ¿Hambrienta?

—Todavía no —sonrió ella—. Raras veces lo estoy apenas me despierto, y acabo de despertar.

En lugar de sonreír, ella pensó que en realidad él respingó ligeramente. Extraño. ¿O estaba equivocada? Pero el sol se estaba levantando bastante alto. Podía ser porque ya era mediodía, y ella nunca dormía tan tarde.

Ahora que lo pensaba, ¿Cómo fue posible que pudiera llevarla hasta la orilla sin despertarla? El agua habría estado salpicándole en la cara, su brazo habría estado incómodamente apretado alrededor de ella, arrastrándola. El sueño normal no pudo haber sobrevivido a tanta actividad. O había bebido más de lo que ella recordaba anoche o al golpearse contra el agua ciertamente la había dejado inconsciente. Supuso que tuvo suerte de que finalmente se hubiera despertado del todo.

De repente se dio cuenta que él había arriesgado su vida para salvarla. Él no habría podido mantenerlos a ambos a flote por mucho tiempo si no hubiera encontrado tierra. Y ella se habría hundido hasta el fondo, sin siquiera saber que estaba a punto de morir si él no hubiera saltado tras ella. Ella le debía...

—¿Qué?

Ella se sonrojó. Probablemente ella lo había estado mirando asombrada por un momento, el suficiente para que él lo notara.

—Nada —dijo ella, mirando su regazo, luego—. ¿Ves lluvia en el horizonte?

Oh, Dios, ¿realmente no había acabado de hacerle tan descarada invitación, no?



Pero tal vez él no relacionaría su pregunta con su comentario acerca de lograr por medio de la persistencia una tormenta para ella así podrían mantener una aventura amorosa. Y una mirada a hurtadillas le demostró que él ni siquiera miraba al cielo buscando nubarrones. No había necesidad. No habían visto ni una sola nube de cualquier clase en el cielo azul y ambos lo sabían.

Sin embargo, los ojos de él sí que se abrieron. Había entendido perfectamente. Y ahora sería el momento de decirle que ella había estado bromeando, ya sea si lo había estado haciendo o no. Rápidamente, antes de que fuera demasiado tarde. Pero ninguna palabra le salió mientras lo observaba. El sol brilló en ondas doradas. Esa intensa mirada sensual entró en sus ojos.

Él se abalanzó sobre ella. Ella se rió a carcajadas mientras caía de espaldas en la arena, porque había percibido su sonrisa juguetona. Pero ahora su sonrisa había desaparecido al tiempo que se colocaba cuidadosamente sobre ella. La risa de ella también desapareció. Y se quedó mirando fijamente hacia arriba al hombre que tanto quería, él había quedado como un tonto muchas veces por ella. Dios, podía decir la misma cosa de ella. Y estaba tan cansada de luchar contra esto...





## Capítulo 35

SOÑAR CON BESOS no se parecía en nada a esto. Mientras que algunos de esos ensueños en verdad habían conmovido el pulso de Katey y habían causado algunos sonrojos secretos, ninguno de ellos se comparaba a la emoción de tener realmente la boca de Boyd en la de ella. ¡Su pulso comenzó a correr con velocidad aun antes de que sus labios la tocaran, solo por la anticipación! Y fue un beso tan profundo, centellante. Si él no tuviera esa lente en su bolsillo, probablemente podrían haber iniciado un fuego simplemente con las chispas que saltaban entre ellos.

No toda era pasión cruda como a ella le preocupaba que hubiera habido de parte de él. Cerca. Ciertamente, muy cerca. Pero él también ponía en juego alguna agradable habilidad que era inesperada. Considerando esa pólvora de pasión que él siempre tenía cuando estaba cerca de ella, y en su último beso conmovedor, ésta era una sorpresa agradable. Parecía como si él estuviera tratando de hipnotizándola y de apaciguar sus miedos al mismo tiempo de esa manera, de atraerla con una lenta seducción de sus sentidos, haciéndola querer que lo besara a su vez, y, ay de mí, funcionaba extremadamente bien.

—No me despiertes. No te atrevas. Creo que moriría si despierto ahora mismo.

Era la voz de él, y aún así, se dio cuenta de que ella podría haber dicho exactamente la misma cosa. Pero su boca se había movido hacia su mejilla hasta llegar cerca de su oreja al decir eso, poco antes de que su lengua bajara y se hundiera dentro de esta. Estuvo cerca de gritar. Un escalofrío se propagó rápidamente por todo su cuerpo y tan poderosamente, que ella sintió un hormigueo en todas partes. Le rodeó el cuello con los brazos. Apretadamente. Se sentía como si tuviera que sostenerse o estaría perdida en ese remolino de sensaciones que él le estaba provocando.

Labios contra labios otra vez, él absorbía suavemente los de ella y le provocaba cosquillas con su lengua, no intencionalmente, pero su piel ya se estaba poniendo sensible en todas partes. Presionó sus labios más firmemente contra los de él, para terminar con las cosquillas. Él ha debido haber pensado que estaba tratando de aumentar el ritmo cuando ella hizo eso, porque la pasión que él milagrosamente había estado conteniendo, estaba de repente liberada. Su beso se volvió voraz, y la succionó directamente dentro del mismo vórtice húmedo y caliente.

Haber desatado su pasión a ese grado era casi alarmante, pero meramente porque



ella no sabía que era capaz de eso. No le importaba que fuera capaz, simplemente no se lo había esperado. Sin embargo de tanto haber soñado que sucedía lo mismo, no debería haber estado sorprendida del todo. Tampoco podría haber tenido mejor lugar para que sus fantasías se hicieran realidad. Una cálida isla tropical con una brisa balsámica, perfumada del océano, con la temperatura justa para quitarse las ropas el uno al otro. Qué más podría pedir ella... bueno, además de una cama, pero las camas suaves estaban en los ensueños perfectos. Esto era real y mucho más preferible.

Y privado. No había puertas que se abrieran para interrumpirlos. Ese pensamiento estaba en lo profundo de su mente. Aquí, sólo ella podría interrumpir esto y ella no estaba por hacerlo. Que estuviera en deuda con él era solo una excusa. Había pensado en esto a menudo como para seguir sin experimentarlo. Y no había nadie más en el mundo entero con quien quisiera experimentarlo.

Él estaba desabrochando los botones de su camisón sin interrumpir su beso. Ella aun no había notado que el dorso de su mano se había rozado contra su pecho. Había muchos botones, por supuesto, porque no era realmente un camisón el que ella tenía puesto sino una fina bata que se abotonaba desde el cuello hasta los pies, una que ella prefería porque era mucho más suave para dormir que sus camisones de noche.

Él averiguaría eso pronto. ¿Podría su pasión pasar por encima de la paciencia y desgarrar la bata para terminar el trabajo? Ella esperaba que no, porque esta bata era todo lo que ella tenía para ponerse hasta que los rescataran después. Pero ese pensamiento desapareció cuando su mano se introdujo por lo que ya había abierto, acariciándole los muslos, para luego interponerse entre ellos.

¡Oh, Dios, estaba demasiado sensibilizada para eso! Solo con el toque accidental contra su pecho había endurecido sus pezones un momento antes. ¡Pero esto, su dedo deslizándose sobre su parte más íntima era un maravilloso placer sensual! Ella se frotó contra él. ¡No pudo evitarlo, parecía no tener control de eso! Él lo hizo nuevamente. Ella se movió otra vez, presionándose más cerca, quedándose sin aliento contra la boca de él. Creyó sentir que sus labios de formaban una sonrisa contra los de ella poco antes de que le introdujera un dedo.

Ella jadeó y eso la llevó hasta el límite. Ocurrió tan rápidamente que explotó dentro de ella, el éxtasis más increíble se propagó violentamente por su espalda, latiendo alrededor de su dedo, agotándola lentamente, deliciosamente. Estaba casi cerca del desmayo de tan asombrada.

— ¿Qué fue eso? —dijo ella sin aliento.

— Simplemente el comienzo —dijo él dejando caer una lluvia de besos tiernos en su rostro.



Él se puso de pie para quitarse la ropa. ¿No habían terminado? La excitación formó remolinos en su vientre otra vez. Ella rápidamente terminó de desabotonarse la bata, pero la mantuvo puesta. Sería una manta bonita para ellos en la arena, pensó antes de que ella mirase hacia arriba y no tuvo más pensamientos.

Boyd estaba parado allí desnudo, acababa de arrojar sus pantalones al suelo. Sus ojos se encendieron. Siempre había pensado que él tenía una hermosa figura varonil, demasiado perfecta para sus ojos, pero esto era la magnificencia pura. Las líneas largas, delgadas delineadas por músculo grueso. Su pecho era ancho, salpicado ligeramente por una mata de vello dorado que no llegaba mucho debajo de sus pezones. Sus abdominales se veían tan fuertes no sabía si simplemente dar o tomar. Pensó que ella podía estar de pie sobre su estómago sin hacer una abolladura. ¡Hasta sus muslos estaban acordonados con músculo, grueso, firme, no había competencia en pie con él! Y esos brazos que la habían abrazado, ¿cómo había hecho para no quebrarla? Sus hombros y sus brazos eran tan musculosos. No era extraño que siempre llevara puestas camisas de mangas sueltas. Cualquier estrechez allí probablemente lo tendría rompiendo costuras.

Todo ese se vio como un todo, pero lo que estaban mirando sus ojos era su miembro tan proyectado que sobresalía de su entrepierna, el pináculo de su masculinidad, y era temor lo que definitivamente había en su voz cuando le dijo:

—Oh, Dios mío, ese es un apéndice asombroso.

Él continuó absolutamente quieto ante aquella declaración. ¿No debería haberlo mencionado? ¿Lo había conmovido demasiado? A ella no le importaba. Tenía demasiada curiosidad como para no decir cualquier cosa, y, sí, ella se escandalizó. No había esperado nada como esto, especialmente después de haber visto recientemente esas estatuas en Inglaterra, de hecho, varias de ellas. Cada una tenía representada esa parte única del cuerpo humano masculino tan diminutamente que apenas se notaba. ¡Qué fraude! Y en contraste, el de Boyd era monstruoso, aunque extraño, no la asustó.

Completamente fascinada con la mirada aún fija en él, ella le dijo:

—¿Lo puedo tocar?

Él cayó de rodillas frente de ella con un gemido. Ella tomó tomo eso como un sí. Con una sola mano al principio, ella cubrió la longitud para sentir la textura, suave como la seda, caliente, flexible, y todavía duro. Asombroso.

Ella lo oyó gemir otra vez y miró hacia arriba para ver sus ojos encendidos en ella.

—¿Eso duele?

—No —dijo él tragando saliva.



—Bien, porque aún no he terminado.

Ella ignoró un gorgoteo en su garganta. Con ambas manos ahora ella ahuecó esa larga longitud, formando un capitel con sus dedos, luego tironeo suavemente mientras sus palmas se deslizaban a través de la superficie aterciopelada. Lo hizo otra y otra vez. Cada vez que las puntas del dedo lo dejaban, el eje se bamboleaba y rebotaba por eso. Rebotó contra su pecho una vez. Se sintió escaldada por eso. Pero no era tan inquebrantable como había parecido al principio. Increíblemente duro, sí, pero aún así maleable.

—Me estas matando.

Ella levantó la cabeza y lo miró agudamente con un ceño fruncido acusador.

—Dijiste que no dolía.

—No es esa clase de dolor. Dios mío, Katey, te deseo tanto que voy a explotar.

Su expresión se suavizó mientras ella le decía.

—¿Entonces qué estás esperando?

Él se había puesto serio. Su pasión había alcanzado el punto explosivo. En un mero segundo ella estaba boca arriba en la arena otra vez y él infaliblemente se sepultó en su interior. Todavía estaba mojada por su orgasmo, así que él se deslizó tan profundamente como necesitara ir sin detenerse por nada, incluyendo su virginidad. Pero el dolor de esa ruptura había terminado antes de que se diera cuenta de aquella invasión. Estaba abrumada. Se agarró a él como si se le fuera la vida. Era la cosa más primitiva que ella alguna vez había hecho, estallando en un ataque de tal placer intenso otra vez, delante de él, estaba todavía arqueándose de alegría al máximo en ese segundo orgasmo cuando él estalló dentro de ella.

Él cayó a la arena a su lado, parecía completamente agotado, pero le quedaba bastante fuerza para llevarla a su lado y, la rodeó con un brazo, para mantenerla allí. Su mejilla presionada contra su pecho, ella sonrió soñadora, tan exhausta, como saciada, y había algo más que estaba sintiendo. ¿Era felicidad? No se arrepentía, de nada. Había disfrutado de su incursión de hacer el amor inmensamente. Y estaba excesivamente satisfecha con el hombre que la estaba abrazando. Tal vez era algo tan simple como la felicidad.

Con los ojos a media asta, haciendo girar perezosamente un dedo alrededor del vello de su pecho bajo la autoridad de su mano, ella finalmente tomó nota de hacia dónde se dirigió su mirada y sus ojos se abrieron asustados. ¡Ese magnífico apéndice suyo se había ido!

Ella se sentó.

—¿A dónde se fue?



Estaba seria. Realmente no lo sabía. Abriendo sus ojos para ver de lo que lo estaba acusando ella, Boyd rompió en carcajadas.

—Volverá, te lo prometo —le dijo él con una gran sonrisa.

Más tarde se reiría con él de cuan poco sabía sobre el cuerpo humano masculino. Pero justo en ese instante, delante de sus ojos, él en verdad cumplió su promesa...



## Capítulo 36

KATEY SE RIÓ mientras salía corriendo del agua. Ella y Boyd habían estado jugando en ella como niños, sin embargo no había nada de niños en los muchos besos que habían intercambiado mientras las olas los salpicaban. Pero esta era su primera experiencia en el mar, o en cualquier gran extensión de agua, además de la última noche cuando Boyd la había conducido a la isla, cosa que aún no recordaba.

Boyd se asombró cuando ella le contó:

—Es una cosa buena el que yo no estuviera completamente despierta cuando me caí del barco, o probablemente habría entrado en pánico, ya que no puedo nadar.

—¿Cómo que no puedes?

—Nunca tuve ocasión de aprender, ya que vivía tierra adentro.

Por supuesto que él encontraba su incapacidad para nadar inusual, con su crianza en un pueblo portuario. Ella ya sabía que su familia y su compañía naviera estaban localizadas en la costa de Bridgeport, y escuchó mucho más sobre su puerto de origen mientras compartían el pez varado como almuerzo.

Ella incluso le confesó:

—Casi visité tu pueblo un verano con mi padre. Un embarque que él había ordenado para su tienda desde Bridgeport estaba retrasado, y se dirigía allá para averiguar la causa. Él se ofreció a llevarme e íbamos a salir a la mañana siguiente, pero entonces el vagón con su embarque fue registrado, así es que no tuvimos que ir. Estaba realmente desilusionada.

Era increíble que hubieran crecido así cerca el uno del otro, y aun así, a mundos de distancia. Su padre sólo una vez había ordenado suministros desde Bridgeport. Danbury, mucho más cerca, era de donde él tomaba la mayoría de suministros para su tienda. ¿Qué hubiera ocurrido si se hubieran conocido mucho más antes? ¿Se habrían vuelto amigos? ¿Se fijarían al menos el uno al otro? Probablemente no. Él era al menos diez años mayor que ella, a inicios de los treinta. Mientras sus edades daban lo mismo ahora, se habrían conocido mientras ella era todavía una niña y él ya un hombre.

Pero ella realmente le asombra por no poder nadar y él le preguntó:

—¿No te da miedo estar en el agua?



Ya tenían el agua hasta la cintura cuando ese tema surgió, ella no había pensado en ningún peligro cuando entró corriendo con él de la mano.

—Contigo cerca, claro que no. Ya sabemos que nadas muy bien por los dos.

Estaba bromeando. Simplemente no se le había ocurrido tenerle miedo al océano. Pero con la mención de su heroísmo él recorrió la costa con la mirada para luego posarse sobre ella de una manera extraña, pero sólo por unos segundos. Y entonces él intentó enseñarle a nadar. ¡Qué fracaso! Ella estaba demasiada ocupada divirtiéndose como para ponerle atención a la lección de natación, y él pronto se dio por vencido.

Ella se dejó caer sobre la arena para dejar que el sol la secara. Él cayó de rodillas junto a ella y se sacudió el agua como un perro. Ella gritó cuando el agua de su pelo cayó sobre ella como lluvia.

—¡Hiciste eso a propósito!

—¿Lo notaste? —Él sonrió impenitentemente.

Ella sonrió abiertamente, también. ¡Era un hombre tan diferente! Relajado, juguetón, azuzador, lleno de sonrisas, algunas juveniles, algunas sexys. A ella le gustaba este Boyd. Tal vez demasiado.

—¿Dónde está tu camión? —Preguntó él, mirando más allá de ella hacia su pequeño campamento—. Por mucho que ame el hecho de que estés inconscientemente ostentando tu hermoso cuerpo frente a mí, no quiero que te quemes por el sol.

Ella se rió ahogadamente.

—¿Ostentado? ¿Es lo que he hecho? No tenía nada apropiado para nadar, ¿no es así?

—Lo sé, ni siquiera enaguas, lo cual fue una placentera sorpresa, el encontrar que no llevabas puesto *nada* debajo de tu camión.

—¿Para dormir? Por favor —protestó ella secamente—. Dormiría desnuda si no tuviese una doncella que irrumpe temprano y sin invitación la mayoría de las mañanas para despertarme.

—Algo bueno sobre el matrimonio es que las doncellas dejan de hacer eso.

Katey se tensó. Él no iba a arruinar esta idílica cita poniéndose serio con ella otra vez, ¿verdad?

—Tyrus legalmente puede casarse a cualquiera en el mar.

—Lo ha hecho.

—Qué bien por él, pero a menos que Grace quiera llevar su flirteo con nuestro





capitán más allá de eso, lo cual estoy casi segura que no es así, los servicios adicionales de Tyrus no se necesitarán.

Él clavó sus ojos en ella. Ella se retorció un poco. ¿Por qué no podía disfrutar sólo esta vez con ella y dejar las cosas así?

Ella intentó bromear para regresar a su previa actitud juguetona.

—Oh, ¿te referías a *mí*? —preguntó ella ligeramente, pero él no bromearía sobre ese tema.

—Katey...

—No empieces. Por favor. Ha sido muy divertido. Incluso podríamos hacerlo nuevamente en alguna ocasión sin el dramatismo inicial de caer fuera de un barco. Pero nada ha cambiado. Ya te he dicho las causas de porque aún no estoy lista para matrimonio.

—No puedes apegarte al mapa que has diseñado para tu vida. No después de hoy, el cual ha sido un desvío muy grande.

—No es así. Y si estás hablando de mi virginidad —bufó ella—. ¿Me parezco yo acaso a una jovencita de sociedad que se desmayaría por su pérdida?

—Pareces la mujer más irritante del mundo, ¡a eso te pareces!

—Vaya gracias. ¡Lo intento!

Ella se puso de pie y fue en busca de su bata. Discutir con él cuando no llevaba nada puesto no se sentía bien. No deberían discutir. ¿Por qué tenía que ser tan terco?

Ella supuso que la seguiría para conducirla a casa. No lo hizo, y cuando se volvió atrás para verlo sentado exactamente donde ella le había dejado, sintió que sabía por qué. Aunque la enfurecía en estos momentos, sospechaba que eso tenía mucho que ver con su persistencia.

Estaba demasiado agitada como para sujetar decentemente sus botones antes de regresar a acusarle:

—¿Escondiendo la evidencia de qué aun cuando estas furioso conmigo, sigues deseándome? ¡Ha! Eres peor que un gato. ¡Admítelo, estas siempre al acecho!

Él se levanto para mostrarle cuan correctos eran sus pensamientos. Ella se sonrojó para sus adentros. Pero ese no fue el único efecto que su deseo tuvo en ella.

—¿En realidad crees que esto tiene algo que ver con alguien más que tú?

Escuchar eso puso el cierre final. Se lanzó sobre él, envolviendo los brazos alrededor de su cuello, y las piernas alrededor de sus caderas. Su objetivo era preciso y ella gimíó con mucho gusto. Estaba exactamente donde quería estar.



—Ahora te desafío a que *discutas más* conmigo —dijo ella antes de besarlo.

Solamente tuvo que aferrarse después de eso. Él hizo todo lo demás. Sin embargo, ella nunca había hecho algo tan agresivo en su vida. Era culpa de él, al encenderla de esa manera. Era esto lo que él experimentaba tan a menudo, ¿deseos tan poderosos que apenas se podían controlar? Obviamente tenía más fuerza de voluntad que ella.



## Capítulo 37

ERA PASADA LA TARDE si la posición del sol era alguna indicación. Ninguno de ellos se sentía con ganas de discutir más. El hacer el amor sacó a mordiscos sus acaloradas emociones, dejando una tierna languidez en su lugar.

Ella no quería dejar su discusión abierta, aunque no estaba segura de cómo hacerle entender que si estuviera lista para dar el paso le encantaría casarse con él, pero ahora no era el momento.

Se sentaron uno alado del otro en la playa, tocándose los hombros, solo mirando las olas venir. Él sostuvo su mano en su regazo, jugueteando con sus dedos, lo que también satisfacía la necesidad de ella de tocarlo. Aún no había ningún barco en el horizonte. Si no los encontraban antes de la puesta de sol, ¿Se pondría tan frío en la playa como se había puesto en el barco por las tardes? Podrían darse calor mutuamente, pero iba a ser incómodo sin alguna suerte de refugio.

—¿Crees que tendremos suerte con otro pez varado para la cena?

—Creo que nos rescataran antes de eso, ¿o tienes hambre otra vez? Has estado bastante... activa hoy.

Ella sonrió abiertamente ante la manera delicada en que describía su pasión.

—Sólo estaba pensando en los *pros* y *contras*. Si deberíamos dedicar algo de tiempo haciendo alguna clase de refugio, antes de que oscurezca. Y tal vez buscar alguna fruta, en caso de que la marea sólo deje agua atrás esta noche. Seguramente debe haber una cierta cantidad, con toda esta vegetación.

—No muestras mucha fe en Tyrus.

—Pensaste que nos encontraría para el mediodía, pero ya hace mucho de eso.

Él se lamió un dedo y lo sostuvo en alto para juzgar la dirección del viento, no es que ellos tuvieran más que una brisa suave por el momento.

—El viento podría estar corriendo en contra —admitió él—. Debieron verse obligados a tomar un curso indirecto para girar hacia aquí. Tendré que encender un fuego más grande si aún estamos aquí cuando anochezca.

—¿Y un refugio?

Él puso los ojos en blanco.



—Está bien, vamos a recoger algunas frondas de palma, pero sólo cerca de la costa. Necesitamos quedarnos en la playa para ser vistos por algún barco que pase.

Él la ayudó a ponerse de pie, pero en lugar de dejarla ir para que pudieran comenzar con la tarea, le dio un suave abrazo.

—Debes ser la mujer más irritante, terca que conozco, pero sigues siendo la única con la que quiero pasar el resto de mi vida, y eso es todo lo que tengo que decir acerca de eso.

Él se marchó dando media vuelta, dejándola allí de pie con la boca abierta mientras lo seguía con la mirada. El hombre se le estaba metiendo en la piel de una manera permanente, y no dudaba que ese era su plan.

Ella marchó bajando por la playa en dirección opuesta. La arena estaba un poco más caliente debajo de sus pies desnudos, después de que estuviera expuesta al sol todo el día, pero las palmeras estaban dentro de un área cubierta de hierba, hacia cuál ella se dirigió rápidamente. El grito de Boyd la hizo volver en su dirección. Le hacía señas con las manos para que se uniera a él, así que en cambio marchó hacia ese lado.

—Terminaremos más rápido si nos separamos —dijo ella mientras lo alcanzaba.

—Entonces no lo terminaremos más rápido. Más bien preferiría tu compañía.

Esa afirmación fue difícil de discutir en su suave estado de ánimo.

—Está bien, pero obtendré todas las frondas fáciles de alcanzar.

—Creo que encontraremos todo lo que necesitamos en el suelo.

Diez minutos más tarde, con sus brazos casi llenos, retomaron el camino de regreso al fuego del campamento, el cual se había reducido a meras brasas después de haberlo descuidado. Inmediatamente él se puso a alimentarlo otra vez. Ella se sentó a observarlo.

—Me gustaría hacerte una pregunta sin avivar el fuego de una discusión nuevamente —dijo ella cuidadosamente—. ¿Estarías dispuesto a esperarme?

Creyó que tendría que explicarse, pero aparentemente la mente de él no se alejaba a la deriva de sus mismos pensamientos.

—Eso implica que quieres casarse conmigo... eventualmente —contestó él también cuidadosamente.

—Nunca dije que no quería.

—Lo sé, simplemente que no ahora. Pero no miras un panorama más amplio. El matrimonio no tiene que detener tu viaje, en lugar de eso te dará a alguien con quien compartirlo, al menos en mi caso. ¿Realmente crees en que te pediría que le des fin a



esta meta tuya? Poseo un barco, Katey. Te llevaré a donde sea que quieras ir.

Él estaba haciendo todas las concesiones. Casi trajo lágrimas a sus ojos, estaba repentinamente tan llena de emoción. Pero él pasaba por alto un obstáculo que no podía ser ignorado.

—El matrimonio significa niños, y los niños necesitan estabilidad. No necesitan ser arrastrados alrededor del mundo en un barco. Y no estoy lista para prescindir de mis viajes cuando apenas los he empezado, para iniciar una familia antes de lo pensado.

—Mi cuñada Amy se las arregla muy bien para formar su familia a bordo del barco de mi hermano. Navegan con la niñera de los niños y su tutor.

—Eso es maravilloso para ella, ya que no le molesta, pero yo sólo viajo por barco porque es necesario hacerlo para llegar a dónde quiero ir. Ciertamente no me gusta lo suficiente el mar como para convertirlo en mi modo de vida como tú. Demasiado viento, el aire es muy salado, y ha habido un número de veces cuando pensé que me iba a enfermar como le ocurrió a mi conductor, el señor Toby, sin embargo al menos se me pasó rápidamente.

Él tenía una respuesta inmediata para eso, también.

—Estaré listo para renunciar al mar cuando tú lo estés. De hecho, estaba a punto de tomar la decisión de establecerme en Inglaterra este año, al menos ese era mi pensamiento antes de que entraras en mi vida. Y tú tienes familia allí también.

—No, no la tengo.

—Pero, creí que...

—Yo también. Pero no quieren tener nada que ver conmigo, y tal como repudiaron a mi madre, ahora yo los repudio a ellos.

—Lo siento.

Ella se encogió de hombros.

—Ya lo superé.

No era verdad, pero ella no quería hablar de eso, no más de lo que quería hablar de matrimonio. Y aún así lo estaban discutiendo de nuevo. Y estaba perdiendo la batalla. Él le estaba haciendo reconsiderar sus metas, y eso la asustaba. Pero mientras que él tenía algunas respuestas agradables para el futuro... no tenía en cuenta establecerse en Inglaterra algún día... él no tenía respuestas para eso ahora. Porque no había una. Si se casaran ahora, se quedaría en cinta... si ya no lo estaba. ¿Cómo no sería posible al ser Boyd tan lujurioso? Eso terminaría con su viaje. Permanentemente.

Pero, oh, Dios, casarse con él, tener sus caricias todos los días en vez de prescindir



de ellas después de hoy, ¿qué debería hacer? Se había dado el gusto ese único día de dicha, pero no se atrevía a que sucediera de nuevo. A menos que estuviese dispuesta a casarse con él.

¿Renunciar al mundo por él? ¿Aún cuando él ni siquiera la amaba? Aún así sus emociones le gritaban que hiciera justamente eso, lo cual era una buena indicación de que tenía el mismo problema. Simplemente no podía pensar claramente cuando estaba cerca de él.

Estaba a punto de decirle que lo pensaría un poco más cuando vio un barco en el horizonte.



## Capítulo 38

—SAL DE LA PLAYA, Katey, rápido. ¡No discutas, sólo hazlo!

Recibir órdenes de no discutir no le impidió hacerlo.

—¡Pero dijiste que debíamos quedar a la vista para que Tyrus nos encuentre!

—Ese no es *El Oceanus*.

—¿Cómo puedes distinguirlo a esta distancia? —Su tono iba de aumento, del deleite por su inminente rescate, a la confusión, y luego al comienzo del pánico.

—Es un bergantín de dos mástiles, el tipo preferido por piratas en esta área.

No necesitó decir ninguna otra palabra. Ella se perdió entre los arbustos detrás de ellos. Él tardó un momento para apartar de un empujón varias brazadas de arena sobre su fuego pequeño para que no soltara mucho humo. También lanzó las frondas de la palmera que habían recogido debajo de la palmera más próxima para que se viera como si se hubieran caído de esta. Luego agarró sus zapatos y su chaqueta para no dejar atrás evidencia obvia y se lanzó en la zona de arbustos tras ellos.

Ella se agachó, mirando a hurtadillas sobre el borde de la parte más alta de la playa. El barco sólo parecía navegar lentamente por la isla.

—No nos vieron. —Ella estaba tratando de sonar positiva, pero su susurro arruinó el efecto.

—Eso es difícil de saber aún.

—¿Sino por qué siquiera mirarían en esta dirección cuando navegan hacia otro lado?

Ella apuntó con su pulgar en la dirección que el bergantín recorría, que estaba a distancia de la isla. Boyd echó un vistazo hacia abajo, comenzó a decir algo, pero cambió de idea. Y esa vacilación la preocupó más que cualquier cosa que él podría haber dicho.

—¿Qué? —demandó ella.

—Nada. Tienes razón.

—No, no la tengo —dijo ella, su voz sonaba muy aterrorizada ahora—. ¿Dime, por qué no la tengo?

Él suspiró.





—Los piratas de Berbería sólo le dan caza a los barcos mercantes por cargamentos fáciles en diversos sitios. Están también en el negocio de abastecer a los sultanes turcos en el lado oriental de este mar con esclavos. Es más sus mayores barcos son remados por esclavos. Encontrando a algunas personas en una playa desierta, sin ningún morador cerca, serían raptos fáciles para ellos, meramente requeriría de una breve parada mientras envían en un esquife una pequeña tripulación.

—¿Esclavos? Sabes, estaba sólo bromeando acerca de un harén. Más bien no quisiera encontrarme en uno. En serio.

—Lo sé. —Él tomó su mano y la jaló para ponerla de pie—. Vamos. Necesito encontrar algún lugar para esconderte mientras me encargo de esto.

—¿Mientras tú qué? —gritó ella.

Ella echó una mirada hacia atrás para ver de lo que él hablaba. El barco de dos mástiles estaba dando la vuelta... con rumbo a la isla.

—Tal vez sólo se dejaron olvidado algo de donde quiera que vengan y están regresando...

—Deja de inquietarte, Katey. No voy a dejar que nada te ocurra, lo prometo.

Eso sonó tan reconfortante como él lo había querido decir, pero no tuvo en cuenta su vivaz imaginación. ¿Qué deje de inquietarse? Estaba a punto de mofarse en ese momento.

—¿De qué hay que encargarse? Desembarcan, miran alrededor, no encuentran nada, se van.

—Eso sería ideal —estuvo él de acuerdo—. Y con tal de que no salgan de la playa, entonces todo está bien. Pero si ellos vienen tierra adentro buscándonos... sólo digamos que prefiero encontrarme con el problema de frente antes de que me encuentre.

—¿Pelearías con ellos? ¿Con qué? —demandó ella—. No tienes un arma.

Recogió una rama robusta mientras la llevaba a rastras detrás de él. En verdad se parecía a una cachiporra doblada.

—Ahora sí.

Oh, claro, ¿Él iba a enfrentar a piratas sedientos de sangre, armado sólo con una vara? Pero se percató que no era que hiciera frente a algún pirata, lo que la preocupaba, aun si tenía una mejor arma con la cual hacerlo. Simplemente no podía soportar pensar que saliera herido.

—Sólo continuemos dirigiéndonos hacia el otro lado de la isla —sugirió ella.

Él se detuvo para agarrarla de los hombros.



—Uno de nosotros tiene que quedarse cerca de esa playa, y no vas a ser tú. Si Tyrus nos da alcance y ve que los piratas anclaron aquí sin señal de nosotros, pasará de largo para continuar buscándonos en otro sitio. Así que si ellos se demoran demasiado buscándonos, voy a encargarme del primer grupo de piratas y el siguiente si envían en otro esquite. Esperanzadamente no desperdiciarán más que eso y seguirán adelante.

—¿Perseguirían los piratas al *Oceanus* si se presenta antes de que ellos se marchen?

—Sólo si somos muy, muy estúpidos. Los barcos de la *Skylark* están todos bien armados para tales contingencias. ¿No hemos discutido ya este tema?

Ella vagamente recordó diciéndole algo a ese efecto. Él continuó llevándola a rastras hasta que se quedaron sin caminos fáciles. Ella se guardó para sí misma todos los pequeños *Ayss* que quería llorar porque pisaba con los pies desnudos sobre piñas de ciprés. Pinos, y otros árboles y arbustos más altos de lo que ella era, y las vides tropicales esparcidas entre todo eso... era ahora una sólida alfombra de verde en donde ellos estaban de pie. Y no es de extrañar que nadie quisiera quedarse en esa costa cuando no había tierra despejada en cualquier lugar para ser vistos.

—Ve detrás de esos arbustos allí, agáchate en el suelo, y quédate allí hasta que vuelva por ti. Si eres capaz de esperar en silencio, este es el momento para probarlo —añadió él con un guiño.

La dejó inmediatamente después de decir eso. Requirió de aproximadamente cinco minutos para que por fin se sintiera molesta con eso. Darle a entender que era una parlanchina fue más bien grosero, y se quejó mentalmente por otro diez minutos, lo cual hizo que se olvidara un poco de la mente a los piratas. ¿Lo habría hecho intencionalmente? Ella lo dudaba.

Pero entonces un ave local chilló cerca, haciéndola sobresaltar y buscar otras señales de fauna silvestre. Lo que en realidad vio fue que Boyd la había dejado en un callejón sin salida. Sin un cuchillo u otra herramienta para atravesar la densa vegetación detrás de ella, no tenía donde correr si lo necesitaba, excepto de regreso hacia la costa, donde probablemente aún estarían desembarcando los piratas. ¿Había pasado tanto tiempo? Boyd iba a hacer algo tonto, estaba segura, se haría capturar o matar. Y después ellos vendrían en su busca.

Con ese pensamiento alarmante, Katey se paró y volvió hacia la costa, pero no fue directamente hacia donde había estado su campamento. Tan pronto como encontró una claro en el camino a la izquierda, lo tomó y se alejó de manera lenta.

Agradecidamente, no salió hacia otro callejón sin salida. El follaje no era tan frondoso más cerca de la costa. También recogió todas las piedras que ella podía encontrar a lo largo del camino, alzando el dobladillo de su bata para formar una



bolsa en donde amontonarlas. No iba a estar completamente indefensa.

Cuando se alejó lo suficiente de la costa, avanzó poco a poco y con dificultad de regreso hacia la playa así al menos podría ver lo que el buque pirata estaba haciendo. ¡Tal vez ya se había ido! Eso esperaba.

Pero el barco estaba todavía allí, echó anclas bastante cerca. Más cerca y habrían encallado. Y un bote apenas pequeño ahora remaba velozmente hacia la playa. ¿Les había requerido todo este tiempo para desembarcar?

La playa no era una línea recta, se curvaba ligeramente, no lo suficiente como para llamarse curva o una bahía, con su campamento en el centro de ese arco. Ella estaba lo suficientemente lejos para no necesitar alzar la cabeza mucho más para ver dónde había estado el fuego sepultado del campamento. Había un bote pequeño varado allí, vacío, ¿así que el que estaba en camino no era el primero? ¿Entonces donde estaban los hombres que habían venido en él? Nadie estaba en la playa en ese momento, estaba completamente vacía además de ese bote pequeño. ¿Y dónde estaba Boyd?

Lo que ella debería hacer era mantenerse en movimiento en dirección opuesta, pero el miedo que la invadió era enteramente por Boyd. Tenía que saber que él estaba bien. Y hasta que lo viera con sus ojos, no iba a ir a ningún lado excepto en su búsqueda.

Agachándose y manteniendo un puño alrededor de la bolsa improvisada de piedras todavía atadas en bultos en el dobladillo de su bata, corrió de arbusto en arbusto, manteniéndose escondida, pero haciendo un rápido progreso de regreso hacia su campamento. ¡Cuando estaba a la mitad del camino, tropezó accidentalmente con otro bote!

Este había sido arrastrado todo a lo largo del camino hacia la hierba fuera de la arena y apartado de un empujón bajo el arbusto tras el cual se detuvo a agacharse, o nunca lo habría visto. Una rama grande, quebrada, frondosa aun descansaba sobre este, como si hubieran hecho el intento de esconderlo. ¿Por qué? ¿Y cuántos botes más enviarían esos piratas? Con este eran tres. ¿Podrían tener realmente a una tripulación tan grande? O tal vez sólo un par de hombres tripulaban cada bote. Eso tenía mejor sentido. Y Boyd podría fácilmente manipular a dos hombres a la vez.

Algunos de sus miedos la dejaron, aunque no lo suficiente como para darse la vuelta. Pero una palabra atrapó su ojo justo cuando estaba a punto de lanzarse al siguiente arbusto. Pulcramente pintado en inscripción blanca en el borde de una de las dos tablas de madera en el bote usadas como asiento había una sola palabra. Curvándose justo al lado del bote, no tuvo problemas en distinguirla. *Oceanus*.

Se lo quedó mirando, y mirando. Iba a matarlo. ¡La implicación era abrumadora! No, no iba a tocar ese pensamiento. No ahora. Sintió que un calor la invadía. Un calor



fiero. Lo apisonó, aspiró profundamente. Pero ella iba a matarlo. Más tarde. Si los piratas no lo habían hecho ya.



## Capítulo 39

KATEY ENCONTRÓ A BOYD. Él aún estaba vivo. No estaba segura si los piratas que yacían a sus pies aún respiraban, pero Boyd parecía estar bien. El sonido de los hombres peleando la habrían llevado en la dirección correcta aún si el paisaje en la cima de la playa no hubiera estado lo suficientemente claro para permitirle ver a cierta distancia.

Ella contaba tres cuerpos caídos, otros tres piratas más estaban de pie. Seis de ellos habían estado en el primer bote y venían más en camino.

Los piratas tenían armas. Ella podía ver las pistolas y los cuchillos largos colgando en sus cinturones. Uno de ellos quién aún estaba de pie sostenía una pistola en su mano, pero este la sostenía como si fuera a usarla como un mazo en lugar de disparar con ella.

De repente comprendió ¡qué intentaban dominar a Boyd sin herirlo! Él debería representar para ellos un valor que podrían vender después, lo que probablemente era la razón por la cual habían venido a tierra. Al parecer, a ellos no les importaba si salían heridos en el proceso.

Jadeante, absolutamente fascinada, Katey no podía apartar la vista de Boyd. Él estaba luchando furiosamente contra uno de los hombres que aún estaba en pie, no con su mazo improvisado, pero sí con sus puños. Sostenía al hombre con una mano y estaba golpeando su cara con la otra. Un segundo hombre se acercó mucho y Boyd simplemente lo alejó de un revés. Ni siquiera parecía que él aún hubiera sudado, aunque ella no estaba lo suficientemente cerca para decirlo. ¡Pero tampoco parecía jadear por el ejercicio!

El tercer hombre estaba sacando el cuerpo de uno de los piratas tirados en su camino. Los tres piratas no podían acercarse lo suficiente a Boyd con los cuerpos de sus compañeros tirados a sus pies. Y él no se estaba moviendo de esa posición que le daba ventaja.

Un cuarto pirata bajó ahora. Los últimos dos hombres deben de haber comprendido que no estaban llegando a ninguna parte con sus tácticas cuidadosas. Ellos todavía no apuntaban sus pistolas a Boyd, pero con un grito del hombre a cargo, los dos cargaron al unísono. Eso logró derribarlo, y todos los tres yacían ahora en tierra.



Katey empezó a moverse más cerca. Pero nueva actividad en la playa captó su atención en cambio. ¡El otro bote había llegado! Seis hombres más estaban saltando fuera de él. En cuanto ellos vinieran un poco más cerca de la playa, verían lo que estaba pasando en el otro lado de la elevación... y se unirían a la riña. Boyd no podría manejar seis más. Tenía que estar cansado. Pero aun cuando no lo estuviera, este nuevo grupo lo tomaría por sorpresa mientras aún estaba luchando en tierra con los otros dos.

Ella no pudo soportar ese pensamiento. Saliendo a la playa para atraer la atención de los recién llegados en su dirección, pretendió que se sorprendía al verlos. Uno de ellos la vio y tocó con el codo al hombre a su lado. Él también dijo algo que hizo a todos volverse a mirarla. En segundos, los seis estaban corriendo hacia ella. Ni siquiera enviaron a uno de sus hombres para encontrar a los que habían llegado primero. Al parecer, era un hallazgo más interesante.

Ella dio un chillido, uno fuerte, que no era en absoluto fingido. Deseó que Boyd la hubiera oído, o la oportunidad que le había dado revelando su presencia, simplemente habría sido muy tonta. No tenía ninguna idea de cuánto tiempo podría mantenerse sin ser capturada, pero no quería ser usada como una prenda de negociación para que ellos pudieran capturarlo, también. Así que no podía irse demasiado lejos o Boyd no podría alcanzarla para ayudarla. Todavía no podía permitir a los piratas alcanzarla, o todo habría terminado.

Ella sólo recordó sus piedras porque su bolsa improvisada golpeó contra su rodilla cuando saltó atrás fuera de la arena. Hizo una pausa para soltar la firme atadura que había hecho para cerrarla y la dejó como una bolsa abierta en la que podría meter la mano. Asegurándose de que no iba a encontrarse con algo detrás de ella primero, se volvió para enfrentar a los piratas justamente para verles sobre la loma cercana. Demasiado cerca. Si decidieran atacar en grupo como los otros dos habían hecho con Boyd...

Les tiró una piedra. Se detuvieron y se rieron de ella cuando aterrizó varios pies delante de ellos. Retrocediendo despacio, tiró otra piedra, más lejos esta vez. Se rieron otra vez cuando cayó más allá de ellos, no atinándole nadie. ¿Qué le hizo pensar que tirarles piedras sería una buen arma cuándo no sabía apuntar? ¡Todo lo que estaba haciendo era entretenerlos! Pero un momento después comprendió que sus piedras eran un arma mejor de lo que había pensado, porque ellos habían hecho lo que había planeado exactamente, mantuvo la atención de los piratas lo suficiente en ella para que Boyd se hiciera cargo.

Viéndole correr ahora detrás de ellos, su grueso mazo en la mano, mantuvo a los piratas distraídos con unas piedras más. Y Boyd comenzó inmediatamente a pelear



con ellos sin apenas una pausa. Él giró su mazo a un lado, y luego al otro. Dos abajo. Uno de ellos se movió, no estaba inconsciente. Un puñetazo rápido a su cara y no se movió de nuevo.

Los otros cuatro se habían vuelto con el ruido. Tres cargaron contra Boyd inmediatamente. Él esquivó uno y giró su mazo en un arco cogiendo a los otros dos en seguida. No derribó a ninguno de ellos, pero al que pegó primero gritó y puso una mano en su oreja lastimada. Él estaba inmovilizado temporalmente por el dolor.

El último pirata no se movió. En cambio él sacó una gran pistola de su cinturón. Pero él le había dado la espalda a Katey. Lo que él iba a hacer con esa pistola ella no lo supo y no quiso averiguarlo, sobre todo cuando él podría haber decidido que un esclavo, ella, era lo suficientemente bueno y Boyd era demasiado problema para molestarle.

Sin siquiera pensarlo, tomó la más grande de las piedras que había guardado, dejando que las otras resbalaran a la tierra para poder agarrar la más grande con ambas manos, y, surgiendo detrás del pirata, lo golpeó en la parte posterior de su cabeza. Él cayó a tierra. Ella permaneció incrédula mirando cómo había logrado noquearlo.

Mirando atrás, vio que Boyd no había terminado aún. Él estaba luchando a puñetazos con dos de los piratas. Debía de haberlos desarmado en la lucha. Ellos ya no tenían sus armas, y él estaba ganando. Sus caras estaban sangrando, la de él no. El otro hombre todavía estaba sosteniendo su oreja y estaba gritando en algún idioma extranjero, probablemente maldiciendo. Pero él también estaba tratando de sacar el arma de su cinturón, y parecía definitivamente bastante enfadado como para usarla.

Katey se paralizó con el miedo. Era difícil aún el pensar, ella repentinamente se asustó tanto... por Boyd. Empezó a gritarle con una advertencia, pero comprendió que él podría no oírla en sus esfuerzos, y distraerlo podía ser la peor cosa que podría hacer, cuando los dos hombres con los que estaba luchando eran tan musculosos como él. Así que alzó la pesada piedra que todavía tenía en su mano, pero recordó a tiempo su lamentable puntería. Quedándose sin opciones, un relámpago de luz, el sol contra metal, hizo que mirara hacia abajo, y vislumbró la pistola a sus pies que el pirata inconsciente había soltado antes de caer a tierra.

No tenía seguridad de que al apuntarle a ese pirata enfadado le haría dejar o bajar el arma que sostenía en la mano. Él aún no había disparado, pero eso se debía quizás a que no tenía un tiro directo de Boyd, con sus compañeros en el camino. Y él no estaba mirándola y no notó que ella también estaba armada. En ese momento, su oído también podría estar dañado así que ella no iba a confiar en gritarle. Pero él oiría un disparo, estaba segura, así que simplemente hizo eso, disparó un tiro sin peligro.





Ella tenía definitivamente ahora su atención, y la de todos los demás. Casi se cayó por la explosión. Malditas pistolas anticuadas, demasiado largas y demasiado pesadas para ella. Y supo, así como todos los demás, que sólo tenía un disparo. Pero una vez más, su acción le permitió a Boyd minimizar el peligro. Él había hecho una pausa sólo un segundo por su tiro. Y desde que ella estaba enfrentando al pirata enfadado, Boyd le prestó un poco de atención, también, yendo recto por la pistola restante en la mano del hombre. Ahora, con una en su propia mano él la golpeó contra la otra oreja del hombre. Entonces este cayó definitivamente. Boyd estrelló entonces el barril contra otra cabeza y destrozó la cara del último hombre.

¡Todos ellos fuera de acción! Ella compartió la emoción de Boyd por el éxito. Realmente, él apenas parecía cansado. Pero estaba tan entusiasmada por su victoria, que estaba saltando de arriba abajo con él... hasta que recordó el bote anclado en las cercanías.

—¿Enviarán ellos más? —le preguntó cuando él se agachó, una mano en cada rodilla, para descansar un momento.

Él la miró para decir:

—Probablemente. Así que recoge todas las pistolas aquí mientras yo ato al primer grupo. Pienso que dispararé a cualquier otro que se aparezca.

Notó que él no había dicho una palabra sobre su presencia, que no se había quedado donde él le había dicho que lo hiciera. Para impedirle pensar que no había seguido sus instrucciones, le preguntó:

—¿Con qué vas a atarlos?

—Yo ya hice algunas sogas mientras esperaba que llegara el primer bote. Hojas de palma, frescas o secas, son bastante fuertes si se manejan correctamente, y se unen fácilmente. Yo necesitaré hacer más sin embargo. No esperaba tantos piratas que vinieran a tierra.

—¿Las enredaderas no servirían? —aventuró ella—. Están por todo el lugar.

—Demasiado resbaladizas, y pueden romperse en sus juntas, así que no son tan confiables. Además, necesito asegurarme que si cualquiera de ellos se despierta, no se vuelva en más problema. Así no tendré que matarlos. Ellos podrían ser culpables de piratería, pero no hacen diferencia en el esquema mayor de las cosas. Su capitán los reemplazará y seguirá adelante con su negocio como de costumbre.

Él parecía disgustado cuando lo dijo, pero entonces se fue rápidamente para ocuparse del asunto de atarlos. Ella miró fijamente el lugar al que él se dirigía, dónde había dejado el primer manojito de cuerpos.



Él tendría que trabajar rápidamente. Él tenía doce hombres para atar antes de que llegaran más. No, realmente, ella tendría que ayudarlo para que consiguiera hacerlo rápidamente. Así que ella recogió las pistolas como él había dicho, y corrió como mejor pudo encima de esas piñas diminutas y agujas para unirse a Boyd. Él ya tenía tres hombres atados y estaba despojando las hojas de otra rama de la palma. Ella descargó las pistolas encima del montón que él ya había coleccionado de este primer grupo y empezó ayudándole a despojar las hojas. Él era muy bueno atándolos juntos. Bien, él era marinero. Lo sería. Y él estaba dirigiéndose al segundo grupo con seis sogas más improvisadas en la mano.

Ella lo siguió. Él no objetó. Pero cuando empezó a ayudarlo a atar a los hombres, él le dijo que en lugar de eso, mantuviera un ojo sobre la nave. Se figuró que él no confiaría en que ella hiciera un nudo decente de una soga hecha con una hoja.

Pero él sólo estaba atando las muñecas a sus espaldas por el momento, así que casi había terminado cuando ella se vio forzada a decirle.

—Ellos están bajando otro bote pequeño al agua.

Ella oyó el suspiro de Boyd detrás de ella. Ahora en verdad sí tenía que estar agotado. ¡Mi Dios, él había peleado con doce pirata y había ganado! ¡Concedido, ellos habían estado intentando capturarlo sin hacerle ningún daño real, pero aún así, había sido su esfuerzo lo que los había abatido, y él lo había hecho parecer tan fácil! Ella podía haber ayudado un poco distrayéndolos, pero había sido su fuerza muscular y habilidad lo que había acabado con el peligro rápidamente. Ahora él tenía que enfrentarse a más aun viniendo a tierra.

Una mirada atrás le mostró que él no había hecho ni una pausa en lo que estaba haciendo. Ni se apresuró para terminarlo. Él se tomó su tiempo para asegurarse que las ataduras se mantendrían.

Mirando atrás hacia la nave, sus ojos se ensancharon y ella estuvo encantada de decir:

—Ellos pueden haber cambiado de idea.

—¿Qué quieres decir? —Él se puso de pie para ver por sí mismo.

El bote pequeño que había sido puesto en el agua y llenado con hombres no había zarpado a tierra; de hecho, los hombres en él estaban subiendo rápidamente a la nave. Un momento más tarde Katey y Boyd vieron por qué. Otra nave había aparecido a la vista.



## Capítulo 40

EL OCEANUS había aparecido a la vista. Katey no pudo reconocerlo a tal distancia, apenas podía decir que tenía tres mástiles desde el ángulo que estaba viniendo hacia ellos, pero Boyd no tuvo problemas en hacerlo. Con un rescate inminente y pasado el peligro, el barco pirata había huido cobardemente con prisa, ella se sentó en la playa para esperar.

Boyd pasó algún tiempo fabricando más cuerdas y atándolas a los pies de la mayoría de los piratas. No quería que se soltaran demasiado pronto, le explicó, pero tampoco quería que nunca se soltaran.

—Si su capitán no vuelve por ellos más tarde, no deberían tener problemas en cortar las ataduras de unos a otros con los dientes. Pero probablemente vuelva antes de que oscurezca, especialmente que ya se habrá dado cuenta que *El Oceanus* no irá a cazarlo.

—Eres demasiado amable con hombres que querían convertirte en esclavo.

—¿Eso es lo que piensas? Hay un arsenal de armas acá, supongo que podría matarlos.

Sólo estaba fastidiándola. Si él hubiera tenido intención de hacerlo, lo habría hecho antes de atarlos.

Pero los piratas con los que él estaba siendo tan indulgente le habían asustado realmente hoy, por lo que ella le masculló.

—No veo la razón de no llevarlos con nosotros y entregarlos a las autoridades.

—¿Qué autoridades serían esas? —Se opuso él, intentando no sonreír abiertamente de su obvia ignorancia—. Nosotros no sabemos en qué puerto estos compañeros tienen su base, y hay muchos países diferentes a las orillas de este mar. Ellos podrían ser corsarios con la autorización de su país para operar en esta área, en cuyo caso esas autoridades simplemente se reirían y les permitirían irse con una palmadita en la mano. Y no estoy bromeando. Los piratas de la *Hermandad de la Costa*, que terminarían detrás de las rejas, normalmente no vienen tan al norte. Ellos prefieren barcos mercantiles fáciles que no están armados, ya que sus tácticas son abordar y dominar rápidamente, para luego recoger las recompensas fácilmente.



Cuando terminó con su tarea, se sentó junto a ella en la arena, sus hombros tocándose. Recordando lo que había encontrado escondido entre los arbustos un poco más cerca de la playa, se alejó de él. Él no se fijó en eso, puede que ni lo hubiera notado, ya que estaba mirando su barco, que estaba lo suficientemente cerca para recoger las velas y parar su marcha.

—¿Estás pronta para partir? Podemos usar uno de estos botes para remar hasta el barco. —Él señaló hacia los dos botes piratas en la playa enfrente de ellos.

—¿Por qué uno de estos? ¿Por qué no el que usaste para traernos hasta acá?

En ese momento ella lo observó. ¿Era esa una vacilación? No, él tendría que tener una conciencia culpable para vacilar. Pero el silencio creció espeso como para cortarlo.

Sus palabras se volvieron el cuchillo.

—Ibas a abandonarlo aquí simplemente, ¿no es cierto? El costo de hacer un negocio, o en este caso, ¿el costo de una seducción?

—Yo puedo explicarlo —finalmente él consiguió decir.

—Claro que puedes. ¿Pero va a ayudar en algo?

—Por el sonido de tu voz, probablemente no —dijo él con un suspiro.

Ella se puso de pie y miró abajo hacia él.

—¿Realmente creíste que no me enfadaría? No, espera. Lo que creíste es que nunca averiguaría que esta pequeña excursión fue arreglada por ti. ¿Eso lo resume con precisión?

Él también se puso de pie, su postura repentinamente defensiva por su sarcasmo.

—Tú no eres la única que puede ser *creativa*, así que ni siquiera pienses en enfadarte porque te imité, todo para conseguir un tiempo a solas contigo con una mentira.

—Si eso fuera todo lo que hiciste, entonces podrías tener razón. ¡Podría ser! —Ella agregó agudamente—. ¿Pero tú hiciste mucho, mucho más que eso, no es cierto? ¡Mi Dios, incluso me mojaste! ¿Qué ibas a hacer, hundirme en el agua después de que nosotros llegáramos aquí sólo para que pareciera que tú nos trajiste a tierra *nadando*?

—No, una ola cayó sobre el bote, así que no fue necesario. ¡Aunque probablemente hubiera hecho exactamente eso!

Se estaban gritando el uno al otro en ese momento. Ella estaba tan furiosa que temblaba.



¡Los detalles que había pergeñado! Estaba cada vez más incrédula con cada cosa que se le ocurría. La lista se desplegaría y llegaría hasta el suelo, de tan condenadamente larga.

—¿El pez? —preguntó ella.

—Un regalo de la marea como dije.

—¿El lente que llevas convenientemente en tu bolsillo?

—Una *historia* bastante buena en mi opinión —contestó él limpiamente.

Ella se erizó más. ¿Cómo se atrevía él a enfadarse y ser sarcástico? ¿O era ésta su reacción a la culpa? Y él tenía mucho de que ser culpable.

—¿Los piratas? ¿También lo arreglaste, para que pudieras *salvarme* y jugar al héroe?

—Hubieran sido una idea fantástica, ¿no es cierto? —contestó él con una mirada pensativa fingida que simplemente hizo que se enfureciera más aun—. Pero los piratas son bastante difíciles de contratar estos días y probablemente no son muy dignos de confianza. Lo siento, ellos no eran parte del plan.

Él no profundizó ese punto. No señaló que en verdad la había salvado. Aunque no habría hecho ninguna diferencia para ella en ese momento.

—¿Es esta una isla desierta? —Ella estaba ahora caminando en la arena delante de él, demasiado enfadada para quedarse quieta.

—No, es una de las islas más grandes en la cadena Balear, aunque esta parte no está habitada, por lo que no habría sido un viaje fácil para alcanzar uno de los pueblos. Te sorprenderías de cuán grande puede ser una isla... si estás a pie.

—Claro, habrías rechazado la sugerencia para averiguar si hay un asentamiento o pueblo cercano, si yo lo hubiera hecho —supuso ella.

—Por supuesto.

—¿Tu nave estaba escondida en el otro lado de esta isla todo el tiempo, no es cierto? Así que simplemente no llegó justo a tiempo. Probablemente le dijiste exactamente a Tyrus cuándo recogernos. Ella se mortificó con el pensamiento:

—Mi Dios, todos ellos saben sobre esto, ¿no es así?

—No —dijo él rápidamente, y sin enojo ahora—. La mayoría piensa que nosotros sólo estamos realizando una excursión durante el día.

—¡¿Oh, seguro, así que yo salí a una excursión en mi ropa de cama?! —Ella contestó mordazmente.



Al bajar la mirada hacia su bata, él palideció. Ella comprendió que a él se le había escapado ese detalle, o no había pensado tan minuciosamente en su minuciosa historia.

Pero antes de que ella comentara eso, él le dijo:

—Ponte esto.

Fue una cosa buena que él lo dijera primero, porque entonces empezó a despojarse de su cinturón. Durante un breve segundo, lo que ellos habían hecho en la isla, juntos, antes de que los piratas se presentaran, llenó su mente y casi la hizo sofocarse. Pero estaba ahora misma demasiada enfadada para permitir que esos recuerdos le estorbaran, y él estaba dándole meramente su cinturón para que lo usara. Él le dio su chaqueta, también.

—La hebilla del cinturón es demasiado grande —masculló ella después de atar el cinturón alrededor de su cintura—. Es obvio que pertenece a un hombre.

—Desliza la hebilla a la parte de atrás, la chaqueta lo cubrirá. Así, ahora parece que estás usando un vestido en lugar de las ropas de dormir, aunque uno delgado. Pero considerando el tiempo caluroso, *delgado* es lo normal por aquí.

Realmente no se parecía a un vestido, pero con tal de que no la miraran muy de cerca, pasaría. Salvo por aquellos que lo habían ayudado.

—Tyrrus lo sabe, ¿no es así? —Ella abrió la boca, ruborizada con la turbación.

Boyd cabeceó.

—Si te es de ayuda, tuve que torcer su brazo y reclamar cada favor que me debe. Él no iba a ayudarme en esto. No maneja muy bien los secretos. Y tuve que convencerlo de que nos casaría cuando nosotros volviéramos a la nave, o nunca habría estado de acuerdo.

—¡Eso no está pasando!

—Obviamente sí —contestó Boyd con un suspiro.

Su explicación no había ayudado en absoluto. Peor, había atizado más el fuego. Y ahora ella se sentía mortificada por la turbación además.

—Yo no puedo creer que yo acepté esa ridícula historia de sonambulismo siquiera por un minuto. No, realmente, incluso no puedo creer que se te haya ocurrido. Si vas a mentir, por lo menos hazlo parecer razonable.

—Supongo que debería de haber tomado lecciones primero.

Ella abrió la boca.

Él pareció inmediatamente contrito y dijo rápidamente:



—Lo siento.

—No creo que lo hagas. De hecho, yo nunca te creeré de nuevo. ¡Tú, señor, no eres confiable! Has permitido que esa lujuria tuya nuble tu juicio demasiadas veces. ¡Pero esto! ¡Esto está más allá de la redención! Y cómo conseguiste traerme aquí sin despertarme? —Ella respiró profundamente cuando se percató—. ¿Me drogaste, no es cierto? ¿Con qué? ¿Cómo?

—No seas absurda. El doctor Philips ocasionalmente suele hacer unos efectivos polvos para dormir cuando lo necesito, pero ni siquiera se me ocurrió usar eso. No te haría eso, Katey. Tienes mi palabra.

—¿Entonces, cómo lograste esto?

—No fue planeado. Lo pensé, ciertamente, después de que sugerí que nosotros fuéramos a tierra juntos y te negaste rotundamente. Pero no había manera de llevarte a tierra sin que te despertaras, así que me di por vencido... hasta que tú bebiste tanto vino anoche que ni siquiera recuerdas salir tropezando de la cabina de Tyrus. Admítelo. No lo recuerdas, ¿no es cierto?

Ella no lo hizo, pero todavía no le creyó. Las mejillas de él se habían puesto demasiado rojas con la mención de ese polvo para dormir.

—¿Yo no lo recordaría, no es así, si hubieras deslizado ese polvo en mi vaso?  
—dijo ella agudamente.

—Maldición, habría sido mucho más fácil y mucho menos nervios para mí si lo hubiera hecho, ¡pero no lo hice!

—¡Mentiroso!

—¿Estás escuchando algo de lo que digo?

—¿Mereces tal cortesía?

—Pediste una explicación. ¿Descubierto *in fraganti* como lo estoy, porque me molestaría ahora mismo con algo que no fuera verdad? Así que escúchame cuidadosamente ahora. ¡No te drogué! No llené tu vaso de vino, tampoco, tú lo hiciste. Ni siquiera estaba sentado al lado tuyo. Toqué con el codo a Tyrus para pedir más vino cuando vi que tú ya habías vaciado la botella por tu cuenta. No estaba para nada borracho, por lo que reconocí una oportunidad dorada cuando se presentó. Y tú bebiste un cuarto de otra botella más incluso antes de que te marcharas fuera para encontrar tu cama. Sin incluso molestarte en dar las buenas noches. Así es como estabas de achispada.

Desde que ella no podía negarlo, y recordaba haberse servido varias copas de vino, no lo llamó inmediatamente mentiroso de nuevo y se mofó en cambio.





—¿Qué era tan terriblemente incierto? No lo habrías hecho si hubieras pensado que yo iba a despertarme.

—Era una oportunidad que yo estaba deseoso de tener. Si te hubieras despertado, yo supe que habría tomado días para que superaras tu enojo...

—Haz que sean años... no, ¡siglos!

—Qué es por lo que me alegré tanto de que no te despertaras. Estaba seguro que lo harías cuando esa ola nos roció, pero no lo hiciste. Todo lo que hiciste fue acurrucarte más cerca de mí en mi regazo.

Se ruborizó furiosamente, oyendo eso. No era responsable por lo que hizo en sus sueños.

Para volverlo a poner a la defensiva ella dijo:

—¿Si no estás mintiendo, por qué te ruborizaste tanto a la mención de ese polvo para dormir?

—No por la razón que tú piensas.

Un color luminoso cubrió sus mejillas de nuevo. Su ceja se alzó sospechosamente, su curiosidad se había despertado, también.

—¿Por qué lo tomas?

—No importa —dijo él, pareciendo más avergonzado aún.

—¿Por qué?

—Realmente no es importante...

—Lo es para mí. Yo quiero saber por qué estás pareciendo y sonando culpable.

—Es porque sufro mareo en el mar. Ahí está, ¿estás contenta? Eso es algo que mi familia ni siquiera sabe, Katey. Es por eso que no capitaneo mi propia nave. Me afecta durante unos buenos cuatro días cada vez que mi nave zarpa. Es por lo que no me verás durante los próximos cuatro días cuando nosotros naveguemos fuera de aquí.

—¿Cuatro días? Para siempre me gusta más. ¿Realmente piensas que creo eso? La verdad, ¡ahora!

—Ésa es la verdad. Y es por lo que estaba suficientemente desesperado como para hacer esto.

La palabra *desesperado* le hizo pensar en su lujuria. Había creído que él había arriesgado su vida saltando al mar para salvarla, que le debía eso. ¿Si eso nunca hubiera ocurrido, le habría instigado a que le hiciera el amor hoy? No sabía la respuesta, y estaba demasiado enfadada para deducirlo.



—¿Todos esto para que pudieras hacerme el amor a mí? —resopló ella, mirándolo fijamente.

—Si sólo quisiera llevarte a la cama, no te habría traído a tierra. Estaba en tu cuarto, Katey, y tú estabas ebria. Hubiera sido una cuestión muy simple hacerte el amor allí. ¡Infiernos, tú incluso probablemente no lo habrías recordado en la mañana! Pero eso no es por lo que deseaba este día juntos. Es porque pasaba más tiempo enfermo en mi cabina cortejándote.

—¿Cortejándome? —Ella echó saliva al hablar—. ¿Tú le llamas cortejar a decir bruscamente *cásate conmigo*?

—Desde que eres la única mujer con la que he querido casarme alguna vez y la única a quien le he dicho bruscamente eso alguna vez, supongo que también necesito lecciones sobre cómo cortejar.

—Yo estoy empezando a pensar que necesitas lecciones sobre la vida. Ya veo ahora por qué Anthony Malory se refirió a ti y tus hermanos como bárbaros.

—Él y James hacen eso deliberadamente, para conseguir que nos molestemos.

Ella resopló.

—No bromees. ¡En tu caso, es completamente verdad!

Ella definitivamente lo afectó con eso. Con los labios cerrados, él empezó a contestar, entonces vio que su tripulación estaba a punto de bajar un bote al agua. Él les avisó que no lo hicieran, marchó abajo hacia la playa, y sacó el esqui de *Oceanus* de los arbustos.

Habiéndolo seguido, Katey lo oyó decir:

—¿Ves, estás feliz? Hemos salvado al maldito bote.

No estaba contenta. Era tan infeliz como pudiera ser. Y durante el corto paseo a la nave, habiendo pasado su enojo, ella estaba volviendo a sus sentimientos heridos. Boyd estaba callado, también.

Pero antes de que subieran a bordo, él le dijo:

—¿Realmente desearías que el día de hoy no hubiera pasado?

Ella no le contestó.



## Capítulo 41

BOYD HABÍA BEBIDO demasiado vino anoche, durante la cena que había compartido con Katey. Sobrio, habría recuperado la razón y nunca hubiera llevado a cabo semejante ardid. Pero ejecutó su idea tan pronto como se le ocurrió. No tuvo el tiempo suficiente para pensarlo mejor.

Mirando la rígida espalda de Katey delante suyo en el bote mientras remaba acercándose al barco, se reprendió a sí mismo. ¿A quién estaba engañando? La desesperación lo había traído a esto, y la desesperación tendría que sacarlo.

Pero no había planeado hacerle el amor. Nunca soñó que ése sería el resultado de su día en la playa con ella. Sólo había querido algo de tiempo en el cual podrían llegar a conocerse mejor, sin su doncella cerca como había sido el caso en su excursión a Cartagena. Y había necesitado que fuera en tierra firme. Pasar la mayor parte del tiempo en su cabina en este viaje no lo estaba llevando a ninguna parte. Y cuando había robado algunos minutos con ella en el barco, su deseo le tuvo haciendo el ridículo.

Los hermanos Malory le habían dado buen consejo, pero él no era como ellos. Era un marinero. Nunca había estado en puerto por mucho tiempo. Nunca había tenido tiempo de ser sutil con una mujer, así que era algo que no había intentado antes. Y sus sentimientos seguían metiéndose en el camino con Katey. Queriéndola malditamente tanto, ni siquiera había podido ser él mismo con ella. Hasta el día de hoy. Brevemente. Demasiado brevemente. Debería haber matado a esos malditos piratas por interrumpir lo que había sido el día más dulce de su vida.

El silencio de Katey lo estaba matando. Ella no había contestado su pregunta, pero eso fue una respuesta en sí misma. Por supuesto, ahora ella deseaba que el día de hoy no hubiera ocurrido. Pero antes de que averiguara cómo había hecho los preparativos para que estuvieran solos en la playa, no había parecido tener remordimientos. Pero aún así no se casaría con él. Mujer terca. ¡Dios mío, le había preguntado si la esperaba! Ahora, tendría suerte si ella no pasaba el resto de viaje en su cabina. En verdad, tendría suerte si no abandonaba *El Oceanus* en el siguiente puerto.

Alcanzando el barco, ella subió la escalera de mano más bien precipitadamente, así que se sorprendió de que todavía estuviera allí cuando pasó la barandilla detrás de ella. Tyrus estaba allí, también, luciendo completamente avergonzado, lo cual probablemente explicaba por qué ella no se había marchado. No lo iba a dejar



librarse de su cólera.

—Allí está, Capitán —gritó un tripulante desde el alcázar—. No la perdimos.

El tripulante no hablaba de Katey, por supuesto. Acababa de bajar su catalejo, pero no estaba enfrentando el buque pirata.

—¿De qué nave habla? —le preguntó Boyd a Tyrus.

—De la suya —dijo Tyrus, señalando con la cabeza detrás de él—. Tomando el mismo curso por el norte del mediterráneo y revisando nos encontraron algunas horas atrás y vinieron a bordo. Su nave nos seguía, pero la perdimos de vista cuando dimos la vuelta a la isla.

Boyd se dio vuelta abruptamente para ver de quién hablaba Tyrus y se quedó perfectamente inmóvil. Apoyándose contra barandilla, ambos viéndose tan inescrutables como siempre, estaban Anthony y James Malory. James no se veía diferente de la última vez que había abordado *El Oceanus* ¡y robado su cargamento!... todos esos años atrás cuando se había divertido viviendo la vida de un caballero pirata en El Caribe. Su camisa blanca estaba flojamente metida en sus pantalones ajustados, su cabello rubio flameaba en el viento y un pendiente de oro destellaba en su oreja. Anthony no lucía tan inmaculado como siempre, tampoco, con las mangas de su camisa blanca enrolladas por el calor. Boyd no podía creerlo. Ni siquiera los había visto cuando había trepado a bordo. No podía pensar en una sola razón por qué estarían allí. Y entonces lo hizo, y palideció.

—¿Georgina?

—Tiene que ajustar cuentas contigo, pero aparte de eso está bien —dijo James.

—¿Mis hermanos?

—Ni idea —contestó James—. Pero probablemente están como la última vez que los viste.

El color regresó a sus mejillas con su alivio inmediato, pero rápidamente lo siguió un ceño fruncido.

—¿Entonces qué estás haciendo aquí?

Esta pregunta no había sido dirigida en uno de ellos en particular, pero Anthony contestó:

—Vine a recoger a Katey y a matarte.

Dado que habló sin ningún cambio en su expresión, Boyd asumió que Anthony sólo estaba siendo molesto como siempre. Pero Katey se agarró de su comentario.

—Eso suena como un plan espléndido para mí en ambos aspectos —le dijo a los Malorys—. Pero podría querer esperar para matarle hasta que esté de regreso en



tierra firme. Aquí en el barco, sin duda ganará su simpatía con su mareo. Probablemente se iniciará en cualquier momento —agregó mientras el barco se sumergía en el agua—. Es difícil matar a un hombre si él lo vomita todo sobre usted.

Boyd gimió interiormente.

—Gracias, Katey. Justo los dos que habría escogido que no supieran de eso.

—Faltaba más —le contestó con brusquedad—. Y como estoy hablando contigo por el momento, me despediré ahora. Si alguna vez le veo otra vez, Boyd Anderson, por favor simule que no me conoce. Eres tan bueno en fingimientos como yo, así que estoy segura de que puede manejarlo bien.

Ella se fue pisando fuerte rumbo a su cabina, con los cuatro hombres mirando su partida. James en verdad esperó a que ella estuviera fuera de la vista antes de doblarse de la risa. Boyd se preparó duramente para una gran cantidad de humor... a costa suya. No tuvo que esperar mucho tiempo.

—Tu familia entera está en la navegación y él no tienes estómago para el mar —dijo James con otro ataque de risa—. Esto *no* tiene precio. Y te garantizo que tu familia no lo sabe. Supongo que nos lo deberíamos guardar —le dijo a su hermano.

—Infierno qué lo haré —contestó Anthony—. Lo gritaré desde los tejados hasta que cada miembro de la *Skylark* y su familia lo oigan.

—Eso entraña que él siga respirando para que pueda sufrir la vergüenza —dijo James, todavía obviamente divertido—. ¿Así que no vas a matarlo ahora?

—Sólo un poco.

Anthony estrelló su puño contra la cara de Boyd.

Boyd fue atrapado con la guardia totalmente baja. En realidad no lo esperaba. Pero Anthony fue rápido. Probablemente habría metido ese puñetazo aun si Boyd lo hubiera anticipado.

Levantándose sólo de la cubierta, Boyd gruñó:

—¿Por qué están aquí ustedes dos?

—Eso ya fue contestado —intervino James, apoyándose contra la barandilla otra vez con sus brazos cruzados.

James poniéndose cómodo para observar el entretenimiento debería haber puesto en alerta a Boyd, pero maldito si Anthony conectó otro golpe. Este no derribó a Boyd, pero su mejilla explotó de dolor. Él lo ignoró y alzó sus puños. No iba a ser atrapado con la guardia baja una tercera vez.

Hasta sonrió ligeramente mientras le decía a Anthony:



—Sabes, he esperado años para esto, una oportunidad para probar mis habilidades contra un maestro, y siempre he considerado que lo eras.

—Haberlo dicho, yanqui. Habría estado feliz de darte el gusto.

— Pero me gustaría saber el por qué me concedes mi deseo máspreciado. —Y Boyd agregó educadamente —: ¿si no te importa?

—Si Katey no estuviera furiosa contigo, lo que implica que no te las arreglaste para seducirla después de todo, no me estaría conteniendo —le informó Anthony.

Boyd se restregó la mejilla suavemente.

— ¿Llamas a esto contenerte?

Anthony ignoró esa pregunta.

—Ya que no tuviste éxito, no tengo que matarte. Sin embargo, necesito dejar bien en claro que seducir a mi hija va a ser removido de tu lista de opciones. De hecho, en...

— ¿Tu qué?

Anthony no hizo una pausa en esa interrupción.

—Lo que a ella concierne, tú no tienes ninguna opción. Tendría que estar tan enamorada de ti que literalmente la enfermara antes de que alguna vez considerara meter a otro Anderson en la familia inmediata. Y dado que ese obviamente no es el caso, tú, querido niño, te mantendrás condenadamente lejos de ella.

Incrédulo, Boyd miró a James por respuestas.

— Está delirando, ¿correcto?

— Me temo que no, yanqui.

— ¡Pero es tan americana como yo! ¿Cómo puede ser tu hija?

— Como usualmente se hace, supongo —dijo James secamente.

— Sabes lo que quise decir —contestó Boyd, su frustración acumulándose.

James se encogió de hombros.

— Es una larga historia. Baste decir que es una Malory. Qué mal para ti, ¿verdad?

Ese *qué mal* tenía un montón de significados, y algunos de ellos llegaron a él inmediatamente. Por tercera vez, Boyd fue tomado desprevenido y derribado a la cubierta. Pero esta vez se levantó balanceándose.



## Capítulo 42

—¿Cuándo vas a decírselo a ella? —le preguntó James con voz queda a su hermano.

Ellos estaban parados en la barandilla del barco de James, observando *El Oceanus* en la distancia tratando de alcanzarlos. Eso no iba a pasar a menos que él lo permitiera.

*El Maiden George*, como él había rebautizado a su barco cuando lo compró para llevar a Georgina a Connecticut hace unos meses, había sido llamado así por su esposa, pero también en memoria del *Maiden Ann*, el barco en el que él había vivido durante muchos años. Este barco era más rápido, pero sólo porque le había quitado todos sus cañones antes de que partieran para encontrar al *Oceanus*. No podía hacer nada más que correr si los atacaban, pero si atacaba, podía correr condenadamente rápido.

Navegar desarmado había hecho que el viaje fuera un poco peligroso, considerando la desenfrenada actividad de los piratas en el Mediterráneo, pero la velocidad había sido preferible con un Anthony que prácticamente se subía a las paredes con la impaciencia. Y con una buena razón. Ellos *habían instruido* a Boyd en cómo lograr seducir a la chica. Así que *era* imperativo encontrarlos a él y a Katey antes de que eso sucediera.

James había permitido que *El Oceanus* los alcanzara una vez, deliberadamente. Pero eso se había convertido en una guerra de gritos que enfureció a Anthony, porque él no podía alcanzar al yanqui para golpearlo un poco más. Katey, quien ahora estaba a bordo del *Maiden George*, no había subido a cubierta a escucharlos, lo cual era algo bueno. Las mujeres tendían a ponerse todas consideradas cuando eran testigos de la cara golpeada de alguien a quien ellas conocían, y la cara de Boyd encajaba definitivamente en esa categoría. Lo cual posiblemente era lo que Boyd había esperado que sucediera, ya que les había gritado que se detuvieran para poder hablar con ella.

Katey no había visto su condición cuando había regresado a la cubierta del *Oceanus* con sus sirvientes y su equipaje, lista para cambiar de barco, porque Boyd ya había sido llevado a su camarote para entonces, muy inconsciente.

—¿Y bien? —instigó James a su hermano.





—Preferiría esperar hasta que yo no me parezca más a un panda —masculló Anthony.

James se rió entre dientes.

—Sólo te puso un ojo negro, no los dos. Pero admitiré que él dio buena cuenta de sí mismo. Lo cual es sorprendente. No creo que te lo hayas esperado, ¿verdad?

—Nunca había estado con él en el ring. Por lo que escuché, él había esperado una invitación. Desearía que lo hubiera mencionado antes de hoy. Hubiera preferido saber por adelantado que esta lucha iba a durar tanto tiempo.

—Supongo que no debería estar sorprendido, al llegar a pensar en eso —dijo James—. El cachorro pasó más tiempo admirando mi habilidad de pugilista en Connecticut que intentando machacarme con sus hermanos. Pero son bastante hábiles con sus puños, esos yanquis. De hecho, esa ha sido la tercera peor paliza de mi vida.

—Eran cinco de ellos contra ti. Es perfectamente entendible, anciano. Los Anderson no son exactamente hombres pequeños. ¿Y cuál fue la paliza número dos?

—Tú y los mayores, por supuesto —le recordó James a Anthony—. Cuando traje a nuestra sobrina a casa después de llevarla furtivamente conmigo ese verano hace tanto tiempo.

—Tú *permitiste* que te golpearan porque te sentías culpable, o eso fue lo que admitiste finalmente. ¿Cuándo fue la otra vez?

James se rió entre dientes.

—Una vez tuve a toda una taberna llena de sinvergüenzas saltando sobre mí en el Caribe.

—Hablaste rudo en el momento equivocado, ¿verdad?

—¿Entonces ya te lo he mencionado?

—Debiste haberlo hecho, pero he tenido demasiadas sorpresas últimamente. Es por eso que no lo había recordado.

—Ellos en realidad pensaron que estaba muerto. Yo estaba tan golpeado esa noche que ellos me lanzaron del andén para esconder la evidencia. De esa manera fue que conocí al padre de Gabrielle y terminé debiéndole mi vida, una deuda que él me cobró este verano cuando me pidió que patrocinara a su hija para la temporada. Él y su primer asistente me sacaron del agua.

Anthony sonrió.

—Ahora recuerdo. Mencionaste eso cuando explicaste por qué tenías a la hija de un pirata bajo tu techo. Pero has comprendido que esas luchas eran por lo menos de



tres contra uno, y todas las permitiste. Nunca has perdido en un uno a uno, ¿verdad? Ni siquiera conmigo.

—Tampoco tú. Somos lo bastante inteligentes como para terminar nuestros encuentros antes de que nos lastimemos mucho mutuamente.

—Por supuesto. No queremos que nuestras esposas se molesten por eso.

—¿Entonces cuando vas a decírselo a ella?

James tiró ese dardo para coger a Anthony fuera de base después de lograr que su mente se despejara, pero Anthony simplemente le dio una mirada molesta y le advirtió:

—No me presiones. Esto no es exactamente un asunto que uno trate todos los días. A ella no le va a gustar que le digan que el hombre que pensaba era su padre durante todos estos años en realidad no lo es.

—Él aún sigue siendo el hombre que la crió. Esta noticia no va a hacer que el amor que ella siente por él se disminuya.

—Por supuesto que no, pero ella se va a sorprender sin importar lo que se le diga. Adelina y su esposo le mintieron a Katey. Y ambos están muertos, tal vez nunca habría conocido la verdad. Los Millares no se molestaron en decírselo —terminó Anthony con aversión.

James albergaba esa misma aversión.

—Letitia Millard admitió que apenas si dejó entrar a Katey a la puerta. Infiernos, ella no iba a dejarnos entrar en absoluto. Que mujer tan condenadamente molesta y discreta.

Ambos recordaron el día en el que visitaron a los Millards. Ellos no habían pasado más de diez minutos en esa casa, y habían tenido que entrar abruptamente cuando la propia Letitia les abrió la puerta ese día. Ella trató de cerrarles la puerta en sus caras. Y se negó absolutamente a permitirles ver a su madre.

Ella verificó lo que había dicho en esa nota, que Katey era la bastarda de Anthony, pero ellos no iban a creer en su palabra. La mujer estaba demasiado enfadada. La cara se le había puesto roja ante la mera visión de Anthony. Y les había estado chillando a ellos que salieran. Ni siquiera reconoció a James.

Pero la curiosidad de James no lo mantuvo callado. Le había preguntado directamente:

—¿Qué tiene usted en contra de mi familia?

Su respuesta había sido:

—¿Y quién es usted?



—Un Malory, a quien usted parece despreciar.

Ella simplemente había resoplado y llamado a sus sirvientes para echarlos fuera, un esfuerzo que acabo más bien con el lacayo cayendo abruptamente en el suelo y el mayordomo corriendo en dirección opuesta.

Habían tenido que pasar a la fuerza al lado de Letitia para poder llegar hasta donde estaba su madre arriba. Ella siguió gritando que su madre no estaba lo suficientemente bien como para atenderlos. Desgraciadamente, ella había estado diciendo la verdad sobre eso.

El cuarto olía a medicina, humo de velas, y enfermedad. Estaba bloqueado; incluso las cortinas estaban firmemente cerradas. Y la anciana en la cama parecía estar inconsciente en lugar de estar dormida. Una sirvienta joven estaba sentada al lado de la cama tejiendo. No parecía estar tan preocupada por la condición de Sophie, pero algunos sirvientes no se preocupaban por sus patrones, con un trabajo que era tan bueno como el siguiente.

Letitia los había seguido arriba, por supuesto. Todavía furiosa con ellos y su impotencia de ser incapaz de prevenir su intrusión, pero por lo menos había dejado de gritar.

—No la despierten. Ella ha sentido este frío durante una semana. No está lo suficientemente fuerte como para soportarlo.

Letitia susurró esa información en un siseo. Estaba claro que ella adoraba a su madre, pero también era sobre protectora con ella. Lo cual era entendible. En su mente, Sophie era todo lo que había sido. Pero el amor podría ser sofocante, también, y ser encerrado en esa oscuridad mal ventilada era ir demasiado lejos en esa dirección.

—El aire fresco podría ser más benéfico, ¿no le parece? —le comentó James.

Letitia no estaba abierta a las sugerencias de ellos.

—El aire fresco es demasiado frío en esta época del año.

—La luz no lo es —refunfuñó Sophie Millard desde la cama.

Letitia fue rápida en decir un gimoteo defensivo:

—La oscuridad te ayuda a dormir, Madre, y el dormir te ayudará a que te sientas mejor.

—Ya estoy harta de dormir, y del humo de esas velas. Si es de día, dame algo de luz —le hizo señas a la sirvienta para que abriera las cortinas—. Quiero ver quiénes son mis visitantes.



La anciana no sonaba como si estuviera a las puertas de la muerte. Pero evidentemente estaba enferma, su voz sonaba carrasposa de tanto toser. Pero ellos no estaban allí para cansarla. Si Letitia fuera confiable, nunca hubieran subido las escaleras. Pero la rabia de Letitia y la falta de bienvenida ponían lo que ella dijo en tela de juicio. Y no les iba a tomar mucho tiempo conseguir la verificación que vinieron a buscar.

Anthony había llegado a las mismas conclusiones y por eso fue directamente al punto.

—Han pasado muchos años, Lady Sophie, pero quizás usted recuerda que yo estuve cortejando a Adelina antes de que ella partiera de Inglaterra hace veinte años.

La anciana entornó los ojos hacia él antes de decir:

—Usted tiene una cara muy memorable, Sir Anthony. *Muy* memorable. ¿Es eso lo que usted estaba haciendo?

—¿Perdón?

—¿Cortejando a mi hija? El resto de mi familia tenían la impresión de que sus intenciones no eran ni siquiera un poco honorables, que simplemente estaba divirtiéndose con ella.

A Anthony se le habían puesto un poco rojas las mejillas. Pero ya que había sido un granuja memorable, no estaba en posición de responder al insulto incluso aunque la acusación en su caso estaba lejos de la verdad.

Simplemente dijo:

—Había esperado casarme con ella.

La propia impaciencia de James lo había estimulado en ese entonces, su curiosidad corría desenfrenada por una vez. Anthony podría haber sido renuente de cargar a una mujer enferma con recuerdos desagradables, pero James no. Él había estado a punto de hacer la pregunta por sí mismo, pero no fue necesario.

—Ya veo —había dicho Sophie, su tono y su expresión se tornaron tristes—. Entonces quizás le gustará saber que ella dio a luz a su hijo.

—Yo ya le he dicho eso, Madre —Letitia fue rápida en quejarse—. Pero él no me creyó.

Sophie había suspirado pero contestó con desaprobación, probablemente no por primera vez:

—Tu actitud, Letty, da lugar a dudas.



James casi sonrió abiertamente pero se refrenó. Anthony que al escuchar la confirmación y capaz de creer esta vez, que Katey era suya, estaba de nuevo consternado.

Pero pudo controlar sus emociones lo suficiente para decir:

—Gracias, Lady Sophie. Espero que usted se mejore pronto. Quizás podemos discutir esto después en gran detalle.

—Así lo espero, Sir Anthony.

Ellos permitieron que Letitia los empujara y los sacara del cuarto después de eso. Y ella les dijo al bajar las escaleras:

—No regresen esos recuerdos solo la hacen infeliz. No necesita eso a su edad.

Ellos no contestaron. Tenían la respuesta por la que habían venido, pero Katey aún no era consciente de esa información. Ella no había cuestionado el comentario de Anthony de que habían venido a buscarla. Simplemente se subió a bordo del *Maiden George* y había permanecido encerrada en el camarote que le habían asignado. Aún no les había preguntado la razón por la cual ellos habían venido a buscarla. Parecía enfadada y preocupada por Anderson y estaba despotricando contra él en privado. Pero probablemente les preguntaría antes de que el día llegara a su fin.

James supuso que podría esperar hasta entonces, para averiguar cómo su hermano iba a ocuparse de esa pregunta, y como su nueva sobrina respondería ante la respuesta. Ni por un momento él podría admitir que estaba un poco nervioso por su reacción. Así que podía imaginarse como se estaba sintiendo Anthony.

Puede que sus dos padres fueran ingleses, pero Katey había nacido y se había criado en América, después de todo Y aunque James se había casado con una americana hace ocho años, la idea de las costumbres de los americanos aún rondaba en su mente algunas veces. Maldito infierno, con mucha frecuencia, en realidad. Así que tal vez podría resultar que Katey no quisiera ser parte de la familia Malory.

Era duro de creer, pero aún así era posible. Particularmente desde que Boyd Anderson tenía a sus hermanos firmemente arraigados en la familia, y Katey evidentemente todavía no había perdonado a Boyd por tratarla como una delincuente. ¿O quizás él había incurrido en su ira por alguna otra razón? Eso no sorprendería a James. El yanqui era una persona impetuosa, después de todo.



## Capítulo 43

—¿TE SIENTES MEJOR? —Preguntó Grace, asomando su cabeza por la puerta.

—No he estado enferma —dijo Katey.

—No, pero has tenido el humor *no me digas ni una palabra* el cual has desarrollado últimamente —murmuró Grace—. Ahora ya reconozco las señales.

La misma Grace estaba de un humor quejumbroso, realmente entendible.

Antes cuando Katey había encontrado a Grace en *El Oceanus*, Grace le había gritado:

—¡Estabas de picnic! ¿No pudiste decírmelo antes de salir? Tuve que perseguir al capitán durante una hora antes de que él se molestara en explicar tu desaparición.

—Empaca nuestros baúles, nosotros nos cambiamos de nave. —Fue todo lo que Katey había dicho.

—¿Cuándo?

—Ahora, o en cuanto la otra nave consiga acercarse lo suficientemente cerca para abordar.

—Pero ¿por qué?

—Porque los Malorys han venido a buscarnos.

—Pero ¿por qué?

—No lo sé, ni me importa. Ellos incluso podrían haber estado hablando en broma. Esos dos hermanos parecen tener ese hábito y hacerlo parecer como si fuera en serio. Realmente, probablemente estaban hablando en broma, ya que ellos también dijeron que estaban aquí para matar a Boyd, y no podrían querer decir eso.

—¿Así que no estamos huyendo?

—Nosotras lo estamos. Sea cual sea la razón que los trajo aquí, voy a atenerme a su comentario sobre que nos andaban *buscando*. Ellos tienen una nave y ni siquiera me importa dónde va, aunque mi suposición es que regresa a Inglaterra. Sencillamente estoy contenta de dejar esta nave.

—¿Qué hay sobre tu *acuerdo de renta*?



—Era sólo un acuerdo verbal, y además, realmente dudo que Boyd mencionara eso a estas alturas. Alquilar *El Oceanus* era una buena idea y habría continuado siendo una buena idea... si su dueño no hubiera insistido en venir.

—Pero...

—Ningún pero más. —Katey finalizó la discusión, todavía demasiado enfadada para largas explicaciones.

La excusa del picnic que le habían dado a Grace había alimentado nuevamente el enojo de Katey, ya que apostaría a que Boyd no había pensado ni una vez sobre sus sirvientes y cómo su ausencia se le explicaría a ellos. ¿O él realmente creyó que ellos no notarían que no estaba todo el día en la nave? O quizá creía que era una patrona irreflexiva, imperiosa que solamente daba órdenes a sus sirvientes sin tomarse el tiempo para explicarles algo a ellos.

Tyrus había propuesto la excusa de un picnic, que había sido mejor que ninguna excusa en absoluto, y ciertamente mejor que la verdad, de lo que él había sido privado. Pero esa excusa todavía le hizo parecer como si Katey hubiera sido desconsiderada en no dar una advertencia anterior a Grace.

—Siento que no se me ocurriera dejarte una nota —le dijo ella a Grace en ese momento cuando se sentó en su cama pareciendo tan culpable como se sentía—. Fue una... una decisión del momento el ir a tierra. Boyd quería que viera la salida del sol desde la playa.

¡Le mentía a su doncella! No por primera vez, claro, pero ésa era una mentira real, no la clase que ella hacía para entretener a Grace.

—¿Lo hiciste? —preguntó Grace curiosamente mientras se puso a desempaquetar los baúles de Katey de nuevo.

—No, pero nosotros lo vimos desde el bote de remos en el camino. Fue encantador, reflejándose en las pocas nubes cercanas, y en el agua.

Katey se ruborizó inmediatamente. No estaba acostumbrada a mentir realmente, ciertamente no a Grace. ¡Necesitaba dejar de elaborar mentiras y simplemente cambiar el asunto!

—Parece que fue una excursión divertida —dijo Grace con un gimoteo—. ¿Qué lo estropeó?

Katey gimió interiormente.

—¿Cuándo ese hombre no hace algo para incomodarme? Él planteó el asunto del matrimonio de nuevo, no desaprovechó la oportunidad.

Grace se volvió a ella con los ojos desorbitados.





—¿De *nuevo*? ¿Cuándo fue la primera vez?

—Eso fue, también, algo impulsivo. Como llovido del cielo, sin siquiera algo que condujera a ello, simplemente me pidió que me casara con él. Me sentí insultada.

Grace abrió la boca.

—¿Cómo puedes sentirte insultada con un cumplido así?

Katey no iba a decirle a su doncella que Boyd había mencionado acostarse con ella en la misma frase.

—Fue su aspereza —se evadió ella—. Por alguna razón él no piensa que podría gustarme ser cortejada primero.

Grace se rió entre dientes de eso y en su tono superior de *Yo-se-más-que-tú* dijo:

—Tenía el presentimiento de que estabas afligida. No sé por qué lo has guardado para ti misma. ¿Por qué no haces que ambos dejen de sentirse miserables y te casas con el hombre?

—No estoy afligida.

Grace resopló.

—¿Te conozco, recuerdas? Has estado dando todas las señales desde que te encontraste de nuevo con Boyd Anderson. Estás muy y verdaderamente afligida, así que no intentes negarlo.

Katey sacudió su cabeza.

—Atraída, ciertamente. ¿Cómo podría no encontrarlo guapo? Envanecido, quizá un poco. Pero sus emociones son extremas y no estoy tan segura que querría tratar con eso el resto de mi vida.

Ésa era la mentira más grande aún. Hoy se había dado cuenta cómo era Boyd cuando no estaba deseándola. Le había mostrado un lado completamente diferente de él, como si fuera dos hombres diferentes. Y del relajado, juguetón sería fácil enamorarse. Demasiado fácil.

—No planeaba casarme hasta que terminara este viaje.

—El amor no se preocupa de los planes, Katey. Nunca lo hace. Sólo sucede.

—Discrepo. Puede evitarse, acabarlo antes de que comience. Se pueden tomar medidas para impedir que suceda.

—¿Así que por eso es que nosotros hemos *saltado* de nave, como se dice? ¿No es sólo porque estás de nuevo furiosa con él, estás huyendo del amor?

Katey rechinó sus dientes.



—No, yo ya te lo dije. Los Malorys vinieron aquí para buscarme, por lo menos eso es lo que dijeron. Y parecía un buen momento para tomar unas vacaciones de Boyd Anderson. Unas permanentes.

—Porque estás furiosa con él.

—¡Bien! ¡Por qué sí!

Volvió el tono de Grace de *Yo-sé-más-que-tú*.

—Poniendo distancia entre tú y él no va a debilitar lo que estás sintiendo.

Ya que lo que Katey sentía era rabia, esperó ciertamente que ése no fuera el caso. No le gustaría navegar toda el camino atrás a Inglaterra sufriendo este enojo. Pero sabía que eso no era de lo que Grace estaba hablando.

—Yo no lo amo —insistió ella de nuevo—. Podría haber estado floreciendo en mí un poco, pero ya está marchitándose. Y no verle nunca más remediará cualquier sentimiento restante que tenga por él.

*Por favor permita que eso sea verdad*, se dijo ella. En cuanto a su enojo, podría refrenarlo, estaba segura. Podría tardar unos días para arreglarse, pero con la causa fuera de su vecindad inmediata, sería mucho más fácil hacerlo que si tuviera que ver a Boyd todos los días.

—Aún no me lo creo que hayas abandonado el barco simplemente debido a una riña con él —comentó Grace.

—No puedo disfrutar este viaje si constantemente estoy en un estado de enfado.

—Bien, eso es bastante cierto, supongo —agregó Grace—. Él nos siguió, lo sabes.

—¿Qué?

—Ellos tenían una discusión a gritos de nave a nave cuando *El Oceanus* navegó junto a esta nave.

—¿Qué?!

Grace cabeceó.

—Fui a cubierta a escuchar, pero ese señor rubio me pidió que volviera a mi cabina, y, bien, no me sentía tan osada como para discutir con él.

Katey miró fijamente a los ojos desorbitados de su doncella por un momento, pero luego casi sonrió abiertamente por su último comentario. Absolutamente entendible que Grace no quisiera discutir con James Malory. Ni lo haría Katey.

Ella intentó parecer indiferente cuando preguntó:

—¿Así que no oíste lo que ellos se estaban gritando?



—¿No, pero qué piensas? Te ha pedido que te cases con él, pero ellos están huyendo contigo. Te quiere de vuelta en su nave sin ninguna duda, para que pueda terminar de cortejarte.

Katey puso los ojos en blanco.

—No estaba cortejándome. Dudo que sepa cómo se hace.

Grace resopló.

—Tampoco tú. Seguro, no tienes una casa dónde él pueda ir a visitarte, pero ¿qué piensas que fue todo eso en Cartagena, cuándo se pasó el día entero contigo? ¿Y ese picnic? Y queriendo mirar la salida del sol contigo?

Katey habría golpeado su cabeza contra una mesa si hubiera habido una delante de ella. Dos de tres de las cosas que Grace simplemente había mencionado eran mentiras, y la que no era no contaba, ya que ella sabía muy bien que cada cosa que el hombre había hecho era debido a su deseo físico por ella, no porque quisiera cortejarla.

Pero Grace no había acabado. Sólo había hecho una pausa lo suficientemente larga para sacar una caja pequeña de uno de los baúles de Katey.

—Y ¿esto? —preguntó Grace, mientras le daba la caja a ella—. Lo encontré en tu cabina cuando te fuiste de picnic. Podría habértelo entregado antes. Desde que todavía está sin abrir, ¿no lo viste?

—No. —Katey frunció el entrecejo cuando tomó el pequeño paquete y quitó la fina envoltura de seda.

Cuando abrió la pequeña caja de madera, sus ojos se ensancharon. Colgando de una cadena de oro estaba un encantador pendiente tallado, delicadamente esculpido y un recordatorio inmediato de casa... y de Boyd. Puso la cadena en su cuello antes de examinarlo más estrechamente.

Grace estaba sonriendo afectadamente ahora.

—Bonito, pero claro no podría habértelo dado porque estaba cortejándote. No que importe ahora. Su nave ya no está siguiéndonos, o si lo está, se ha quedado muy lejos atrás. Subí para verificar antes de que viniera a decirte que los Malorys están esperando para cenar contigo.

Katey pestañeó y salió volando la cama, gritando:

—¿Por qué no me lo dijiste?!

—Acabo de hacerlo. Y no hay ninguna necesidad de saltar en pánico. Así que los haces esperar. Es....



—No, no los haré esperar. —Katey agarró uno de los vestidos que Grace simplemente había puesto en el armario—. Un hermano me asusta a muerte. Y a ti. No lo niegues, acabas de decirlo. ¡Se ve tan amenazador todo el tiempo! Aún tengo que sentirme relajada en su presencia. El otro, el padre de Judith, bien, él no es nada más que simpático. No puedo negar eso. Pero tengo este extraño sentimiento sobre él que casi me hace sentir igual de nerviosa.

—Extraño ¿cómo?

Katey no hizo una pausa cambiándose de ropa.

—Es difícil describirlo. Es como si a causa de Judith, quisiera impresionarlo. Me vio como la heroína de su hija.

Grace rió.

—No puedes ser más impresionante que esa vez.

—Ya lo sé. Creo que no quiero empañar la imagen que tiene de mí. No debería importarme, pero por alguna razón me importa.

Grace abrochó la parte de atrás del vestido de Katey.

—Impresionarlo y no defraudarlo son la misma cosa así que es entendible que te sientas así sobre el padre de Judith. Tú formaste lazos íntimos rápidamente con esa niña. No dudo que tú y Judith siguieran siendo amigas y permanecieran en contacto.

—¿Tú piensas que eso es todo?

—¿Por qué más te preocuparías sobre lo que Sir Anthony Malory piensa de ti?



## Capítulo 44

FUE UNA CENA DESAGRADABLE. Katey no podía pensar en una palabra más adecuada para describirla. Ella estaba incómoda. Los dos Malorys estaban igual de incómodos. Y no ayudó el hecho de que James casi la había insultado cuando se fijó en el pendiente que estaba usando cerca de su corazón, preguntando si estaba hecho de marfil.

Ella le sonrió y le comentó:

—No, se llama talla en hueso, esculturas que se han hecho popular recientemente en Nueva Inglaterra. Está hecho con hueso de ballena.

Él parecía horrorizado.

—Está usando... ¿ballena?

Ella se había envarado y dijo:

—Creo que es hermoso. Ha llevado mucho sentimiento y talento hacerlo.

—Correcto —se corrigió—. Muy hermoso.

Por alguna razón, parecían estar tan nerviosos como ella esta noche. O quizás, estaban respondiendo a su estado de ánimo.

La comida estaba deliciosa. Los Malorys intentaron mantener una conversación normal, pero estaban bastante tensos. Y ella captó varias miradas entre los hermanos, como si se estuvieran comunicando sin palabras. Su extraña conducta empezó a preocuparla. Había pensado en preguntarles que estaban haciendo en el Mediterráneo. Ahora estaba muy segura de no querer saberlo.

—Pura tontería de su parte, llevarte a través de ese mar en particular —le estaba diciendo James. Hay mucho tiempo caluroso en el Caribe. Allí es donde Boyd debería de haber navegado.

—No quise viajar tan lejos todavía —contestó Katey—. Él lo sugirió. Yo lo rechacé.

—Entonces la falta es suya, mi querida. —James no dudó en reñirla—. Usted tiene que tener en cuenta lo que está pasando en la parte del mundo que piensa visitar. La mayoría de los piratas en el Caribe se alejó hacia fines del último siglo. Los pocos que todavía están operando allí, son principalmente de la clase molesta que pedirá rescate a su familia si la capturan.



—A lo que va mi hermano —dijo Anthony—, es que los piratas son mucho más frecuentes en el Mediterráneo. Los gobiernos que han sufrido pérdidas debido a ellos no están lo suficientemente molestos como para declararles la guerra. Lo harán en el futuro, pero mientras tanto, si esos piratas te capturan, no pedirán rescate a su familia, simplemente te venderán como esclavo. Una diferencia muy grande.

Katey no se ofendió. Cuando alguien que a ella le importaba la reñía, tendía a sentir culpa, no enojo. Pero Katey no sentía ninguna emoción ahora. Por lo menos ya no estaban andando de puntillas a su alrededor con sus palabras, lo que le permitió que simplemente se relajara un poco.

—Estaba segura de que nosotros estaríamos relativamente seguros si evitábamos a la *Hermanidad de la Costa* lo cual hicimos —les dijo Katey—. ¿Fui informada mal? ¿Es por eso que ustedes vinieron buscándonos? ¿Saben ustedes algo sobre esta área que Boyd y su capitán no saben?

—Mi hermano está siendo demasiado dramático —dijo Anthony—. Probablemente usted estaba bien.

—No tan bien —se vio Katey obligada a decir—. Si nosotros nos hubiéramos quedado en la nave, lo habríamos estado, sin ninguna duda. Pero al hacer esa excursión tan lejos de cualquier pueblo nos dejó expuestos. Algunos piratas se presentaron hoy. Nos descubrieron en la playa y vinieron a capturarnos a tierra. Boyd se hizo cargo de los dos botes que enviaron. ¿Ustedes no notaron su nave que huía lejos cuando avistaron *El Oceanus*?

—Vimos el barco más pequeño, pero como ustedes estaban en el lado despoblado de una isla habitada, asumimos que eran lugareños meramente amistosos que se detuvieron para ver si querían que los sacaran de allí.

—¿Dos botes llenos, eh? —dijo James pensativamente—. ¿Cuántas personas en cada uno?

—Seis por cada bote. Boyd aún no se había hecho cargo del primer grupo cuando el segundo bote llegó.

—¿Tenía armas?

—Si quiere llamar armas a sus puños. Con el intento aparente de venderlo como esclavo, estaban haciendo lo posible para no dañarlo seriamente. Creyeron que lo podrían vencer con sus manos desnudas. Creyeron mal.

Ante eso James levantó una ceja dorada a su hermano.

—¿Te sientes mejor, viejo?

—¿Po qué sea bueno con sus puños? —Refunfuñó Anthony—. ¿O por qué después de abollar doce caras él aún fuera bueno con sus puños?



James terminó riéndose entre dientes.

— Buen punto.

Anthony le dijo con el ceño fruncido:

— Usted debe de haber estado aterrorizada.

Katey pestañeó cuando se dio cuenta de que no lo había estado en ningún momento, por lo menos no había tenido miedo por ella. De hecho...

— Estaba angustiada, sí, pero al principio por Boyd. Él me escondió en el interior de la isla, entonces se volvió a *hacerse cargo de ellos*, como dijo. Estaba demasiado nerviosa para quedarme quieta. Cuando volví a la playa, vi al otro bote llegando a tierra, pero Boyd realmente no había terminado con el primer grupo, y él no podía ver a los recién llegados. Allí fue cuando me aterró. Tuve miedo que el nuevo grupo sorprendiera a Boyd y lo derribaran. Así que yo salí para atraer su atención hacia mí, para darle un poco más de tiempo para terminar con los dos que él todavía estaba luchando.

— ¿No intentaron derribarla?

Sus labios se torcieron con disgusto.

— Probablemente lo habrían hecho, pero estaban demasiado ocupados riéndose de mi esfuerzo por pegarles con las piedras que había recogido. Ninguna de las piedras que tiré aterrizó en cualquier parte cerca de ellos. Era un esfuerzo patético por hacerles daño, pero funcionó perfectamente como una distracción, eso lo que me digo a mi misma.

Anthony se sentó nuevamente asombrado.

— Así que una vez más vino al rescate.

Ella se rió entre dientes.

— Ciertamente no. ¡Solamente le di tiempo a Boyd para salir furtivamente por detrás y dejar inconsciente a dos de ellos con su mazo antes de que supieran que él estaba allí! Usted sabe, cuando pienso en ello, y puedo decir ahora que el peligro ha terminado, fue una real y excitante aventura, la segunda que he tenido desde que empecé este viaje. Igualmente me arreglé para noquear uno de los piratas cuando ellos me volvieron sus espaldas para tratar con la oportuna llegada de Boyd. Y él hizo un rápido trabajo con los últimos tres. Ustedes deberían haberlo visto. Fue magnífico, particularmente cuando apenas sufrió un arañazo.

Los hermanos intercambiaron miradas antes de que Anthony preguntara cuidadosamente:





—¿Katey, usted no ha desarrollado tiernos sentimientos hacia Boyd Anderson, no es cierto?

—No.

Lo dijo demasiado rápidamente. Anthony no ahondó más. Simplemente agregó:

—Me alegro de oír eso, porque él no está exactamente en buenos términos con nosotros ahora.

James sonrió abiertamente.

—¿Cuándo lo ha estado ese bárbaro?

Anthony discrepó.

—Tú no estabas aquí, viejo, pero hace poco he tenido razones para estar agradecido con el yanqui.

James fingió una mirada sorprendida.

—Nunca lo habría creído.

—Fue ciertamente breve, te lo aseguro, pero no obstante sincero.

—Y ya ha pasado —dijo James.

—Definitivamente. —Anthony estuvo de acuerdo con una mirada agria—. Pero tendré que permitirle aparentar como si él se hubiera redimido adecuadamente hoy... antes de que nosotros llegáramos.

—Puedes permitirlo si crees que debes, pero yo no lo haré —le dijo James a su hermano, luego mirando a Katey, él agregó—: Katey, mi querida, no cometa el error de ver a mi molesto cuñado como su héroe sólo porque él se arregló para noquear a doce sinvergüenzas hoy. Con esos piratas que no querían herirlo, como usted dijo, la ventaja era completamente suya. Cualquier hombre que tenga la menor habilidad con sus puños podría hacer la misma cosa.

—Oh, no cometería el error de pensar eso —dijo ella con los labios apretados—. Ciertamente no.

Especialmente desde que ellos nunca deberían haber estado en la isla para comenzar, o encontrarse con esos piratas, si Boyd no hubiera aprovechado su oportunidad dorada, como él lo expuso, de estar allí. Pero ella no iba a mencionar este punto a los hermanos Malory.

James, sin embargo, se percató de su tono y pensativamente comentó:

—Eso está bien, está actualmente molesta con él, ¿no es cierto?

—¿Qué le dio esa idea? —dijo ella sarcásticamente.



James contestó con una mueca.

—El comentario de *pretende que no me conoces* que usted le hizo a él me habría bastado, pero también pudimos ver que había estado masticando su cabeza en la playa.

Ella gimió interiormente, comprendiendo que probablemente habían tenido catalejos enfocados en la isla. Pero éste era un asunto que no iba a discutir. Los Malorys, sin embargo, sentían al parecer que la conocían bastante bien ahora para ahondar en el tema.

Una de las cejas doradas de James se levantó.

—¿Le gustaría discutirlo?

—No.

—¿No es nada que merezca un castigo? —Presionó James en un tono más amenazante. Él incluso frotó sus nudillos contra su mejilla para que ella entendiera de qué clase de castigo estaba hablando.

—¡No, no le haga daño!

—No soñaría con eso, estimada muchacha —le aseguró Anthony, aunque con un poco de color en sus mejillas.

James se rió entre dientes. Katey no tenía idea de por qué. No veía nada divertido en este asunto. Pero estos señores ingleses parecían tener un raro sentido del humor.

Con la cena ya terminada y siendo la conversación no de su agrado, Katey rechazó el postre que se le ofreció.

—Debería volver a mi cabina —les dijo ella a sus acompañantes—. Ha sido un largo día, lleno de eventos.

Anthony dijo rápidamente:

—No te vayas aún Katey. Necesito unas pocas palabras contigo. —Miró a su hermano—. ¿Te importaría?

James entendió, pero comenzó a reírse en respuesta.

—¿Dejarlos? —En otras palabras, él no se movería.



## Capítulo 45

KATEY ASENTIÓ CON LA CABEZA para señalar se quedaría, pero rápidamente deseó no haberlo hecho. Anthony no fue directamente al punto de lo que sea que él quería hablar con ella. Él ni siquiera se quedó en la mesa. Marchó hacia el escritorio del capitán, el escritorio de James, ya que él mismo capitaneaba el *Maiden George*, y se sirvió un trago de una jarra que había allí. Él aun más se lo bebió de un trago... después caminó ida y vuelta por el piso entre el escritorio y la mesa.

Su nerviosismo era palpable, causando que el de ella creciera dramáticamente. Estaba a punto de pararse y salir groseramente del cuarto simplemente con un grito de *Buenas noches* cuando Anthony la inmovilizó con sus ojos. Que ojos tan bellos tenía él, del más puro azul cobalto, rasgados exóticamente lo justo para ser notables, y fascinantes. Ella no se movió.

—Cuéntame sobre el *hombre* que la crió, Katey —comenzó Anthony.

Ella parpadeó. Qué forma tan extraña de referirse a su padre.

—¿Mi padre?

—Sí.

Oh, Buen Dios, ¿Él solo quería oír su historia familiar?

—¿Qué le gustaría saber?

—¿Qué tipo de hombre fue él?

—Amable, generoso, alegre, oh, y muy chismoso. —Ella se rió ahogadamente—. Por supuesto que él tenía que serlo. Mantenía a sus clientes divertidos.

—¿Eras cercana a él?

Ella pensó acerca de eso por un momento, pero tuvo que admitir:

—No realmente. Murió cuando yo tenía sólo diez años, así que no tengo un montón de recuerdos de él que sobresalgan en mi mente. Y raras veces estaba en casa. Pasaba todos los días en su tienda. La atendía él. Era una tienda pequeña en un pueblo muy pequeño. Y era el único lugar en Gardener para que los aldeanos se reunieran, así que él lo mantenía abierto hasta tarde cada día. Si quería pasar el tiempo con él además de los domingos, entonces tenía que ir a la tienda. La mitad de las veces yo estaba usualmente en la cama para cuando llegaba a casa.

—¿Así es que apenas lo conociste?



—No diría eso. Lo conocí tanto como cualquier niño a esa edad conoce a sus padres. Lo amé, él me amó. Él siempre tenía una sonrisa, o un abrazo, para mí. Pero era mucho más cercana a mi madre. Pasaba horas con ella todos los días, o ayudándola en su huerto, o en la cocina, o con las tareas de la casa que hacíamos juntas.

—¿Ella trabajaba... en la cocina?

Sonó como si él hubiera tenido que escupir para decir esas palabras, como si no pudieran salir por sí solas. Qué extraño. ¿Qué importancia tenía donde trabajó ella? Oh, espera, él era un Lord. Para él, sólo los sirvientes trabajaban en las cocinas.

Ella se rió ahogadamente con ojos comprensivos.

—Nadie tenía sirvientes en Gardener, Sir Anthony. Mientras que mi familia fácilmente se lo pudo haber permitido, mi madre quiso que fuéramos como todos los demás, y además, disfrutaba de sus tareas y yo disfruté hacerlas con ella. No es como si tuviéramos cualquier otra cosa que hacer en gran medida para ocupar nuestro tiempo. Se dio por vencida y contrató a Grace hasta que fui mayor. Pero madre asumió el control de dirigir la tienda tras la muerte de mi padre, así que su tiempo fue mucho más limitado después de eso, y más de las tareas recayeron en mí, ahora que pienso en eso.

Anthony hizo un sonido que fácilmente pudo ser equiparado como de dolor. Además, se marchó sin rodeos de la cabina sin pedir permiso. ¿Y su tez se había puesto pálida? Se había dado la vuelta demasiado rápido para estar segura. Katey tenía el ceño fruncido cuando James también se levantó, y rápidamente siguió a su hermano.

Pero él volvió la mirada atrás hacia ella y le ordenó:

—Quédate allí. —Cerró de golpe la puerta detrás de él.

Katey preguntó para sí misma. *¿Qué diablos había sido todo eso?* Sin embargo, no se movió, por mucho que quisiera hacerlo. Si cualquier otro le hubiese dado esa orden, se hubiera ido resueltamente a su cabina llena de indignación en ese mismo momento. Pero al venir de ese hombre en particular, bien, ella se quedó allí. Aún cuando algo se dio contra la pared afuera y su impulso inmediato fue hacer averiguaciones, se quedó allí.

Afuera, James tenía inmovilizado a Anthony contra la pared en la que lo acababa de arrojar.

—No pienses siquiera en abandonar el barco —gruñó James.

—No iba a saltar.

—Estoy hablando de Katey allí dentro y dejándola despistada. ¿Has perdido la



chaveta, Tony? ¿Qué diantres te pasa?

— ¿La oíste? ¡Buen Dios, creció haciendo trabajos penosos y es culpa mía!

— Así que perdiste la chaveta. Fue la elección de Adeline dejar Inglaterra. Tú no la pusiste en el barco que la llevó a América. Y ciertamente no la retuviste allí. Pudo haber vuelto a casa en cualquier momento.

— Pero nunca se habría subido a ese barco en primer lugar si no hubiese estado arrastrando los pies para declararme, tan condenadamente nervioso de que no me diera la respuesta quería. Si hubiera estado más segura de mí, habría venido a mí y nos habríamos casado. ¡Entonces habría continuado viviendo en el estilo al que estaba acostumbrada, y Katey, ¡Dios, Katey no se habría criado como una sirvienta!

— ¿Qué estás sugiriendo? ¿Qué nadie excepto la clase social alta puede vivir vidas felices? No seas tan idiota, Tony, y uno snob para colmo.

— No —le gruñó Anthony en respuesta—, pero estamos hablando de mi hija. No debería haber tenido que vivir así. Debería haber sido mimada al igual que Judy y...

— Detente y piensa en eso antes de que mi puño te ayude —interrumpió James—. Te das cuenta que si cualquiera de eso hubiera sido diferente, nunca habrías conocido y casado con Rosslynn. Entonces no tendrías a otros dos hijos para ser comparados con esta ¿verdad? Judith y Jaime nunca habrían nacido, ¿no es así?

Anthony dejó caer hacia atrás su cabeza con un suspiro.

— Creo que reaccioné exageradamente.

— ¿Crees? —bufó James.

— ¿Es sólo que... por qué me querría ella como padre a edad tan tardía? Es una joven mujer. No hay nada que le pueda dar, que ella no se pueda dar a sí misma.

— Sí, lo hay. Una familia. Le requeriría una vida entera producir una familia del tamaño que tú vas a darle a ella debido a una rareza de destino.



## Capítulo 46

LOS DOS MALORY se habían ido demasiado tiempo. No era irrazonable pensar que podrían haberse olvidado de ella. Así que no era irracional para Katey arriesgarse a desafiar la orden de James Malory. Además, había sido un increíble día lleno de acontecimientos. A ella le correspondía un buen sueño, largo, si podía quitarse de la mente aquellas horas que había pasado con Boyd antes de que los piratas aparecieran.

Pero los dos hombres en realidad no se habían ido tan lejos, como lo descubrió mientras probaba salir a hurtadillas sin ser vista. La vieron, ambos giraron sus cabezas cuando la puerta se abrió, así que ella inocentemente inquirió:

—¿Está todo bien?

—Ciertamente. Meramente contemplaba lanzar a mi hermano por la borda —dijo James secamente mientras soltaba la chaqueta de Anthony y fingía solo estar quitando el polvo de sus solapas.

—Y yo estaba explicándole a este idiota por qué no debería —contestó Anthony alegremente, y tomando fuertemente por los hombros a su hermano, condujo a Katey de vuelta a la cabina.

Suspiró al tiempo que tomaba su lugar otra vez en la mesa. ¿Qué había en ella en lo que Anthony podía estar tan interesado, que no podía esperar hasta mañana? Sólo debería ser grosera y decir que estaba exhausta. No lo estaba. El día había sido demasiado vigorizante. Pero ellos no sabían eso. Tal vez si ella fingía un bostezo...

—¿Ahora por dónde íbamos? —dijo Anthony.

Él no tomó su lugar. Volvía a caminar de ida y vuelta, y tampoco se veía tan alegre ahora. Sin duda eso no había sido fingido.

—Estabas por *ir al grano* —lo apremió James.

James no regresó a la mesa, tampoco. Estaba lateralmente sentado sobre el borde de su escritorio, justo lo suficiente para dejar una pierna cómodamente colgando. Sus brazos cruzados se veían bastante amenazadores, sin embargo, Katey apartó la vista de él. Anthony lo ignoró completamente.

—Ah, sí, estaba a punto de preguntar si tuviste una infancia feliz, ¿a pesar de todo ese trabajo pesado?

James gimió.



Katey frunció el ceño.

—¿Qué trabajo pesado? Si quiere decir mis tareas, nunca me molestaron. Era tiempo que pasaba con mi madre, y más tarde, con Grace. Además, limpiar nuestra casa, cultivando y cocinando nuestra comida, era simplemente una parte de mi vida. No había nadie más para hacerlo. Todo el mundo en Gardener veía por ellos mismos. Sé que quizá encuentre eso muy abrumador. Proviene de un estilo de vida diferente. Para nosotros, era simplemente normal.

Anthony respingó.

—No he sido desconsideradamente insultante, ¿verdad? Esa ciertamente no era...

—De ningún modo —lo reconfortó Katey. En ese momento un recuerdo le llegó que causó que se riera ahogadamente—. Es gracioso. Su hija tuvo una reacción exactamente opuesta a mis tareas cuando las mencioné en nuestras conversaciones. ¡Se quejó que nunca conseguía ayudar con ninguna!

—¿Judy lo hizo?

—Ciertamente. Podría darle su propio jardín antes de que se haga mayor. A los niños parece gustarles las cosas que crecen, por lo menos a mi sí.

—Pero... se ensuciaría.

Katey sintió que le estaba tomando el pelo con esa mirada horrorizada en su cara a la mención de suciedad. Ella le sonrió abiertamente.

—Lo sé, pero jugar en la tierra puede ser entretenido. ¡Huele bien y se hace pasteles maravillosos del barro!

James puso sus ojos en blanco. Anthony devolvió su sonrisa abierta y dijo:

—No puedo recordar que alguna vez quisiera ensuciarme con tierra, pero puedo decir sin duda alguna que nuestro hermano mayor probablemente estaría de acuerdo contigo.

—Ah, sí, el jardinero. Disfruté conocerlo y pasear en sus jardines.

James prácticamente se rió a carcajadas por la forma en que ella se refirió a Jason. Ella recorrió con la mirada a James y añadió:

—Lo sé, alguien ya me dijo que probablemente no lo debería llamar así. Pero él es un jardinero, sabe. Puede que solo sea su pasatiempo como él lo llamó, pero nunca he visto tantas flores bellas y en tantas variedades. Judy me advirtió que quedaría impresionada, pero ver el trabajo de Jason de primera mano verdaderamente me asombró.

Anthony se aclaró la voz para traer su atención de regreso a él.





—Creo que nos hemos alejado un poco del tema.

Katey frunció el ceño.

—¿Por qué tanta curiosidad sobre mi pasado?

—Conocí a su madre... muy bien.

—Ah, por supuesto —sonrió Katey, comenzando a entender—. Ella vivió cerca de Haverston antes de que conociera a mi papá, y tú creciste allí, ¿no es verdad?

—Ciertamente, aunque, a decir verdad, estaba ya crecido y meramente en casa para las vacaciones antes de que realmente la conociera. Pero supongo que sólo quiero saber si tú y ella habían tenido una vida normal en América.

—Normal para Gardener, sí.

—¿Eso porta algún significado?

Ella sonrió.

—Era una aldea muy pequeña con gente vieja sin industria aparte de algunas granjas en los límites. Fui la última niña nacida allí, y los otros pocos niños que quedaron no estaban ni cerca a mi edad y pronto se fueron. Nadie nunca se mudó a allí jamás, aparte de personas buscando una aldea pintoresca, y tranquila para retirarse. —Ella se rió ahogadamente—. Definitivamente éramos tranquilos. Nada de interés sucedía nunca. Nadie alguna vez se divertía. El punto de interés de todos los días estaba en alguien leyendo en voz alta el periódico Danbury en nuestra tienda. El viejo Hodgkins montaba a la ciudad dos veces por semana para comprar unos ejemplares sólo para eso. Gardener era, sin duda alguna, el lugar más aburrido que puedas imaginar.

—Buen Dios, ¿entonces tuviste una infancia horrible?

—¡No dije eso! Aburrida justamente... para un niño. A mis padres no parecía importarles. Tenían cosas para mantenerse ocupados. Yo misma, chillaba cada día cuando mi tutor me mandaba a casa. Realmente, lo hacía. ¡Yo habría preferido más quedarme con él y hablar del mundo!

—¿Por qué no se mudaron tus padres a alguna parte más animada o al menos a un pueblo cercano más grande?

Ella se encogió de hombros.

—Los oí hablando de eso una vez. Atender una tienda era todo lo que mi padre sabía hacer. En Gardener, nunca le faltaron clientes con su tienda siendo la única en el pueblo. En Danbury, o algún otro pueblo más grande, él habría tenido que competir con tiendas ya establecidas, y con una familia en la que pensar, creo que a él le dio miedo probar eso. Después de que él murió, esperaba que mi madre se



mudara, pero ella saltó en un pie para administrar la tienda por sí misma. En verdad lo disfrutaba.

—Pero tu madre tenía dinero, ¿verdad? ¿No es el qué recibiste en herencia?

—Sí, y bastante, pero ella misma se rehusó a tocarlo. Vino de su padre cuándo él murió, despreciaba a su familia por repudiarla. Ni siquiera hablaba de ellos. Tampoco sabía cuántos Millards quedaban hasta que vine a Inglaterra.

—¿La repudiaron?

—¿No supo de eso en aquel entonces? Fue porque ella se fugó con un americano que era comerciante, o eso es lo que dio a entender.

James intervino:

—Y un excelente momento para que vayas al grano, Tony... antes de que muera de viejo.

Anthony le disparó a su hermano una mirada fría.

—No fuiste invitado, así que porque no te vas a la cama.

—No puedo, mi querido muchacho. Es mi dormitorio por el que estas arrastrando tus pies. —Anthony se sonrojó ligeramente con ese recordatorio, pero James no había terminado—. Katey, lo que mi hermano...

James había terminado esta vez. Anthony brincó a través del espacio entre ellos y golpeó a James con la guardia baja con fuerza suficiente que ambos cayeron al otro lado del escritorio al piso.

Katey se puso de pie. Increíble, que ella exigió:

—¿Están dementes los dos?

La cabeza de James subió primero mientras él daba un paso hacia atrás.

—Claro que no. —Él le dio una mano a su hermano.

—Disculpas, Katey —dijo Anthony mientras regresaba rodeando el escritorio, pasándose una mano por su pelo para enderezarlo—. Desafortunadamente, esto no es nada fuera de lo normal en nuestra familia.

—Quiere decir entre nosotros, ¿no es así, mi querido muchacho? —añadió James con una mirada mordaz—. No encontrarás a los mayores golpeándose entre ellos, así que no la asustes dándole a entender que todos los Malorys son como tú y yo.

—Bastante cierto. —Anthony estuvo de acuerdo con una mirada avergonzada—. James y yo somos simplemente más... activos. Llámalo competencia fraternal si quieres.

Todavía un poco conmovida por la explosión de... actividad, Katey dijo:



—No habiendo tenido hermanos, me temo que eso sea un poco difícil de comprender.

—Perfectamente comprensible. Quizá tendría más sentido saber que ambos somos ávidos pugilistas. Ejercicio que para nosotros siempre ha consistido en un buen encuentro en el cuadrilátero varias veces a la semana.

—¿Aún hacen eso?

—Ella no nos está diciendo que somos muy viejos para ejercitar, ¿verdad? —dijo James secamente.

Katey se sonrojó a pesar de la sonrisa abierta que él le ofreció a ella para darle a entender que él sólo bromeaba.

Anthony suspiró en la exasperación.

—Nos hemos alejado del tema otra vez. Así que déjame ser brusco por un momento, Katey. En verdad nunca contestaste a mi pregunta acerca de una infancia feliz, si tuviste una. ¿Es así de significativo? ¿No hay recuerdos dolorosos que preferirías no discutir?

Ella puso sus ojos en blanco.

—Si los hubiese, no lo discutiría, ¿verdad? El hecho es que, mi infancia no fue muy memorable, pero tampoco fue miserable. Fui lo suficientemente feliz vivir con mis padres y luego, simplemente con mi madre después de que mi padre murió. Cuando tuve la edad suficiente, pude haber dejado Gardener como todos los otros jóvenes hicieron tan pronto como pudieron, pero aún así nunca se me ocurrió hacer eso hasta que mi madre murió. La cosa más importante que no me gustó de mi infancia fue simplemente el puro aburrimiento de esta desde la perspectiva de un niño. Pero por esto es que decidí viajar por algunos años para ver el mundo, antes de considerar casarme y tener niños. Esperaba el entusiasmo que perdí como niña, y alguna aventura. He encontrado un poco de las dos. —Ella sonrió abiertamente.

—¿Has deseado alguna vez tener una familia grande?

Ella casi señaló que desear sobre el pasado era irrelevante, pero contuvo su lengua, principalmente porque sintió el nerviosismo de él por la pregunta. Ella encontró eso muy extraño, pero hasta James parecía tenso ahora, en espera de su respuesta. ¿Qué diablos pasaba con estos dos esta noche?

Con vacilación ella dijo:

—Estoy empezando a sospechar que están preparando el terreno para algo que quizá no encuentre aceptable. Tal vez como sugirió su hermano, es momento de que vaya al grano, ¿Sir Anthony?



Él suspiró y tomó asiento en frente de ella otra vez.

—Dije que conocí a tu madre, pero no sólo como un conocido. La cortejaba antes de que dejara Inglaterra, y mis intenciones eran honorables. Quería casarme con ella.

Katey lo miró fijamente, intentando asimilar eso, pero sencillamente no tenía sentido.

—No entiendo. Eres un hombre excepcionalmente bien parecido. Y...

—Gracias.

— ... para ser franca, mi padre no lo era. No era feo o nada por el estilo, pero entre ustedes dos, no puedo imaginar a mi madre escogiéndolo a él en vez de a ti, ¿Y aún así me estás diciendo que lo hizo? ¿Hiciste algo que la puso en tu contra? ¿Estamos hablando de un amor trágico?

—No, no fue nada como eso. A su familia no le gustaba yo. Ni siquiera estoy seguro de por qué. No era tan endemoniadamente libertino, como lo fui más bien años después. Pero Adeline no compartía sus sentimientos. Estaba tan seguro de que sentía lo mismo que yo. Mi error estuvo en no hacerle saber antes que la quería por esposa. Erróneamente asumí que lo daba por sentado, que pensábamos igual y que nos casaríamos. Y luego ella se fue. De la noche a la mañana. No puedo decirte que conmoción fue para mí, pasar a buscarla para llevarla de picnic a nuestro lugar favorito y ser informado que había dejado Inglaterra. Me dijeron una tontería sobre una excursión por el mundo que había planeado, que nunca me había mencionado, y que estaría de regreso en un año o algo así.

—¿Así que nunca reanudaste tu cortejo cuando ella regresó a Inglaterra?

—Nunca regresó, Katey.

Ahora tenía el ceño fruncido con extrema confusión.

—Pero ella se fugó con mi padre, ¿así que... estás diciendo que sabía y se enamoró de él antes de que la cortejaras? ¿Que él repentinamente apareció otra vez y se fugó con él sin siquiera darte una explicación?

—No, yo supongo que no lo conoció hasta después de que dejó Inglaterra, quizá en el barco a América, o poco después de que desembarcó.

Katey se percató de que esa era la opinión de un hombre que había quedado en segundo lugar en la carrera por los afectos de una mujer. No podía culparlo por querer pensar así. Hasta ella encontraba sorprendente, que su madre no había escogido a Anthony sobre su padre.

Ella dijo dulcemente:

—Siento mucho decir que estás equivocado. Ella me dijo...



—Katey, algunos padres inventarían una buena mentira para esconder la amarga verdad. Cualquiera que fuera la razón, no quería que supieras la verdadera razón por la que dejó Inglaterra. Yo mismo no tenía idea. Podía habérmelo dicho, pero no lo hizo. Todos estos años, no supe que se fugó llevando mi niño. Aún no lo habría sabido si tu tía Letitia no me hubiera enviado una sucia nota acerca de eso después de que navegaras en *El Oceanus*.

Los ojos de Katey se ensancharon. Se cubrió la boca con la mano, pero sólo para reprimir una sonrisa de sorpresa. Si se riera cuando él parecía tan sincero, nunca se lo perdonaba a sí misma. Pero al menos la falacia no era de él, sino instigado por esa severa parienta de ella.

—Conocí a Letitia —dijo ella rápidamente—. Francamente, no creería una sola palabra que ella me dijera. Porque, hasta me llamaría...

El color se fue drásticamente de las mejillas de Katey mientras lentamente se ponía de pie. Sus ojos se clavaron en la cara de Anthony, y ella veía ahora mucho más en su expresión, temor, simpatía, comprensión... y preocupación.

Y si bien ella no necesitaba oírlo ahora, él dijo:

—Estás en lo correcto. No le creí a ella. Fui para oírlo de tu abuela. No estaba bien, así es que no la abrumé demasiado para oír más detalles, pero me lo confirmó, Katey. Eres mi hija.

El único sonido que salió de su boca fue un sonido pequeño, doloroso, un chillido. Y antes de que quedara como una tonta, salió aceleradamente de la cabina.

—Demonios —gruñó Anthony.

—¿Esperabas chillidos de deleite y un eufórico abrazo padre e hija? —preguntó James secamente mientras se movió para cerrar la puerta que Katey había dejado abierta en su escape.

—Este no es un buen momento para tus perlas de sabiduría, James.

—Quizá no, pero mucho puede decirse de la brusquedad. Sólo deberías haberlo escupido y haberte guardado para ti mismo tan agonizante evasión.

—Estaba tratando de soltarle la noticia a amablemente.

—Oh, lo hiciste, mi querido muchacho —dijo James—. Con la delicadeza de un martillo pesado.



## Capítulo 47

PARA TENER TODO LO QUE ella sabía de sí misma y de su vida rota como una cáscara de nuez en su mano, los fragmentos demasiados pequeños para juntar los pedazos, la única opción para descartarla, no era simplemente un poco traumática para Katey. Estaba devastada. No es que era una Malory. Tener a uno como padre no la hacía automáticamente una de ellos, al menos en su mente. No tenía más historia con esa familia de la que tenía con los Millards. Pero al menos había sabido de los Millards.

Y allí estaba la fuente del trauma que no podía remecer. Era la mentira, la mentira de su madre, el engaño de su madre, que había mantenido la verdad lejos de Katey su vida entera. Tal vez Adeline había tenido la intención de decirle algún día quién era su verdadero padre, quizá después de que ella se casara e iniciara su familia. Adeline realmente no hubiera negado a sus nietos el saber de dónde venían, ¿verdad? No había tenido la intención de morir antes de que pudiera hacer esa confesión. La vida no era tan previsible. Estúpida pieza de hielo...

Katey lloró amargamente por lo que Adeline había renunciado con una sola decisión que cambió su vida. ¿Por qué lo hizo? Katey lloró amargamente por lo que su madre se había perdido, y subsiguientemente, lo que Katey había perdido también, la vida con los Malorys. ¿Por qué?

Katey había puesto tanta esperanza en los Millards, pero ahora se alegró de no haber crecido cerca ellos. No podía imaginar cómo habría sido, tener a alguien como Letitia alrededor. ¿Crecería para ser como ella? El pensamiento la horrorizó. Pero haber crecido entre los Malorys, se dio cuenta, habría sido maravilloso.

*No puedo imaginar cómo debió haber sido, no tener algo emocionante ocurriendo todo el tiempo, Judith le había dicho aquel día en el coche. Con mi familia, siempre hay algo interesante ocurriendo.*

Cuando la golpeó, fue como una tonelada de ladrillos. Judith Malory era su hermana. ¡Mi Dios, tenía a una hermana! ¡No, tenía dos! Algunas de sus lágrimas eran de alegría.

Anthony vino a su puerta repetidas veces al día siguiente para asegurarse de que estaba bien. No le abrió, pero del otro ella le aseguró:

—Estoy bien, sólo necesito algún tiempo a solas para digerirlo todo.

Y volver a unir las piezas hechas añicos de su vida... si podía.



Pero incluso James había pasado en la noche con algunos golpes en la puerta y la brusca advertencia:

—Esto no es saludable, gatita. Preséntate a la cena esta noche o derribaré esta puerta abajo.

Permaneció encerrada en su cabina, ignorando esa orden. Pero aún estaba demasiado sumergida en sus pensamientos para realmente notar que él no regresó para derribar la puerta. Y la única vez que abrió esa puerta fue a Grace, brevemente, y para no dejarla entrar.

No quería que su criada se preocupara así que le dijo a secas:

—Anthony Malory asegura ser mi verdadero padre. —A lo cual ella abruptamente añadió—. No quiero hablar de eso aún.

Grace con los ojos muy abiertos, comenzó a contestar, pero Katey le puso un dedo sobre sus labios.

—Todavía no. Es impresionante, sí, pero por favor, Grace, necesito algunos días de soledad para... adaptarme.

Terca como siempre, Grace al menos señaló:

—Tienes que comer.

—No, no lo necesito. Estoy tan alterada, que sólo lo vomitaría.

—Tienes que comer. ¿Quieres que perezca de preocupación por ti?

—Si no salgo de aquí dentro de una semana, entonces puedes preocuparte.

—Katey había intentado sonar graciosa, pero falló, y cerró la puerta a cualquier otro argumento.

Grace colocó bandejas de comida fuera de su puerta de cualquier manera. Katey las dejó allí. Ella no había estado exagerando. La confusión por la que estaba pasando era física, suficiente era que no tener dudas que su estómago no toleraría algo tan común como el alimento. Pero no tenía hambre. Si así fuera, estaba demasiado alterada para sentirlo.

No permaneció atrincherada más que un día. Luego de la segunda noche de sueño que no incluyó sacudidas inquietas, despertó con algo de paz mental, y la emoción que torcía su estómago por dentro se había desvanecido por el momento. No sabía si alguna vez perdonaría a su madre por la mentira, pero esta nueva familia que más o menos había heredado de la noche a la mañana podía llenar las esperanzas que los Millares habían fallado en llenar. Si es que no le habían contado de su relación con los Malorys solo por el gusto de ser informada. Si en verdad quisieran que fuera parte de su familia.





Se unió con sus nuevos parientes en el almuerzo ese día. Ambos hombres se levantaron abruptamente cuando ella entró en la cabina. Ambos se veían sumamente ansiosos, todavía preocupados por cómo había recibido las noticias.

Ella sonrió ligeramente mientras tomaba asiento en la mesa enfrente de Anthony.

—Tranquilos, por favor. Fue simplemente una sacudida. Estoy segura que para ustedes, también.

—Ciertamente, aunque debo admitir que no me requirió bastante para estar encantado.

—A mí también —contestó ella tímidamente—. Aunque aun no sé si tu familia va a aceptarme, o si preferirías mantener esto entre nosotros.

—Buen Dios, ¿eso fue lo que pensaste?

—Tiraste el martillo, pero te olvidaste los clavos, ¿eh, viejito? —dijo James con su raro humor.

Anthony ignoró a su hermano para decirle a ella:

—Vas a ser bienvenida con los brazos abiertos, nunca dudes de eso, Katey. Por qué, Judith va a pasar a través del techo de entusiasmo cuándo se entere. Le caes excepcionalmente bien, sabes.

Katey sonrió abiertamente, no sólo del comentario, sino de alivio. ¡Ellos la querían!

—El sentimiento es muy mutuo —dijo ella—. Y pienso que ser parte de tu familia va a ser una experiencia maravillosa. Pudiste haber mantenido en privado el conocimiento de quien era mi padre, sin decírmelo alguna vez. Me alegra que no lo hicieras. Gracias por eso. Pero...

—No se permiten más *peros*, gatita —interrumpió James.

Esa era la tercera vez que él le daba una orden desde que ella había subido a bordo del *Maiden George*. Habiéndose recobrado recientemente de una sacudida emocional, Katey se dio por ofendida esta vez. Iba a ser un poco más difícil aceptar que él era un pariente.

—No estés diciéndome que puedo y no puedo hacer, Tío James. Soy demasiado nueva en tu familia para que te tomes esa libertad aún. Te haré saber cuándo puedes hacerlo.

Ya que ella había dejado al hombre grande momentáneamente sin habla, Anthony explotó de la risa.

—Bravo, querida. Hablaste como un verdadero Malory.

Ella se sonrojó furiosamente.



—Lo siento. —La disculpa era para James—. Va justamente a tardar un poco acostumbrarme a todo ello.

—No te disculpes por decir lo que piensas —contestó James—. Y no me disculparé por intentar proteger a mi hermano... a mi estilo. Él ha estado en ascuas desde que se enteró de esto, asustado de que fuera muy tarde para traerte al rebaño, que nos rechazarías sin más explicaciones.

Sus ojos destellaron.

—¿Estás bromeando? Sé que no contesté esta pregunta la otra noche, pero siempre he querido ser parte de una familia grande. He estado buscando con tanta anticipación conocer a la familia de mi madre y esperé ser bienvenida por ellos, pero mi tía Letitia prácticamente me cerró la puerta a concepto mío.

—Desagradable vieja muchacha —dijo Anthony con aversión—. Decía que ese es su fuerte, cerrar de un golpe puertas en las caras de las personas.

—O intentándolo —añadió James un poco con aire satisfecho.

Katey continuó:

—Pero aún si esas esperanzas se hubieran realizado, todavía quedaba por ser establecido que eras mi padre. Nunca podría negar mi... propio...

Se detuvo para clavar los ojos en Anthony, y sus ojos se abrieron más grandes mientras el impacto completo de esa declaración la golpeaba. Él no era simplemente un pariente, él era el pariente más cercano que ella podría tener.

—Mi Dios, en realidad eres mi padre.

Su cara comenzó a cambiar mientras sus ojos se llenaban con lágrimas de felicidad. Ella se puso de pie. Él también. Ambos redondearon la mesa hacia el final de James para alcanzarse el uno al otro. Se lanzó a los brazos abiertos de Anthony. Él la aplastó con su propia emoción.

—Si no estuviésemos en un maldito barco, querida, diría, *Bienvenida a casa*.

Todavía sentado al lado de ellos, sin siquiera darse la vuelta para presenciar esta atrasada reunión, James puso sus ojos en blanco.



## Capítulo 48

ERA ASOMBROSO cuán beneficioso podía ser algo tan simple como un abrazo. El único significativo que Katey había recibido de su padre causó que sus miedos, aun su nerviosismo, instantáneamente se esfumaran. La había dejado con tal sentido de bienestar. Y emoción. ¡No podía ahora esperar regresar a Inglaterra para conocer al resto de su nueva familia!

Su padre y su tío, sin embargo, todavía parecían preocupados por la conmoción que había experimentado. También podrían haber tenido la sospecha de que ahora estaba burbujeante interiormente y equivocarlo por aprensión adicional. Así que continuaron intentando, a su estilo, hacer para ella más fácil la transición.

—Podría ayudar si escuchas cómo conoció mi hermano a su hijo Jeremy.

Katey comía vorazmente del plato que había sido puesto delante de ella. ¡Aliviada de todas esas emociones ansiosas que había estado experimentando, rápidamente se había dado cuenta de que estaba famélica! Así que requirió un momento para asimilar la forma extraña en que su padre, se refirió a la primera vez que su hermano vio a su hijo recién nacido.

—¿Conoció?

—Ciertamente, y te asombrarás de que tan similares fueron las circunstancias a las nuestras. ¿Te gustaría contarle, James?

James asintió con la cabeza.

—Bueno, con la esperanza de que esto no te aburrirá hasta las lágrimas, querida, no tenía idea que Jeremy existía. Aunque, sin embargo, él sabía de mí. Su madre había quedado impresionada conmigo, supongo, y me había fortalecido a proporciones heroicas ante el muchacho. Fue hace casi trece años que nos encontramos el uno al otro. Fue pura suerte, que escogiese la taberna en la que él estaba trabajando, para saciar mi sed.

—¿Así que tú lo reconociste a él?

—Bueno, digamos que él definitivamente tuvo mi atención. ¡Aun a los doce, su edad en ese momento, era casi tan alto como yo! Y se parecía tanto a Tony aquí estaba lo extraño. Difícil de pasarlo por alto.

—No pude evitar notarlo yo misma cuando los observé juntos —estuvo de acuerdo Katey.



—Por lo menos no te reíste —dijo James con un ojo crítico en Anthony—. Él piensa que es hilarante. Como también mi hijo, respecto a eso.

Anthony todavía se rió ahogadamente de su hermano.

—Si no te sintieras tan tocado al respecto, lo harías también —luego Anthony le dio cuentas a Katey—. Es un viejo rasgo gitano que corre en nuestra familia. Aparece de pronto aquí y allá más bien fuertemente. Yo mismo lo tengo, y dos de nuestras sobrinas, Reggie y Amy. Y Jeremy trajo una dosis grande de eso él mismo.

Por una vez James no cambió el apodo familiar de Regina por el que él prefería, pero Katey no supo de su peculiaridad con los nombres hasta más tarde. Por el momento, ella no pudo evitar preguntar:

—¿Gitanos?

—Esa es otra historia, querida —dijo James—. Vayamos una a una para mantener al mínimo la confusión, ¿está bien?

—Por todos los medios. —Ella le sonrió abiertamente.

—Así que allí estaba yo, detenido por el asombroso parecido de este niño con mi hermano. Pero este encuentro ocurrió en El Caribe, y sabía que Tony nunca había estado en ningún sitio cerca de allí, así es que me desentendí del asunto como meramente un caso de fuerte coincidencia. Pero el muchacho tampoco podía apartar la vista de mí. Su madre me había descrito muy bien a él, para que veas. Y después él llegó hasta mí y me preguntó si yo era James Malory.

—¿En ese momento lo supiste? —preguntó Katey.

—No, pero eso me derribó. Y para entender porqué fue así, debería mencionar que no usaba mi verdadero nombre en esa parte del mundo. No quería que mis actividades allí alguna vez fueran asociadas con mi familia, así que tomé el nombre de *Capitán Hawke* todo el tiempo que navegué en esas aguas.

—¿Por qué?

Anthony se rió ahogadamente.

—Esa es otra historia que es mejor dejar para más tarde.

Katey alzó una ceja, intrigada, pero James debió haber estado conforme con su hermano, porque continuó con su primera historia.

—Cuando no negué el nombre, el pequeño diablillo me dijo que yo era su padre.

—¿Por qué presiento que no le creíste? —especuló Katey.

—Porque a esas alturas pensé que era de Tony.

—¿No lo hiciste? —Gritó Anthony—. ¿Todos estos años y nunca mencionaste eso?



—Ponle la tapa a eso, cachorro, y déjame llegar al final de esto. Con Jeremy sabiendo mi nombre, tuve que considerar que quizá no había nacido en El Caribe, sino en Inglaterra. Y tan pronto como ese pensamiento apareció, lo puso al alcance del territorio de Tony. Así que aunque no pensaba que Jeremy era mío, acepté que él probablemente fuera un Malory. Pero el niño no estaba allí silenciosamente esperando a que yo le abriera los brazos. Me estaba diciendo todo sobre su madre y la gloriosa semana que había pasado con ella... a lo que se dedicaba, si te interesa. Ella era una joven de taberna. Y en verdad la recordé después de que me la describió.

—¿Una joven entre miles? —bufó Anthony escépticamente.

—Pues bien, llevaba tres dagas, para que veas, una en cada bota, y una muy visible en su cinturón. Eso definitivamente lo recuerdo. Los clientes en su taberna sabían por experiencia que no estaba disponible simplemente para cualquiera. Ella había cortado en rodajas a unos cuantos de ellos para dejarlo en claro. Y era una cosita linda, como yo recuerdo, por lo que yo pasé una semana entera con ella. Había estado intrigado por su reputación con esas dagas cuando supe de ella. Y además, el pequeño diablillo estaba allí belicosamente insistiendo que yo era su señor, desafiándome que lo llamara mentiroso por su actitud arrogante. Pienso que eso fue más que otra cosa lo que me convenció. —James se rió ahogadamente.

—De tal palo tal astilla, ¿eh? —sonrió Anthony.

—Ciertamente.

Completamente fascinada con la historia por ahora, Katey preguntó:

—¿Pero cómo terminó él en El Caribe?

—Cuando tuvo la edad suficiente y comenzó a preguntarle a su madre tantas preguntas acerca de mí, ella tuvo la noción que yo debería conocerlo. Bastante valentía la de ella, debo decir.

—¿Por qué?

James alzó una ceja dorada.

—Confía en un americano para preguntar eso. Dile tú, Tony.

Anthony se rió ahogadamente.

—La esfera social, querida, un detalle particular de la aristocracia. Él era un par del reino. Una joven de taberna apareciendo en su puerta con un niño de la mano, bien, eso simplemente no se hace.

Katey estaba a punto de bufar, pero James regresó a su historia.

—Me había mudado al Caribe en ese entonces, de cualquier manera, y averiguado eso, ella también se mudó allí con su hijo. Pero es un área grande. Y no sabía el



nombre con el que yo andaba por allí, así que no tenía esperanza, realmente, de encontrarme. Murió poco antes de que yo descubriera a Jeremy, habiendo saltado un poco demasiado ansiosamente en una de las muchas riñas de bar que inevitablemente ocurren en tabernas pendencieras como en las que ella trabajó. El dueño estaba acostumbrado a que Jeremy le echara una mano, aún con su corta edad, y lo conservó. Francamente, el niño pudo haber sido comparado con un golfillo cuando lo encontré... y ciertamente hablaba como uno. Sin embargo era de esperar, después de criarse en tabernas.

—No noté eso en él —dijo Katey.

James sonrió abiertamente.

—Él ha hecho un largo camino. Claro, él nos tuvo a mí y a mi segundo oficial siempre tras su trasero por su gramática, así que aprendió rápido. Lo llevé al mar conmigo por algunos años, pero se puso demasiado peligroso, por eso nos compré una plantación en las islas con la intención de darle un hogar estable. Pero tuve que saldar cuentas en Inglaterra, lo cual nos llevó de vuelta allí, y subsiguientemente tuvo una reunión con mis hermanos que me trajeron de vuelta a Inglaterra para siempre. Meramente tuve un el último viaje de regreso al Caribe para cerrar mis asuntos allí, y una cosa condenadamente buena, ya que conocí a mi esposa en ese viaje.

Con vacilación, Katey preguntó:

—¿Tu familia aceptó a Jeremy sin ningún tipo de reparos?

—Mi querida niña, ese ha sido el punto al compartir esa historia contigo. Por supuesto que hicieron, incondicionalmente. Descubrirás que los Malorys son muy, muy fuertes con los vínculos familiares. Alimentamos y protegemos lo nuestro.

—Sí, hasta amamos a nuestra *oveja negra* —añadió Anthony con una sonrisa afectada hacia su hermano.

Pero James se dio prisa para replicar acaloradamente:

—Déjalo allí, viejito, antes de que...

Anthony lo interrumpió poniendo los ojos en blanco.

—Sí, sí, ya sé, antes de que me ayudes.

Katey, mirando uno y al otro en medio de los dos, tuvo que preguntar:

—¿Ustedes dos... se odian?

—Buen Dios, ¿qué te dio esa idea? —dijeron los dos al unísono.

Katey contuvo la risa.



## Capítulo 49

NO PARECIÓ TOMAR nada de tiempo el volver a Inglaterra. Mucho antes de lo que esperaba Katey, James anunció que llegarían a puerto ese mismo día más tarde. La diferencia de tiempo que les llevó llegar tan rápido no tuvo nada que ver con los fuertes vientos se dio cuenta. Fue el simple hecho de que en *El Oceanus* ella había previsto ver a Boyd todos los días, y cuando eso no pasó, el tiempo se había arrastrado como el paso de un caracol. ¡Y eso había sido más de la mitad del viaje!

Ella sabía el por qué ahora. Y había estado molestándola que muchas de sus reacciones a él se habían teñido de enojo porque había creído que este había estado ignorándola. Pero sus largas ausencias no habían sido en absoluto intencionales.

El tiempo pasaba volando en el viaje de retorno debido a la compañía que ella estaba compartiendo. Su padre. Su tío. Su familia.

Ella y Anthony pasaron despiertos casi cada hora. Tomaron lentos paseos durante mucho tiempo, alrededor de la cubierta y hablaron. Permanecían juntos en la cubierta por horas y hablaron más, apenas notando que el tiempo estaba poniéndose más frío durante el día a medida que dejaron las aguas calurosas del Mediterráneo.

¡Los almuerzos y las cenas duraron tres veces más que lo que normalmente duraban en la cabina de James! Anthony tenía años de historia de Malorys para compartir con ella, y ella se impregnó de todo, algunas veces sorprendida, asustada, divertida. Buen Dios, eran una familia fascinante.

Ella tomó su turno de hablar, y no sobre ella. Anthony consiguió que hablara sobre su madre cada vez más, y cada vez que lo hacía, parte de su enojo contra su madre se iba acabando, hasta que apenas quedó nada.

—¿Así qué Adeline estaba contenta en ese pueblo? —le preguntó él una tarde durante la cena.

Ella no tenía que pensar mucho sobre eso antes de decir:

—¡Ni una vez la observé en un momento de melancolía, probablemente porque siempre estaba demasiado ocupada para los momentos ociosos!

Katey estaba intentando hacerlo sonar ligero, pero estaba demasiado involucrado para estar divertido. Él parecía tener pegado en su mente que una mujer de su clase





no podría bajar en la escala social y poder vivir una vida feliz. Lo cual era absurdo. Un cierto estilo de vida no garantizaba felicidad.

James parecía ser de la misma opinión.

—Mi hermano es un snob —explicó.

—Demonios si lo soy —contestó Anthony.

—¡Lo eres malditamente bien, y uno frívolo además! —Pero para Katey, James agregó—: Él tiene miedo de que tu madre tuviera el corazón roto por tener que dejarlo, por la razón que fuera. Y considerando que conozco de hecho que dejó corazones rotos por toda Inglaterra durante sus años de libertino, estaba teniendo el mismo pensamiento.

Katey entendió y les aseguró:

—Si ella hubiera tenido el corazón roto, lo superó para cuando yo era bastante mayor para notarlo. Pero ahora que me ha hecho pensar sobre eso, no es algo que yo realmente tomara en cuenta en ese entonces, dudo que mis *padres* compartieran un gran amor de la clase que ustedes quieren decir. —Ella hizo una pausa, mientras hacía una mueca de dolor enfatizando la palabra padres—. Lo siento, pero él me crió. Yo no puedo dejar de pensar en él como mi padre.

—No seas tonta, gatita —dijo Anthony—. Aunque me habría gustado haber sido el que te criara, eso no le hace menos tu padre, también.

Ella cabeceó.

—Bien, puedo decir con certeza que se gustaban el uno al otro. Podría haber sido solamente que ellos se habían hecho grandes amigos, o podría haber sido más, pero se llevaron maravillosamente bien, nunca se peleaban. Reían mucho juntos, también. Y compartieron las mismas metas, mientras me criaban y manejaban la tienda. Incluso estaban planeando en agrandarla con un salón para beber antes de que él muriera. Gardener no tenía una taberna.

Ellos dos la miraron fijamente con tal horror de esas noticias, que ella se rió.

—Bien, les dije que era un pueblo pequeño. Y mi madre dejó esos planes cuando mi padre murió. Pero ella parecía crecer, mientras manejaba la tienda sola después de eso. Lloró su pérdida, sin embargo, durante un largo tiempo, así que si lo amó o no desde el principio, no sé, pero sí estoy segura que ella llegó a amarlo.

Aparentemente es lo que Anthony necesitaba oír.

—Haz tranquilizado mi espíritu, mi querida. Gracias.

Otra vez, cuando ellos estaban solos en la cubierta, ella confesó su hábito de hacer cuentos y el por qué había tenido ese hábito en primer lugar. Aunque desde que



empezara su viaje, había tenido diversión más que suficiente, haciendo que la imaginación no fuera más necesaria... una esperanza para el viaje que se había hecho realidad.

Katey sentía que podía hablar con Anthony sobre todo... excepto Boyd. No deseaba hablar sobre él definitivamente. Y cuando los Andersons eran mencionados, ahora eran parte de la familia, ella dirigía la conversación a otros temas.

—¿Su esposa sabe de mí? —preguntó Katey cuando ellos se acercaron a Inglaterra dónde Anthony ya le había dicho que pensaba llevarla a su casa con él.

—Ciertamente. Pero aún no le hemos dicho nada a Judy. Decidimos esperar hasta que estuvieras presente para darle esa placentera noticia. Habría sido imposible vivir con ella por otra parte. La jovencita no parece entender la palabra *paciencia* cuando está entusiasmada.

—¿A Roslynn no le importó?

—Estaba un poco molesta conmigo al inicio, pero sólo porque pensó equivocadamente que yo sabía desde el principio que tú eras mía y lo había mantenido en secreto con ella. Pero escuchó detrás de las puertas el día que lo descubrí, cuando James y yo estábamos discutiéndolo, y estaba de completo acuerdo en que fuera directamente a tu abuela por la verdad de todo esto. Así que no te preocupes, mi querida. Mi esposa es una mujer muy amorosa y estará encima de ti como una mamá gallina.

Katey hizo una mueca de alivio, pero ella se pegó a ese comentario sobre Sophie.

—¿Así que conociste a mi abuela? Mi tía no me permitió verla cuando estuve allí.

—Debe ser un hábito suyo, hacer una barricada contra la puerta —dijo Anthony, intentando hacerlo parecer suave, pero la memoria le hizo formar un ceño—. Me temo que nosotros tuvimos que forzar nuestro camino para entrar. La información que yo buscaba era demasiado importante para ser negada. ¿Pero qué esperaba Letitia informándome sobre ti y exigiendo que te mantuviera fuera de allí? ¿El tono de su nota prácticamente era una asunción de que yo ya conocía sobre ti, cuándo podría haberlo hecho? Que miserable y odiosa...

—¡Ninguna necesidad de argumentar! —Katey se rió—. ¡Estoy de acuerdo! Pero en cuanto a su asunción, bien, ésa podría haber sido mi falta por mencionarle a ella que yo estaba quedándome en Haverston. Qué había sido sugerencia de Judith, sabes. Estaba segura que eso prepararía el camino un poco, ya que *iba a enfrentar los leones*, qué fue cómo lo expresó. ¿Estás seguro que sólo tiene siete años? Su percepción e inteligencia son absolutamente asombrosas para un niño de esa edad.

Anthony se rió entre dientes.



—Ya sé lo que quieres decir. Constantemente me asombra con algunas de las cosas que dice, que es por lo qué siempre es un alivio verla a ella y Jack juntas riéndose tontamente como chicas normales de siete años. Pero ya puedo ver por qué su estrategia podría haberse vuelto contra ti ese día. Tu tía siempre ha tenido algo contra mí, o quizás contra mi familia, nunca estuve seguro por qué, y ella lo mantuvo para ella misma. Yo no tengo ninguna pista de cuál es su problema.

—Espero que mi abuela no sea como ella.

—No, en lo más mínimo. No estaba bien, o yo habría presionado por más información. Pero me prometió que hablaríamos de nuevo con más detalles cuando ella estuviera mejor. Yo mismo te llevaré a visitarla. Estoy seguro que tienes tanta curiosidad como yo, por averiguar por qué tu madre se escapó contigo a América, en lugar de venir a mí.

¡Ésos eran días felices que Katey pasó con su padre y tío, y agradecía cada información que compartieron con ella sobre los Malorys, como bocado de cardenal, que era mucho! Pero cuando ella se acostaba en la cama cada noche, sola, la única cosa que llenaba su mente era Boyd.

Ella había sobre reaccionado a su manipulación. Que había hecho él, excepto pasar sus defensas, y se alegraba que él lo hubiera hecho. Incluso recordaba su última cena con él, antes de que se intoxicara tanto, que él había sugerido que pasaran un día en una de las playas de la isla que pasarían pronto, y a pesar de cuan maravilloso había parecido, lo había rechazado rápidamente, asustada, considerando cómo se sentía sobre Boyd, para pasar sola con él algún tiempo. ¡Había tenido razón de temer eso! ¡Mira lo que había pasado! Pero no desharía esas horas con él, por nada en el mundo.

Del momento en que él había mencionado matrimonio y ella en la misma frase, había estado demasiado estremecida, lo que la llenó de pánico. Porque supo que él sería el fin de su viaje, que lo dejaría alegremente por él. Cada una de las razones que le había dado de porque ellos no deberían casarse era verdad, pero las había sostenido más para convencerse a sí misma que a él. Porque si cedía, sabía que lo sentiría después. Tenía demasiadas dudas para no esperar arrepentimientos.

Y mientras él había estado trabajando profundamente su camino en su mente y corazón, tanto como en aquel primer viaje con él a Inglaterra, tuvo miedo que él no sintiera lo mismo, que todo fuera sólo lujuria de su parte. ¿Por otro lado qué le había dicho él siempre a ella para hacerle pensar de otra manera? No es que ella no hubiera experimentado mucho de eso, también. Su pasión por ese hombre la asombraba. Pero sentía mucho más que eso. Y el mismo día después de que él se había quedado atrás en la estela del *Maiden George*, ya había estado extrañándolo.



## Capítulo 50

—AQUI ESTAMOS, sólo a un día atrás de ellos, y no tuvimos que echar el cañón por la borda al mar —dijo Tyrus cuando vino a pararse al lado de Boyd a la barandilla.

Boyd no apartó la vista del ocupado muelle de Londres para mirar al hombre más bajo. *El Oceanus*, como muchas otras naves ancladas en el Támesis, tendría que esperar su turno para llegar al muelle, lo cual tomaría días. Eso era por lo que un esquife ya se estaba bajando para llevarlo a él y algunos de la tripulación a tierra ahora. No por primera vez, pensó que la *Skylark* debería comprar un muelle privado fuera de la congestión de la ciudad.

Él supo que Tyrus hizo el comentario del cañón para sacarle una sonrisa. No funcionó.

—Si pensara que eso nos habría traído más rápidamente, probablemente habría ordenado tirar el cañón por la borda. Ellos llegaron aquí probablemente hace más de un día. —Era una nave malditamente rápida la que tenía Malory. Pero no importaba—. Katey estará instalada en la casa de su padre, no vale la pena que incluso intente verla.

—¿Eso va a detenerte?

Eso sí sacó una sonrisa a Boyd.

—Ni en sueños. Pero tú sabes cómo son los Malorys. He gruñido sobre ellos bastantes veces contigo. Así que pienso que necesito un poco de munición de mi parte en la forma de mi hermana. Por lo menos Georgie puede dejar a James fuera de esto. De Anthony puedo ocuparme, pero no de él y su hermano juntos.

—Odio mencionarlo, fanfarrón, pero tu oposición real va a ser la propia señorita. Te lo advertí no sacarla furtivamente de la nave, pero después de haberlo hecho, tú deberías haber sido sincero sobre eso.

—Iba a decirle antes de que llegaras a la isla, pero los piratas se presentaron primero. Infiernos, la noche que la saqué fuera de la nave ni siquiera pensé que tendría que hacer todo el camino antes de que ella se despertara, pero cuando lo hice, estaba tan aliviado de no estar en el medio de una pelea muy larga con ella que me relajé y dormí un poco también. Me desperté solamente un poco antes de que ella lo hiciera, así que en el apuro del momento hilé un cuento loco para explicarle nuestra presencia allí. Creí que lo encontraría divertido después, ya que es tan buena en los



cuentos que ella hila. Incluso podría haber pensado que era romántico de mi parte. —Tyrus resopló al oírlo así que Boyd agregó—: Algunas mujeres lo podrían haber visto de esa manera. Claro, pensé que ya tendría su consentimiento para casarse conmigo por ese entonces, también.

— ¿Le dijiste eso?

— Cielos no. Su descubrimiento de la treta antes de que se lo pudiera mencionar le quitó todo el entretenimiento. Además, para ese entonces ya no creía nada de lo que le decía.

En cuanto Katey dejó *El Oceanus* para ir al *Maiden George*, él se había arrepentido de no haberle hecho una confesión completa a Katey. Por eso se había puesto tan furioso con los Malorys una vez que se puso al día con ellos, porque ellos no le permitirían ni siquiera verla para que pudiera decirle eso. Todavía pensaba que ella no lo creería. Había estado demasiado enfadada. Pero había querido intentarlo por lo menos antes de que el mareo lo incapacitara.

Pero por primera vez, no se mareó en cuanto su nave zarpó. ¿La emoción extrema que soportaba era responsable de eso? ¿O era la paliza que Anthony le había dado? No, dudó por último. Había navegado antes y después de tener una buena lucha con alguno de sus hermanos, y algunos dolores o golpes no habían detenido la náusea en ese entonces.

Además, los golpes que Anthony le había dado no eran nada que él no pudiera soportar. Había tenido cosas peores de sus hermanos. Podría haber estado inconsciente brevemente, pero se había arreglado para bloquear los golpes que podrían fácilmente romper huesos.

Esperaba algo peor de Anthony, así que tenía el presentimiento de que el hombre mayor se había retenido, y la razón era bastante obvia. Anthony asumió que había llegado allí a tiempo de detener *la seducción*, así que le había administrado no más que una simple advertencia con sus puños.

¿Pero lo sabían ahora? Era posible. Katey había pasado mucho tiempo con ellos y podría haberlo mencionarlo. Boyd podría ir derecho a una situación dónde su cabeza sería volada por un padre enfadado. Dios, ¿por qué Katey tenía que resultar ser una Malory? Fue suficientemente malo cuando la familia se sintió agradecida con ella por rescatar a Judith. Pero ahora era uno de los suyos, y los Malorys iban por encima de todo cuando concernía a la familia.

—No —dijo Georgina rotundamente a Boyd unas horas después cuando él había llegado a su casa en la Plaza Berkeley—. Tienes suerte que no tomo un látigo contra ti. No voy a protegerte de James, no esta vez.



Lo que no presagió bien para Boyd fue que esa fuera su primera reacción a su comentario. Todo lo que había hecho era besarla saludándola y decirle que podría necesitar su ayuda. Debería de haber tomado buena nota de su sorpresa a su súbita presencia en su salón, como si ella hubiera pensado que no se atrevería a mostrar su cara por allí.

Con un suspiro, se sentó al lado de ella en el sofá.

—¿Qué te dijo tu marido?

—Que tú pensaste seducir a esa dulce muchacha en ese viaje y ellos la salvaron de tus garras antes de que pudieras hacerlo. Pero entonces ya sabía que ésa era tu intención cuando ellos navegaron tras de ti. Deberías de haber visto a Tony. Él parecía un volcán a punto de hacer erupción.

Boyd puso sus ojos en blanco.

—Sí, ya lo sé. Él hizo erupción sobre mí.

Un momento de preocupación fraternal llenó su expresión.

—¿Te hizo daño?

—No realmente.

—¿Está perdiendo su toque?

Él tenía que reírse de eso.

—Eso es dudoso. ¿Pero supongo que James no mencionó que la seducción fue su idea y la de Anthony?

Ella apuntó un dedo hacia él.

—No trates de usar esa táctica conmigo, Boyd Anderson. No estás pasando la prueba.

Él se rió entre dientes.

—Es verdad, tú sabes. Les pedí su ayuda, y la seducción fue la primera cosa que vino a sus mentes, pero ése es su fuerte, por eso es entendible. Pero el hecho es, que yo quise casarme con Katey antes de que navegáramos juntos. Infieros, ¡yo quise casarme con ella desde el primer día que la conocí!

—¿Por qué no me contaste esto antes de que partieras? —preguntó ella.

—Porque yo quería tanto a Katey, que no estaba pensando correctamente entonces.

Georgina le dio una mirada desaprobatoria, pero preguntó:

—¿Y eso no va a llevarte por buen camino ahora?



—No.

Ella abrió la boca entendiendo:

—Oh mi Dios, mejor desea que James no lo averigüe ahora.

—¿Averiguar qué? —preguntó James desde la puerta.





## Capítulo 51

ANTE LA REPENTINA LLEGADA de James, Georgina inmediatamente se puso en pie y se quedó como una barricada entre su marido y su hermano. No era que eso impediría a James alcanzar a Boyd si quería, por lo que Boyd se puso de pie y se preparó.

Pero James le dijo a su esposa.

—Relájate, mi vida. No voy a ensangrentarlo en presencia tuya.

—¿Así que voy a tener que permanecer pegada a su lado hasta el año siguiente?  
—dijo Georgina en disgusto.

James alzó una sola ceja dorada.

—¿Es tan malo, lo que no sé?

Ella dio rodeos.

—Depende de cómo lo mires.

—¿Y cómo sería eso? —preguntó James.

Ella comenzó a contestar, después detuvo su boca y tomó una expresión testaruda. James se encogió de hombros y casualmente entró en el cuarto, quitándose sus guantes y lanzándolos en una mesa cercana. Pero la conducta de James Malory podría ser engañosa. El hombre podía estar altamente furioso y aún así verse completamente sin emoción.

Él se detuvo delante de Boyd. Georgina no intentó abrirse paso entre ellos. Tenía su palabra de que él no ensangrentaría Boyd. Aunque nada se había dicho de no romper huesos. Boyd no tomó una postura defensiva, pero no relajó su guardia, tampoco.

—Oigámoslo —dijo James sin expresión alguna.

—Estábamos simplemente discutiendo de Katey, lo cual probablemente ya has adivinado. Y quizá tú puedes contestar mejor a esto. Estaba dispuesta a abandonar mi barco por el tuyo para regresar aquí, ¿pero está ahora tiene un prisa desgarradora de marcharse en su viaje por el mundo otra vez?

—Para nada. Está encantada con su nueva familia y está contenta de quedarse en Inglaterra para conocernos. Al menos por lo que dure el invierno.

—¿En serio?



A James aparentemente no le gustó lo contento que sonó Boyd por esa información.

—¿Qué maldita diferencia hace? —dijo brusco.

—Porque eso me da razón para creer que se casará conmigo ahora.

—¿Oh? ¿Y qué te hace pensar que el resto de nosotros te aceptaremos?

—James Malory —comenzó Georgina como advertencia.

Pero Boyd estalló de risa.

—Es suficientemente malo que tenga que pelear por Katey con uñas y dientes, por así decirlo, para hacer que admita que me ama, pero tengo que combatir a los Malorys, ¿también?

—Tengo noticias para ti, yanqui. Nosotros no admitiremos que te amamos... nunca.

Boyd puso sus ojos en blanco.

—Sabes lo que quise decir. Quiero a Katey como mi esposa. Creo que lo entendiste antes de que dejara Inglaterra con ella.

—Eso era antes que se convirtiera en mi sobrina. Ahora que lo es, no la puedes tener.

—No es decisión tuya, es decisión de ella.

—¿Te importaría hacer una apuesta sobre eso?

Boyd no perdió su calma, el tema era demasiado importante.

—Su única objeción para casarse conmigo es su maldita excursión mundial. Ella supone, por alguna razón, que una vez que se case y tenga hijos nunca podrá viajar otra vez. Pero si está dispuesta a privarse de su viaje por un invierno entero, entonces quizá esta reunión con una familia a la que nunca conoció ha cambiado sus prioridades, o al menos la ha hecho valorar más a la familia.

—Piensas que eso hace una diferencia, ¿no?

Boyd suspiró.

—James, me preguntó si yo la esperaría. ¿Qué te dice eso?

—Me dice que tú y ella tuvieron una conversación bastante seria. ¿Qué más tuviste tú?

Boyd no contestó. Georgina rápidamente se abrió paso entre ellos y ahuecó las mejillas de su marido entre las manos de ella. James no era estúpido. El silencio de Boyd era la respuesta que él no quería oír.



—Sabes que eso lo cambia todo —le dijo ella—. Así fue con nosotros, con mis hermanos. Nos dejaron casar...

—Insistieron —la interrumpió él para corregir.

Georgina frunció sus labios.

—No vayas a eso —le advirtió a James.

Le sonrió dulcemente a su marido, a pesar de su semblante ceñudo. Boyd se las arregló para no reírse de ellos. ¿Realmente pensaban esos dos que él y sus hermanos nunca se habían dado cuenta? James les había forzado la mano cuando les había hecho saber que su hermana dulce, inocente había compartido su cabina... y bastante más... con él. Y él lo hizo deliberadamente.

—¿Y qué me dices de Amy y Warren? —Continuó Georgina—. Tan pronto como tú y tu hermano los encontraron en la cama juntos, cambiaron sus oposiciones hacia él, ¿no es verdad? Los habrían arrastrado directamente hacia el altar si Amy tercamente no hubiese cavado sus talones y hubiese insistido que no lo tendría hasta que él se le declarase.

—Planteaste tu punto, George —dijo James con una mirada agria que luego prendió en Boyd—. ¿Voy a asumir que no te saliste con la tuya con ella sin su permiso?

—Eso no está ni cerca de ser gracioso, Malory.

—No era esa mi intención. Y ya que tu indignación contesta eso, entonces, sí, desafortunadamente, esto sí lo cambia todo. Pero no creas que convencerás a Tony así de fácil. Está muy quisquilloso ahora mismo por esta hija en particular. Años perdidos, arrepentimientos, auto-culpa... a pesar de cuán suavemente ella esta encajando en su familia, aún todo esta pesándole sobre sus hombros.

—Sí, pero vas a estar del lado de Boyd en la discusión, ¿no es así? —dijo Georgina con aire satisfecho.

Se alzó una de las doradas cejas de James.

—¿No basta con que no voy a matarlo?



## Capítulo 52

KATEY MIRÓ FUERA DE LA VENTANA DEL COCHE. La mansión Millard se veía adelante. Los árboles en el camino y alrededor de la mansión estaban ahora yermos, vacíos de hojas, como las vidas dentro de esa gran casa. Su padre la estaba llevando allí. Roslynn se había ofrecido a venir. Judith, también, había querido venir pero Anthony no se los había permitido. Sólo había dicho que era algo que Katey y él tenían que hacer, pero Katey sospechó que tenía miedo de que su visita se pusiera desagradable y no deseaba exponerlas a eso. Después de todo, tendrían que pasar de nuevo sobre Letitia para ver a su abuela.

Katey sostuvo la mano de Anthony en el coche y se repitió a sí misma una y otra vez que esta otra familia suya, los Millards, no eran ya importantes para ella. Tenía la familia de su padre ahora, y ellos le habían dado la bienvenida sinceramente en sus vidas. Desde el momento que había entrado en su casa en Piccadilly y Judith había venido corriendo abrazándose a su cintura con el abrazo más grande del que ella era capaz, Katey había estado llena de paz.

—Yo lo sabía, yo lo sabía. —Judith había exclamado con burbujeante deleite—. ¡Tenía que haber una razón para que me gustaras tanto, y la había!

—Y cómo lo supiste —preguntó Katey con una sonrisa calurosa—. Creía que no te lo iban a decir.

Roslynn Malory apareció y dijo:

—Tony envió a un mensajero que nos informó que ya regresaban. ¡Sentí que debía prepararla, es una buena cosa que no les haya tomado demasiado tiempo llegar aquí! Bienvenida a casa, Katey.

Roslynn vino a abrazarla, también. Katey había llorado. En ese momento, ella sintió realmente que tenía un hogar nuevamente. Y Anthony entró mascullando algo sobre las mujeres y sus contradictorias lágrimas de felicidad.

Había sido un regreso al hogar real. Los Malorys entraron y salieron durante todo ese día y el siguiente, todos ellos vinieron a asegurar al más nuevo miembro de su familia cuán alegres estaban de tenerla. No tenía ninguna duda después de eso, ninguna. ¡Y anoche en la cena familiar Roslynn había arreglado que Katey conociera



a uno de los hermanos de Boyd también, Warren, el otro hermano al que ella estaba emparentada ahora por matrimonio!

Qué sorpresa resultó ser Warren Anderson. Casado con su prima Amy, la hija más joven de Edward, Warren no se parecía en nada a Boyd. Más viejo, más alto, ella nunca habría supuesto que él era hermano de Boyd y Georgina si no se lo hubieran dicho. Ella no habría supuesto tampoco que él era parte de esta familia, por algunos de los comentarios despectivos que escuchó que los hombres Malory le hacían.

— ¿De vuelta, yanqui? Qué lástima.

Ése había sido el comentario de James, pero Anthony fue rápido en unírsele:

— Realmente deberías hacer viajes más largos... y deberías dejar a Amy y los niños en casa. Ellos podrían extrañarte un poco, pero ten la seguridad que nosotros no.

— Déjalo —le dijo James a su hermano—. Es demasiado denso para captar la indirecta.

Ellos parecían tan serios, Katey se sorprendió lo suficiente como para preguntarle a Roslynn por él cuando la encontró sola.

— ¿Por qué los Malorys ridiculizan a los Andersons?

— No lo hacemos —le aseguró Roslynn rápidamente—. Principalmente son sólo Tony y James. Esos dos forman un frente sólido contra la oposición, y, bien, los Andersons intentaron colgar a James cuando lo conocieron primero. Ellos también lo dejaron sin sentido. Y a pesar de saber que su hermana lo amaba, intentaron mantenerlos a él y Georgina separados.

— Yo oí hablar de eso —admitió Katey.

Roslynn se rió entre dientes.

— Bien, has visto cómo es James, así que puedes entender porque tenían reservas sobre confiar a su única hermana a él. Pero aunque parece que lo desprecian, no son serios sobre eso estos días, y Warren lo sabe.

Katey entendió... un poco. Y ya que Warren estaba divertido y simplemente se rió de los comentarios, él sabía obviamente que los hombres Malory realmente no estaban intentando insultarlo.

Éste era el hermano más viejo que Boyd le había mostrado como ejemplo a ella, de un hombre que llevaba a su esposa y familia al mar con él. Y Amy, vivaz, gallarda, burbujeante de felicidad como champaña, al parecer no le molestaba ese arreglo en absoluto. Era la segunda mujer en la familia que tenía esa oscura apariencia gitana de su antepasado de la misma manera que Anthony. Pero tenía otra cosa que era muy extraña.



Riéndose sobre eso, Amy dijo:

—Realmente no digo la fortuna, simplemente es que tengo algunos sentimientos muy fuertes.

—Ella hizo que nos apresuráramos de vuelta a Inglaterra porque presintió que iba a haber un nuevo Malory en la familia —agregó Warren—. Como de costumbre, tenía razón.

—¡Creí que sería un nuevo bebé! —Amy se rió entre dientes—. Pero me alegro que seas tú, Katey. Tú y yo vamos a ser las mejores amigas, ya verás —dijo ella con confianza absoluta, entonces se acercó para susurrar—: Olvida ese dolor de corazón, querida mía. Tú vas a estar más contenta aquí de lo que puedas imaginar. Ya he apostado sobre eso.

¡Katey no supo hasta después de que Amy y Warren se fueran a su casa que Amy nunca había perdido una apuesta en su vida, que si ella quería que algo sucediera, tenía que apostar sobre eso y meramente pasaba! Jeremy le dijo todo a Katey de la rara habilidad de Amy y se quejó de cuán a menudo Amy había usado esas apuestas contra él. Katey sintió que era todo absurdo. ¿Un chiste familiar, quizás, que ella aún no había oído el final del chiste?

¡Pero el comentario de Amy sobre el dolor de corazón también había estado demasiado cerca de la verdad, cómo pudo ella saber que Katey había pasado horas en el pequeño balcón fuera de su cuarto después de que se retiró la primera noche allí, mirando, esperando, deseando la llegada de Boyd, y lo había hecho de nuevo anoche! Después de dos días de su retorno a Londres, estaba empezando a temer que él no iba a regresar en absoluto a Inglaterra, que las cosas que le había dicho enfadada sobre nunca querer verlo de nuevo le habían convencido que perdiera el interés en ella.

¡Pero nadie en la familia sabía de sus miedos, así que Amy no podía saberlo! Katey sólo les permitió ver su felicidad de estar allí y ser una parte de la familia, porque esa felicidad era muy real.

Y entonces Anthony le informó en el desayuno esa mañana que en cuanto ellos llegaron, él había enviado un hombre inmediatamente a Haverstown para averiguar la condición de salud de Sophie de su doctor.

—No me expondría a que Letitia intentara detenernos exigiendo que tu abuela todavía no está bastante bien para una visita. Y el doctor me informó que ella está bien. Tan sana y cordial como una mujer de su edad puede estar. Así que si te gustara dirigirnos a Haverston hoy, yo ya le dije a Ross que empacara para una larga visita.



Ellos dejaron Londres antes del mediodía, Anthony, Roslynn, Judy, y ella. Ellos no llegaron a Haverston hasta casi la tarde, sin embargo. Anthony sugirió que esperaran hasta la mañana para dirigirse a donde lo de los Millards, pero Katey no quiso esperar. No estaba todavía bastante oscuro y quería ver a su abuela en seguida para que pudiera disfrutar unos días en Haverston sin esta reunión que pendiera sobre de ella.

Ella había pensado que no necesitaba nada más para rellenar la herida abierta en su vida por la muerte de su madre, porque ahora tenía los Malorys. Pero la misma ansiedad que había estado presente la última vez que se había acercado a esta mansión estaba de nuevo allí. Se había estado engañando. Profundamente, en su interior deseaba que la familia de su madre fuera parte de su vida.





## Capítulo 53

—ESTOY SEGURA QUE USTED ESTARA ENCANTADO de saber que en cuanto Madre se sintió mejor, me dio una severa reprimenda.

Aquellas fueron las primeras palabras que Letitia Millard dijo cuando abrió la puerta y extendió su brazo con un adorno exagerado para introducir a Anthony y Katey dentro. La exageración hizo claro que no era su opción permitirles entrar en la casa.

Anthony había prometido que él se comportaría de la mejor manera por la seguridad de Katey. Ella no estaba muy segura lo que eso significaba, pero incluyó una inclinación cordial a Letitia y el comentario:

—¿Ayudaría saber que tengo parientes a los que también preferiría cerrarles la puerta?

—¿Simpatía, Malory? Guárdesela —dijo Letitia amargamente—. Usted sabe exactamente donde nosotros estamos parados.

—No, usted lo sabe, yo no. Pero, por eso estoy aquí, ¿no es así? Para averiguar.

Letitia hizo un sonido de aversión y marchó hacia el salón. La siguieron. Y allí sentada estaba Sophie Millard, la única abuela viva de Katey. Los ojos y expresión de Katey se llenaron de maravilla. Sophie no era tan vieja como ella había esperado. Ella estaba a mitad de los sesenta. Su pelo negro recién estaba empezando a ponerse gris. Sus ojos esmeraldas todavía mantenían una chispa viva. Y Katey vio a su madre tan claramente. Si Adeline hubiera vivido hasta esa edad, así es cómo habría lucido, Katey estaba segura.

Una pesadez llenó su pecho y garganta, entonces empezaron las lágrimas. Quiso correr y abrazar a Sophie, pero sus pies se pegaron al suelo. Sophie podría haber tratado educadamente a Anthony y James cuando la habían visitado hacia unas semanas, pero ellos eran de la misma clase social que ella. Katie temía que Sophie podría tratarla igual que Letitia.

Olvidado de la emoción que estaba asfixiando a Katey, Anthony parecía también sorprendido por la apariencia de Sophie y dijo:

—Señora, usted está espléndida, años más joven que en su lecho de enferma.

Sophie se rió entre dientes.

—Qué cumplido tan extraño, pero no obstante se lo agradezco, Sir Anthony.



Ella no había mirado todavía a Katey, pero ésa era falla de Anthony. Bastante involuntaria, él frecuentemente capturaba la atención de las mujeres porque era increíblemente guapo, así que era entendible que los ojos de Sophie habían ido a él cuando entraron.

Sophie miraba a Katey ahora y sus ojos se ensancharon. No había necesidad de presentaciones. Ambas se habían reconocido al instante.

—Buen Dios.

Eso fue todo lo que Sophie dijo. Los segundos pasaron, una eternidad en la mente de Katey. No podía respirar. Iba hacer una completa tonta de ella misma y desmayarse.

Y entonces oyó lo que había rogado oír.

—Ven aquí, niña.

Sophie estaba abriéndole sus brazos. Katey no necesitó otro estímulo. Voló por el salón, cayendo sobre sus rodillas en el suelo delante de Sophie y poniendo sus brazos alrededor de la cintura de su abuela, su mejilla en su pecho. Era suficientemente alta para hacerlo, y sus lágrimas brotaron en serio ahora mientras su abuela la abrazaba.

—Nada de eso —le riñó Sophie suavemente—. Detén esas lágrimas. No puedes imaginar cuánto he anhelado este momento, conocerte finalmente. Siéntate aquí y permíteme verte.

Katey se sentó en el sofá con una sonrisa avergonzada. Ella limpió un lado de su mejilla con sus dedos; Sophie limpió el otro lado.

—Oh, mírate —dijo Sophie con asombro—. Tú tienes sus ojos. Tú tienes nuestros hoyuelos.

Ambas sonrieron abiertamente, haciendo que esos hoyuelos fueran más destacados. Ellos eran más profundos en las mejillas de Sophie debido a la piel más suelta de sus años avanzados, pero de aquí era donde Katey había heredado los suyos.

Anthony se quejó cuando tomó asiento enfrente de ellas.

—Desearía haber visto el parecido más pronto. Cuando conocí a Katey después de su llegada a Londres, ninguno de nosotros tenía ni idea.

—Una madre ve las cosas de manera diferente, y una abuela también lo hace —le dijo Sophie—. Y qué vergüenza para usted, Sir. Cuando implicó que regresaría por respuestas, me debería haber dicho que estaría trayendo a mi nieta con usted.

—Ésa no era una garantía. Tenía que encontrarla primero. Ella había dejado Inglaterra.



—Ah, en ese caso está perdonado.

Anthony levantó una ceja a Letitia antes de que dijera a Sophie:

—¿Está empezando a parecer como si no le hubieran dicho que Katey vino aquí sola, y en lugar de ser bienvenida, se le mostró la puerta y se le dijo que nunca regresara?

—No, Letty sólo admitió su rudeza con usted y su hermano.

Todos los ojos estaban ahora en Letitia. La mujer no parecía avergonzada en lo más mínimo. De hecho, su expresión se puso más terca cuando en su defensa señaló:

—Usted ha estado deprimida desde que ese abogado que contrató en América envió la noticia de la muerte de Adeline. Tres veces ha estado bastante enferma como para llamar al doctor desde entonces. Esta tristeza tiene que terminar. ¡Está matándola! Y *ella* —Letitia señaló con un dedo acusador a Katey—, ...lo habría hecho simplemente peor. Ella va a devolverle todos los pesares y recriminaciones...

—Deténte —cortó Sophie—. Yo no soy la que tiene remordimientos. No soy la que envió lejos a Adeline. Y mi tristeza empezó el día que ella dejó Inglaterra.

Antes de que su pelea fuera peor, Katey intervino:

—¿Por qué partió ella? Ella me dijo que ustedes la habían repudiado, pero estoy empezando a pensar que fue al revés.

—Estoy segura que tienes razón —dijo Sophie con un suspiro cordial—. El error de Adeline fue ir a su hermana por consejo sobre el bebé en lugar de venir a mí. Con seis años de diferencia en sus edades, ellas no habían sido nunca muy cercanas. Y Adeline no supo que Letty ya nos había convencido que Sir Anthony estaba divirtiéndose simplemente con ella mientras él estaba en Haverston para las fiestas.

—Yo me di cuenta de que su marido no pensaba que yo era serio —dijo Anthony—. Que él estaba solo siguiéndome la corriente.

—De hecho, todos nosotros pensamos que usted se aburriría pronto y volvería a Londres. Que un bebé era en cambio el resultado que parecía apoyar el argumento de Letty que usted era simplemente un libertino, y ella fue directamente a mi marido, Oliver, con las noticias. Lo qué siguió pasó tan rápidamente, todo en el mismo día, que nunca tuve una oportunidad para asegurarle a Adeline que apoyaría cualquier decisión que ella tomara. Nunca soñé que esa decisión sería dejar la casa.

—¿Pero por qué ella no vino a mí? —exigió Anthony.

—Oh, iba a hacerlo. Nunca lo dude. Ésa fue su primera respuesta cuando Oliver le dio su cruel solución, que la enviaría fuera para tener el bebé en secreto, y luego le obligaría a regalarlo. Ellos la agobiaron con su enojo cuando protestó. Mi marido, y



Letitia sobre todo, colocaron tanta culpa y vergüenza en sus hombros, fue una maravilla que pudiera tomar cualquier decisión en absoluto ese día. Cuando dijo que iría a usted, mi marido la encerró con llave en su cuarto. Pero Letitia, con toda la animosidad que tenía contra su familia, fue ella quién le advirtió que usted nunca se casaría con ella, que sólo había estado jugando con ella. Adeline debió creerle.

—Eso no era verdad —insistió Anthony.

—No importa si lo era o no, si lo creyó lo suficiente para decidir la acción que tomó en cambio.

—¡Pero yo quería casarme!

—¿Usted se lo dijo?

—No, yo no le había dicho todavía. Estaba trabajando en eso. Quise cortejarla propiamente primero.

—¡Y seducirla! —interpuso Letitia, haciendo ruborizar a Anthony.

Sophie agitó su cabeza tristemente.

—Dudo que le hubiera importado a mi marido que sus intenciones fueran honorables. Letitia era la favorita de Oliver, y ella concentró su enojo contra su familia desde el primer día que usted vino a casa, lo suficiente para que él no considerara una unión aún cuando usted lo hubiera pedido. Ella sacó a luz cada escándalo asociado con su familia que había podido averiguar, que el marqués estaba criando a un bastardo como su heredero, los duelos en que James había estado envuelto a causa de mujeres, que usted ya había tenido numerosos asuntos escandalosos desde que se mudó a Londres, demostrando que no había ido a buscar una esposa, que usted estaba siguiendo allí, en cambio, los pasos desenfrenados de su hermano James.

—No había necesidad para James o para mí de casarnos ya que nuestros dos hermanos mayores tenían herederos masculinos —dijo Anthony en su defensa—. Ciertamente no tenía ningún plan de hacerlo antes de conocer a Adeline. Enamorarme de ella cambió eso. —Los ojos de Anthony se estrecharon de repente—. ¿Por qué se permitió que eso pasara igualmente? Si todos ustedes pensaban lo peor de mí, para empezar, ¿por qué simplemente no me mostraron la puerta?

Sophie lo amonestó:

—Usted es un Malory. ¿Realmente necesita preguntar eso? Oliver no quiso insultar a su familia. Y además, pensamos que usted se aburriría lo bastante pronto y se volvería a Londres.

—Adeline no dio ninguna pista en absoluto de que cualquiera de ustedes tenía malos sentimientos hacia mi familia. ¿Por qué eso?



—Porque ella no lo supo, no hasta ese día que nosotros supimos del bebé. Antes de eso, mi marido temió que ella terminaría insultándolo, era en ese entonces tan joven e impulsiva. Así que solamente fue advertida de que no le diera mucho valor a su atención, que estaba siendo meramente amable. Se le enfatizó que no estaba en el mercado matrimonial. Y esperamos, y deseamos, que usted simplemente se marchara.

Anthony rastrilló una mano agitadamente a través de su pelo.

—Buen Dios, debió de haber sabido que la protegería a ella y nuestro bebé de los crueles planes de su padre. Todavía no entiendo porque no se arriesgó a venir a mí.

—Porque me creyó que usted no se casaría con ella, y ¿por qué no habría de creerme? —dijo Letitia orgullosamente—. Era la verdad como parecía, que su único interés era coleccionar conquistas. Estaba devastada, claro, pero eso era lo que se merecía por sucumbir descaradamente a su seducción. Y mientras nuestras reacciones pueden parecerle crueles a usted, sabe tan bien como yo que las intenciones no tienen sentido si nadie más que usted mismo las conoce. No había hecho nada en su vida a ese punto que sugerir que estaba en un rápido camino a volverse un libertino, como todos nosotros estamos conscientes, ha tenido más que éxito al serlo por muchos años.

Incluso Katey supo que su padre no podía negarlo, pero Sophie tuvo piedad de él.

—Eso eran meras suposiciones, Sir Anthony, pero éstos son los únicos hechos que cuenta la historia. Mi marido y Letty constantemente estaban inspeccionando a Adeline, varios veces por hora, para asegurarse que todavía estaba encerrada con llave en su cuarto. Un sirviente fue despachado para vigilar Haverston e incluso aplazar su visita ese día, si fuera menester. Adeline sabía eso. Así aun cuando ella hubiera tenido fe en usted a pesar de lo que Letty le había dicho, obviamente creyó que podrían encontrarla rápidamente si iba a Haverston. Y le habían dicho que Oliver iba a llevarla en una nave al Continente a la mañana siguiente para alejarla de usted, y que no volvería a casa hasta que después que su bastardo no fuera más una molestia a nuestra familia. Él nunca supo cuán desesperada estaba ella por conservar al niño. A pesar de su estrecha vigilancia sobre ella, escapó por su ventana. Nosotros nunca la vimos de nuevo. Tenía una carta suya en que me decía que se había casado y había ido a criar a su niño en América. Nunca perdoné a mi marido por alejarla de nosotros.

—Tú tampoco me perdonaste —dijo Letitia amargamente, con un dejo herido en su expresión.

—Claro que lo hice. Ambas eran mis hijas. No escogí una favorita como tu padre hizo. Eras lo suficientemente miserable ya. No me necesitabas agregándote



recriminaciones. ¿Cuántas veces te dije que lo dejaras pasar, soltar el pasado y seguir con tu vida? Pero tú nunca dejaste de odiar el mundo por la mala mano que te había dado. Pero lo que va a detenerse es que tomes decisiones por mí. ¿No se te ocurrió ni una vez que la presencia de Katey en nuestras vidas podría ayudar a sanar esas viejas heridas? ¿Cómo pudiste rechazarla sin decírmelo incluso?

—¡Estabas enferma!

—Eso no cambia las cosas, mi muchacha, y tú lo sabes.

—Ella es una Malory —gruñó Letitia—. ¡Ellos nunca serán bienvenidos aquí!

—Ah, al fin al punto —indicó Anthony, y su expresión se volvió claramente amenazante, como lo hizo su tono cuándo agregó—: Le importaría permitir que los Malorys supieran ¿por qué somos tan detestados? Los escándalos no generan este tipo de malicia personal.



## Capítulo 54

EL SILENCIO EN EL CUARTO era denso, lleno de enojo mientras Anthony y Letitia se miraron uno al otro fijamente. Sophie les miró molesta. Todavía estaba sosteniendo firmemente la mano de Katey en su regazo, casi como refrenando a Katey de unirse a la riña.

—Se lo vas a decir tú, Letty, ¿o debo hacerlo yo? —preguntó Sophie finalmente cuando no hubo respuesta de su hija.

Letitia cerró su boca más firmemente, luciendo furiosa. No quería decir nada, deseaba guardar su secreto. Obviamente Sophie discrepaba y tenía la última palabra sobre eso.

Pero como si las emociones no fueran tensas, Sophie por accidente inquirió:

—¿Cuántos años tenías, Letty, cuándo te enamoraste de él?

—Catorce —masculló Letty.

—Demasiado joven. Ese amor debería haberse marchitado hace tiempo. Ella ni siquiera lo vio desarrollarse. Pero surgió y se hizo más fuerte.

No estaba claro a quién Sophie estaba hablando. ¿A ella misma, al gran salón? Sus ojos permanecían tristemente en su hija.

Anthony, observándolas a ambas, estalló:

—¡Usted no puede estar sugiriendo que ella estuviera enamorada de mí!

Sophie lo miró y se rió entre dientes.

—Cielos, no, usted todavía era un niño en ese entonces. Era a su hermano Jason al que echó el ojo y su corazón en el primer momento que ella lo vio.

Incrédulo, Anthony dijo:

—¿El serio y sensato Jason? Ha sido la cabeza de nuestra familia desde que tenía dieciocho años. Él nunca tuvo tiempo para socializar, mucho menos para pensar en romance.

—Bien, en ese entonces era realmente un tipo apuesto. Y Letty frecuentaba Haverstown con la esperanza de que él pudiera hacer una de sus raras apariciones en el pueblo y podría darle una oportunidad para hablar con él.

Los ojos de Anthony se ensancharon.





—Creo que estaba con él una de esas veces. Ella nos detuvo para charlar. Recuerdo que pensé que ella estaba mostrando su corazón en sus ojos, pero Jason no lo notó.

Al recordatorio de cuan insignificante había sido a los ojos de su amor, Letitia gruñó:

—¡Él nunca lo notó! La mitad de las veces que le hablé, ¡le tuvieron que recordar quién era yo!

—¿Usted esperaba más? —Se mofó Anthony—. Incluso aún no estaba fuera del salón de clases. Además, entre criar al resto de nosotros y manejar la propiedad, Jason tenía siempre demasiado en su mente.

—Pienso que usted entiende mal, Sir Anthony —aclaró Sophie en un tono consolador que devolvió un grado de calma al cuarto—. Esto siguió durante años, incluso después de su introducción a la sociedad. Letty tuvo su presentación en Gloucester cuando ella tenía dieciocho años. Trató que no fuera allí, pero Oliver insistió. Durante dos temporadas ignoró todas las ofertas. Todo lo que quería era venir a casa para poder estar de nuevo cerca de Jason, aun cuando sólo podía verlo unas pocas veces por año. Después de dos temporadas infructuosas, Oliver dejó de insistir.

—¿Por qué simplemente no le dijo a Jason lo que sentía? —preguntó Anthony.

—No parecería ahora, pero era bastante tímida. Además, una dama nunca es tan osada. Usted sabe que es así tanto como yo.

—Cuando está estropeando su vida, quizá debería serlo —contestó Anthony.

—Yo lo iba a hacer —admitió Letitia en voz baja—. Le pedí a madre que lo invitara a cenar. Fue un error. Todo lo que él hizo fue charlar sobre sus flores y cosechas en lo que mi padre no tenía el menor interés, y él juró después que no volveríamos a invitarlo de nuevo.

—¿Asumo que sus padres no supieron sobre este gran amor que usted albergó? —le preguntó Anthony a Letitia.

—Claro que no. Y nunca tuve oportunidad para hablar con él a solas esa tarde.

—¿Por qué no se dio por vencida entonces? —preguntó Anthony cuidadosamente—. Mi hermano no le dio al parecer ningún estímulo en absoluto, escasamente incluso sabía que usted existía. ¿Por qué se aferró a la esperanza de que cambiaría?

—¡Por qué lo amaba! Incluso cuando oímos hablar de su bastardo y que él iba a criarlo y hacerle su heredero legal, continué amándolo. Era una indiscreción que obviamente no significaba nada para él, desde que no se casó con la madre del muchacho, quienquiera que fuera ella. Entonces su hermana murió y él terminó



criando a su hija también. Ese acto fue algo tan hermoso, pero los dos jovencuelos se le iban de las manos. ¡Y allí fue cuando él destrozó mi corazón! —Gruñó Letitia—. En lugar de buscar una esposa más cerca de casa quien sería una madre para ellos, él pidió un favor y en cambio trajo a Frances, la hija de un conde, a casa. ¡Yo soy la hija de un conde! ¡Yo habría amado a esos niños y habría sido la madre perfecta para ellos!

—Sí que él cometió un error con Frances —tuvo que admitir Anthony.

—¿Un error? ¿Así es como lo llama? Lo despreciaba. Su padre la forzó al matrimonio, pero no lo honró. ¡Toda la vecindad supo que unión horrible era! Ellos vivieron como extraños todos esos años hasta que él provocó todavía otro escándalo en su familia cuando se divorció.

El tono acerbo de Letitia hizo contestar defensivamente a Anthony.

—Todo porque usted no tuvo el sentido común para declarar su caso y por lo menos hacerse un poco más memorable a mi hermano antes de que él se enfrentara con la necesidad inmediata de una esposa...

—¡Cómo se atreve!

Él levantó una ceja.

—Yo soy un Malory, ¿recuerda? Usted ya me ha juzgado como escandaloso, así que maldita sea, expondré las cosas como las veo. Jason estaba desesperado por una esposa cuando nuestra sobrina empezó a convertirse en una pícara jovencita. Si usted hubiera tenido las agallas para perseguir lo que quería, en lugar de esperar para que sucediera sin un esfuerzo real de su parte, entonces él podría haberla recordado cuando estaba buscando una esposa que fuera una madre para los dos jovencitos.

—Usted, señor, vivió demasiado tiempo en la peor escoria de Londres —le contestó Letitia—. Usted ya no tiene ninguna noción de lo que una verdadera dama debe hacer.

Anthony estaba obviamente conteniendo una risa.

—Bien —dijo él de acuerdo—. Usted tiene razón y pido su perdón. Contuvo su lengua y esperó lo mejor, lo cual la mantuvo de entrar en la mente de Jason cuando él debía escoger a una esposa. Así que él termina tomando la peor opción posible, cuando él podría haberla tenido a usted en cambio. Tiene razón, Letitia. Su elegante manera de guardar sus sentimientos en secreto era la mejor manera.

Un rojo brillante tiñó sus mejillas, Letitia estaba tan enfadada.

—¡Usted es despreciable!



—Espere, permítame terminar primero, y posiblemente usted pueda proponer un epíteto con el que no me haya ultrajado todavía.

—Yo estoy segura que no es posible.

—¡Touché! ¿Pero cómo llamaría usted a sus propias acciones, Letitia? ¿Excelentes? ¿Sin reproches? Usted sabe, Jason no quería casarse en ese entonces. No tenía tiempo para una esposa. Pero él hizo el sacrificio a causa de los niños, para darles una madre. Cómo no la escogió para el papel, su amor por él se volvió odio. Y usted pintó a su familia entera con el mismo pincel, odiándonos a todos por asociación, y se aseguró que su padre también lo hiciera. Bajo circunstancias normales, su padre habría venido, golpeando a mi puerta y habría exigido que yo hiciera lo correcto con su hija, yo habría estado encantado de hacerlo. Pero se aseguró que eso no sucediera. ¿Eran celos, Letitia? ¿Usted no podía resistir que Adeline pudiera ganar un Malory cuándo usted no pudo?

Ella sólo le lanzó dagas con su mirada. Anthony agitó su cabeza con aversión. Katey que había guardado silencio cuando escuchaba toda esa bilis derramándose alrededor, finalmente sintió algo ella también. Ésta era su madre que había pasado a través de ese infierno, de habersele dicho que podría tener a su niño, pero que no podría conservarlo. Katey no podía empezar a imaginar cómo debería haber sido. ¿Y para qué? ¿Un amor no correspondido que había vuelto a Letitia tan agria y amargada que ella deseó que todos los demás fueran tan miserables como ella?

Katey miró fijamente a la mujer responsable, quién había extendido su dolor de amor para que todos lo compartieran.

—Usted se aseguró que mi madre no podría casarse con el hombre que ella quería casarse. Le obligó a que huyera lejos a otro país, que abandonara su casa permanentemente sólo para que pudiera conservar a su hijo. ¿Tenía ella que ser tan infeliz como usted, Letitia? ¿Era eso necesario? ¡Era su única hermana!

Letitia se atiesó ante esta nueva acusación.

—¡Mírame! Tengo cuarenta y seis años. Nunca he sabido del toque de un hombre. Nunca he sostenido a un bebé en mis brazos. Jason Malory tomó cada onza de amor que tenía en la vida, sin dejar nada para que pudiera dar a otro hombre. Pero no quería que ella fuera infeliz. ¡Nunca quise eso!

Letitia corrió de repente fuera del cuarto. Katey se dio cuenta de las lágrimas en los ojos de su tía y sintió una punzada de remordimiento por causarlas. Sophie tenía sus propios ojos firmemente cerrados, conteniendo el dolor que ella sentía por su hija.

Suavemente ella explicó:



—Si es de algún consuelo, a ella no le gusta la manera que es. A menudo se duerme llorando. Cree que yo no lo sé.

—Yo lo haría si a mi hermano nunca se le dijo que él era sin saber la causa de todo este pesar —dijo Anthony.

—Pero él no lo era —le aseguró Sophie—. Un hombre no puede ser culpable de algo que no es ni remotamente su falta. Él nunca lo supo. Para él, Letty era simplemente una vecina que veía paseando de vez en cuando. No tenía ninguna idea de los profundos sentimientos que ella albergó por él. Yo misma no lo supe hasta después de algunos años, cuando finalmente ella me lo confesó todo. Pero quizá usted debería saber esto. No era malicia de su parte. Ni siquiera era debido a Jason. Sí, ella tenía todos esos escándalos de su familia para usar como munición para establecer su caso, pero era simplemente usted. Ella pensó honestamente que sería un marido infiel que al final haría a Adeline infeliz.

—¡Ella no podía saber eso! —Protestó Anthony.

—No, pero el camino que usted tomó ya había empezado. Ya había probado el sabor del lado sofisticado de Londres. Al decir de todos, estaba siguiendo los pasos de su hermano salvaje. E iba en camino de volverse el más notorio libertino de Londres, por más de una década todo parecía demostrar que ella tuvo razón. ¿Mientras usted podría haber estado en la agonía del primer amor y tener la mejor de las intenciones, cuánto tiempo habría durado eso, Sir Anthony? ¿Puede usted decir honestamente que habría sido un marido fiel a esa edad tan joven?

Anthony abrió su boca, para luego cerrarla lentamente. Él se sentó atrás pensativamente por unos momentos, entonces finalmente levantó una ceja a Sophie.

—Usted ha mostrado su punto, señora. Uno bueno. Mientras yo amo a mi esposa, Roslynn, con todo mi corazón y nunca soñaría con serle infiel a ella, como usted dice, yo pasé más de una década teniendo aventuras, así que yo estaba bastante listo para establecerme en el matrimonio con ella. ¿Hace todos esos años con Adelina, quién lo puede decir? ¿Marido ejemplar o el peor marido imaginable? No, yo honestamente no puedo decirle qué habría sido.

Sophie cabeceó y apretó la mano de Katey un poco más.

—Fue un evento infortunado en nuestras vidas. Pero esta niña encantadora vino de él, y nosotros podemos agradecer eso.

Anthony sonrió a Katey.

—Por supuesto que lo hacemos. Su madre no vino a casa, pero Katey lo hizo y es finalmente un miembro de mi familia. Gracias por darnos las respuestas que nos faltaban. ¿Me gustaría leer esa carta que usted tenía de Adeline, si no le importara?



—Me temo que no pueda complacerlo en eso. La tiré. Era demasiado dolorosa y la releía demasiado a menudo. Me culpó también, usted ve. Y aunque yo misma le envié innumerables cartas, rogándole que viniera a casa y trajera a su nueva familia con ella, nunca contestó ninguna de ellas. Así que sólo puedo asumir que nunca me perdonó.

—No asumas eso —dijo Katey rápidamente—. De hecho, que le hiciera saber que estaba bien y donde terminó habla por sí mismo. No quería que usted se preocupara. En cuanto a no escribir de nuevo, no creo que ella alguna vez leyera sus comunicaciones. Echaba las cartas sin abrir en el fuego. Sólo puedo suponer que no quería recordar su vieja vida, cuando estaba satisfecha con la nueva.

Sophie abrazó a Katey por eso.

—Tenemos tanto de que hablar, querida mía. ¿Quizás te gustaría quedarte aquí por algún tiempo, así podemos tener una buena visita?

A Katey le habría gustado, pero Anthony declinó la oferta por ella.

—Nos estamos quedando en Haverston, así que puede venir a caballo nuevamente mañana. Recién ha entrado en mi vida, así que mis instintos protectores están corriendo desenfrenadamente. —Él sonrió para hacerlo parecer más suave, pero él era inequívocamente serio. Lo que no se dijo era que él no quería que tuviera más confrontaciones con Letitia—. De momento, preferiría mantenerla cerca, al alcance de mi mano, usted entiende.



## Capítulo 55

ERA REALMENTE TARDE cuando Anthony y Katey regresaron a Haverston. Sophie había insistido que se quedaran a cenar, y Anthony no podía rehusar otra invitación de ella. Tampoco se marcharon inmediatamente después. Katey y Sophie tenían mucho de qué hablar de recuerdos no dolorosos, y Letitia afortunadamente no se había unido a ellos nuevamente para estropearles el resto de la velada.

Sentados en el coche, su brazo alrededor de sus hombros en un modo paternal y protector, Anthony fue un poco indeciso preguntándole a su hija:

— ¿No estás molesta con lo que has averiguado hoy?

— No, en realidad, estoy aliviada. Tengo una imaginación vívida. Había esperado algo mucho peor.

— Le enviaré a Sophie una invitación para que venga a Haverston mañana... a solas. Prefiero no exponer a Ros y Judy a Letitia, pero pienso que ambas disfrutarían de conocer a tu abuela. Por algunas de las cosas que ella dijo esta noche, tengo la sensación de que Letitia ha ahuyentado a la mayor parte de sus visitas a través de los años, así la vieja damita podría apreciar la estimulación de una pequeña reunión así como también el estar rodeada de niños otra vez.

— Probablemente tienes razón. Pero espero no evitar a Letitia indefinidamente. De hecho, espero que ella se acostumbre a mí eventualmente y pierda algo de su mordacidad.

— Eres más optimista yo. — Él se rió ahogadamente.

Tarde como era, alguien había esperado por ellos... las luces en el frente de la casa estaban todavía encendidas. Probablemente era Roslynn. Ella se había estado muriendo de curiosidad sobre lo que había pasado todos esos años atrás y hasta había hecho un poco de mohín cuando Anthony se rehusó a dejarla venir para la visita. En cambio, él estaba sorprendido de encontrar a James en la amplia entrada, apoyándose contra el portal de la sala, brandy en mano.

— Estaba comenzando a pensar que pasarían la noche en los Millards — comentó James.

Anthony sonrió abiertamente.

— No esperaba verte aquí, viejo. ¿Demasiado curioso para esperar a que regresáramos a Londres?



James se mofó.

—Debo una visita con el mayor. No lo he visto desde que regresé del Caribe, tú sabes, y después navegué nuevamente contigo.

—Seguro —contestó Anthony dudosamente, ya que él sabía que Jason le había avisado a la familia que vendría a Londres de visita la semana siguiente.

Pero James no había realmente terminado con su explicación.

—Y traje al yanqui conmigo.

Anthony se puso tenso.

—¿Boyd? ¿Para qué diablos hiciste eso?

Pero antes de que James pudiera contestar, Katey se quedó sin aliento.

—¿Boyd aquí? ¿Dónde?

—Cuando pareció que ustedes no regresarían esta noche, él se fue de pronto a la cama, mascullando algo acerca de querer estar fresco y despejado...

—Eso suena como una buena idea para mí también. —Katey en verdad corrió las escaleras, gritándoles—: ¡Buenas Noches a los dos!

Anthony frunció el ceño mientras la observaba marcharse. James comenzó a reírse ahogadamente antes de decir:

—¿Por qué no estoy sorprendido?

Anthony fulminó a su hermano con la mirada.

—Sorprendido de qué, ¿de que ella ni siquiera te saludara antes de salir corriendo? ¿Y cómo te atreves a traer a ese desvergonzado...?

—Ponte la tapa, cachorro —respondió James y de un empujón le puso su brandy en la mano de Anthony—. Bebe eso. Vas a necesitarlo cuando oigas lo que tengo que decirte, ¿o no te diste cuenta de cómo se le iluminó el rostro a la mera mención de su nombre?

El corazón de Katey corría a velocidad. Él había venido. Por ella. No lo dudaba, y no dudaba tampoco que él estaba lleno de ansiedad, pensando aún que tendría que librar batalla para ganar su amor. No iba a dejar que pasara otro momento de ansiedad.

Sabía en cuáles habitaciones estaban su familia, así que sabía cuáles estaban vacías y disponibles para Boyd. La primera que revisó era la correcta... al menos estaba ocupada. Tuvo que esperar a que sus ojos se adaptaran a la oscuridad antes de estar segura. No estaba lo suficientemente fría aún para que la chimenea fuera encendida.

Cerró la puerta suavemente detrás de ella y respiró profundamente varias veces.





Sólo estar en el mismo cuarto con él de nuevo la llenó de una paz tranquilizadora. Y no le tomó mucho ver lo suficientemente bien para acercarse a la cama.

Estaba acostado boca arriba, un brazo en la parte posterior de su cabeza, su cabello castaño dorado le cruzaba una ceja. Su pecho estaba desnudo, la manta sólo le cubría la cintura. Katey se sintió menos tranquila cuando notó eso. Su boca estaba ligeramente abierta, pero él no roncaba. Oyó sólo la profunda respiración, regular del sueño. Él había querido estar fresco y con la cabeza despejada antes de hablar con ella en la mañana. Ella no podía esperar por mucho tiempo.

Se deshizo de sus zapatos y sus ropas, dejándolos amontonadamente junto a la cama. No se estaba sintiendo del todo tranquila ahora. Se estaba poniendo bastante excitada y estaba sorprendida de haber podido hacer una pausa lo suficiente como para desvestirse. Pero entonces se tendió en la cama junto a Boyd y se acurrucó contra su costado. Eso ni siquiera lo despertó, ni aun cuando ella tocó su pecho. Estaba contenta con hacer justamente eso por algunos momentos, pero sólo por unos cuantos. Ella se inclinó más cerca, sopló suavemente hacia su oreja para despertarlo con cosquillas... y supo al instante cuando surtió efecto y él se percató que no estaba solo.

Él se dio vuelta hacia ella. Ella lo besó antes de que él pudiese decir cualquier cosa. Si por alguna razón había estado equivocada y él aún no la quería, ella no deseaba saberlo. Pero su cuerpo todavía la quería. Ella tuvo que resistir el impulso de reírse de puro deleite de cuán rápidamente su beso se volvió caliente y posesivo, luego se sorprendió con qué rapidez su propio cuerpo respondió.

—Lavanda... tienes un olor tan único, Katey —dijo él entre sueños mientras ahuecó con su mano la mejilla de ella, después su hombro. Pero luego él gimió cuando su mano se movió más abajo y se percató de que ella estaba desnuda—. Dios, no me despiertes. ¿O me he ido al cielo?

Él le había dicho algo semejante una vez antes.

—No estás durmiendo —contestó ella—. Pero esto es definitivamente celestial, ¿no es cierto?

Él gimió y la besó otra vez. Puso el máximo empeño para salir de debajo de la manta sin quebrantar ese beso, pero pronto él estaba tendido sobre ella, y sus piernas instintivamente lo envolvieron para mantenerlo allí. Su lujuria siempre había sido un problema. Tenía la sensación de que la suya propia también podía ser uno. Lo deseaba tanto, demasiado para esperar.

Aparentemente, él necesitaba más.

—No me puedes dar esto y no casarte conmigo.

—Lo sé. —Ella lo besó otra vez.



—¿Lo dices en serio?

—¡Hablares más tarde!

Él sonrió por lo bajo ante la impaciencia de ella.

—Por lo menos finalmente entiendes como es...

Ella le agarró el cabello y casi le gruñó,

—Si no me haces el amor ahora mismo...

Con esa mirada que siempre había podido chamuscarla, él dijo:

—Dios, te amo tanto, Katey —mientras se deslizaba profundamente dentro de ella, satisfaciendo su necesidad de sus entrañas de tenerlo allí, satisfaciendo su deseo rápidamente después de eso, y satisfaciendo su corazón anheloso con esas palabras apasionadas que habían provenido del fondo de él.

Él la sujetó con delicadeza en sus brazos después, como si ella pudiese romperse.

—¿Lo dijiste en serio? —le preguntó él a ella cuidadosamente.

Pasada su pasión, ella sólo sentía ternura ahora y estaba desbordante de ella. Ella se giró para ahuecar su mano en la mejilla de él y mirarlo directamente a los ojos antes de decir.

—Esta noche aprendí qué tan horrible una vida puede resultar solo porque unas simples palabras no se dijeron nunca. Podrían no haber cambiado nada, o podrían haberlo cambiado todo. Pero no voy cometer el mismo error. Pase lo que pase, Boyd, te amo. Así que la próxima vez que diga que estoy casada, va a ser verdad.

—No lo lamentarás, le prometo. —Él besó cada dedo de su mano—. Tenemos el resto de nuestras vidas para ver el mundo. No es necesario verlo todo en un año o dos. Cuando nuestros niños sean mayores, hasta lo disfrutarán. Tendrán experiencias que te perdiste como niña, serán capaces de ver el mundo con sus propios ojos, y no sólo escuchar de él o leer al respecto.

Las lágrimas casi entraron en sus ojos, ella estaba tan conmovida de cuánto quería hacerla feliz.

—Harías eso por mí, ¿aún cuando navegar te enferma tanto? Pero ya no es necesario. Estaba buscando emoción, cosas nuevas, aventura, pero todo era sólo para llenar el vacío en mi vida, y compensar el aburrimiento de mi juventud. Ya no necesito eso, Boyd, ahora que te tengo.

Amy le había advertido a ella *Vas a ser más feliz aquí de lo que piensas*. Katey no lo dudaba ahora. Tenía a la gran familia que ella siempre había anhelado, y ahora estaba lista para agrandarla aun más con el hombre que amaba. Ese era un pensamiento emocionante. Esa iba a ser la aventura de su vida.



Por la mañana Katey y Boyd bajaron la escalera juntos para compartir su maravillosa noticia con su familia. La mayor parte de los Malorys estaban reunidos en la sala. Anthony y James estaban allí con sus esposas disfrutando de algunos pasteles matutinos. Jacqueline y Judith tenían sus cabezas juntas susurrando, ambas capaz de caber en el mismo sillón. Se detuvieron para quedarse mirando con los ojos bien abiertos cuando vieron entrar a la pareja, tomados de las manos, sonrientes.

También Anthony los notó inmediatamente y lentamente se puso de pie. Él no necesitó preguntar lo que estaba ocurriendo después de su conversación con James. Y esperó silenciosamente que la pareja alcanzara. Sólo Georgina y Roslynn parecían preocupadas por lo que él podría decir o podría hacer. Aparentemente, no había una conclusión sacada de antemano aún.

Pero Anthony puso las manos en las mejillas de Katey y dijo:

—¿Estás *segura* que esto es lo que quieres? Todavía puedo matarlo en cambio, si no es así.

Boyd bufó, pero Katey le dio a su padre una hermosa sonrisa, una vista completa de sus hoyuelos, y contestó:

—Ámame y ama a mi marido.

Anthony gimió.

—Entonces así es como va a ser, ¿verdad?

James se rió ahogadamente detrás de él.

—Ella es una Malory. ¿Esperabas menos?

# *Fin*

